BREVE HISTORIA de la...

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Montserrat Huguet

1760-1783: Las 13 colonias británicas en Norteamérica se rebelan contra el Imperio. La primera gran guerra revolucionaria de la historia occidental. Conozca la fascinante historia de la fundación de los EE.UU.: la batalla de Yorktown, la paz de Versalles y figuras como Washington, Franklin o Jefferson, los Padres de la nación



Breve historia de la Guerra de la Independencia de los EE. UU.

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS EE. UU.

Montserrat Huguet



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Guerra de la Independencia de los EE. UU.*
Autor: © Montserrat Huguet Santos

Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: *Washington cruzando el Delaware*. Pintura de 1851 del artista alemán Emanuel Gottlieb Leutze (Metropolitan Museum of Art)

ISBN edición digital: 978-84-9967-897-9
Fecha de edición: Septiembre 2017

Depósito legal: M-20788-2017

A los rebeldes e insumisos en la historia.
A veces han llevado razón

Índice

Introducción

1. Las Trece Colonias en el siglo XVIII
    - La América británica
    - En la sociedad colonial
    - El Gran Despertar de los americanos
    - Expansión. Indios y franceses
    - ¡Dadme la libertad o dadme la muerte!

2. Casacas Rojas contra milicias (1775)
    - Bostonianos disfrazados de Mohawks
    - Convención contra la tiranía
    - ¡Declaramos la independencia!
    - Milicias coloniales
    - Los hombres del minuto

3. 1776: Sin patria ni bandera
    - Una costa inmensa
    - Patriotas y legitimistas
    - Estrategia y comandantes
    - Himnos y banderas
    - La difícil tarea de uniformarse
    - Los tempranos servicios de inteligencia
    - Operaciones especiales. El círculo Culper

4. En armas por la Confederación (1775-1781)
- Y los disparos se oyeron en todo el mundo
- Quebec en el punto de mira
- Nueva York, legitimista
- El ejército continental se repliega
- Valley Forge
- Los británicos se hacen fuertes en el Atlántico medio
- Saratoga
- Los artículos de la Confederación
- Francia, la amiga de los americanos
- La primera diplomacia estadounidense
- Una guerra contagiosa

5. Un horizonte de paz (1778-1783)
- El frente doméstico
- Mujeres en el campo de batalla
- Dinero continental
- El ocaso de Filadelfia
- Las batallas viajan al sur
- Gálvez en Pensacola
- Charleston asediada
- Huyendo de las fiebres
- El mundo se ha vuelto del revés
- Yorktown, objetivo patriota

6. Un país roto y sin recursos (1783-1790)
- Negociaciones para el fin de la guerra
- La paz se firma en Versalles
- Los europeos y el botín
- El exilio de los legitimistas
- La deuda nacional
- Desesperación y violencia
- Una república, una constitución
- La ocasión perdida del abolicionismo
- Medidas hamiltonianas contra la depresión

7. La fundación de la política estadounidense
- El nacimiento del sistema
- La presidencia

La primera campaña electoral
Planificando Washington D. C.
George Washington, el mito
El siempre admirado Thomas Jefferson
Hamilton, el fundador anómalo
Los «otros» Padres Fundadores

8. La primera guerra nacional. 1812
Territorios en disputa y tratados comerciales
Navegar por el Mississippi
De nuevo los ingleses
Tecumseh y la Confederación India
La reconstrucción de los ejércitos americanos
Washington D. C. en llamas

9. La guerra de Independencia estadounidense de ayer a hoy
¿Quiénes son esos americanos?
Una historia para ser contada
Itinerarios de la memoria fundacional

Bibliografía

Introducción

La guerra de Independencia —también llamada «guerra de Revolución»— angloamericana fue la culminación de dos siglos de dominio británico sobre las colonias norteamericanas que, tras la guerra, pasaron a conformar el origen de los Estados Unidos de América. Fue una guerra revolucionaria sin paliativos, pues las tres últimas décadas del siglo XVIII en aquellos territorios fueron intensas en actividad bélica, pero también en innovación política, técnica y económica principalmente. La sola génesis de dos documentos de impacto universal, la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos, da la medida de la amplia renovación ideológica y social que protagonizaron las sociedades americanas de aquel tiempo. La guerra de Independencia había surgido en el seno de la disputa económica entre los colonos americanos y el Parlamento, y la Corona británica. Pero expresaba el desacuerdo en cuestiones más esenciales, en relación al ejercicio inglés de la política sobre sus colonias y del deseo de

autogobierno fraguado en algunas comunidades de ingleses americanos. Súbditos de Jorge III ambos contendientes, en 1775. En 1787 sin embargo, el rápido desarrollo de los acontecimientos había dado a luz una nueva nación, los Estados Unidos de América, y a un concepto particular de la relación entre el poder y los ciudadanos: la República estadounidense.

El siguiente resumen orienta al lector sobre los contenidos que va a encontrar en las páginas de esta historia de la guerra de Independencia de los Estados Unidos. A mediados del siglo XVIII, el sistema del Imperio británico se sostenía sobre un conjunto de instituciones y legislaciones tradicionales, así como en la práctica de la economía mercantil. También en una sociedad colonial habituada a la práctica de la esclavitud. En plena era de la Ilustración europea, las colonias de las llamadas Indias Occidentales británicas experimentan un Gran Despertar propio de las ideas ilustradas modernas que tiene en la religión, la educación y la política sus expresiones más palpables. En Gran Bretaña, la corte del rey Jorge está en plena ebullición a cuenta de las polémicas que suscitan las reformas administrativas y fiscales en el Imperio. A partir de la década de los sesenta, una vez concluida la guerra de los Siete Años, las cargas impositivas que aplica Londres en las Trece Colonias provocarán resistencia y levantamientos. Durante los años que transcurren entre 1763 y 1776, el movimiento de los patriotas tomaría forma y pasaría a la acción, de manera que la rebelión de los colonos contra las reformas administrativas y los impuestos establecidos por la Corona del rey Jorge III llegó a su momento álgido con las protestas organizadas por el Boston Tea Party. Pero la rebelión contra la tiranía no tardó en convertirse en un grito de independencia de las colonias, tal como queda proclamado por el Congreso Continental en 1776. La guerra enfrentará a dos ejércitos, el las Casacas Rojas de Su Majestad y el nuevo ejército continental de los colonos. En 1775 la guerra es ya inapelable, pero también lo es su condición asimétrica, pues al ejército británico, langostas o Casacas Rojas, se enfrenta un ejército bisoño y con pocos recursos: el ejército continental de George Washington. No todos los colonos se pusieron originariamente del lado de los insurrectos; en 1775 había numerosos lealistas a la Corona británica, si bien

con el paso del tiempo su número disminuyó. Lejos del campo de batalla, en las poblaciones pequeñas y grandes se juega una batalla soterrada entre patriotas y leales al rey en la que el espionaje y la inteligencia militar tuvieron un papel destacado, siendo, en buena medida, iniciador de nuevos estilos en las guerras modernas.

El estallido de la guerra en 1775, en Massachusetts, provoca una situación inaudita en las Trece Colonias americanas. Hasta 1777, las tropas británicas pudieron mantener sus posiciones en el territorio. Los soldados de Su Majestad resistían y ganaban batallas. Con las campañas del Atlántico Medio, de 1776 a 1778, comienza a tomar forma el ejército continental angloamericano. Saratoga, Trenton o Princeton son algunas de las batallas de esta época, en un trasfondo político, el del 4 de julio de 1776, en el que se desarrolla el Segundo Congreso Continental y la Declaración de Independencia. Los estados buscarán aliados internacionales para su causa, y Benjamin Franklin, personaje singular, sería en 1778 uno de los encargados de propiciar una coalición antibritánica europea. Mientras la guerra sigue su curso y sus escenarios se diversifican por la vía de la acción marítima, también se internacionaliza. La capitalidad de la nación independiente, una confederación aún de estados, abandonaba Filadelfia y proyectaba trasladarse a la aún no construida Washington D. C. Entre 1781 y 1783 se intuía un horizonte de paz. Pero en la retaguardia la guerra hacía muy frágiles a las comunidades de colonos, cuya población se fragmentaba a favor y en contra de la independencia. La ceguera de las autoridades inglesas tocó a su fin solo a partir de la batalla de Yorktown, en 1781. Y solo la derrota británica en Saratoga, en 1783, forzaba a Gran Bretaña a reconocer la independencia de las Trece Colonias. Al haberse internacionalizado la guerra, la paz entre americanos e ingleses se escenificó en Europa, con Versalles y París como fondo de los tratados internacionales. Los asuntos americanos eran aún interpretados por los europeos como parte relevante de los suyos.

En Nueva York, los últimos legitimistas emprendían la huida hacia el Canadá británico, buscando reconstruir allí la sociedad perdida de las Trece Colonias. Dejaban tras de sí un panorama aciago. La deuda angloamericana fue una condición de partida muy difícil de afrontar por la nueva nación. Además, las estructuras políticas y administrativas de la república estaban

aún por hacer. Constitución y república fueron los objetivos inmediatos de los políticos y la ciudadanía, que afrontaron la construcción del sistema de representación y el fiscal. Siendo la Revolución francesa el hito que destacaba ahora en el trasfondo americano *post bellum*, sin embargo, la joven democracia angloamericana se estaba haciendo oir precisamente por rechazar cualquier forma de política radical. Quizá por este conservadurismo autoimpuesto por las instituciones, los defensores de abolir la esclavitud en los Estados Unidos no lograrían su objetivo en la Constitución de 1789. A finales de los años ochenta, las fuerzas políticas de los Estados Unidos inventaban el sistema electoral y el sistema de concurrencia de los partidos a las elecciones. Gestionar aquellas primeras urnas no fue tarea fácil, habida cuenta de las enormes carencias del modelo político. Tal como había liderado la lucha armada, para esta particular batalla civil George Washington abandonó su intención de retiro para dedicar ocho años más de su vida a los dos primeros mandatos presidenciales. Cada uno de los Padres Fundadores fue relevando al anterior en la presidencia, y la concatenación de mandatos de los fundadores condujo al país al tránsito entre siglos. Cada uno, diferente en personalidad y formación a los otros, aportó la esencia de sí mismo al proceso. Sus historias particulares sirvieron también para sustanciar el relato comunitario del mito nacional estadounidense.

Un nuevo país, Estados Unidos, entra a formar parte del sistema internacional de las naciones. Ahora, a comienzos del siglo XIX, la joven república estadounidense ha de articular sus relaciones exteriores con las potencias internacionales de la época: Gran Bretaña, en expansión por Asia, y Francia, en plena construcción y debacle del Imperio napoleónico. En 1812 se abre una guerra contra los británicos, con episodios bélicos breves pero nefastos. Esta guerra fue, en parte, fruto de la exigencia estadounidense de ser reconocido en sus actividades comerciales. Ahora, las condiciones del país, aquellas por las que se mide su potencial exterior, eran el comercio, los procesos migratorios, la apertura hacia el oeste y el crecimiento urbano de la industria y los transportes. Desde el otro lado del Atlántico, con los pueblos de Europa en pleno proceso de revolución, se observa con desconcierto al nuevo país. La pregunta más frecuente es: ¿quiénes son estos americanos que viven en una república y dicen organizar

su Gobierno según el mandato constitucional? De una u otra forma, la guerra de Revolución o Independencia sirve de muestra a las que están por venir. Los postulados que guiaron los hechos revolucionarios en los Estados Unidos se universalizan en la medida en que son adoptados por las naciones en proceso de cambio. Al mismo tiempo, la guerra y la fundación de la República de Estados Unidos son hechos que comienzan a ser narrados por los historiadores, evocados por los poetas y ficcionados por los novelistas primero y por los autores de películas a partir del comienzo del siglo XX. La independencia de los Estados Unidos se convierte, paulatinamente, en un relato monumental que será en sí mismo bagaje y herencia cultural de la nación y que, como todo relato central en la historia, permanece siempre inconcluso, retorciéndose en cada presente histórico. Los lugares de la memoria relacionados con la guerra, semejantes a santuarios civiles, se han sumado también al perfil de la idiosincrasia de los Estados Unidos, protegidos por las administraciones y las fundaciones, y sobre todo visitados por los nacionales y los extranjeros.

1

Las Trece Colonias en el siglo XVIII

La América británica

A mediados del siglo XVIII, los colonos americanos procedentes de Gran Bretaña honraban la bandera inglesa de sus antepasados y respetaban plenamente la figura del rey que encarnaba la autoridad de la patria. Sin embargo, la figura del rey Jorge III cambió para siempre la percepción que los súbditos ingleses tenían de Inglaterra y del monarca. En ella, los historiadores han apreciado cierta cortedad de miras para enfrentar asuntos de tanto calado como la cuestión de los impuestos, que desencadenó la desafección popular con respecto a las leyes de Londres. Jorge III destacaba por el sentido posesivo que aplicaba al Imperio y por su mal tino para elegir a aquellos que mejor hubiesen podido aconsejarle. La ceguera del monarca y de su corte no les permitió ver en qué momento, una vez expulsados los franceses del norte de América, se fraguó irreversiblemente la revuelta de

los colonos. Jorge III (1738-1820) era rey de Gran Bretaña e Irlanda, además de elector de Hanóver, y ostentaba el honor de haber sido el primero de los monarcas de la Casa de Hanóver nacido en Inglaterra. Su padre, Federico, muere en 1751 sin llegar a reinar, pasando así el testigo a Jorge. En los años cincuenta, la formación del joven príncipe de Gales corre en paralelo a las guerras contra los franceses en territorio angloamericano, algo que no le perturba, pues —dicen sus biógrafos— desarrolla una personalidad ingenua o caprichosa, desligada de la realidad. Se considera que en él fue nefasta la influencia de lord Bute, su tutor, que le incitaba a fantasear con la posibilidad de reformar el sistema político desde la propia Corona. Jorge III no acabaría de dar con la persona adecuada para sus intereses públicos, de tal modo que entre 1763 y 1770, año en que nombra a lord North (personaje fundamental en la política británica durante la guerra de Revolución) ocuparon el puesto cuatro primeros ministros.

La Gran Bretaña de mediados del siglo XVIII había extendido su actividad económica por todo el orbe gracias a una eficaz estructura comercial y al crecimiento de su potencia naval. Barcos de la Marina británica defendían a los mercantes en alta mar, haciendo con ello prosperar el comercio entre la metrópoli y las colonias. El Gobierno ayudaba a esta sinergia entre la actividad comercial y el crecimiento de la Armada con políticas basadas en la teoría del mercantilismo, que se fundamentaba en el principio de que las naciones fuertes tenían la oportunidad de erigir una economía mundial usando el poder militar para asegurarse mercados y fuentes de materias primas. En el sistema mercantilista, las naciones poderosas eran las que lograban colocar ventajosamente sus exportaciones en el mercado, obteniendo con ello un balance comercial positivo. Estas naciones se servían del incremento de mano de obra y de consumidores, de la creciente producción industrial y agrícola, evitando tener que importar alimentos. Como acaparaban oro y plata, eran naciones autosuficientes. Para hacer viable el modelo, era preciso captar los recursos de las colonias y poseer una flota mercante capaz de mover las mercancías. Y esto era precisamente

lo que hacía Gran Bretaña, expandiéndose territorialmente y usando en la mejora del sistema interno la potencia de sus colonias. Una de las claves en el funcionamiento del sistema mercantil fue, desde luego, el comercio y la trata de esclavos procedentes de África para las explotaciones agrarias de las colonias.



Jorge III, bajo cuyo reinado Gran Bretaña perdió las Trece Colonias, fue retratado por Johan Joseph Zoffany (1771)
(Royal Collection Trust Company. Her Majesty Queen Elizabeth II, 2017)

El sistema mercantil británico en las Indias Occidentales se edificó sobre el comercio triangular: manufacturas inglesas intercambiadas por esclavos africanos que eran llevados a Angloamérica para producir las materias primas que alimentaban los mercados de Europa. En el Nuevo Mundo, la intensificación de una agricultura escasamente mecanizada demandaba mano de obra abundante para las cosechas de tabaco, algodón, azúcar, añil… De manera que las compañías comerciales y las autoridades encontraron en los esclavos africanos la solución al problema. A los que luego serían los Estados Unidos de América llegaba aproximadamente el seis por ciento de todos los capturados, la mayoría de los cuales, un cuarenta por ciento, se quedaba en el Caribe. Otro treinta y cinco por ciento, aproximadamente, tenía como destino la América española, y algo más de un quince, Brasil. Una vez capturados en África, mujeres y hombres encadenados perdían la libertad y quedaban expuestos a una suerte cruel e

incierta. Muchos no sobrevivían al viaje transatlántico en los barcos negreros ingleses, pero los que sí lo hacían triplicaban su valor en el momento de la venta en las Trece Colonias, superando las catorce libras (pagadas no en dinero, sino en mercancías) en los cerca de cincuenta mercados costeros e interiores.

El comercio triangular exigía la organización de sistemas de captura en las costas occidentales de África, aprovechándose los negreros, que evitaban adentrarse ellos mismos en el continente, de las luchas tribales que procuraban a los ingleses los negros capturados en el curso de las guerras locales. En un libro publicado en 1788, *An Account of the Slave Trade on the Coast of Africa*, el médico inglés Alexander Falconbridge, que servía en un barco negrero, describiría cómo se realizaba la captura. Falconbridge habla directamente de secuestro de *negroes* de sus comunidades, de su esclavización y del trayecto marítimo desde la costa occidental africana hasta el Caribe, precisamente durante los años de la guerra de Revolución. Falconbridge se convirtió en un reputado antiesclavista. Había visto el maltrato de los esclavos en los barcos, especialmente cuando se negaban a dar su edad, eran deformes o por cualquier otra razón. Aunque Falconbridge estuvo en el cargo pocos meses, en 1788 fue designado gobernador de la colonia de esclavos liberados en la costa de la actual Sierra Leona.

El sistema que hacía de Gran Bretaña la potencia del momento exigía un delicado equilibrio entre la poderosa iniciativa privada y los intereses del Gobierno, que al ir estableciendo impuestos sobre la actividad particular, buscaba fuentes de financiación para mantener saneadas las cuentas la Corona. Según el Acta de Navegación de 1651, todas las mercancías que entrasen o saliesen de las colonias debían transportarse en barcos ingleses o de las colonias, una medida con la que se trataba de eliminar a los comerciantes extranjeros del espacio colonial. Los diferentes reinados habían ido incrementando las medidas favorecedoras de la práctica mercantilista, que en última instancia beneficiaban al Imperio, en la práctica, el monopolio comercial obligaba a la Corona a invertir en la Armada Real: más barcos y marinos de Su Majestad. Pero sin el desarrollo del mercantilismo tampoco hubiera sido posible el arranque de la primera Revolución Industrial en Gran Bretaña. El germen de la industria moderna exigía más trabajadores, más disponibilidad de materias primas y

combustibles y también más consumo, movimiento de mercancías y de personas. Así que las colonias norteamericanas estaban jugando un papel indispensable en el proceso al proporcionar recursos naturales y seguir acogiendo a la población que no encontraba acomodo en las sociedades cambiantes de Gran Bretaña y del resto de Europa.

La vida inicial de toda aquella gente que llegaba a las colonias era dura. Casi todas estas personas venían de lugares en los que la sociedad estaba muy jerarquizada y, como miembros del estrato más bajo y menos favorecido, vivían habituados a acatar órdenes, a servir o a trabajar para otros. Ahora se veían en tierra de nadie, aislados de Europa y sometidos a pocas presiones por parte de la autoridad local. Enseguida, los pioneros se convertían en colonos pioneros. Solo había que esperar a que un nuevo grupo de súbditos ingleses llegase a puerto. En la costa y en el interior contaban con excelentes recursos naturales, lo que era un aliciente, pero estaban solos para desbrozar toda esa naturaleza puesta ahora al alcance de la mano. El incremento de la actividad marítima ya en el siglo XVIII mejoró indudablemente las comunicaciones con Inglaterra y las condiciones de vida de los colonos de Nueva Inglaterra, las primeras colonias. Para entonces, aquellos pioneros dependientes de Gran Bretaña eran autosuficientes y habían desarrollado industrias de exportación relacionadas con la pesca, la caza y la captura de ballenas. Algunos agricultores exportaban sus producciones de cereales e incipientes industrias mineras, y la producción de las plantaciones de algodón, tabaco y arroz en las regiones más cálidas, al sur. La construcción de barcos y de sus aparejos estaba siendo también un buen negocio.



Las Trece Colonias se ubicaban en la costa occidental del norte de América, tal como se reproduce en los mapas escolares que representan los orígenes del autogobierno hacia 1763.

Desde luego, en el siglo XVII, durante la Restauración, Gran Bretaña no había dejado de observar cuán beneficiosas podían ser aquellas tierras para las necesidades de la Corona, y dedicó atención y recursos a obtener de ellas los rendimientos que podían situarla por delante del resto de las potencias rivales de la época —Holanda o Francia, principalmente—. Tras el Acta o Ley de Navegación (1651), el Parlamento aprobó la llamada Acta Esencial (1663), que restringía el acceso a las colonias de importaciones no británicas, incrementando la dependencia de las colonias de los designios de Inglaterra. Cualquier producto extranjero que hubiese de llegar a las colonias debía hacerlo por la vía británica. En 1673 se establecía la Plantation Duty Act para recolectar derechos aduaneros sobre las mercancías en los puestos coloniales antes de que estas se moviesen a otros

puertos. Los agentes de recaudación rendían cuentas a sus supervisores en Inglaterra y no a la asamblea o al gobernador colonial. A finales del siglo XVII (1692), Corona y Parlamento se unieron para reforzar el control sobre el comercio colonial reforzando el Acta de Navegación y el Acta de Comercio. Los intereses de los colonos quedaron relegados a un segundo plano. Se les vetaba producir lana para la exportación (Woolens Act, 1699), o sombreros (Hat Act, 1732). Se establecieron tasas para el azúcar, la melaza o el ron importado a las colonias (1733) que no fueron bien acogidas por los propios productores de las colonias. Los colonos se saltaban las leyes restrictivas y practicaban el contrabando, al extremo de que, entre 1720 y 1742, el primer ministro Robert Walpole tomó la decisión de relajar la presión e instar a las autoridades a llevar a cabo políticas permisivas. A los acusados de violar el Acta de Navegación (contrabando) se les negaba el derecho a un juicio con jurado en la idea de que los jurados coloniales no iban a considerarles culpables de dicho delito.

Con todo, la cultura del mercantilismo beneficiaba a muchos, tanto en Inglaterra como en las colonias. Cada cual encontraba en la actividad económica una fuente de beneficio, y en el siglo XVIII el nivel de vida de los colonos era, desde luego, envidiable para no pocos británicos y europeos. Los colonos compraban manufacturas y consumían ya productos de lujo, lo que se reflejaba en el refinamiento del ajuar doméstico. Desde los puertos americanos, mercancías y objetos importados acababan en las casas del interior gracias a la venta ambulante, haciendo más llevadera la ruda vida colonial. El comercio introdujo pautas de consumo que contribuyeron a homogeneizar el aspecto de la vida entre las diferentes colonias. La oferta ambulante difundía también los conocimientos y experiencias de unas regiones en las otras, poniendo la base del inglés local y de la autopercepción de los habitantes como parte de una misma unidad administrativa, algo que se reveló fundamental en el comienzo de la revolución. Por su parte, las instituciones y leyes de la Corona para las colonias estaban —muy a su pesar— acercando entre sí a los miembros del Imperio británico en América, dándoles razones para identificarse en sus agravios, y enseguida como miembros de una nación emergente.

EN LA SOCIEDAD COLONIAL

Desde los primeros asentamientos en la bahía de Massachusetts (1620) hasta comienzos del siglo XVIII se dio una intensa migración de *pilgrims* o peregrinos en las colonias de Nueva Inglaterra, que alcanzó su cota máxima a mediados del siglo XVII para ralentizarse en las décadas siguientes. Por razones en principio de persecución religiosa y desde Inglaterra, los emigrantes llegarían luego a las colonias inglesas desde otros muchos países huyendo de las guerras —de la revolución en Francia— y de la falta de expectativas en muchas regiones de Europa. Los jóvenes contemplan las colonias británicas en América como un destino con posibilidades vitales, pues a finales del siglo XVIII Europa era un continente inseguro y violento. Con todo, el viaje hasta las colonias era un propósito incierto y caro, lo que movería a los emigrantes a embarcarse en condición de sirvientes a cambio del billete del trayecto.

Cerca de medio millón de personas arribó a las colonias antes de los acontecimientos que señalan la independencia, de tal modo que solo la guerra de Revolución frenó durante un tiempo la llegada de nuevos emigrantes. Pese a la diversidad de su procedencia, los colonos tenían que amoldar su vida y costumbres a una cultura ya establecida, la inglesa, que regía a la hora de orientar los gustos e importaciones de la sociedad. Las casas coloniales solían ser de estilo georgiano, muy popular en la etapa que abarca los reinados de los reyes Jorge I a Jorge IV, inspiradas en el neoclasicismo, a la moda en Inglaterra, si bien fue tras la independencia cuando se desarrollarían versiones locales con un aspecto más señorial que las de la época colonial. Los rasgos de estas casas, de estructura sencilla y duradera, eran sobre todo la simetría, desde un eje central, en la disposición de los elementos de la fachada principal en torno a la puerta, la utilización del ladrillo rojo y los remates de madera o piedra blanca, y el tejado a dos o cuatro aguas.

En el inicio de la guerra angloamericana, en 1775, las colonias acogían a una población equivalente a una cuarta parte de la que vivía en Gran Bretaña, aproximadamente unos dos millones y medio de personas. En esa época, la colonia de Virginia tenía medio millón de habitantes; Maryland y Carolina del Norte un cuarto de millón; Pensilvania, algo más de un cuarto;

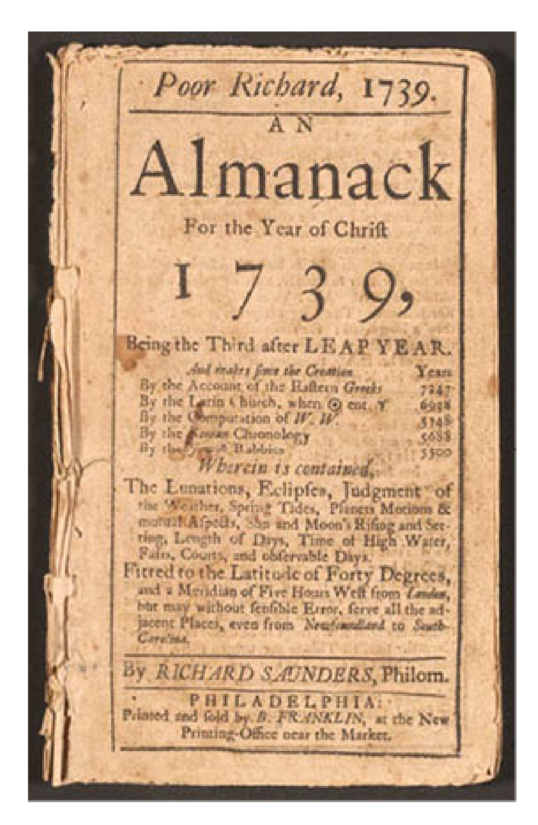
Massachusetts se acercaba a los trescientos cincuenta mil; Nueva York a los doscientos mil, al igual que Connecticut; Carolina del Sur albergaba a más de ciento cincuenta mil personas; Nueva Jersey acogía unas ciento treinta mil y las colonias más pequeñas, New Hampshire, Rhode Island, Delaware y Georgia, tenían entre ochenta y treinta mil habitantes. En comparación, la población inglesa crecía aún lentamente, desangrada además por la migración.

Antes de las revoluciones de finales del siglo XVIII en Europa y en América, la sociedad en las colonias se insertaba en el sistema de clases imperante en Inglaterra. No obstante, la sociedad colonial angloamericana tuvo siempre una inclinación hacia la movilidad de clases. Por otra parte, en América, los criterios clásicos de preeminencia social, es decir, herencia o fortuna, carecían del peso habitual en Europa. Los colonos accedían al nuevo continente sin recursos, esperando adquirirlos allí. El criterio de la riqueza o el del nacimiento se solapaban con otros más realistas y adaptados a las circunstancias: el mérito, la voluntad y el trabajo de las personas. Pese a la flexibilidad del ascenso social, el esfuerzo de las familias, muy numerosas en hijos sobre todo en el campo, para salir adelante y prosperar en esta sociedad era, sin embargo, hercúleo. Se constituían núcleos familiares extensos, con diversas generaciones conviviendo bajo el mismo techo, para así rentabilizar los recursos que proporcionaban las tierras o los pequeños negocios en los pueblos o ciudades.

Inicialmente el trabajo en las colonias se vio favorecido por la mano de obra esclava. Los esclavos realizaban además la mayor parte de las tareas de servicio doméstico en las colonias meridionales. Pero incluso con este tipo de trabajadores, las familias de colonos se aplicaban de lleno en la explotación de campos y cuidado del ganado en granjas de tamaño pequeño o medio. Un núcleo reducido de habitantes de las colonias constituía la clase más alta, vinculada quizá a las autoridades inglesas, pero también en calidad de colonos dueños de modestas haciendas. Con estas bases no fue difícil que ya a comienzos del siglo XVIII emergiese una clase media próspera, con profesiones liberales entre sus filas (abogados, impresores, médicos, comerciantes) y propensa a reclamar mayores cuotas de autogobierno. Sin embargo, conviene recordar que al comienzo de la guerra la riqueza colonial se concentraba en pocas manos. De norte a sur, la tierra

—desde las fincas de más de cien mil hectáreas en el Hudson hasta las plantaciones de Virginia— era propiedad de un segmento muy pequeño de americanos, aproximadamente un diez por ciento, que ejercían sobre la propiedad y los trabajadores de manera muy parecida a lo que era común en la Inglaterra aristocrática y rural de la época. Pese a este dato, que sugiere la dificultad de la sociedad colonial para romper las barreras de clase, es innegable que una clase media en aumento comenzaba a cosechar los frutos del esfuerzo de sus antepasados pioneros. Las tensiones dentro de la élite propietaria y política ayudaban a que emergiera esta clase media, la de los modestos propietarios o comerciantes, que se iba abriendo camino en las ciudades principales y en las Asambleas legislativas.

Desde luego, atendiendo a los casos concretos, había gente que en las colonias conseguía abandonar los orígenes humildes para pasar a formar parte de una clase económicamente fuerte y políticamente relevante. La biografía de Benjamin Franklin es un ejemplo sin fisuras. Interesa resaltar aquí su faceta personal como líder en la difusión de ideas renovadoras entre los años treinta y cincuenta de aquel siglo. Por entonces Franklin publicaba sus artículos caricaturescos: *Poor Richard´s Almanach, 1732-1757*, compendio de pequeñas historias que conforman una fuente extraordinaria para ayudar a construir el retrato de la sociedad colonial en transformación.



Poor Richard, 1739.

AN

Almanack

For the Year of Christ

1 7 3 9,

Being the Third after LEAP YEAR.

And makes since the Creation	Years
By the Account of the Eastern *Greeks*	7247
By the Latin Church, when ☉ ent. ♈	6938
By the Computation of *W. W.*	5748
By the *Roman* Chronology	5688
By the *Jewish* Rabbins	5500

Wherein is contained,

The Lunations, Eclipses, Judgment of the Weather, Spring Tides, Planets Motions & mutual Aspects, Sun and Moon's Rising and Setting, Length of Days, Time of High Water, Fairs, Courts, and observable Days.

Fitted to the Latitude of Forty Degrees, and a Meridian of Five Hours West from *London*, but may without sensible Error, serve all the adjacent Places, even from *Newfoundland* to *South-Carolina*.

By *RICHARD SAUNDERS*, Philom.

PHILADELPHIA:
Printed and sold by *B. FRANKLIN*, at the New Printing-Office near the Market.

Benjamin Franklin publicaba sus artículos caricaturescos en *Poor Richard´s Almanach*, entre 1732-1757, un compendio de pequeñas historias para construir el retrato de la sociedad colonial.

Quienes buscaban asentarse en América tenían el aliciente de la tierra abundante y barata, pero esta oportunidad tampoco era una panacea ante los caprichos del azar del viaje, la salud o las contingencias sociales. Lo que sí distingue la sociedad colonial de la europea es la variedad de situaciones entre la extrema riqueza y la máxima pobreza, y sobre todo la indudable movilidad entre los estratos, el afán de unos por abandonar los inferiores y de otros por reforzar su posición en los superiores en los ya se han hecho hueco. No obstante, la rigidez del modelo social británico apenas encajaba en este marco americano. La revolución social, de haberse hecho en el entorno de la guerra, tal y como sugieren algunos historiadores, confirmó una tendencia al cambio que venía de largo. La publicística de mediados del siglo XVIII da buena cuenta de la existencia en las colonias de pobres, frente a la aristocracia o gente de bien. Por ejemplo, el acceso a la política —el voto— tenía como referencia la propiedad, una condición sin embargo prescindible en el caso de poblaciones pequeñas con escasos propietarios.

Los estratos medios de la población colonial en aquellos días tenían una clara conciencia de pertenecer a un grupo inexistente en Gran Bretaña: clase media, gente con capacidades técnicas en las artesanías locales y urbanas, gente que «lucía mandil» con orgullo, pues era consciente de que, al igual que ellos, también lo habían llevado los antepasados de quienes ahora lideraban la sociedad colonial.

En la cúspide, los colonos con más recursos habían logrado darse un brillo propio de la metrópoli gracias a la adquisición y exhibición de signos distintivos del rango público (comercial y/o político). Sin embargo, la ostentación de la riqueza era modesta en comparación con la europea en sus distintas versiones nacionales. Las clases acomodadas en las Trece Colonias tenían plena conciencia de la novedad de sus nuevos privilegios y evitaban distinguirse en exceso. A mediados del siglo XVIII, la movilidad se ralentizó porque el afianzamiento de las familias en la cúspide social taponaba el ascenso desde las clases inferiores. Todos: ricos, clases medias y pobres, coincidían, en la aceptación de la permeabilidad de las capas sociales y en la creencia de que, si el cambio de estatus era posible, la América colonial era el lugar adecuado para él. La sociedad colonial tenía ya ganada la fe en la mejora de los individuos por el esfuerzo particular y colaborativo.

En cada colonia, un gobernador llevaba los asuntos centrales apoyándose en las fuerzas locales (de los propietarios de tierras y negocios), que aportaban una asamblea o cámara baja de representantes, y en una asamblea legislativa o cámara alta designada por el propio gobernador. Este era nombrado por la Corona en las colonias reales, no así en las colonias de propietarios, que nombraban a su propio gobernador con la aprobación posterior del rey. En las colonias de las compañías el nombramiento del gobernador no requería la aprobación de la Corona. Pese a la diferente fuente de su nombramiento, los gobernadores acabaron por convertirse en brazos ejecutores de los intereses de la Corona, que los utilizaba para aumentar su poder efectivo en las colonias. Cumplían a rajatabla las órdenes del rey o de las compañías de comercio, incluso si con ellas se perjudicaba a los colonos. Eran, además, comandantes de las milicias coloniales y controlaban todas las comunicaciones con Londres. Un consejo del gobernador le asesoraba y actuaba *de facto* como una cámara alta, junto con la Corte de Apelación de Justicia. Por su parte, la asamblea colonial

estaba capacitada para tomar iniciativas legislativas, controlar el presupuesto y los gastos, incluidos los referentes a la defensa y los salarios de los oficiales. Sus miembros eran elegidos en procesos electorales organizados en condados y municipios. La representación era directa —en Inglaterra no lo era— sobre el colectivo de cada zona o región de la colonia. Tremendamente modernas para su época, los miembros de las asambleas coloniales tenían inmunidad plena, pudiendo tomar la palabra y hablar con entera libertad, incluido el derecho de pedir al monarca la reparación de agravios.

Nada de lo que pasaba en las colonias era ajeno a la implicación de las mujeres, que tuvieron una actividad relevante, especialmente las que vivían en áreas rurales, pese a las restricciones de derechos cívicos. Se ocupaban de una enorme cantidad de tareas cotidianas y ligadas a la producción. Sin control de natalidad alguno, las mujeres de las colonias daban a luz entre cinco y ocho niños vivos, añadiendo a estos partos los de niños malogrados antes o después del alumbramiento. Aunque no tenían voz en la comunidad a la que pertenecían, sí promovieron la demanda de su propia educación como una forma de ayudar también a la de sus hijos. Durante la revolución, muchas mujeres estaban ya vinculadas a los procesos de aprendizaje en las escuelas rurales. Revalidando este movimiento, en 1779 aparecía publicado el ensayo de Judith Sargent con el título de *On the Equality of the Sexes*, (‘Sobre la igualdad de los sexos’), muy popular. En la época colonial, las mujeres solas, solteras o viudas, podían vivir donde quisieran y mantenerse a sí mismas con los ingresos procedentes de la ocupación que prefirieran. No se les exigían permisos o formación académica reconocida. Podían contratar, comprar, vender, acumular propiedades, dinero, esclavos, etc. Podían incluso testar. Solo la condición de casadas alteraba sustancialmente la posición social y legal de las mujeres. Con el matrimonio perdían su independencia legal y el derecho a mantenerse por sí mismas. Adquirían la condición de *feme covert*, mujer protegida y, por ello, carente de cualquier derecho e identidad personal.

EL GRAN DESPERTAR DE LOS AMERICANOS

La religión era una parte central en la vida de los colonos, siempre de acuerdo al principio de la libertad de culto. El principio más antiguo que aglutina a la sociedad angloamericana es, precisamente, el derecho de los individuos y de las comunidades a elegir y practicar un culto. Por preservar este principio, los puritanos se habían trasladado a las colonias huyendo de la intolerancia y de la persecución religiosa. Pero no solo los puritanos, también anglicanos, cuáqueros o católicos habían establecido asentamientos en las colonias. Sin designar la superioridad de ninguna religión sobre otra para evitar, precisamente, los enfrentamientos que habían provocado la desbandada desde Europa, el protestantismo, en sus variantes de culto, era predominante. A mediados del siglo XVII, las colonias protagonizaron su propio fenómeno cultural precisamente en el terreno de la espiritualidad. A este episodio se le conoce como el Gran Despertar (1730-1760), toda una corriente de pensamiento ligada al culto que defendía una más abierta implicación emocional, en contraste con la estricta intimidad de la espiritualidad puritana, excesivamente racional. Los promotores de este cambio fueron figuras señeras en la tradición colonial estadounidense: John Wesley y George Whitefield.

Pese a las polémicas, el movimiento dejó tras de sí el convencimiento general de la licitud de la revuelta contra la tiranía, de la necesidad de levantar la voz cuando quien rige los destinos de la comunidad se equivoca o actúa de mala fe. Bajo esta forma de entender la relación entre poder y sociedad, entre Dios y creyente, las colonias iban elevando *de facto* la barrera entre religión y Gobierno que aún no era posible en Europa. El Gran Despertar se inspiró en la metáfora de la iluminación que experimenta el mundo del pensamiento sumido hasta ese momento en una era oscura. Políticos y escritores americanos como Thomas Paine, Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, John Adams o James Madison se muestran revolucionarios precisamente al aplicar a sus juicios y decisiones el análisis de la realidad en curso, al detectar sus problemas y plantear soluciones para el cambio. La peculiaridad del caso angloamericano es la preservación del designio divino en los procesos interpretativos del presente. En unos autores

más que en otros, la novedad reside tanto en la aceptación de Dios como en la idea del antiautoritarismo asociado a la doctrina liberal. Dios y república, individuo y comunidad, liberalismo y conservadurismo, tolerancia y desarrollo científico, fueron los binomios esenciales del nacimiento de los Estados Unidos de América.

Los ilustrados americanos, moderados o radicales, más o menos cercanos a la ciencia empírica eran deístas. Franklin tomaba por verdad inapelable que Dios guía los asuntos de los hombres. En sus múltiples enfoques, los pensadores de aquellos años se enfrentaban a la religión con las armas intelectuales de la ironía y hasta de la burla, alejándose tanto del catolicismo como del calvinismo. Deísmo y escepticismo resultan en la filosofía angloamericana dos posiciones complementarias, pues, a su juicio, Dios satisface al hombre en su curiosidad por conocer el mundo y la Creación dándole la ciencia. De este modo, la ciencia, la fe en el progreso, puede crecer en consonancia con Dios. Los filósofos y científicos americanos pertenecían a la Real Sociedad inglesa, modelo en el que en 1768 Benjamin Franklin se inspira para la Sociedad Americana de Filosofía, que va a presidir. Pero incluso bajo la ley de Dios se requería organizar el Gobierno de las sociedades. La república es el modelo de organización que, a juicio de los americanos, mejor servía a la nación, impensable en ella cualquier forma de liderazgo hereditario. En la república, de larga tradición histórica, encajaban a la perfección los valores con los que los líderes de los colonos pretendían arroparse: los de una ciudadanía próspera, virtuosa y patriótica.

La Ilustración americana se desarrolló en varias etapas, desde finales del siglo XVII hasta el momento en que sus postulados toman cuerpo en la guerra revolucionaria. Hasta 1750, dicho movimiento intelectual corre en paralelo a los europeos. Las referencias a los autores europeos son aún frecuentes en esta América protorrevolucionaria, tanto de los autores de tinte moderado como de los más radicales. Entre los primeros, procedentes de la Ilustración británica, son fundamentales las figuras de Adam Smith, Hutton o Ferguson. Entre los segundos destacan los franceses Diderot o Helvétius. Durante la guerra revolucionaria, se difunde el texto de Thomas Paine, *Common Sense* ('Sentido Común') (1776), una llamada de atención directa sobre los abusos de Inglaterra sobre las colonias. Poco tiempo

después, documentos como la Declaración de Independencia o la Constitución de los Estados Unidos serán los referentes universales del liberalismo republicano en todo el mundo. La razón y la modernización, el escepticismo ante las verdades absolutas y la libertad son los temas recurrentes en los textos de la Ilustración, siempre sostenidos sobre el principio de la moralidad que debe ahormar el funcionamiento de las comunidades.

Pero la democracia no fue la idea más representativa del pensamiento consensuado de la época (sí lo fue la república). Defensores de la democracia, algunos líderes manejan la idea de un gobierno restringido y limitado a los grupos educados y formados para el manejo de la política, pues de otro modo —piensan— se pone en riesgo el bienestar de la comunidad. Este será el punto de vista de dos de los primeros presidentes de los Estados Unidos, John Adams y James Madison. Thomas Paine seguía el pensamiento, más radical para los americanos, de Rousseau, en cuyo tratado *El contrato social* (1762) se defendían los derechos de autogobierno de los ciudadanos, que eran libres de elegir las normas con las que vivir. Para Rousseau, la menor cantidad de instituciones posible debería garantizar que la voluntad de la gente se cumpliese en su relación con el estado. Thomas Jefferson era, en cambio, fiel al modelo planteado por Locke en el contrato social. El filósofo inglés John Locke en sus *Two Treatises on Government*, ('Dos tratados sobre el Gobierno', años 1689 y 1690), estimaba que el Gobierno de las sociedades surgía del consenso de los gobernados, cuya soberanía era cedida en parte a la comunidad para así obtener la garantía de que su libertad, su propiedad y, en definitiva, sus derechos, estarían protegidos. Como actor que garantiza el cumplimiento de las leyes consensuadas por todos, el Estado es el responsable del buen funcionamiento de los mecanismos que, limitando la soberanía de los individuos, les ofrecen a cambio seguridad y bienestar.

Desde la década de los años cincuenta y hasta finales de la guerra en la emergente República de los Estados Unidos, se vivió una etapa de intensa actividad científica, publicitaria y cultural en la que el debate a propósito de casi todo estaba a la orden del día: desde los asuntos del espíritu hasta los del Gobierno. A partir de la década de los años ochenta, América pasó el testigo revolucionario a Europa. La república angloamericana se organizó

en función de los pensamientos que se habían debatido durante las dos décadas previas, y es en este instante, en el tránsito entre los dos siglos, cuando se asiste a un debate entre las dos orillas del Atlántico a propósito de las ideas y del Gobierno inspirado en el liberalismo. La filosofía que acunó la revolución en Francia ya no era del gusto de todos los Padres de la Nación angloamericana, algunos de los cuales —sobre todo John Adams en el cenit de su carrera— no ocultaron su disgusto ante las ideas que inspiraban algunas de las propuestas de los Gobiernos revolucionarios franceses.

EXPANSIÓN. INDIOS Y FRANCESES

La guerra de Revolución estadounidense muestra sus antecedentes en las luchas internas de británicos y franceses por la conquista del territorio indio (Confederación Iroquesa o las Cinco Naciones), en el enfrentamiento colonial entre Francia y Gran Bretaña, y, sobre todo, en el mar. Es la guerra de los Siete Años (1756-1763). Hasta mediados de siglo, las dos potencias habían convivido razonablemente en suelo angloamericano. Francia avanza su exploración de sur a norte, sobre las regiones continentales del interior, desde Luisiana hasta los Grandes Lagos. Su modelo colonial se fundamenta en el establecimiento de fuertes, misiones y nodos de comercio. Gran Bretaña apuesta por colonias de poblamiento desde la costa oriental del continente hacia el interior y el sur. Ohio es el límite de la colonización británica, un espacio en el que confluye con el avance francés, lo que propicia primero la tensión diplomática (1749) y anticipa un enfrentamiento militar en toda regla.

En 1754 una fuerza organizada por el gobernador de Virginia se adentra en Ohio. El ataque comandado por George Washington (Fort Necessity) contra los franceses resultó infructuoso: un tercio de los hombres murieron, y el propio Washington tuvo que rendirse ante los franceses. Este jovencísimo oficial se había puesto al servicio de los ingleses para obtener información acerca de la incursión de los franceses desde Canadá hacia el valle del río Ohio, donde estos pergeñaban sus alianzas con los nativos indios. A su regreso de esta misión, Washington propuso a los ingleses la

construcción de un fuerte en el río Ohio para frenar el avance francés en la zona. George Washington fue *de facto* el primero en abrir las hostilidades contra los franceses. Era el año de 1754 cuando encabezó un grupo débilmente armado y equipado de unos ciento cincuenta hombres de Virginia, su tierra natal, para construir el mencionado fuerte: Fort Necessity. Se topó con fuerzas enemigas, y su misión acabó con la muerte de una decena de franceses. Estos hechos reforzaron el apoyo de los indios a los franceses, la suma de cuyas fuerzas era muy superior a la de Washington en Fort Necessity. Washington y sus hombres fueron obligados a abandonar el fuerte y a firmar un documento de rendición. El desastre era inaceptable para Gran Bretaña, pero los colonos americanos no estaban dispuestos a que se les culpara y elevaron a Washington —que solo tenía veintidós años— a la categoría de héroe local para hacer recaer las claves del fracaso en los errores de Londres.

Al margen de las instrucciones metropolitanas, las autoridades coloniales habían decidido otorgarle el liderazgo de las fuerzas de Virginia, encomendándole además la defensa de la frontera ante los ataques de los indios. El nuevo comandante aprendería el mando y la estrategia militar sobre la marcha y sin disponer de los recursos que un ejército eficaz necesita. Washington concluyó esta etapa formativa sobre el terreno tras la captura de Fort Duquesne (14 de septiembre de 1758). La guerra se saldaba en estos momentos con pérdidas notables para los británicos en territorio angloamericano, pues los indios —excepción hecha de los iroqueses— se alineaban en su mayoría con las tropas francesas. La anarquía en el territorio ocupado por los ingleses es manifiesta y los planes de guerra británicos son desautorizados por las colonias, que no se sienten más seguras por la presencia de los Casacas Rojas, cuya lucha, como ven enseguida los colonos, es una guerra europea, desvinculada de sus intereses locales. En los medios de prensa y en las tribunas de las colonias se alzan voces que claman por la autodefensa. Además, pronto se hace obvio el desorbitado coste de la guerra: más de dos millones y medio de libras de la época que la Corona pretenderá recaudar en territorio angloamericano mediante la aplicación de nuevas tasas.

En 1756 se inaugura la que más tarde sería conocida como la guerra de los Siete Años, de rango internacional y que abarcaría Europa y las Indias Occidentales. Esta guerra actúa como aliciente para el rearme naval de Gran Bretaña. El secretario de Estado, William Pitt, se ocupará de organizar los recursos coloniales en beneficio de la fuerza militar británica. Algo que los colonos desde luego no olvidarán, pues las políticas británicas destinadas a vencer a los franceses causarían enormes estragos en la población local. Pitt exige más recursos humanos y materiales para el ejército, e incrementa el alistamiento forzoso de los colonos —milicias— para aumentar la efectividad de la tropa. En términos militares, en 1758 los generales británicos James Wolfe y Jeffrey Amherst toman la delantera y capturan el fuerte de Louisburg. La inexpugnable Quebec cae en 1759 y Montreal lo hace en 1760. En 1763 Gran Bretaña había derrotado a Francia en la frontera norte, pero sus límites expansivos en América estaban aún atenazados por la barrera natural del valle del Ohio. La administración británica pretendía que los colonos avanzasen hacia el oeste, un territorio conocido más tarde como Virginia occidental.



La batalla de Fort Duquesne, del 14 de septiembre de 1758, tuvo lugar durante la guerra franco-india.

Esta área había estado en manos de los colonos franceses y en ella vivían tribus indias. Un total de doce, acaudilladas por el jefe otawa Pontiac, se enfrentó a las tropas británicas en choques muy sangrientos donde los británicos llevaron en principio las de perder. En estas guerras contra el levantamiento de las poblaciones nativas aprendieron los británicos sobre las armas y los modos de la guerra de las tribus locales, cómo utilizaban los recursos de la naturaleza para improvisar armas de asalto o para fabricar las temidas hachas *tomahawk*, cuya denominación ha permanecido en la cultura militar estadounidense. El espíritu que guiaba la expansión y las guerras entre colonos británicos, indios y franceses que anteceden, como capítulo premonitorio, a la guerra de Revolución queda magníficamente dibujado en la novela *The Last of the Mohicans* ('El último mohicano'), escrita por James Fenimore Cooper (primera edición: 1826).

Tras siete años de guerra, Gran Bretaña se había hecho con la llave que le iba a permitir controlar Canadá, y solo los indios iroqueses, que no habían apoyado a Francia, tenían perspectivas de sobrevivir —que no de recuperar el espacio previo a la aparición de los conquistadores— en ese avance territorial británico que parecía irremediable. Pero los colonos ponían manos a la obra para hacer valer su capacidad de organizarse frente al poder imperial. Las políticas de Pitt no tenían en cuenta que estaban abonando el terreno para que los colonos compartiesen un proyecto en común. Francia ya no es un oponente a batir, pues ha salido del continente americano. En cambio, los colonos veían ante sí un vasto territorio que demandaba su presencia y apertura. Solo la administración del Imperio y un contingente de más de diez mil soldados británicos les limitaban en su interés por abrirse paso hacia el oeste y crear nuevos asentamientos. Para colmo, eran los colonos quienes tendrían que dar cobijo y alimentar a las tropas que constreñían su libertad (Quartering Act de 1765). La Paz de París de 1763, que pone fin a esta guerra franco-británica, es el inicio de una etapa nueva marcada por la práctica expulsión de Francia del territorio angloamericano, pero también por algo que ya sugiere la novela de Cooper: el final de la soberanía de los indios sobre su territorio y la toma de conciencia de su vulnerabilidad y desprotección ante los habitantes de una nueva frontera.

¡Dadme la libertad o dadme la muerte!

En 1765 el Gobierno británico establece la Ley del Sello, que es la primera imposición directa sobre los colonos americanos. George Grenville (1712-1770), secretario del Tesoro y primer ministro, propuso la Ley del Sello y el Parlamento la aprobó sin debate alguno. Se trataba de un impuesto sobre todos los documentos en papel de las colonias que buscaba alimentar las arcas del rey, maltrechas tras la guerra de los Siete Años (1756-1763), a costa del esfuerzo contributivo de esta parte del Imperio. La nueva ley establecía que el no respeto de la Ley del Sello podría ser causa de juicio sin jurado en la corte militar. Los colonos sentían como lesiva a sus intereses la Ley del Sello, que no gravaba las mercancías sino directamente a los colonos, usuarios de documentos legales y de papel impreso (periódicos, panfletos, escrituras, últimas voluntades e incluso cartas y dados), al comprar la mercancía a los distribuidores. Estos, al «estampar» la tasa pagada por el comprador en el papel se convertían en recaudadores *de facto* para la Corona. Una parte de la recaudación estaba destinada a cubrir las necesidades de los regimientos de la Corona que vivían en las guarniciones de las colonias y cuyo trabajo fundamental era mantener a los colonos libres del peligro de los nativos americanos.



El timbre impuesto por los británicos —Stamp Act— en 1765 sobre los documentos legales y el papel impreso fue la primera imposición rechazada por los colonos.

Entre quienes se opusieron a la Ley del Sello destacaría Patrick Henry, conocido en la historia de la Revolución por la mítica frase «Dadme la libertad o dadme la muerte», pronunciada en un mitin en 1775 para movilizar una milicia contra el ataque británico. La prensa colonial ayudó a difundir las resoluciones tomadas por los cabecillas de la revuelta contra la Ley del Sello. En octubre de 1765 se reúne un alegal congreso de la Ley del Sello con delegados de nueve colonias. Este grupo recaba peticiones firmadas para dirigirlas al rey en las que, reafirmando su lealtad, señalan la certeza de que solo las asambleas coloniales tienen autoridad para establecer impuestos a los colonos. El activismo de los colonos impide que la Corona recaude el impuesto. En Boston, los oponentes a la Ley del Sello se autodenominan *Sons of Liberty* (‘Hijos de la Libertad’) y marchan por las calles de la ciudad con la efigie de Andrew Oliver, que era el distribuidor de sellos en Boston. Es esta imagen la que cuelgan del Árbol de la Libertad, lo

que fuerza a Oliver a renunciar a su condición de distribuidor de sellos. Siguiendo la estela de Boston, otras ciudades en otras colonias acosan a los distribuidores oficiales de los sellos, forzándoles a dejar su comisión. Tampoco se deja que desembarquen en los puertos las cargas de papel con el sello que vienen desde Gran Bretaña.

En 1766, aunque el Parlamento británico retiraba la Ley del Sello, contrarresta la acción con una declaración en la que reafirma su autoridad sobre cualquier tipo de legislación colonial, incluidos los impuestos. El momento era, económicamente hablando, delicado para Gran Bretaña, pues debido a su larga guerra contra Francia e incluso habiendo mantenido Canadá bajo control, había gastado sus recursos muy por encima de lo razonable y buscaba formas nuevas de nutrir sus arcas y así saldar deudas. A lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, Gran Bretaña mantenía el control del comercio en las colonias, si bien con la guerra perdió capacidad real para evitar que los colonos se hiciesen directamente con la actividad importadora y exportadora. Siendo esto así, en los inicios de la segunda mitad del siglo el razonamiento de la Corona es que, por ser los colonos los beneficiarios principales del mantenimiento en Norteamérica del Imperio británico, ellos debían contribuir a sufragar una parte de los gastos de la deuda. En este sentido, a la Ley del Sello le habían precedido otros impuestos sobre mercancías (Sugar Act, 1764).

Un paso más allá en la argumentación de los colonos les lleva a especular con la idea de que la Corona usa este tipo de tasas impositivas para privarles de sus derechos, restringir sus libertades y someterles a la tiranía. A juicio de lo que enseguida sería la resistencia colonial contra Gran Bretaña, la prueba de esta maniobra destinada a someterles es el mantenimiento de las guarniciones una vez se ha expulsado a los franceses de las colonias. En 1767, el Parlamento británico suprimía el impuesto sobre la tierra. Para compensar la merma de ingresos, Charles Townshend planteó que fuesen las colonias americanas las que pagasen para cubrir el déficit. Así, diseñó un conjunto de obligaciones impositivas que gravaban el papel, el té, el cristal, el cuero y todas las manufacturas procedentes de Inglaterra, las leyes de Townshend. Con estos ingresos se pretendía pagar al ejército británico en suelo colonial y de este modo fortalecer el centralismo metropolitano y evitar que estos contingentes de tropa se hicieran

dependientes de las legislaturas provinciales. Se implantaba una junta de comisionados de aduanas que permitió incrementar la recaudación. Además, se autorizaba la creación de tribunales con jurisdicción federal y sin jurado —en Filadelfia, Boston, Charleston y Halifax— pues ahora las decisiones de los tribunales reales podían ser torpedeadas por las legislaturas provinciales.

La hostilidad colonial a las leyes de Townshend se expresó de entrada en el deterioro de las importaciones de productos británicos. El proteccionismo americano se volvía contra los productores de la metrópoli y agravaba aún más la situación económica de la Corona. En 1768, en Massachusetts, las autoridades se negaron a aplicar las leyes de Townshend. En todas las ciudades principales había movimientos locales contra la recaudación. En Boston, los levantamientos de la población condujeron a lo que más tarde se conocería como la Masacre de Boston. El 5 de marzo de 1770, en un enfrentamiento en King Street, soldados británicos mataron a cinco civiles e hirieron a otros tantos. Frente a los soldados, los ciudadanos autodenominados «patriotas» expresaban ya la enorme tensión entre los colonos y las tropas de Su Majestad. Un grupo de residentes de Boston se reunía en la Casa de Aduanas y manifestaba su enfado por las tasas. Lo que era simple malestar evolucionó hasta convertirse en ira y violencia.



El 5 de marzo de 1770, en un enfrentamiento en King Street, soldados británicos mataron a cinco civiles y herían a otros tantos. Paul Revere describió la Masacre de Boston.

Cuatrocientos ciudadanos con piedras y bolas de nieve se enfrentaban al escuadrón de trece soldados ingleses enviados para defender la Casa de Aduanas y armados con mosquetes y bayonetas y dirigidos por el capitán Thomas Preston. Ante los primeros disparos la multitud retrocedió, pero ya había tres muertos y varios heridos. A partir de ese momento, la lucha se enconó durante unos veinte minutos escasos. Sin embargo, en los dibujos de Paul Revere, reproducidos y difundidos por todas las colonias, se mostraba a un escuadrón de soldados con armas de fuego y bien organizado que abría fuego deliberadamente sobre una masa indefensa de gente desarmada. Esta imagen causó un efecto decisivo sobre la opinión pública de los colonos a propósito de las autoridades inglesas. La Corte de Justicia de Boston juzgó al escuadrón británico y a su capitán, que declaró haber sentido miedo ante el ataque generalizado de los ciudadanos. El testimonio del oficial inglés contradice la información que transmiten los dibujos de Revere. Los soldados habían —explicó su capitán— intentado proteger las aduanas y el dinero del rey, además de protegerse a sí mismos. Para mantener a los enfadados ciudadanos a distancia habían cargado bayonetas en semicírculo,

medida inútil enseguida ante el incremento de la acción violenta de los sublevados. El capitán —diría él— había intentado evitar tener que ordenar abrir fuego sobre la masa, pero un soldado que había sido golpeado salió de la formación y disparó, generalizándose entonces el fuego de mosquete, aún sin la orden pertinente por parte del oficial. Los hombres habían escuchado el disparo y entendieron que se daba la orden de disparar. Estos, a su vez, declararían haber oído gritar la palabra «¡fuego!» en varias ocasiones, seguramente procediendo de los propios amotinados. El capitán insistió en la Corte de Justicia que sus palabras exactas habían sido «¡no disparen!» y «¡dejen de disparar!».

Ese mismo año, en 1770, lord North, nuevo primer ministro, retiró las leyes de Tonwshend, salvedad hecha del impuesto sobre el té. Con esta excepción se daba a entender que el Parlamento era la única institución con derecho a fijar impuestos en las colonias. En 1773, la Compañía Británica de las Indias Orientales estaba a punto de quebrar y disponía de un *stock* de té que no había podido vender en Inglaterra. Con el fin de evitar la quiebra, el Gobierno aprueba una ley, el Acta del Té, que otorga a la compañía el derecho a exportar a las colonias directamente la mercancía sin el preceptivo pago de impuestos. Esta excepción favorece el monopolio de esta compañía, que decide a qué comerciante de las colonias favorecer con la venta de esta mercancía libre de impuestos y alienta la tradicional queja relacionada con el pago de impuestos carentes de representación. Lejos de sentirse favorecidos por los posibles beneficios de la exención de la tasa, los colonos se organizan en protestas colectivas. Las mujeres, grandes consumidoras de té, activan la protesta y el boicot hacia la mercancía que llega a puerto. Inicialmente se piensa en evitar que los barcos fondeen en puestos americanos y, de hecho, algunos tuvieron que regresar a Inglaterra con su carga.

2

Casacas Rojas contra milicias (1775)

Bostonianos disfrazados de Mohawks

Un grupo numeroso de bostonianos se reunió en el Old South Meeting House la mañana del 16 de diciembre de 1773 para decidir cómo hacer que los barcos cargados de té abandonasen el puerto sin pagar tasa alguna. Un comité de los allí reunidos trasladó la posición de los ciudadanos a la Casa de Aduanas, pero el recaudador se negó a permitir el impago y este fue el mensaje que la comisión llevó de vuelta a la multitud. Ese mismo día por la tarde, cerca de ciento cincuenta bostonianos liderados por Samuel Adams, que se habían vestido con ropajes de indios Mohawk a fin de no ser identificados, subieron a tres barcos cargados de té con la intención de

hacerse con el cargamento y lanzarlo al agua del puerto. Esta acción ha sido considerada como pionera del activismo contemporáneo, algo así como una *performance* destinada a llamar la atención sobre un contencioso ciudadano, a conmocionar a las autoridades, convirtiéndose en un modelo de acción ciudadana.



El 16 de diciembre de 1773 un nutrido grupo de bostonianos se reunió en el Old South Meeting House para organizar su protesta ante las tasas impuestas por los británicos sobre los cargamentos de té.

Tras la acción de protesta los ciudadanos hacían pública la llamada Tea Act. Entre la leyenda y la mitificación de aquella idea peculiar, lo cierto es que los bostonianos que la llevaron a cabo tuvieron que tirar por la borda de los buques una carga muy superior a la que habían imaginado: 342 cestos que pesaban 400 libras cada uno, lo que equivaldría a unas 68 toneladas. La operación fue muy costosa, pues las cestas se rompían al moverlas estos ciudadanos de modo improvisado y sin haber previsto el modo de hacerlo. Los testimonios de algunos protagonistas, véase el de Joshua Wyeth o el de George Hewes, así lo relatan. Tampoco habían previsto el estado de la marea en aquella jornada, de hecho muy baja. Los ciudadanos que participaban en la protesta tenían que echarse al agua y enfangarse en aquel

maremágnum de agua, lodo y hojas de té. Las pilas del cargamento arrojado se elevaban casi hasta la borda de los barcos amarrados al muelle Griffin. Desde las pequeñas barcas en torno a los barcos, los amotinados se encargaban de que el té quedara inutilizable. Solo cuando subió la marea pudieron verse flotando todas aquellas enormes cestas cargadas de hojas de té, según relataba la *Massachusetts Gazette* y el *Boston Weekly Newsletter*. La población se concentraba en el muelle contemplando el espectáculo de aquellos individuos disfrazados, las caras pintadas e irreconocibles, trabajando sin descanso para arrojar el cargamento por la borda. Ninguna otra mercancía fue destruida ni tampoco los barcos dañados. Una vez hecho el trabajo, estos bostonianos anónimos se desembarazaron de cualquier rastro de hojas de té que pudiera delatarles y ya sin el disfraz regresaron a sus casas.

El rey Jorge castigó a los bostonianos díscolos con las leyes coercitivas (Coercive Acts). Se trataba de cinco leyes, en la primera de las cuales, el Acta del Puerto de Boston, se ordenaba el cierre del puerto de Boston hasta el momento en que fueran cubiertos los daños causados por el Boston Tea Party. La segunda era el Acta de Gobierno de Massachusetts, que hacía restricción de la actividad democrática en la colonia. En la tercera ley, el Acta de Administración de la Justicia, se establecía que los oficiales británicos eran inmunes a la persecución criminal en Massachusetts. Por el Acta del Acuartelamiento se obligaba a los colonos a dar cobijo y manuteción a las tropas que lo demandasen. Por último, el Acta de Quebec daba permiso de culto a los católicos en Canadá y garantizaba el funcionamiento del sistema judicial canadiense, con harto malestar de los colonos, protestantes en su mayoría y hostiles al establecimiento del catolicismo en Angloamérica. En definitiva, se cerraba el puerto de Boston, se reducían las capacidades de autogobierno de la colonia, se permitía que los oficiales de la Corona acusados de crímenes fueran enjuiciados en otras colonias e incluso en Inglaterra, y se obligaba a proveer alojamiento y manutención para la tropa en las casas de los colonos. Estas leyes hicieron que arreciase la protesta. Las llamadas «leyes intolerables» (1774), dictadas por el Parlamento británico, alentarían a los grupos de poder locales a organizarse en el primer Congreso Continental.

CONVENCIÓN CONTRA LA TIRANÍA

Se denominó Convención o Congreso Continental al organismo constituido por los Gobiernos coloniales coordinados para resistir a los británicos en sus «leyes intolerables». Durante los meses que siguieron a su convocatoria en 1774, y debido a que las colonias tenían intereses diversos, el Congreso Continental actuaba equilibrándolos y actuando como interlocutor con la Corona británica. Pero enseguida se convirtió en un Gobierno nacional de hecho con capacidad para orquestar una diplomacia creíble y sólida. A excepción de Georgia, el 5 de septiembre de 1774 cada una de las trece colonias envió delegados al primer encuentro del Congreso en la ciudad de Filadelfia. En octubre la Convención respondía con un boicot a las mercancías inglesas si Gran Bretaña no retiraba el 1 de diciembre las leyes intolerables. Se planeó, además, embargar las exportaciones en el mismo caso y a fecha de 10 de septiembre de 1775. La autoidentificación de las comunidades americanas con respecto de las británicas en las colonias era un fenómeno de rápido crecimiento. El 26 de octubre, los delegados, confiando quizá en rebajar la escalada de tensión, dieron a luz un borrador de quejas dirigidas al monarca Jorge III. Pocos confiaban, no obstante, en que el Parlamento británico o el rey fuesen a retractarse de sus ideas sobre cómo tratar a las colonias.



La casa de John Adams, el segundo presidente de EE. UU., conocida como *Old House*, albergó a cuatro generaciones de Adams.

En la primavera de 1775, la Convención no confiaba ya en poder paralizar la escalada que conduciría a la guerra. Sobrepasando el ejercicio del poder para el que había sido convocada, tenía que organizar una suerte de Gobierno nacional capaz de afrontar una guerra. El Segundo Congreso Continental —hasta el 1 de marzo de 1781— se dispuso así a formar un ejército, el ejército continental, desplegado en Massachusetts y con Washington al mando. Tenía sobre todo, y pese a las reticencias de los Gobiernos estatales, el respaldo de los grupos que habían iniciado el boicot comercial a los ingleses. Pero la Convención no cejaba en su empeño por mantener abierta la puerta del entendimiento con la Corona. Por ello, con la idea de que podían resolverse las disputas por la vía de la negociación, adoptó la Petición de la Rama de Olivo (5 de julio de 1775), una petición que Jorge III se negó a recibir.

No todos los delegados del Congreso eran favorables a la independencia, ni mucho menos. Había delegados moderados que no la querían y que enfrentaban sus puntos de vista a los de quienes pedían romper vínculos con Inglaterra. Estos, por su parte, buscaban aliados en el continente europeo, en concreto en Londres, a donde hacían llegar informes de la mano de agentes proamericanos como el muy conocido Arthur Lee. El 6 de abril de 1776 el Congreso abría los puertos americanos a los barcos no británicos. Ese mismo mes se enviaba a Silas Deane a Francia para sondear una posible ayuda que, de momento, fue prometida de una manera informal. En enero de 1776 se publicaba el ya mencionado panfleto de Thomas Paine *Sentido común*, que no era sino la solicitud de la independencia para las colonias. Ese mismo año, como respuesta al panfleto de Paine, se editó el texto de Charles Inglis *The True Interest of America Impartially Stated*. Inglis era un legitimista llegado a América diez años atrás, cuya actividad intelectual, en la iglesia de la Trinidad, en Nueva York, le llevaría a argumentar sobre lo que a su juicio eran los errores de los rebeldes.

El 7 de junio, el patriota Richard Henry Lee presentaba una moción ante el Congreso solicitando que se declarase la independencia. Faltaba aún unanimidad, pues no todas las colonias estaban dispuestas a dar el paso. No obstante, la Convención creó un comité encaminado a preparar un borrador de Declaración de Independencia con Thomas Jefferson al frente. El borrador de Jefferson fue revisado por Benjamin Franklin y John Adams,

que mantuvieron la forma original del texto pero lo suavizaron en algún pasaje en el que se acusaba al rey Jorge III de tráfico de esclavos, o aquel en que se atacaba más al pueblo británico que a su Gobierno. El texto definitivo de la Declaración de Independencia se presentó al Congreso el 28 de junio de 1776 que lo aprobó el 4 de julio.

La respuesta de los ingleses a este desafío fue debilitar la posición de las colonias mediante el aislamiento económico. Tenían el instrumento: una Armada poderosísima que controlaba todos los puertos americanos. De manera que la costa quedó a merced de Gran Bretaña y las colonias fueron privadas del acceso a los puertos principales. Las exportaciones americanas se ralentizaban o caían ante la presión naval de los ingleses, que además actuaban intimidando a cualquier comerciante europeo que intentara vender sus mercancías directamente a los colonos. El ejército de Washington correspondió al bloqueo intentando cortar los suministros que necesitaban las tropas inglesas para mantenerse en suelo hostil. Por tanto, ya desde su comienzo, esta guerra tenía todos los mimbres para convertirse en una lucha por el acceso a los recursos, al comercio y a los préstamos bancarios. Era un enfrentamiento económico en toda regla. Solo la entrada de Francia en la guerra aminoró el efecto del bloqueo inglés. Los franceses contaban con una armada poderosa que hacía sufrir a la británica, especialmente en el área del Caribe. Las acciones francesas en el mar estaban ayudando a los colonos a obtener suministros armamentísticos sin que los británicos pudieran evitarlo. La economía británica se resentía por el bloqueo, sus manufacturas se quedaban sin vender y los impuestos dictados por el Parlamento eran cada vez más altos a fin de cubrir los costes de la guerra.

¡Declaramos la independencia!

La Declaración de Independencia (Congreso Continental, 4 de julio de 1776) precipitó la guerra. Este documento era, en esencia, un listado de motivos para la independencia de las colonias de tal modo que, autoproclamándose nación, estos americanos pudieran solicitar ayuda de otros estados. La incredulidad de los británicos ante la publicación del texto derivó en el menosprecio. Fue considerado, no como la declaración de

hechos e intenciones que en realidad era, sino como una mera estrategia de los colonos insatisfechos en el camino de las quejas que habían emprendido. A fin de cuentas, los británicos seguían pensando que los colonos actuaban como ellos mismos lo hubieran hecho en su caso y no llegaban a ver la dimensión real del documento. No obstante, la Declaración fue leída en Gran Bretaña con no poca simpatía por parte de los sectores políticos más críticos con la Corona y el Parlamento. Encontraban que la declaración era osada y esperaban de ella que agitase el estado actual de las cosas.

La declaración establecía con nitidez la separación de los territorios americanos de Gran Bretaña. Se elaboró a partir del trabajo de un comité nombrado especialmente para esta tarea y formado por cinco figuras relevantes: John Adams, Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, Roger Sherman y Robert R. Livingston. Se acordó que fuese Jefferson, autor muy reputado y elocuente orador, quien diese la forma final al documento, pero el Congreso no aprobó el texto presentado porque en él había una denuncia al tráfico de esclavos que los delegados de Carolina del Sur y de Georgia no querían admitir. Jefferson pertenecía a un notable grupo de esclavistas de Virginia que mantenían —aseguraban ellos— la esperanza de liberar a sus esclavos para reintegrarlos en África, generando allí colonias. En las *Notas sobre Virginia* (1782), publicadas nada más concluir su mandato como gobernador del estado, Jefferson explicaría su proyecto de emancipación de los esclavos, el cual pasaba, además, por proveerles de una educación adecuada a las cualidades de cada cual. Nunca creyó que los negros pudieran o debieran integrarse como hombres libres en una sociedad blanca, ni confiaba en las bondades del mestizaje porque, como tantos otros en su época, pensaba que la mezcla racial podía perjudicar biológicamente a las razas, que tenían, además de rasgos físicos, culturas peculiares. Junto con Monroe o Madison, Jefferson pensaba que liberar a los esclavos sin darles un área propia de colonización era tanto como abrir una guerra de razas. A comienzos de siglo estas visiones cogían fuerza ante las insurrecciones de esclavos: la de Gabriel Prosser al frente de más de mil esclavos en las inmediaciones de Richmond (1800), por ejemplo. En 1816, nacería la American Colonization Society por iniciativa de los líderes antiesclavistas de Virginia. Como fuere, la década que ve nacer la Declaración de

Independencia fue fructífera también en la publicación de documentos que daban voz a quienes promovían la abolición de la esclavitud, desde la ciudadanía o desde los púlpitos de las iglesias. La petición de poner fin a la esclavitud en Massachusetts (1777) sigue a la declaración, tomando de ella el tipo de argumentación y de lenguaje.

Tampoco tuvo la declaración nunca la intención de marcar una doctrina filosófica. Antes bien, el propio Jefferson argumentaría casi treinta años después que, en realidad, era un texto modesto inspirado en la filosofía de otros, sin pretender decir nada que no se hubiera dicho ya y, sobre todo, apelando al sentido común. La principal fuente filosófica de la declaración fueron las tesis del Derecho Natural del filósofo inglés John Locke. De Locke son las ideas de que un Gobierno justo obtiene su legitimidad del consenso de los gobernados o de que las personas tienen el derecho y el deber de hacer cuanto esté en su mano para terminar con aquellos Gobiernos que violan el derecho natural. Como en la doctrina de Locke, los tres principales derechos que se recogen en la declaración son la vida, la libertad y la felicidad (llamado por Locke «propiedad»). Las ideas del contrato social y del fideicomiso del poder gubernamental son aportadas a la declaración tal y como se entendían en Gran Bretaña desde 1688. Los derechos elementales quedan también codificados e instituido el método de relevo de los cargos en el poder y de control mutuo entre los tres poderes. El influjo del sistema inglés, testado por la praxis histórica, es claro en la Declaración de Independencia, como también la experiencia en el Parlamento británico, muy crítico con el excesivo mandato de los políticos en sus escaños y cargos públicos.

Sin las líneas dedicadas a la emancipación, la Declaración de Independencia fue aprobada por el Congreso Continental con la sola finalidad de cubrir las necesidades políticas inmediatas del nuevo país, confiriéndole la visibilidad legal requerida para negociar y obtener alianzas internacionales, pero también para dar entidad a la lucha interna que los patriotas o rebeldes sostenían contra Gran Bretaña. Para culminar el proceso, entre los años 1776 y 1780 las legislaciones de las antiguas colonias irían aprobando las constituciones de los nuevos estados. La Declaración de Independencia establecía por último los pilares ideológicos en los que debían inspirarse los Gobiernos de la República estadounidense,

aún sin una Constitución. Las treinta quejas recogidas en la Declaración se dirigían no solo contra la monarquía británica, sino, más importante, contra la ley constitucional de Gran Bretaña, el despotismo y la tiranía que se derivaban de ella; iban contra las limitaciones impuestas al libre comercio de los colonos con el resto del mundo, o contra el cierre del sistema de juicios con jurado. Por todos estos y más agravios, las Colonias Unidas expresaban su derecho a ser estados libres e independientes, a disolver los vínculos aún existentes con Gran Bretaña.



La presentación al Congreso de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos fue inmortalizada en la obra de John Trumbull *Declaración de Independencia*, 1818, expuesta en la rotonda del Capitolio, Washington D. C.

La Declaración de Independencia fue introducida por el Congreso de los Estados Unidos en el inicio del código legal estadounidense con el encabezado de *The Organic Laws of The United States of America*, a pesar de lo cual la Corte o Tribunal Supremo no considera la declaración como una parte en sí misma de las leyes orgánicas del país. Cuando la declaración hace referencia al derecho a la rebelión —sobre todo si se alude a una rebelión violenta— el Tribunal Supremo niega este reconocimiento. Precisamente fue en este no reconocimiento en el que se fundamentó la negativa a aceptar la secesión y la formación de los Estados Unidos Confederados (1860-1861). Los estados rebeldes a la Unión apelaban al derecho recogido en la Declaración de Independencia. Un complemento esencial a la Declaración fue el Plan de Tratados, conocido como *Model*

Treaty o *Plan of Treaties*, aprobado por el Congreso el 17 de septiembre de 1776, que sería el instrumento con el que urdir los futuros tratados internacionales (con Francia y España) del Congreso Continental de los Estados Unidos. El borrador del *Model Treaty* fue preparado por John Adams entre febrero y marzo de 1776, ciñéndose a los términos de la reciprocidad comercial, hasta ser aprobado por el Congreso el 24 de septiembre.

Desde su redacción, la Declaración de Independencia fue vista como la expresión más pura de los ideales y principios democráticos en Angloamérica, fruto del acuerdo de un Gobierno popular sobre la base de la igualdad de derechos para todos. La Declaración de Independencia se convirtió en modelo para otros documentos reivindicativos de la libertad frente a la tiranía. Quizá el más significativo en la cultura estadounidense sea la Declaración de Sentimientos, redactada a partir de la convención de Seneca Falls en 1848. La activista Elizabeth Cady Stanton tuvo la inspirada idea de escribir la Declaración de Sentimientos tomando de la Declaración de Independencia la estructura y el argumento. La lista de agravios cometidos por el rey Jorge III sobre los colonos se transmuta, en este caso, en un listado de daños que los hombres ejercen sobre las mujeres. Ellas se adueñan del documento fundacional de la nación para, como ya hicieran los abolicionistas, empujar a los americanos a pensar en los agravios y en los modos de corregirlos. De la Declaración de Independencia, las mujeres de Seneca Falls aprendieron a autodeclararse «independientes» de los hombres, rompiendo la tradición que las mantenía al mismo nivel que a la servidumbre o a los niños.

El documento original de la Declaración se conserva expuesto al público en la rotonda de los Archivos Nacionales en Washington D. C. Se muestra el texto manuscrito en una caligrafía de gran tamaño, dentro de un marco protector de titanio y oro que cada día visitan miles de nacionales y extranjeros. Pero para cuando este documento fue autorizado por el Congreso, el 19 de julio de 1776, incluso careciendo aún de todas las firmas, la Declaración de Independencia circulaba ya impresa en casi treinta periódicos americanos. El primer impresor que aceptó este trabajo fue John Dunlap, de Filadelfia. Las copias salían del país hacia el resto del mundo

incluso antes de la firma de original. El órgano oficial de la Corona británica, *The London Gazette*, fue el primero en dar la noticia, el sábado 10 de agosto. Y es que la Declaración de Independencia había sido elaborada pensando en los lectores de todo el mundo, teniendo claro sus redactores el impacto mediático del documento.

Un complemento esencial a la declaración fue el Plan de Tratados, aprobado por el Congreso el 17 de septiembre de 1776, que sería el instrumento con el que urdir los futuros tratados internacionales (con Francia y España) del Congreso Continental de los Estados Unidos. De entrada no era un documento que tuviera en consideración la ayuda militar directa, pero sí el aporte de armas y otros tipos de soporte indirecto. A partir de este modelo pudo elaborarse el Tratado de Amistad y Comercio entre los Estados Unidos y Francia, y el Tratado de Alianza, de naturaleza militar, ambos de 1778.

MILICIAS COLONIALES

La guerra de Revolución se desarrolló en tres fases. En 1775 los británicos intentaban impedir la rebelión colonial saliendo de Boston y tomando el depósito de armas de Concord. Los milicianos en Lexington respondieron con las armas. El choque armado daba comienzo. El sitio al que fue sometido Boston por los soldados patriotas forzó a los ingleses a abandonar la ciudad en 1776. En este momento se organizaba ya el Gobierno nacional angloamericano y Washington asumía la dirección del ejército continental. La redacción de la Declaración de Independencia (4 de julio de 1776) y la toma de la ciudad de Nueva York por los británicos son hechos que culminaron una fase favorable a la construcción de la nación, pero pobre en lo tocante a éxitos militares. En el otoño de 1777 los ingleses se rendían en Saratoga y Francia decidía entrar en la guerra para hostigar a los británicos (1778). La historia militar se equilibra en esta etapa central de la guerra. En 1778, en una tercera fase, los británicos toman la iniciativa de pelear el territorio en el sur con un amplio contingente de fuerzas que sería

finalmente derrotado (Yorktown) por las fuerzas franco americanas de Washington. El Tratado de Paz de París (1783) pone fin a la guerra y sitúa en el mapa al nuevo país: los Estados Unidos de América, cuyo territorio se amplía hacia el norte de Florida, hacia el este del río Mississippi y el sur de Canadá. Veremos todo ello en detalle.

Durante la guerra fueron dándose cambios sustanciales en el modo de hacer y entender la lucha armada, el primero de los cuales fue, sin duda, la formación de un ejército nuevo, el ejército continental. El día 1 de septiembre de 1775, el Congreso Continental expresaba su deseo de mantenerse leal a la Corona británica. En respuesta, Jorge III diría que deseaba evitar cualquier tipo de derramamiento de sangre entre sus súbditos, así como las calamidades que siempre se derivan de una guerra. Confiaba el rey en que los colonos supiesen ver a los traidores y desconfiar de sus acciones. Añadía que esperaba que fueran conscientes de que un súbdito británico era, con todas sus consecuencias, el más libre de todos los miembros de cualquier sociedad civil en el mundo de aquella época. El 27 de octubre de 1775, Jorge III tomaba la palabra ante las dos cámaras del Parlamento británico para discutir la rebelión de los colonos americanos contra el Imperio. En su discurso, que abría leyendo una «proclamación de la rebelión», habla de traición contra Gran Bretaña y contra él mismo, y urge al Parlamento a responder con presteza y poner orden en las colonias. El rey manifiesta, no obstante, su convicción de que existen legitimistas en las colonias que tienen la intención de resistir ante la violencia de la que están siendo objeto. La finalidad del discurso era, sobre todo, respaldar al Parlamento para organizar el envío de tropas contra los propios súbditos de Su Majestad en las colonias, algo que en la América inglesa consideraba impensable.

La posición británica activa los preparativos militares en Nueva Inglaterra y el Primer Congreso Continental (septiembre 1773, Filadelfia), a fin de concitar todos los esfuerzos para asegurarse de que Inglaterra cesase en sus agravios contra la colonias. Los oficiales de las milicias susceptibles de lealtad a la Corona fueron expulsados de sus cargos, y en otoño de 1774 se hacía un llamamiento general a la formación de un ejército único colonial, todavía con una función estrictamente de observación de los acontecimientos en curso pero dispuesto a entrar en combate si la situación

lo requería. El de 1774 fue un año de preparación, de adquisición de recursos para un ejército en el que escaseaban las armas y las municiones, también para hacer frente a las leyes coactivas británicas. Había que poner en marcha las fábricas de las colonias y así se hizo. Las autoridades coloniales del norte y del sur estaban produciendo y reuniendo capital para la guerra. El Primer Congreso Continental aprobaba, además, un boicot a las mercancías inglesas a partir de diciembre de 1774 y la formación de comités en las colonias, que vendrían a convertirse en Gobiernos *de facto* de los que iba a depender la política de seguridad de cada colonia. Estos comités organizaban controles fuera de las ciudades que las tropas británicas no podían eludir. Sorprende el hecho de que la oficialidad británica menospreciara la capacidad de aquellas fuerzas locales, animadas con similar fuerza moral que las milicias que habían tenido que asegurar el territorio para los primeros colonos a comienzos del siglo XVII. El Congreso Provincial de Massachusetts fue el encargado de elaborar en octubre de 1774 un exhaustivo programa militar basado en la milicia tradicional. Creaba, además, dos comités, uno de ellos —que podía convocar a la milicia en caso necesario— encargado de la seguridad y otro de los recursos, para reunir los materiales necesarios.

La milicia angloamericana, herencia de la tradición anglosajona de la época de los Tudor, era mucho más barata que los ejércitos estables. Su adaptación a las colonias tuvo lugar en el siglo XVII. Había que considerar aspectos tales como la tipología y la distribución de la población sobre el territorio o el tipo de economía imperante. Allí donde se daban plantaciones y había muchos esclavos, por ejemplo en Carolina del Sur, las milicias se especializaban en controlar a esta población. Cada localidad en cada colonia formaba sus compañías de milicias nada más constituirse el Gobierno local. En su modelo básico, una milicia se componía de voluntarios del pueblo que se entrenaban en la reserva portando sus propias armas. A esta amalgama de soldados improvisados se le otorgaba una cierta organización gracias a la dirección de un mando dependiente de la autoridad de los condados. Pero, obviamente, en las colonias este tipo de mando no era suficiente para garantizar la seguridad de los colonos frente a los indios o los europeos no ingleses, y en muchas poblaciones se contrataban asesores

militares en Europa. La diversa organización de las unidades dentro del ejército continental se explicaba en parte por la morfología distinta de las milicias integrantes. Las milicias tuvieron una ventaja inicial con respecto a los ejércitos regulares europeos por la exigencia a sus miembros de que portasen fusiles de chispa, lo que les daba una gran pericia como tiradores.



En mayo de 1774, los ingleses cerraron el puerto de Boston en castigo por las revueltas de los colonos.

Era frecuente que los milicianos usaran rifles del tipo Pensilvania, más largos que el mosquete convencional aunque, al no tener bayoneta, en terreno abierto ponían al tirador en desventaja. En el siglo XVIII existía una distribución precisa de las milicias en la geografía de las colonias, más abundantes en unidades y hombres en el norte por estar más poblado que en el sur, muy similar a las que se organizaban en los condados rurales de Inglaterra. En casi todas las colonias, la autoridad máxima sobre la milicia la tenía el coronel de cada regimiento en consonancia, a su vez, con el responsable del ejército en cada condado. El control de la sociedad surgía de la mixtura de las élites militares inglesas y civiles locales. A diferencia de lo que sucedía en Inglaterra, la participación en las milicias coloniales de todos los varones en edad y capaces constituía una obligación de la que no

era sencillo zafarse, pues las colonias, sobre todo en sus inicios, requerían del esfuerzo comunal al servicio de la defensa. Sin embargo, el hecho de tener que abandonar la actividad económica para integrar una milicia era para muchos colonos con responsabilidades familiares un auténtico descalabro.

Gran Bretaña utilizaba no obstante las milicias locales de voluntarios en acciones de patrulla fronteriza, en las guarniciones, y en ocasiones acompañados por indios amistosos. Se reconoce a Benjamin Church —cuyas memorias, *The history of King Philip's war*, fueron publicadas en 1716— como el primer jefe de este tipo de milicias mixtas de colonos e indios. En las guerras contra españoles y franceses, Inglaterra dio forma a un tipo de milicia denominada Provincials. Los gobernadores incentivaban económicamente a los voluntarios y designaban a sus oficiales, que tenían un rango superior al equivalente en las milicias al uso. Desde luego, el más popular de los jefes de estas milicias especiales fue Robert —Bob— Rogers, al frente de los *rangers* durante las guerras franco-indias y sus incursiones de reconocimiento en Canadá. Pero esta consonancia de intereses tocó pronto a su fin y el ejército británico comenzó a considerar inadecuada la preparación de las milicias, incluidos los Provincials, relegándolos en los planes de defensa del territorio. En 1763 la decisión británica de incrementar el número de tropas en las colonias americanas no estaba justificada, a juicio de la población y las propias milicias, pues estas tropas regulares no se adentraban en las zonas de interior, donde podían ser necesarias, sino que permanecían en las ciudades costeras ejerciendo intención coercitiva sobre los colonos para que acatasen las leyes impositivas de Londres. No tardarían en aparecer líderes locales dispuestos a dar la batalla a Inglaterra desarrollando la tradición de la milicia.

LOS HOMBRES DEL MINUTO

Se dotó a las milicias con compañías especiales de acción rápida compuestas por los *minutemen*, soldados entrenados para resolver y actuar con rapidez en situaciones de emergencia. Como generales al frente de la milicia fueron designados algunos políticos y veteranos de las guerras indias y contra los franceses: Jedidiah Preble, Artemas Ward, y Seth Pomeroy, a quienes se unirían enseguida oficiales más jovenes pero también con experiencia: John Thomas y William Heath. A excepción de Heath, que tenía treinta y siete años años, el resto de los oficiales superaba con creces los cuarenta y, en ocasiones, los sesenta años, por lo que se desató una corriente de desconfianza ante su capacidad para llevar adelante la empresa militar en ciernes. Unos meses más tarde se añadiría un sexto general, John Whitcomb. En abril de 1775 se adoptaron las regulaciones que habrían de permitir el nacimiento del ejército de Nueva Inglaterra. En el informe que precedió a esta aprobación en el Congreso provincial, se justificaba la medida señalando que se hacía preciso prepararse para dar seguridad y defenderse. En dicho ejército no solo tomarían las armas voluntarios de Massachusetts, sino que se pedían hombres de otras regiones de Nueva Inglaterra. Se procedía, además, a seleccionar a los oficiales del comandante, los cuales a su vez seleccionarían a los de menor rango. Los oficiales de las compañías especiales de acción rápida tenían preferencia en este proceso de selección. A continuación, estos oficiales serían los encargados de poner en pie a los regimientos y a las compañías. El congreso provincial abjuró a continuación (15 abril).

La ausencia de oficiales americanos fue una cuestión relevante en el inicio de la guerra. Los delegados intentaron atraer al mando de sus ejércitos a técnicos militares cualificados procedentes de Europa. Johann von Lalb, Friedrich Wilhelm von Steuben, el marqués de Lafayette o Thaddeus Kosciousko se adhirieron enseguida al mando del nuevo ejército, aportando cada uno sus capacidades. Estos generales dirigirían el ejército de Washington, cuyo monto total de unidades solo rondó los diecisiete mil hombres. Con recursos tan magros, pero sobre todo con la intervención de generales con ambición, el mérito que se le suponía a un comandante en jefe era sobre todo aguantar los embites del enemigo incluso en las derrotas, con la vista puesta en el horizonte de una victoria final.

El nuevo ejército se enfrentaba nada menos que a los Casacas Rojas, una fuerza semiprofesional perfectamente entrenada, aunque para la guerra convencional en Europa. Comparándolo con los otros ejércitos europeos, el ejército británico era relativamente pequeño en número de tropas, pero muy eficiente. En América tenía que enfrentar a los rebeldes, pero también a contingentes de franceses y españoles en áreas tan distantes entre sí como Nueva York o Florida. Al comenzar la guerra de Revolución, los Casacas Rojas eran algo menos de cincuenta mil hombres, de los cuales la mayoría estaban destinados en infantería, unos siete mil hombres en caballería y dos mil quinientos en artillería. Era un número de tropa suficiente para el destino colonial, pero las dimensiones del territorio y las dificultades de la comunicación les convertían en un contingente escaso, y su disposición era dispersa y favorable a ojos del enemigo. Estos soldados, llegados en su mayoría de Inglaterra, procedían de grupos sociales muy desfavorecidos (había exconvictos) y tenían serias dificultades para adaptarse al terreno. La dura disciplina a la que se les sometía y su bajo nivel cultural les hacían casi siempre incapaces de cualquier tipo de empatía con los locales: vivían acuartelados, sin contacto con la realidad civil circundante. Las dificultades de los ingleses para reclutar hombres les llevaron a tener que recurrir a mercenarios alemanes: treinta mil mercenarios o *hessians* no muy disciplinados y de dudosa fidelidad al mando británico.

Pese al trabajo militar en América los Casacas Rojas se comportaban indisciplinadamente, bebían y eran el azote de las mujeres locales. En cambio, muchos de los oficiales ingleses que procedían de las clases favorecidas procuraban aplicar a sus relaciones con los colonos el código de la caballerosidad aprendido en la academia. Los generales Cornwallis, Clinton, Howe o Burgoyne, por ejemplo, eran o habían sido miembros del Parlamento. Ello no era obstáculo para que, como los soldados rasos, bebieran más de la cuenta y protagonizaran conflictos de difícil arreglo. En la década anterior, acuartelados en Angloamérica al finalizar la guerra de los Siete Años, los oficiales estaban obligados a mantener sus regimientos y a sostener el reclutamiento. Ello les granjeaba impopularidad en muchas zonas. Ahora, en la guerra revolucionaria, el principal escollo para los Casacas Rojas iba a ser cómo mantener la ocupación efectiva de las áreas conquistadas, incluso si contaban con el respaldo de los legitimistas.



Al frente de los Provincials, el mayor Bob Rogers, que fue retratado por Johan Martin Will (1776) (Anne S. K. Brown Military Collection).

Al frente de la maquinaria bélica inglesa se situó al general Gage. Oficial con experiencia, había tenido una estricta formación en el ejército británico y sirvió en Escocia y en Flandes antes de ser destinado a Angloamérica. Tomó parte en las guerras contra los franceses y los indios en 1754 y compartió desventuras militares con el joven George Washington. A comienzos de los años sesenta fue nombrado gobernador militar en Montreal y enseguida general, siendo ya en 1763 comandante de las tropas inglesas en Angloamérica. Allí era popular, en parte por su matrimonio con una angloamericana. Pero su posición ante las *Towshend Acts* de 1768 le hizo perder popularidad. Habiendo establecido su cuartel general en Boston, en 1770 fue nombrado teniente general. Tras la masacre de Boston y el crecimiento del movimiento patriota, Gage incrementó su poder en las colonias recibiendo el título de comandante militar y gobernador real en

Massachusetts. Aunaba ambos poderes, civil y militar, convirtiéndose en la autoridad de la Corona de mayor relevancia en América en aquellos días. Tenía libertad de acción, además de en los asuntos militares, en todo lo concerniente al comercio y la diplomacia, así como en las relaciones con las poblaciones indias.

Gage aplicaba las leyes coercitivas con mano dura y declaró la Ley Marcial en 1774. Para entonces había comenzado a incautar recursos materiales y municiones de cara al choque bélico, granjeándose la hostilidad de los colonos. Entre las batallas de Lexington y Concord y la de Bunker Hill, Gage mantuvo una cierta esperanza de que tal vez pudiera calmarse la fiebre patriota y propuso a los colonos políticas de apaciguamiento y reconciliación. Bajo las condiciones imperantes sus iniciativas no podían ser más que un fracaso, lo que no tardó en demostrarse en la carnicería que resultó ser la batalla de Bunker Hill. Fue llamado entonces a Londres para reconsiderar su estrategia, pero en realidad lo que recibió allí fueron las condiciones para su retiro del mando, que se distribuyó entre el general Howe, para las Trece Colonias, y el general Carleton para Canadá. El balance de la gestión de Gage en las colonias fue tan nefasto como inadecuada la visión metropolitana de lo que estaba sucediendo en las colonias.

3

1776: Sin patria ni bandera

UNA COSTA INMENSA

Como en casi todas las guerras, también en esta guerra hubo influencia de las precedentes. La guerra de los Siete Años había dejado a los Casacas Rojas preparados para cierto tipo de avatares en tierras americanas. Derrotas y victorias les habían hecho alterar protocolos y procedimientos, especialmente en lo concerniente a combinar las acciones por tierra y por mar, muy complejas para los ejércitos en cualquier época cuando los accesos de la playa están en manos enemigas. Las armas de la artillería habían desplazado en utilidad destructiva a las de la infantería. Los antiguos mosquetes eran poco precisos, de carga lenta y complicada, y fallaban en condiciones de humedad. En la segunda mitad del siglo XVIII se mejoraron las armas de fuego gracias a un nuevo mecanismo de disparo, aligerando su peso y dándoles mayor precisión. La bayoneta añadiría un complemento esencial al mosquete, haciéndolo más versátil y útil en el cuerpo a cuerpo. La disponibilidad de armas de fuego con bayoneta permitió a los ejércitos

europeos prescindir de los cuerpos de lanceros a comienzos del siglo XVIII. Enseguida aparecerían los fusiles de chispa. Pese a estos avances, todavía en el siglo XVIII los mosquetes eran armas imprecisas incluso en situaciones favorables, ni que decir tiene, las dificultades que comportaban las maniobras de recarga bajo las condiciones de nerviosismo de los soldados en el combate. Requerían, además, mucho entrenamiento en el manejo. Las guerras europeas habían ido relegando el choque frontal entre masas de soldados de infantería con sus lanceros, sustituyendo estas toscas maniobras por el despliegue de largas líneas de mosquetes con más capacidad de alcance.

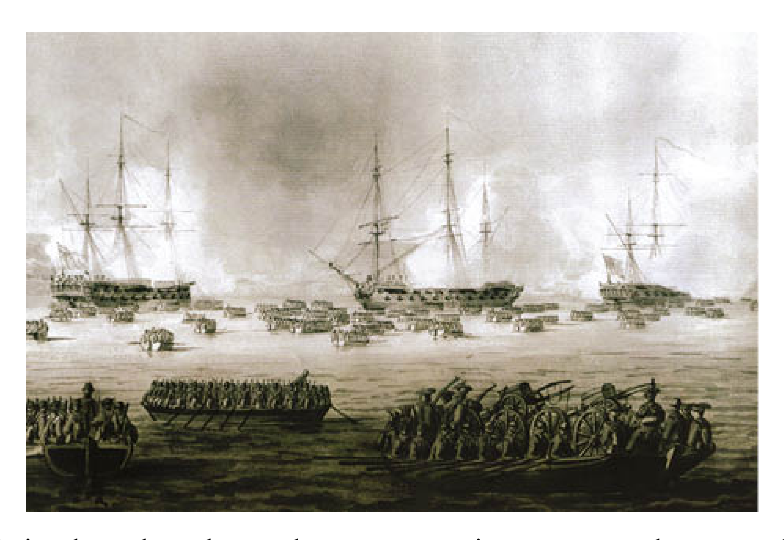
Pero precisamente porque se aligeraba la fuerza de choque, se requería poner atención en cuestiones organizativas impensables hasta el siglo XVIII. De momento, los oficiales debían tener más nociones de táctica y de la administración de sus compañías. Cuando se enfrentaron Inglaterra y Francia en la guerra de los Siete Años, ya se había resuelto la estructura militar que iba a organizar al ejército continental angloamericano. Los batallones se convirtieron en las unidades principales de las maniobras en el combate, y ahora los ejércitos se subdividían en secciones dirigidas por oficiales. Generalmente, unas ocho de ellas componían un batallón, el elemento esencial de las maniobras. Los regimientos estaban formados por dos o más batallones, aunque en el ejército británico regimiento y batallón eran la misma cosa. También se benefició la organización militar angloamericana de los cambios operados en el despliegue de los ejércitos. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, los generales tardaban horas en situar a sus hombres en la línea de batalla y solo se lanzaban al choque frontal si consideraban que les beneficiaba la correlación de fuerzas. El dar marcha atrás para protegerse en la fortificación era una maniobra frecuente. Pero en el último tercio del siglo, los ejércitos aprenden a marchar en el campo de batalla más ágilmente y al paso; acortan así el tiempo de preparación y normalizan las maniobras. Para controlar los movimientos de los batallones se crean las brigadas y las divisiones. En el movimiento de las tropas se

despliega también la artillería junto con la infantería y la caballería. Nuevamente, la estandarización de mecanismos y protocolos administrativos y logísticos ayudaba a engrasar esta maquinaria de guerra moderna. La técnica de fundición se puso al servicio de municiones más ligeras, y ello facilitó la movilidad de los artilleros.

Un gran problema para los ingleses era la enorme extensión de costa de las colonias, toda ella susceptible de albergar acciones hostiles contra la Marina Real británica. Desde los buques había que desembarcar soldados y armas sin excesivo número de pérdidas. Para salvar el escollo se diseñaron y construyeron las originales *flatboats*, barcazas o chalanas. Las tropas subían a bordo con facilidad y llegaban a la playa más ágilmente y protegidas, acortando la distancia de exposición al enemigo. Desde 1758 los Comisionados del Almirantazgo habían ensayado diversos modelos de chalana hasta dar con uno satisfactorio. El diseño de las barcazas se fue modificando para transportar la artillería y desembarcarla. En la guerra fueron de una enorme eficiencia y permitieron a la Marina Real llevar a cabo espectaculares despliegues de tropa, por ejemplo el 22 de agosto de 1776, con el traslado del grueso de la Armada británica desde Staten Island hasta Gravesend Bay en Long Island.

En la Marina, el núcleo duro del poder militar británico, las reglas eran muy estrictas y su organización perfectamente protocolizada. El siglo XVIII había traído a este cuerpo cambios esenciales. De momento, las carreras de los oficiales en la Armada Real tenían un gran reconocimiento social y servían a los hijos de los caballeros que no heredaban tierras para adquirir ingresos y posición. Hacer la carrera como oficial de la marina británica era un modo de instruirse. La Academia Naval inglesa, fundada en 1737, estaba radicada en Portsmouth. A mediados de siglo cada promoción admitía solo a unos cuarenta futuros oficiales. Progresivamente, a medida que crecían las necesidades, se fue incorporando un cuerpo de oficiales semiprofesionales que completaba el anterior. Lo que hacía verdaderamente fuerte a la oficialidad de la Armada inglesa era la promoción por capacidad y no por relaciones políticas. El liderazgo de lord Sandwich —*Lord of the British Admiralty*— fue esencial en el tiempo en que se desarrolló la actividad de la guerra de Revolución. Pero su gestión estuvo seriamente comprometida por

las tensiones entre el Premier, lord North, y lord George, el secretario de Estado para las Colonias. En el escalón más bajo, pero esencial para el funcionamiento de la Armada, una extensa marinería estaba compuesta por veteranos y jóvenes analfabetos sin recursos que, despojados de futuro en Gran Bretaña, buscaban una salida en el mar.



Los Casacas Rojas desembarcaban en las costas americanas en unas barcazas, *flatboats*, cuyo diseño fue evolucionando desde la década anterior a la guerra revolucionaria.

La Armada Real en las colonias había sido desmontada en la etapa de paz, de manera que al entrar en guerra Gran Bretaña había tenido que reconstruirla y dotarla de nuevos mandos y marineros. El plan de atacar Long Island, cruzar Manhattan y abordar al ejército de los patriotas fue precisamente el detonante del rearme de las fuerzas marítimas inglesas. Frente a las cuarenta y seis mil toneladas de transporte de la etapa previa, hacia 1776 se hizo necesario asumir más del triple de carga. En el mar, sin embargo, Gran Bretaña estaba más preocupada por sus contrincantes franceses y españoles que por los americanos, muy débiles aún en este medio. El ataque de los corsarios americanos —escuadrón patriota capitaneado por John Manley— a los buques ingleses (1777) puso sin embargo en alerta a la dispersa Armada sobre la necesidad de reforzar sus recursos. Tras la batalla de Saratoga, anuncio de la entrada de los franceses en la guerra, Gran Bretaña centró su atención en reforzar la Armada en el ámbito americano, también en superar el estado de vulnerabilidad en que la intensa guerra continental en Europa había dejado sus fuerzas marítimas.

Aun así, el tiempo corría en contra de los ingleses, pues los americanos estaban creando una fuerza naval de la nada y a toda velocidad. Pese a toda la inversión realizada en la Marina Real, a final de siglo no era ni mucho menos la fuerza singular que había sido antes de la guerra de los Siete Años. Para los colonos, derrotar a la Marina Real era un objetivo de enorme significado, pues simbolizaba el abuso de poder contra el que se estaban rebelando. Y también por ello, a diferencia de los británicos, la organización de la armada angloamericana adoptó un modelo flexible y no centralizado como era el inglés.

Las colonias organizaron su fuerza naval entre 1775 y 1776 de manera descentralizada, pero con estructuras comunes como el Comité de la Marina. Las poblaciones costeras de las colonias desarrollaron la guerra en el mar con o sin el respaldo del Congreso, aunque en el conjunto de la guerra revolucionaria la actividad de la Armada continental fue pequeña e incluso minimizada en el relato bélico. Fueron reseñables algunas batallas como la de Machias, nombre del puerto hoy ubicado en Maine, en junio de 1775, en la que los colonos se levantaron contra el mercante Ichabod Jones y que sería respondida por los británicos en otra batalla de Machias, esta vez en 1777. A diferencia de otras Armadas, en la continental los comandantes actuaban por libre, no respondiendo ante nadie de sus acciones, lo cual no fue impedimento para que lograran victorias. En 1778, la presencia de la Armada francesa en la guerra desvirtuó el papel de la Armada continental, a pesar de lo cual sus años de actividad sirvieron para crear el germen de la Armada angloamericana, cuyo funcionamiento normativo, aunque en principio nadie hiciese mucho caso de él, fue obra de John Adams. En definitiva, lo que caracterizó las acciones navales americanas en la guerra de Revolución —batallas de Machias, de Nassau o de Valcour— fue la decisión individual de los oficiales al mando de los buques.

PATRIOTAS Y LEGITIMISTAS

Aunque un buen número de colonos se declaraban patriotas, la mayoría de ellos no participó directamente en la guerra de Revolución sino en el frente doméstico, en la retaguardia. Mantener a sus familias fue una tarea ardua en tiempo de guerra. Los granjeros, los artesanos, los pescadores, los comerciantes… cada uno procuraba que su particular negocio y fuente de subsistencia se mantuviese activa, incluso si en la proximidad se daban batallas que arrasaban el paisaje humano. Pero la guerra alteró el ecosistema previo, dislocando las economías de patriotas y legitimistas y afectando a la demografía. Y no solo por el efecto de las bajas, muertos y heridos, sino también por el trasiego forzoso de las poblaciones que se encontraban en el camino de un movimiento de ejércitos. Los Casacas Rojas quemaban las casas y las haciendas de los colonos, hubieran estos hecho pública o no su adhesión a la causa patriótica. Al entrar los soldados en grandes poblaciones como Boston, Filadelfia o Nueva York, la gente salía en desbandada. El tejido artesanal, industrial y comercial de estos puertos se desintegraba cuando los clientes ya no eran los paisanos, sino las tropas inglesas. El bloqueo trajo consigo el desempleo derivado de la disminución del comercio. Al escasear el trabajo, la gente merodeaba buscando empleo y comida, en un clima además de inflación, pues la escasez de productos empujaba a los productores y comerciantes a subir los precios. El Congreso Continental procuraba mantener el orden dictando regulaciones para contener la inflación. Sobre todo en las ciudades se iba instalando un clima de tensión y violencia seguido por la represión de las autoridades.

Cuando el Primer Congreso Continental inició el boicot a las mercancías británicas (1774) se crearon comités de seguridad en todas las colonias, cuyo objeto era, inicialmente, organizarse para sostener los efectos del boicot, pero sobre todo para demandar el uno por ciento de sus actividades y negocios a los legitimistas, sin evitar técnicas de amedrentamiento. Así, se generalizaron las quejas a propósito de las prácticas utilizadas por los comités de seguridad y la violación de los derechos de los colonos legitimistas. Un viajero inglés en Virginia era interrogado a propósito de si era patriota o legitimista, acusándole el comité de seguridad de espionaje en un clima que él calificaría, en su narración posterior, de fanatismo. Este viajero alude a la violencia de estos comités, a cómo enfrentan a unos

ciudadanos con otros en nombre de la libertad. En los relatos de los viajeros, es recurrente el de la intimidación de los patriotas a los legitimistas. En una visita a Carolina del Norte que realiza en 1775 una viajera de nombre Janet Schaw, ella aprecia el miedo que padecen los colonos a causa de las acciones de los revolucionarios, que les apremian a que se definan en el enfrentamiento. Las impresiones de Schaw fueron recogidas en sus cartas publicadas en 1921 con el título de *Journal of a Lady of Quality; Being the Narrative of a Journey from Scotland to the West Indies, North Carolina, and Portugal, in the Years 1774 to 1776.*



La idea del triunfo del patriotismo fue representada en los grabados y pinturas de la época.

Los patriotas denominaban *Tories* a los legitimistas, un grupo compuesto sobre todo por administradores de la Corona, además de profesionales y hombres de negocios, la mayoría nacidos fuera de las colonias y miembros de la iglesia de Inglaterra. Se calcula que este grupo constituía un veinte por ciento de la población colonial al iniciarse la guerra. Hasta la Declaración de Independencia había un sentir generalizado de que la fractura social podía atajarse, pero la declaración acabó definitivamente con esta posibilidad. Los revolucionarios estaban ganando el control del territorio, pero los *tories* seguían más fuertes en Georgia y las Carolinas, además de en las colonias centrales. Nueva York y Pensilvania eran suelo legitimista y de enorme ferocidad en los enfrentamientos y combates. Por su parte, los patriotas no tenían conmiseración a la hora de humillar y acosar en público

a los legitimistas, aunque fueran civiles. Esta gente, al lado del poder inglés, carecía en cambio de organizaciones políticas y contaban tan solo con el apoyo de las unidades regulares del ejército británico, no siempre disponibles para su defensa. Además de los funcionarios y los militares, los legitimistas podían ser pequeños granjeros, tenderos o artesanos recién llegados de Inglaterra, vinculados en algún caso a la población patriota y con o sin parientes entre sus filas.

Uno de los grupos de legitimistas más notable era el de Nueva York, donde permanecieron hasta 1783 y desde donde organizaron su exilio. La mayoría de los dueños de granjas en Nueva York eran legitimistas, también lo eran los holandeses que vivían allí o en Nueva Jersey. Los legitimistas que huían de otras zonas acaban refugiándose en Nueva York. Durante el movimiento del ejército continental hacia el sur, en 1777, las familias legitimistas del norte de Nueva York y de Vermont se aprestaron a defender el territorio, dejando sus granjas y familias a cargo de las mujeres. También acogían a los prisioneros que lograban huir de los patriotas y proveían de alimentos a los que iban al norte a luchar. Pero en muchos casos no era sencillo discernir quién era leal y quién patriota en las poblaciones. La desconfianza y la prudencia marcaban las relaciones interpersonales.

El secretismo, el recelo, la mentira y la traición eran habituales incluso en las familias, a veces rotas por la guerra. Pero lo que más temían los civiles legitimistas era que cualquiera de sus acciones públicas —por ejemplo acudir como voluntario al ejército— pudiese causar daño a los suyos. Al abandonarlos para ir al ejército, el vecindario no respetaba a la mujer o a los hijos que quedaban en casa, de manera que el colono, ahora soldado legitimista, sabía que a su regreso podía fácilmente haber perdido a su familia y su hogar. En 1775, sin embargo, en algunas colonias del sur el enfrentamiento entre patriotas y legitimistas se veía como un asunto ajeno, producido por los intereses de las élites de Nueva Inglaterra. Los colonos de algunas áreas alejadas de los teatros de operaciones, de origen alemán, escocés o irlandés, pero no inglés, discrepaban de los patriotas y de sus

líderes, por quienes no sentían simpatía. Tampoco sentían apego por los legitimistas que se acercaban a reclutarlos. En Carolina del Sur, los colonos se consideraban aún gentes de frontera que valoraban y defendían su independencia por encima de todo y pensaban que era posible mantenerse al margen también de los reclutamientos de las milicias de los patriotas.

Los legitimistas más concienciados defendían una cultura política británica que no era sino una suma de protestantismo y libre comercio. Los británicos —la dinastía Hanóver y la política Whig esbozada por William Pitt a mediados de siglo— defendían el equilibrio de las potencias europeas que ellos vigilarían mediante el ejercicio de control de los mares (*The Blue Water Vision*). Los legitimistas creían en este principio, en la política llevada a cabo en el Parlamento británico, en la esencia de la tradición inglesa y en su constitución. Para ellos, la representación de los colonos americanos estaba suficientemente satisfecha en el Parlamento de Londres. El triunfo revolucionario no disolvió, ni mucho menos, la esencia de la lealtad de los legitimistas a Gran Bretaña. En muchos casos les reafirmó en sus convicciones y, por medio de la diáspora a la que obligaba el exilio, sirvió para difundir por otras tierras —Canadá, principalmente— la peculiar visión del colonialismo inglés.

El pacifismo religioso consustancial a algunas comunidades de colonos se diluyó durante la revolución. Aunque se oponían a la guerra, dejaron que sus hombres se enrolaran en las milicias o que pagaran sustitutos para cubrir el servicio. No obstante, las iglesias más rigurosas con el pacifismo no consideraban aceptables estas sustituciones, siendo muy estrictas a la hora de implicarse en la guerra, por ejemplo ayudando a las milicias o contribuyendo a mantener su equipamiento. Los cuáqueros, los menonitas o los baptistas alemanes (*dunkers*) se negaban a realizar juramentos de lealtad patriótica ni de ninguna otra clase, lo que solía llevarlos a la cárcel y a ser condenados por traidores. Hasta 1778, los pacifistas hicieron llamamientos constantes a la paz y expresaron su negativa a luchar en las asambleas de los estados y comités de seguridad, demandas que han quedado recogidas en los archivos coloniales. Argumentaban en función de sus escrúpulos hacia la violencia y se ofrecían a colaborar mediante el rezo y la atención a los enfermos.

ESTRATEGIA Y COMANDANTES

El ejército británico no solo era singular en la época por su Armada; su estructura logística y administrativa era también excepcional. Gran Bretaña tenía dos mandos de ejército, el británico y el irlandés. El *Ordnance Department* llevaba el control de la artillería, las municiones y los trabajos de ingeniería. Un secretario de la guerra, un comandante en jefe y dos secretarios de Estado, civiles, se ocupaban de la dirección y la estrategia. La cooperación en la cadena de mando resultaba casi siempre eficiente. Tampoco deben olvidarse otros recursos esenciales, como la alta disciplina de la oficialidad británica y la excelente dotación material de las grandes unidades tácticas del ejército inglés. De manera que, de entrada, el choque entre soldados británicos y milicias americanas solo podía ser desigual. La estrategia militar fue consecuencia de las condiciones militares y financieras en ambos casos, el inglés y el angloamericano. Los dos ejércitos coincidían en valorar que el territorio americano era demasiado extenso como para pensar en que Gran Bretaña desplegara tropas de ocupación en los puertos, las ciudades y el campo. De manera que la única estrategia asumible en el comienzo de la guerra era el bloqueo económico y de los puertos, además de la ocupación de las principales ciudades: Filadelfia, Boston, Newport y Nueva York. A ello se dedicaron los ingleses durante los años 1776 y 1777. Ante esta estrategia, al ejército continental no le quedaba otra opción que sostener una guerra de desgaste. Evitando grandes choques los patriotas preservaban fuerzas, y a la larga, en suelo hostil, era previsible que el ejército británico se debilitara.

Los artilleros estaban considerados en esta guerra tropas de élite. Sin embargo, su pericia no era indiscutible porque, al ser en su mayoría iletrados, tampoco sabían cómo llevar a cabo los cálculos que precisaba un buen disparo. La tradición de la artillería británica tenía antiguas raíces con el uso de las bombardas. Había además morteros de gran tamaño para uso terrestre o marítimo, fabricados en bronce y hierro. En 1775 los ingleses disponían de una amplia tipología de morteros, hasta nueve distintos para el *Land Service* —situados en posiciones elevadas— y cuatro para el *Sea Service*, desplazables por el campo de operaciones, y desde luego mucho más mortíferos que los mosquetes y las pistolas. El mortero más pequeño

era conocido como Coehorn, por el barón de Coehorn, director de artillería del ejército holandés un siglo atrás y del que se adoptó el diseño. Solo necesitaba a dos o tres hombres para moverlo. Los obuses usados por los británicos fueron en principio bombas cargadas con dispositivos de pólvora, pero evolucionaron como el resto de las armas. En esta guerra los dos ejércitos manejaban cañones estándar de carga de boca lisa, que poco habían cambiado desde el comienzo de la lucha. La guerra sirvió a la formación de un ejército, cuyos efectivos y recursos se centralizaron en West Point al firmarse la paz. Se redujeron las unidades militares por mandato del Congreso y los regimientos de caballería se dispersaron.

Del lado angloamericano se ha estimado que durante la guerra de Revolución sirvieron en el ejército continental unos cien mil hombres, más o menos el doble de los que componían la milicia, dedicados estos en su mayoría a la defensa del frente doméstico, lejos de los choques principales de tropas. Las milicias también actuaban en la población civil a modo de policía, y cuando hacía falta reforzaban a los ejércitos. Por lo general, los milicianos no estaban movilizados más de tres meses. Este tiempo fue el mismo por el que el presidente Lincoln llamó a combatir por primera vez a los voluntarios unionistas en 1861. Las milicias no tenían en principio el apoyo de los rebeldes en todas las regiones. Algunos americanos las consideraban ineficientes. Los milicianos no siempre eran jóvenes y su preparación dejaba mucho que desear. Sin gran experiencia en el combate, los oficiales se quejaban de que a veces en las batallas eran más un problema que una ayuda. Por ejemplo, en Camden, Carolina del Sur, en agosto de 1780 los milicianos tiraron las armas y echaron a correr ante la mera visión de los Casacas Rojas, tal era el pánico que les provocaban. Sin embargo, la guerra de Revolución estuvo repleta de momentos heroicos protagonizados por las milicias. Por ejemplo, en 1775 en Bunker Hill, en la victoria de Trenton en 1776, o en Saratoga en 1777 —batalla en la que la mitad de los soldados rebeldes eran milicianos— o en King’s Mountain, Carolina del Sur (1780), etc. Y también fueron muy bien valoradas en sus acciones las milicias comandadas por Nathanael Greene, que fue esencial en las últimas derrotas de los ingleses en Carolina del Norte. En la memoria de esta guerra, incluso en la de los británicos, las milicias de americanos tienen un lugar para el reconocimiento y el recuerdo.

Pero nada de lo anteriormente mencionado a propósito de la organización de las fuerzas enfrentadas hubiera sido relevante sin el liderazgo militar de un conjunto de figuras de cuyo relieve histórico —éxitos y fracasos— dan fe tanto sus biografías como la documentación de la época. Comenzando por el ejército británico, ya formado y con una trayectoria reconocida, fueron destacables las comandancias de Henry Clinton, comandante en jefe durante prácticamente toda la Revolución, de Thomas Gage, en las batallas de Lexington y Concord, de William Howe, que reemplazó a Gage y tomó Nueva York y Filadelfia, de Guy Carleton, al frente de la defensa de Quebec y responsable de la liberación de los esclavos que se unían a los ingleses, de John Burgoyne que, no obstante, perdió la batalla de Saratoga, de Charles Cornwallis, general con altas capacidades pero que fue el último gran perdedor de la guerra en Yorktown, o de Banastre Tarleton, conocido como «el oficial más odiado de América» por la crueldad con que se empleó contra los rebeldes en las regiones del sur.



En el famoso retrato del general John Burgoyne, obra del pintor Joshua Reynolds (1766), se le ve ataviado con el uniforme de la 16.ª Compañía de dragones ligeros (Frick Collection, Nueva York).

Los generales americanos eran más bisoños en el liderazgo, aunque algunos habían formado parte de las tropas inglesas en las guerras anteriores. Fueron esenciales los generales George Washington y Horatio Gates, figura de gran relieve público pero en constante controversia con Washington, responsable final del desarrollo de la guerra; Benedict Arnold, héroe y traidor a partes iguales, Nathanael Greene, mano derecha de Washington y hacedor de los éxitos de la campaña en el sur, Henry Knox, bravo y jovencísimo oficial, Charles Lee, crítico de Washington que creía merecer el liderazgo del ejército continental, el marqués de Lafayette, aliado inquebrantable de los americanos, Benjamin Lincoln, que recorrió luchando el territorio desde Massachusetts hasta Charleston, o el barón Von Steuben, estratega prusiano en el ejército continental, entre tantos otros.

HIMNOS Y BANDERAS

Toda lucha por la libertad que se precie ha tenido sus himnos y canciones. Al escucharlas comprendemos mejor qué pasaba por la mente de aquellos que combatían y también qué veían en ellos los civiles a quienes defendían con su vida. La música en esta guerra estuvo definida por el uso de tres piezas instrumentales clásicas en el mundo colonial: el tambor, la flauta travesera y el cuerno. Los tres instrumentos jugaban un papel fundamental en las batallas del siglo XVIII. El tambor mantenía el ritmo de los soldados en las marchas e indicaba el tipo de marcha que los oficiales imprimían al grupo, servía además como vehículo de comunicación en el campo de batalla, indicando cuándo cargar, apuntar y disparar. Los tamborileros eran casi niños que se llevaban la peor parte en el choque armado, pues el enemigo daba por hecho que sin este vehículo de comunicación el ejército perdía su organización y se hacía vulnerable. Matar al portador del tambor era el objetivo primordial. Las melodías de los himnos eran tocadas con la flauta, generalmente de madera de ébano. Similares a los modernos *piccolos*, carecían de llaves. El del tambor y el de la flauta son los sonidos más evocadores de la guerra de Revolución estadounidense, pero no hay que perder de vista el papel jugado por silbatos y cuernos.

La música de aquel tiempo, que inspiraba las tonadas militares en América, tenía una clara raíz colonial, incluso si esta había estado limitada por la tradición puritana de Nueva Inglaterra, muy poco dada a las expansiones lúdicas, que dirigía el canto hacia la prédica y alabanza a Dios en las iglesias y evitaba el uso de instrumentos. Pero no en todas las colonias había calado un talante tan estricto. La música era un vehículo de entretenimiento en Pensilvania, en Nueva York y en las colonias meridionales. Un compositor propiamente estadounidense fue Francis Hopkinson, todo un personaje en la vida pública de Filadelfia, amigo de Washington y autor de canciones y piezas musicales muy alabadas en su época y que puso música a la propia Declaración de Independencia. Otros autores locales muy celebrados serían James Lyon y William Billings. Piénsese, no obstante, en la peculiaridad de las músicas de todos ellos al compararlos con algún coetáneo europeo como Ludwig van Beethoven. Estos modestos autores, músicos en cualquier caso, pusieron las bases de una parte la tradición angloamericana durante los años revolucionarios. Su obra llegaba a la gente en los campos de batalla, en las ciudades y en las iglesias, si el repertorio lo permitía. Los alemanes asentados como colonos o luego como combatientes trajeron consigo la tradición orquestal y coral. En la segunda mitad del siglo era habitual que en las ciudades se celebrasen conciertos, pero con la guerra el Congreso Continental hizo público un decreto (1774) por el que desaprobaba cualquier forma de «extravagancia y disipación», incluyéndose los espectáculos.

La tonada patriótica más popular en aquellos días es sin duda *Yankee Doodle*, obra de un cirujano de la guerra franco-india llamado Richard Shuckburg. En esta sátira, el título alude con mofa a los yankis o colonos de Nueva Inglaterra, y a los patriotas les gustaba tanto que forzaban a los prisioneros ingleses a bailarla. La canción *Stony Point* conmemoraba las acciones de Washington y Wayne para recuperar Stony Point (1779), y el dicho patriótico «United we stand, divided we fall» proviene del espíritu de otra canción, en este caso anterior: *Liberty Song*, publicada en 1768 en la Gaceta de Boston y algunos de cuyos versos acabaron en la tonada popular,

Heart of Oak. Joseph Warren, miembro de los Hijos de la Libertad, escribió otra canción mítica: *Free America*, que expresa el sentimiento de rebeldía entre la gente. Casi todas las tonadas y marchas de la época tenían una forma similar, fácilmente reproducible y apta para situaciones de grupo o camaradería.

La guerra de Revolución fue un auténtico muestrario de enseñas y banderas. Los fundamentos de casi todas ellas procedían de las británicas en su desarrollo colonial durante el siglo XVIII. De 1707 era, por ejemplo, la enseña colonial roja, adoptada por la reina Ana para las colonias. Dominaba el color rojo porque era muy visible en el mar. La expresión de las protestas coloniales quedaba sintetizada en las banderas de la Libertad, diversas y habituales en todas las colonias antes de la Revolución. En ellas se expresaba la lealtad a la Corona, pero también se hacía referencia a la unión de las colonias contra las políticas inglesas. Los Hijos de la Libertad usaban una bandera para protestar contra los impuestos, y la exhibían bajo el Árbol de la Libertad de Boston, un olmo bajo el que se reunían y que los ingleses acabarían cortando, pero que los colonos sustituyeron por un poste. La bandera que llevaban consigo los colonos tenía inicialmente nueve rayas rojas y blancas dispuestas en vertical, aunque luego serían trece y en horizontal, las Barras Rebeldes, que acabarían colgando de este poste.



Se conserva la bandera estadounidense conocida por Betsy Ross, utilizada en Valley Forge (1776).

En 1771, el famoso poste fue erigido en el centro de la ciudad de Schenectady, en Nueva York, como protesta por la interferencia de las políticas inglesas en los asuntos locales. De él colgaba un enorme cuadrado de seda azul en el que se había insertado la palabra *Freedom*. Esta bandera fue muy popular durante la revolución y es una de las pocas banderas prerrevolucionarias, cosidas a mano, que se conservan, en concreto en el Museo de la Sociedad de Historia del Condado de Schenectady. En 1775 Washington usó una enseña de campaña que provenía de la bandera característica de Nueva Inglaterra con la representación de un pino y una invocación al cielo, algo que se necesitaba para hacer frente a la armada más poderosa del mundo en aquellos días. La bandera Grand Union, que incluía los colores ingleses y las barras revolucionarias, nunca fue aprobada por el Congreso Continental, pero se usó entre 1775 y 1777. Se hacía con facilidad y representaba a todos. Regimientos, colonias primero, estados luego, condados y municipios…, cada cual portaba su bandera.

Pero la gran bandera que recoge a los estados y el hecho revolucionario, excluyendo la enseña británica, es la conocida bandera de Betsy Ross que, según la tradición, se confeccionó en junio de 1776 a partir de un diseño del general Washington. La leyenda añade que se decidió usar estrellas de cinco puntas porque eran fáciles de confeccionar. Cierto o no, los diseños posteriores de John Trumbull, quien fuera ayudante de Campo de Washington, para la bandera nacional en el Capitolio recurren a las barras y estrellas utilizadas en 1776. La Grand Union Flag (1776) fue la primera bandera continental: una combinación de los colores del rey de Inglaterra —rojo y blanco— con las barras, trece, que representan a las colonias en su unión. Washington usó esta enseña para celebrar la formación del ejército continental en el primer día de 1776, izándose la bandera en Prospect Hill, Sommerville, junto a los acuartelamientos situados en Cambridge, Massachusetts. A raíz de la alianza con Francia, entre 1781 y 1782, la bandera añadiría una pequeña Flor de Lis borbónica.

LA DIFÍCIL TAREA DE UNIFORMARSE

Conocidos generalmente como Casacas Rojas y llamados despectivamente por los colonos *Lobster back*, ('espaldas de langosta'), los soldados británicos en América eran el vivo ejemplo de la uniformización y la estandarización en el ejército. Fundamental en su atuendo, todos los Casacas Rojas usaban el mismo tipo de sombrero, aunque había variaciones puntuales. La infantería o granaderos llevaban gorros de piel de oso con borla y visera, los dragones lucían un gorro con un penacho de crin de caballo. A los reclutas se les distribuía el uniforme y luego se les deducía el coste en cuotas mensuales. Los galones de los oficiales se exhibían en las hombreras. El regimiento se identificaba en los botones, placas del cinturón y otros accesorios. Los civiles legitimistas también podían indicar el regimiento en la botonadura. La primera manufactura de espada británica estándar, *Hanger*, se había producido en 1751, su hoja era ligeramente curva y tenía cerca de setenta centímetros de longitud. Era el arma que también utilizaban las tropas auxiliares alemanas y era, en su fundición, de una calidad excepcional. En el mando, los oficiales británicos que se incorporaban estaban obligados a leer y a consultar un manual llamado *The Military Guide for Young Officers*, de Thomas Simes, que siempre solían portar con ellos.

Como fuerzas auxiliares en los ejércitos británicos había treinta mil soldados alemanes, especialmente los procedentes de Hesse, que portaban uniformes coloristas típicos de las guerras europeas de aquel siglo. Llevaban las enseñas de sus regimientos, cada cual a su estilo y reflejando en ocasiones el de sus comandantes. Los soldados de Hesse usaban un excelente calzado, y los oficiales portaban espadas cortas cuyo manejo era peculiar y requería gran instrucción. Se les distinguía por el gorro alto, similar al de los granaderos ingleses. Pero algunas otras tropas de alemanes portaban tricornios. En junio de 1775, el ejército colonial de Nueva Inglaterra defendía Bunker Hill del ataque británico que buscaba romper el asedio estadounidense de Boston. Cada contingente vestía uniformes locales, pero el de Virginia se distinguía por las camisas de cazador de tono ceniza, las calzas ajustadas y los prácticos sombreros redondos. Pocos días después, Washington, nacido en Virginia, luciría la vestimenta formal de la milicia. La preferencia de Washington por este atuendo propio de las milicias de Virginia se fundamentaba en que era cómodo y barato. De modo

que se impuso durante el año 1776, aunque no definitivamente. A lo largo de la guerra no habría un uniforme estadounidense propiamente dicho y era habitual que los veteranos de las guerras franco-indias usaran sus viejos uniformes. La disciplina en el vestir no estuvo precisamente entre las virtudes del ejército colonial. Un tema esencial era quién costeaba los uniformes, normalmente los responsables de las compañías locales.

El azul oscuro fue imponiéndose como un color predominante en las casacas —generalmente largas, a la moda de aquellos años— para diferenciarlas del rojo que vestían los ingleses, pero no se descartaban otros colores, como el verde (especialmente entre los fusileros) o el gris. El color del uniforme daba identidad a la compañía y debía servir para identificarla en la batalla, pues el humo de la artillería provocaba un caos que desdibujaba al enemigo. El verde usado por los tiradores de precisión acabaría siendo la base para el uniforme de camuflaje. El estilo de esta ropa militar se inspiraba en la sociedad civil, por ejemplo el gusto por el sombrero de tres picos, tachonado con escarapelas rojas, amarillas o negras según el grado del oficial. El tricornio se fue perdiendo a medida que la sociedad civil lo abandonaba. Los dragones ligeros del ejército continental vestían de azul con remates y botones en blanco. Los botones, por lo general, se hacían de estaño, y podían llevar inscritos los datos del regimiento. Los sombreros eran de cuero y latón, adornados de crin de caballo. Para portar los mosquetes y las bayonetas, los soldados de ambos ejércitos usaban un engranaje similar que sostenía, además, una caja de cartuchos, el cuerno de la pólvora, un rifle y la cantimplora. Además llevaban un zurrón con las raciones de comida y una mochila con sus objetos personales. Los oficiales tenían dos espadas, la de las ceremonias oficiales y la de diario, para las batallas. Se las consideraba parte del uniforme, emblema de su rango y casi un elemento más del cuerpo de un oficial. Eran fiables, más sin duda que las toscas pistolas de oficiales y jinetes.

Puesto que vestir al ejército era una prioridad, el general Washington otorgó el cargo de general de Vestimenta (*General Clothier*) al general James Mease. Pero la organización resultó casi caótica, en parte porque la población civil no participaba en la dotación de los uniformes. Solo hacia 1778 se había formalizado el azul como color de tropa y oficiales, usándose

también el marrón para la ropa de repuesto porque era más fácil de conseguir. Durante la guerra, la falta de uniformes era un problema, hasta el punto de que se canjeaban por *whisky*. Como a los soldados británicos, a los continentales se les llegaría a deducir de la paga la cantidad de un dólar y tres cuartos para costear su ropa. Para hacer frente a la escasez de tejido azul en 1776, el Congreso creó un comité secreto que debía contratar a comerciantes de Nueva Inglaterra para importar la tela desde Francia. El tejido debía ser resistente para soportar las largas marchas por el terreno americano.



George Washington fue retratado antes de la batalla de Trenton por John Trumbull.

Excepcional fue el encargo realizado por el congreso entre 1777 y 1778 de cuarenta mil uniformes para un ejército que crecía. La producción llegaría de Francia año y medio más tarde. Existía menos problema con las camisas de lino, que se hacían en las manufacturas domésticas en las granjas. Un dato que conviene no subestimar es la falta aún de técnicas industriales que permitiesen la producción en masa de ropa, incluyendo cordones de zapatos, botones… y cualquier otro elemento necesario para vestir. Prácticamente todo había de fabricarse a mano, desde las cajas de

cuero para la munición hasta los sombreros. Artesanos y costureras tenían un papel fundamental en este proceso. El problema del calzado militar era aún mayor, pues los zapatos que se hacían a diario no guardaban la forma del pie izquierdo y el derecho, y además tampoco se contemplaban tallas. Se diseñaban para la caballería, pero no para la infantería. Así que muchos soldados optaban por calzar mocasines, cuando no por cubrirse los pies con tiras de mantas o ir descalzos (por ejemplo en Valley Forge). El de 1778 fue un año crítico en la vestimenta de los soldados, porque lo era también para los tejidos que necesitaba la población civil debido al bloqueo. Washington ordenó ser más agresivo con la captura de barcos, independientemente de su dueño y destinatario. Se recurrió a capturar material en los almacenes del enemigo para proveerse de telas.

En las reclutas los soldados aportaban veinte dólares para proveer sus propios suministros, que eran de su propiedad: dos camisas de lino de las llamadas de caza, dos conjuntos de sobretodo o mono, un par de pantalones, chaqueta de cuero o lana con guantes, sombrero o gorra, dos camisas y dos pares de zapatos. En la batalla era reglamentario llevar la pesada casaca que reflejaba los colores, independientemente del calor, aunque en algunos casos había versiones más ligeras hechas de lino. El paso decisivo hacia la uniformización se realizó en 1779. Tomando el azul y el blanco para la base de los uniformes, se usarían diversos colores en los remates y botones para indicar los regimientos de los estados. El rango se exhibía en las hombreras siguiendo el estilo de los uniformes ingleses.

Los soldados americanos, al igual que los ingleses, no usaban barba. El vello en el rostro masculino era casi un tabú en la sociedad civil del siglo XVIII. A las tropas inglesas se les obligaba a afeitarse al menos cada tres días, interpretándose el afeitado como la acción más importante en la higiene personal de los soldados. La popularmente conocida como camisa era el equivalente a lo que hoy entendemos como ropa interior, por ello no podía lucirse abiertamente en público si no era con una casaca o chaqueta, pues de lo contrario se interpretaba que el hombre en cuestión se presentaba desnudo. En los trabajos más duros dentro del ejército continental los soldados se quedaban en camisa, una pieza por lo general muy larga que podía llegarles a la rodilla. Lino, algodón o franela ligera eran los tejidos más comunes en su confección. Y sobre el collar del cuello de la camisa,

por supuesto, todos estos hombres, desde los oficiales hasta los soldados rasos, procuraban llevar algún tipo de corbata o lazo, generalmente negro. Los pantalones con el borde inferior por debajo de la rodilla eran los habituales. Debido a que tenían que resistir los embates de un día a día duro, se hacían de cuero también. Las casacas, con o sin mangas —pese al tabú que restringía la mirada sobre las mangas de las camisas masculinas— eran la parte más lucida del atuendo. Los patriotas comenzaron a llevarlas sin mangas en momentos de mucho calor. Se hacían a medida, ajustándose al cuerpo de su dueño. Su variedad y tipología en la confección eran signos preferentes de posición social. La guerra desarrolló una prenda peculiar, un sobrepelliz muy útil a caballo o en las situaciones atmosféricas más difíciles.

Los tempranos servicios de inteligencia

La guerra de Revolución supuso el comienzo no oficial del servicio de correo. Durante la contienda, hubo correos —personas— que anticiparon ya el transporte habitual de notas y cartas en las que se incluían informaciones relevantes para la guerra. Hoy los archivos americanos y británicos conservan numerosas cartas incautadas a los correos por el enemigo. Cartas de generales a generales, o de ciudadanos a autoridades, y viceversa. Algunas, como la de George Washington a su dentista —fechada el 29 de mayo de 1781 y custodiada en la Clements Library— ponen la nota de realismo que necesitan las narraciones sobre las guerras, con la referencia a las necesidades cotidianas del comandante en jefe que le explica al sanitario —doctor Baker— los problemas que tiene con la dentadura postiza que le ha hecho y le pide consejo, asegurándole que, en cuanto pueda, irá a Filadelfia a pagarle sus servicios. Los colonos recorrían buenas distancias a caballo, principalmente para alertar de la llegada de las tropas británicas, gritando si era el caso: «¡Que llegan los ingleses!». Estos correos se jugaban la vida. El más conocido fue Paul Revere, que alertó a las tropas de Concord y Lexington de la llegada de los británicos. Las señales de los correos, realizadas con linternas y fogatas, podían indicar que una población debía ser evacuada.

El mundo de la inteligencia y del espionaje durante la guerra tuvo nuevamente en George Washington un buen innovador. El general creó un eficiente sistema de espías infiltrados en las filas enemigas que reclutaba tanto entre los patriotas como entre los legitimistas. El espionaje y el contraespionaje estuvieron a la orden del día en esta guerra. Washington, además, desarrolló tempranas prácticas de seguridad nacional y métodos de propaganda eficientes. En términos contemporáneos, Washington se convirtió en lo que podríamos entender como un especialista en inteligencia que apreciaba la escritura de informes detallados. Dio a sus generales instrucciones precisas sobre la importancia de la información en la guerra y consiguió que el Congreso Continental le dotara de fondos específicos para desarrollar el servicio secreto: papel moneda y oro que él apreciaba especialmente para pagar a sus informantes y agentes.

Washington tenía especial cuidado en dirigir él mismo todas las operaciones de inteligencia, incluso si eran sus generales los que estaban al mando en cada caso. Responsabilidad importante en este asunto tuvo Joseph Reed, secretario, general adjunto y oficial de intendencia o *Quarter Master*, a quien sucedió Alexander Hamilton, uno de los principales actores en el diseño y puesta en práctica de las operaciones de inteligencia. A Elias Boudinot, que era comisario general de Prisiones, se le asignaron además tareas de inteligencia, pues desde su cargo se accedía mejor que desde ningún otro a conocer qué pasaba en las filas enemigas. En 1778 se nombró jefe de Inteligencia al brigadier general Charles Scott, seguido por el coronel David Henley y por el comandante Benjamin Tallmadge. Este último se infiltraba personalmente en territorio británico para reclutar agentes. Durante la batalla de Long Island, el fallo de los sistemas de información convencería a Washington de que era preciso dotar al ejército de una unidad especial dedicada a la inteligencia. De modo que la primera unidad de este tipo fue creada en 1776, eran los *Knowlton´s rangers*, dirigidos por Knowlton, un experto procedente de las guerras franco-indias. Este destacamento —dotado de ciento treinta hombres y veinte oficiales—

realizaba todo tipo de misiones encubiertas y rendía cuentas directamente a Washington. Además, hubo oficiales patriotas de diverso rango destacados por su trabajo en inteligencia. Algunos nombres fueron Eli Leavenworth, Alexander Clough, Elias Dayton, John Clark, Allan McLane, Charles Craig o Thomas Mifflin.

Los patriotas contaban con redes de espionaje. De entre las más conocidas, la llamada red de los mecánicos, de Boston, constituida por artesanos y agricultores que ya en la época de las protestas contra las tasas inglesas habían actuado como nodos de resistencia. Su centro de reunión era la Green Dragon Tavern. En Boston, saboteaban y robaban equipamiento militar británico, y su líder, Paul Revere, organizaba patrullas que controlaban los movimientos de los soldados ingleses. Sin embargo, no estaban profesionalizados, por lo que en ocasiones ellos mismos tenían infiltrados británicos entre sus filas. Los movimientos de Paul Revere y los «mecánicos» fueron decisivos en algunos momentos de la guerra para salvar a los líderes patriotas de las acciones de los británicos, al lograr avisar a John Adams y a John Hancock, en Lexington, de que eran objetivos de una operación enemiga, misión que completaría alertando a los patriotas de Concord, todo ello siendo apresado y liberado por los británicos en su misión. En otra de sus peligrosas aventuras, este agente, Revere, llevó a New Hampshire, en diciembre de 1774, la información de que el general inglés Gage pretendía tomar Fort William y Mary, lo que permitió organizar en primer término la defensa y cubrir sin bajas la retirada de los soldados hasta Bunker Hill.

El Comité de la Correspondencia, enseguida denominado Comité de la Correspondencia Secreta (1775) fue organizado por el Segundo Congreso Continental para abordar la inteligencia en el panorama internacional. Desde esta institución se financiaban y acometían las labores de información con los afines a los patriotas en el exterior, especialmente en Inglaterra. Sus componentes fueron Benjamin Franklin por Pensilvania, Benjamin Harrison por Virginia y Thomas Johnson, de Maryland, a quienes más tarde se uniría James Lovell, conocido por los británicos por sus actividades de espionaje. En esta comisión se veían los cifrados de los mensajes en el exterior y se organizaban operaciones secretas, también de propaganda. A finales de 1775, un agente francés que proporcionaba

comunicaciones regulares con británicos y escoceses pudo, por ejemplo, entrar en Filadelfia bajo la identidad de un comerciante flamenco. Renombrado como Comité de Asuntos Exteriores (17 de abril de 1777), el Comité de Correspondencia Secreta expandía sus competencias al terreno de la diplomacia, en un primer paso para lo que en 1781 se conocería con la denominación actual de Departamento o Secretaría de Estado. Entretanto, el Comité formado en 1775 para cuestiones de inteligencia se manejaba con secreto absoluto, destruyendo los informes y archivos de las operaciones que acometía, o navegando sus emisarios en alta mar bajo bandera extranjera. Le preocupaba especialmente conocer dónde se ubicaban los arsenales de armas y munición del enemigo.

Otro comité (1776), mandado por el Congreso, tenía la misión de hacer justicia con quienes pasaban información o suministros al enemigo y analizar las leyes de la guerra para decidir qué tipo de castigo merecía el espionaje contra los patriotas. A la altura de 1775 este era un problema de cierto calado que preocupaba a Thomas Jefferson y a John Adams. A falta de leyes para los civiles, las de rango militar eran inadecuadas para tratar los casos de detención de espías no militares. La pena de muerte por espionaje fue establecida por el Congreso Continental (1775) en las leyes o articulado de guerra, si bien no tenía aplicación retroactiva. La primera ley sobre espionaje se promulgó en agosto de 1776. Establecía el encarcelamiento en campamentos o fortificaciones y la aplicación de la ley marcial para cualquier espía. En 1778 se ampliaba la acción punitiva de la ley a todos aquellos cuyas acciones de inteligencia o espionaje en otros estados supusieran la captura y muerte de patriotas. El Comité o Comisión para Descubrir y Vencer Conspiraciones, *Committee for Detecting and Defeating Conspiracies*, era una organización orientada a la contrainteligencia a partir de grupos de patriotas dentro de Nueva York (1776). Era algo así como un servicio secreto, sito en aquella ciudad, con capacidad para arrestar, retener o deportar a los no patriotas o subversivos, con una milicia específica a su servicio de cara a la ejecución de todas las operaciones. Este comité se ocupó de más de quinientos casos de contrainteligencia, en su mayoría bajo la supervisión de John Jay.

La inteligencia tenía gran utilidad para que los americanos pudieran compensar la superioridad británica en tropas y armamento. En este sentido, cualquier treta podía cobrarse un gran éxito militar: desde redactar falsos documentos con la finalidad de que cayeran en manos enemigas hasta permitir que los correos con información falsa fuesen apresados por los ingleses, que podían llegar a creer que los rebeldes tenían una operatividad mayor a la real. Gracias a una operación de engaño, los británicos llegarían a creer que Filadelfia estaba rodeada por cuarenta mil soldados patriotas cuando en realidad solo lo estaba por tres mil. A este tipo de operaciones se les unía, además, la propaganda. Para los patriotas era fundamental evitar que se uniesen a los ingleses tropas de otros países europeos. En concreto, preocupaba la contratación de los mercenarios de Hesse, Alemania, y el Congreso Continental llegó a elaborar un plan para alentar a estos y a otros extranjeros a abandonar las filas de los Casacas Rojas. A los desertores alemanes se les ofrecían tierras gratis y un proyecto de vida en América. Los panfletos que proporcionaban esta información se hicieron pasar al campo enemigo camuflados bajo la forma de paquetes de tabaco que llevaba un soldado, supuesto desertor, cuya misión era contactar con los soldados de Hesse. Benjamin Franklin fue un maestro a la hora de ingeniar este tipo de manejos. Por ejemplo, escribió un reportaje para la prensa en el que describía cómo los indios aliados de los británicos arrancaban el cuero cabelludo a los colonos, a sus mujeres y niños, y a los soldados, llegando a extraer la masa encefálica de las mujeres muertas; o intentó, mediante un informe elaborado en Francia en 1777, transmitir a las autoridades alemanas que las bajas entre los mercenarios de Hesse eran mucho más elevadas de lo que los británicos decían, por lo que el príncipe de Hesse estaba siendo recompensado con la sangre de sus súbditos muertos.

En esta guerra se incorporan ya conceptos muy contemporáneos en el ámbito de la inteligencia, por ejemplo la figura política del secreto de Estado tal como hoy la entendemos, o las maniobras de contrainformación. En 1777, Tom Paine divulgó a la prensa un conjunto de cartas en las que se daban detalles sobre la ayuda secreta de Francia a las colonias, de acuerdo a la documentación que custodiaba el Comité de Asuntos Exteriores. El Congreso angloamericano recibió entonces la protesta del ministro francés

o embajador para los Estados Unidos, Conrad Alexandre Gerard, que acusaba a Paine de una indiscreción intolerable. El Congreso rebatió en público la información de Paine, que fue apartado de su puesto: los Estados Unidos negaban haber recibido ayuda material alguna de Su Majestad el rey de Francia.

Operaciones especiales. El círculo Culper

La guerra de Revolución cuenta ya, además, con las operaciones especiales propias de la guerra contemporánea. Una operación especial fue, por ejemplo, la diseñada para intentar capturar al general Arnold, traidor a la causa patriótica. En 1780, Washington recibía un plan secreto para localizar y llevar a la horca al general desleal. Pero Washington no quería que Benedict Arnold fuese muerto o herido antes de ser puesto en evidencia ante la ciudadanía, por lo que dio instrucciones al respecto al Comandante Henry «Light-Horse Harry» Lee. La operación consistía en infiltrar un agente en las filas británicas para conseguir que se acercara a Arnold en calidad de sargento comandante de la Legión América, que comandaba Arnold. Fue la primera de tantas operaciones que se organizaron desde 1780 para capturar al «comandante de los traidores», como se denominaba a Arnold en el ejército estadounidense. Washington llegaría a autorizar otra operación encaminada a apresar al heredero de la Corona británica, el príncipe William Henry, futuro Guillermo IV, que se encontraba de visita de reconocimiento a la Armada en Nueva York. Sin embargo, falló el sistema de inteligencia y, alertados de la operación, los ingleses reforzaron la protección sobre el heredero de la Corona. Tras el final de la guerra, el embajador estadounidense en Londres contaría al rey Guillermo IV el plan de Washington, añadiendo la instrucción del general en el sentido de no causar daño ni ofensas al heredero inglés.

La nómina de los héroes patriotas del contraespionaje es extensa y plena de acciones singulares. Por ejemplo, el capitán David Gray de Massachusetts adoptó el papel de desertor que entra al servicio del coronel Beverly Robinson, de la inteligencia británica. Gray se convirtió en correo, y de esta manera y durante dos años los patriotas tuvieron acceso a buena

cantidad de despachos de los ingleses, en especial del comandante Oliver De Lancey, Jr., que era el jefe del Servicio Secreto inglés. Un agente destacado fue Enoch Crosby, veterano del ejército continental, que protagonizó decenas de misiones, en una de las cuales fue capturado él mismo en el seno de un grupo *tory* en el que se había infiltrado. El novelista James Fenimore Cooper se inspiró en Enoch Crosby para crear a su personaje central en *The Spy* (1821), que está considerada la primera novela de espías de la literatura inglesa. Sin embargo, no todo fueron éxitos en las operaciones de inteligencia y contrainteligencia que organizó Washington. El caso del general Benedict Arnold —héroe y traidor— es, en cierto modo, especial. Ha pasado a la historia de los Estados Unidos esencialmente por su condición de tránsfuga a las filas inglesas. Así, trabajó para los británicos durante la revolución dejando que sus coetáneos lo consideraran, no obstante, un general patriótico. Había tomado parte en los hechos iniciales de la revolución. Muy cercano al propio Washington, Benedict Arnold dio un giro a su actitud ante la guerra precisamente durante su estancia en Filadelfia al mando de las tropas americanas de ocupación. Allí entró en contacto con el oficial y espía británico John André. Tras la captura de André, Arnold huyó para refugiarse en la Nueva York ocupada por los ingleses. André fue ejecutado y Arnold recibió el puesto de general de brigada en las filas inglesas. Tras la derrota en Yorktown, Arnold y su familia se exiliaron a Londres, donde moriría en 1801.

En esta guerra abundaron originales tácticas de espionaje. El *Turtle*, por ejemplo, fue un batiscafo creado en la Universidad de Yale, considerado el primer submarino diseñado para el combate. En Yale se habían graduado Nathan Hale y Benjamin Tallmadge, al frente del servicio de inteligencia de Washington. Por su parte, Tallmadge, un joven oficial de caballería, había creado la red Culper de espionaje y junto a otro oficial, Hale, y a David Bushnel —constructor del *Turtle*— se ocupaban de llevar explosivos para hacer detonar los barcos ingleses en los puertos donde fondeaban. El *Turtle* era una pieza diminuta en la que apenas cabía el hombre que lo pilotaba y que fue llevada al puerto de Nueva York el 6 de septiembre de 1776 para

atacar al HMS *Eagle*. Tallmadge se ocupó de reclutar solo a los más fieles, el más importante de los cuales fue su amigo de infancia Abraham Woodhull, y a Caleb Brewster —el único espía reconocido por los británicos— que comandó una flota de balleneros contra los británicos y los legitimistas en Long Island.



El pequeño submarino angloamericano *Turtle* (1776) incorporaba una hélice.

En tanto que Tallmadge se ocultaba bajo la falsa identidad de John Bolton, el nombre de la red, Culper, deriva del nombre en clave de su líder, Abraham Woodhull, como Samuel Culper. Woodhull llevó a cabo una intensa actividad entrando y saliendo de Nueva York con el fin de recabar información sobre las maniobras navales. Su misión era estimar qué información era merecedora de llegar hasta Washington. Los despachos de Woodhull/Culper le llegaban al general por intermediación de Brewster primero, y luego de Tallmadge. La intensidad del riesgo que corría Woodhull era elevada, por lo que en 1779 reclutó a Robert Townsend, un comerciante de Nueva York con muchos contactos que habría de convertirse en la fuente de información más valiosa de la ciudad. A partir del verano de 1779, Woodhull escribiría como Samuel Culper, Sr., en tanto que Townsend

pasaría sus notas como Samuel Culper, Jr. El anillo o círculo Culper se completaría al incorporarse la figura del tabernero de Setauket, Austin Roe, que podía viajar a Manhattan bajo la cobertura que suponía tener que comprar suministros para su taberna. Anna Smith Strong, de Setauket, conocida de Woodhull, se introdujo también en este círculo de espías.

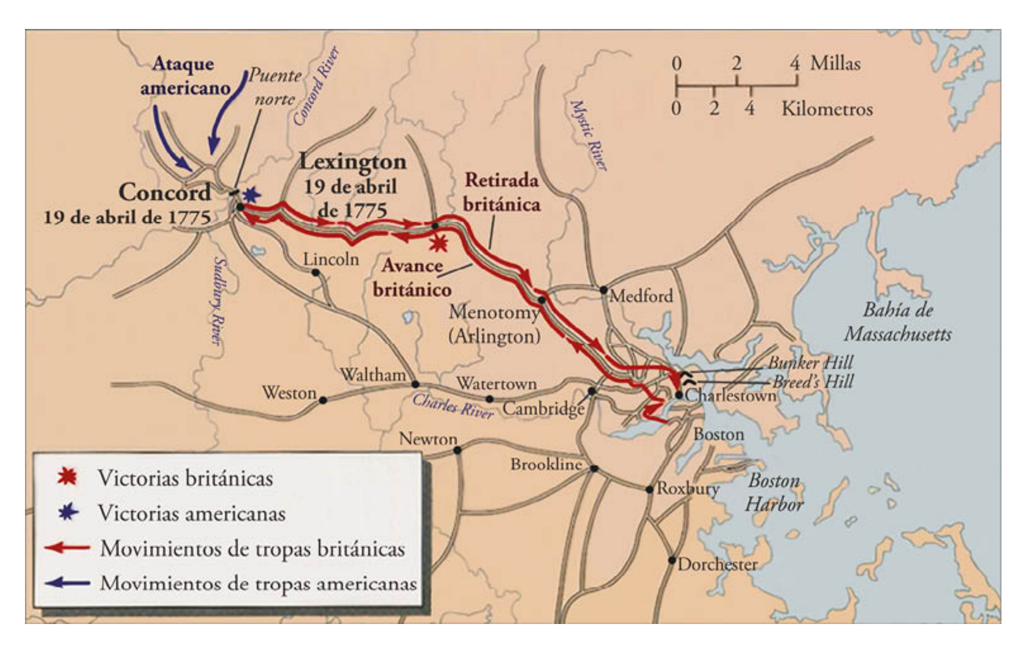
La correspondencia entre agentes descubrió en la tinta invisible una de sus aliadas más provechosas. En el frente fue habitual el uso de sistemas de encriptación en las cartas, por ejemplo la clásica rejilla de Gerolamo Cardano (del siglo XVI), una especie de tarjeta perforada que, al ser colocada sobre el texto, dejaba ver el mensaje oculto. La tinta invisible (*sympathetic stain*) se fabricaba con glicerina, agua y cloruro de cobalto. Este producto se usaba para enviar mensajes desde Europa hasta América a partir de una receta de Silas Deane, el agente que trabajaba para el Comité de Correspondencia Secreta en París. En las cartas de temática cotidiana se escribía entre líneas sobre asuntos políticos o militares con tinta invisible. Los espías llegaron a elaborar pequeños manuales —el libro de códigos Culper— para descodificar ciertos códigos numéricos o de caracteres que reemplazaban las letras. La ocultación de mensajes estaba también a la orden del día en multitud de objetos cotidianos: desde utensilios de escritura hasta botones, y en balas de plata que los emisarios legitimistas se tragaban. Sin duda fue en la campaña de 1777 cuando el ejército continental puso mayor énfasis en el trabajo de inteligencia y espionaje. La captura de Filadelfia en septiembre de 1777 por los ingleses fue un gran golpe para la Armada continental. Se encargó al comandante John Clark Jr., de Pensilvania, ayudante de campo del general Nathaniel Green, la tarea de afrontar el espionaje en el entorno de la ciudad tomada y dentro de la misma. Los informes de Clark y su equipo eran minuciosos y valiosos, por ejemplo avisando del uso británico de las defensas anticaballería (*chevaux de frise*) en las áreas del Delaware, o de que en Filadelfia los suministros eran escasos y los ingleses enviaban convoyes hasta la flota británica amarrada en el río para abastecerse.

4

En armas por la Confederación (1775-1781)

Y LOS DISPAROS SE OYERON EN TODO EL MUNDO

Entre 1775 y 1783 se produjeron más de doscientas treinta batallas en unos diez teatros de operaciones dentro de las antiguas Trece Colonias, las primeras de todas, el 19 de abril de 1775. Fueron las batallas de Lexington y Concord, en el condado actual de Middlesex, Massachusetts. Los primeros disparos en el North Bridge de Concord serían ensalzados por el poeta Ralph Waldo Emerson con el memorable verso: «Los disparos que se oyeron en todo el mundo». El día 17 de junio se produjo la batalla de Bunker Hill, a poco más de quince kilómetros al oeste de Boston. Los británicos tomaron la ciudad pero sufrieron más de mil bajas, una tercera parte de sus fuerzas totales en Boston, frente a unos ciento cincuenta soldados coloniales en Bunker Hill.



Las batallas de Lexington y Concord, Massachusetts, se produjeron en el mes de abril de 1775.

Las primeras batallas de la guerra de Revolución tienen, en términos comparativos con las guerras de la época, la categoría de escaramuzas. Otra cosa es que en el mencionado poema de Emerson la exaltación del choque patriota contra las tropas del rey haya elevado la batalla de Concord a la dimensión de las grandes batallas militares. Lexington, localidad entre Boston y Concord, y esta misma ciudad acogieron los primeros choques violentos entre colonos y Casacas Rojas. El tercer escenario y el más cruento hasta la fecha fue Bunker Hill, en las afueras de Boston. Las tres batallas discurrieron el 19 de abril —Lexington y Concord— y el 17 de junio —Bunker Hill— de 1775, coincidiendo con las acciones políticas que estaban ocurriendo en la celebración del Congreso Continental. El recién nombrado comandante, George Washington, no tomaría aún parte en estos choques. La razón clave para que la guerra se iniciara en las localidades mencionadas era que los británicos tenían noticia de que los americanos atesoraban su arsenal de armas y municiones en Concord, y que en esta zona se pertrechaban las milicias americanas mejor preparadas, los

minutemen. El área de Boston albergaba uno de los corazones patriotas más activos, y el general inglés Gage quiso darle el golpe de gracia. No contaban con lo arrebatado del ánimo de los granjeros, colonos de la pequeña localidad de Lexington, que salieron al encuentro de las tropas británicas con más arrojo que capacidad militar.

El 18 de abril de 1775, cuando se tuvo noticia de que los Casacas Rojas avanzaban sobre Concord, los americanos enviaron a dos correos, Paul Revere y William Dawes, de profesión platero y curtidor respectivamente, para alertar a los residentes. Los correos siguieron distintas rutas hacia Lexington, unos pocos kilómetros al este de Concord, donde les aguardaban ocultos otros conocidos patriotas, Samuel Adams y John Hancock. En el camino, Revere y Dawes iban alertando al resto de los líderes patriotas de las comunidades circundantes. Pero Revere fue detenido por una patrulla inglesa, aunque Dawes logró salvarse y regresar a Lexington. Un tercer jinete, Samuel Prescott, sí consiguió llegar a Concord para alertar a los locales. El 19 de abril entraron en Concord setecientos soldados ingleses. La muerte de una decena de patriotas facilitó a los británicos la toma de la población sin más que una baja británica, pero el aviso desde Lexington sirvió también para que los americanos tuvieran algo de margen para evacuar una parte de sus recursos de los almacenes.

Un antiguo miliciano del condado de Middlesex, Massachusetts, llamado Sylvanus Wood, publicaba décadas después, a los setenta y cuatro años, sus impresiones sobre las memorables jornadas que abrieron la guerra de Revolución, en la que había tomado parte con tan solo veintitrés años. Recordaba haber escuchado la campana de Lexington a tres millas de distancia, haberse levantado y, cogiendo un fusil, marchado hacia la ciudad en dificultades. El testigo destacaba la confusión en la ciudad, la falta de conocimiento certero a propósito de lo que estaba sucediendo. Al frente de la milicia de Lexington, el capitán Parker ordenaba a los hombres equiparse para el combate y seguirle. Efectivamente, diría el testigo, los pelotones británicos se aproximaban dirigidos por sus oficiales a caballo que gritaban:

«¡Malditos rebeldes, dejad las armas o seréis todos hombres muertos! ¡Fuego!». La primera carga, de fogueo, no causó muertos entre las milicias rebeldes. Ante la desigualdad de fuerzas, el capitán Parker ordenó a su compañía disolverse, sin tiempo para evitar —ahora sí— el fuego del enemigo y las bajas.

Concord fue registrado palmo a palmo durante cuatro horas, tras las cuales los ingleses se aprestaron a dirigirse a Boston, a menos de treinta kilómetros. Pero para entonces los *minutemen* iban llegando a la zona para defenderla. De momento se limitaban a seguir a la columna inglesa, pero enseguida las milicias comenzaron a disparar a los Casacas Rojas apostados tras árboles, vallas y cualquier tipo de refugio. La aniquilación de los depósitos de Concord había sido un claro éxito británico pero no el definitivo, porque al tomar posiciones las tropas de Gage e intentar regresar hacia sus guarniciones, eran objetivo fácil de los colonos y milicianos que disparaban contra los soldados ingleses, cuyo atuendo rojo les delataba. Los colonos carecían de armas modernas, pero tenían buena puntería y consiguieron abatir a cien de los setecientos soldados y herir a otros ciento cincuenta. Aunque los ingleses abandonaban sus armas y equipamientos para protegerse del ataque de la guerrilla, a la altura de Lexington llegaron tropas de refresco que usaron fuego artillero para mantener a las milicias desconectadas entre sí. Al atardecer del día 19 se habían sumado más *minutemen* desde Marblehead y Salem, en Massachusetts. Este nuevo contingente no pudo evitar la retirada de los británicos hasta Charleston Neck donde recibirían apoyo naval.

Los ciudadanos de Massachusetts creían poder recuperar Boston, ciudad imprescindible estratégica y anímicamente para sostener el pulso a los británicos. Los americanos necesitaban, además, adentrarse en el territorio dominado por los ingleses y arrebatarles armas y fuertes militares. El 10 de mayo se hacían con el fuerte de Ticonderoga. Con estos breves éxitos en el terreno militar, los políticos del Congreso Continental tenían la esperanza de lanzar una llamada de atención al Parlamento británico, dándole la oportunidad de que aceptara la independencia y retirara las tropas del rey

Jorge de territorio angloamericano. Pero el fracaso de la comunicación con el poder inglés les hizo comprender que era preciso dar un paso más articulando un verdadero ejército para afrontar una guerra en todas sus consecuencias. En el mes de junio nacía formalmente el ejército continental.

El día 17 de junio tropas inglesas comandadas por William Howe y Robert Pigot llegaron a Charlestown. Avanzaban en columnas hacia la colina de Breed. Los americanos asistían a este movimiento sin capacidad para detener al enemigo, pues la escasez de municiones limitaba los disparos a menos que la bala fuese a dar en «el blanco de los ojos» del enemigo. De este modo, desde la bahía, las tropas inglesas lograron penetrar varios kilómetros en territorio angloamericano antes de recibir una lluvia de disparos de mosquete que provocó su retirada. En la colina de Bunker Hill, al norte del puerto de Boston, se concentraban ahora unos mil quinientos patriotas que hicieron frente al ejército de William Howe, compuesto por unos dos mil quinientos soldados y enviado por el comandante en jefe Gage. Para Gage era esencial expulsar a los patriotas de esta colina estratégicamente situada. La respuesta británica al ataque de las milicias caía sobre un contingente con pocos recursos. Después de tres arduos ataques, cuando los americanos se quedaron sin munición, la loma fue ocupada por los ingleses. En lo alto de la colina el combate era ya cuerpo a cuerpo, lo que perjudicó a los americanos, en retirada. Aún así, las pérdidas de los ingleses fueron notables: doscientos muertos y ochocientos heridos, frente a las cien pérdidas y trescientas bajas por heridas de los americanos.

El mando británico estaba comprobando sobre el terreno lo inadecuado de una estrategia militar consistente en ordenar el avance de las tropas en filas de soldados que marcaban el paso a redoble de tambor. El sistema estaba desfasado para la guerra en curso, pues desde las troneras de Bunker Hill los patriotas tenían fácil hacer blanco contra las líneas cerradas de los ingleses. Esta batalla, solo técnicamente ganada por los Gran Bretaña, les permitía mantener el control sobre la península de Charlestown, de enorme valor estratégico. Pero los americanos habían visto reforzada su moral al comprobar las importantes bajas en el poderoso ejército de los Casacas Rojas. Bunker Hill se saldó con centenares de muertos y heridos en ambos

bandos. Los ingleses habían menospreciado la capacidad de acción de los patriotas. Supuso además la caída en desgracia del general Gage, que fue relevado por Howe al frente de los ejércitos de Su Majestad. Los americanos, desde su debilidad, aprovecharon sus escasas ventajas para poner en marcha una eficaz maquinaria propagandística en panfletos y prensa, magnificando la crueldad de los británicos sobre la población local y contribuyendo con ello a escorar el todavía insuficiente apoyo de los colonos hacia la causa rebelde.

QUEBEC EN EL PUNTO DE MIRA

En el otoño de 1775, las autoridades americanas seguían sin ver claramente la conveniencia de dar el paso hacia la Declaración de Independencia, y ello les impedía formar una armada y un cuerpo de infantería de marina apto para la guerra en el mar en territorios ajenos a las Trece Colonias, por ejemplo las Bahamas y Quebec, de dominio inglés. La Armada angloamericana nació en la colonia de Rhode Island, según la decisión tomada por la Asamblea General de dicha colonia en junio de aquel año. El gobernador, Nicholas Cooke, firmaba las órdenes que designaban comandante de la Armada a Abraham Whipple. El interés de esta colonia por la creación de la Armada era consecuente con sus actividades comerciales, ahora en dificultades por culpa de las fragatas británicas. El Congreso Continental respaldaba la medida al tiempo que Washington organizaba la compra de navíos, dando lugar en octubre a una declaración oficial sobre la creación de una Armada de los Estados Unidos. Se autorizaba además la adquisición de barcos mercantes, de entre los cuales el primero que ostentó el título de USS fue el USS *Alfred*. En noviembre se hacía recluta de dos batallones de marines al servicio de la Armada. En diciembre se autorizaba la fabricación trece fragatas en tres meses, con un total de unos setenta y cinco cañones. Razones técnicas, de experiencia al mando de buques, y también políticas estuvieron tras la designación de un elenco de comandantes entre cuyos nombres aparecerían los de Esek Hopkins —comandante en jefe—, Dudley Saltonstall, John Burroughs Hopkins, Abraham Whipple, Nicholas Biddle, y el muy popular marino John Paul Jones.



El comandante John Paul Jones destacó en las acciones navales de la marina estadounidense.

La primera acción naval de cierto relieve tuvo lugar a comienzos de marzo de 1776, con John B. Hopkins al frente de una pequeña flota en Nassau, Bahamas, donde se guardaban importantes cantidades de pólvora necesarias para el ejército continental. Pese al éxito de la empresa, una epidemia diezmó la salud y las vidas de los soldados americanos. El 6 de abril se producía una batalla naval de peso, al fracasar la flotilla angloamericana ante el buque inglés de veinte cañones, *HMS Glasgow*. En otoño, el general Benedict Arnold estaba al mando de doce nuevos navíos (en el lago Champlain) con los que frenar el avance por mar de los ingleses procedentes de Canadá y cuya intención era invadir Nueva York. Los británicos acabaron con la flota de Arnold, pero el ejército patriota consiguió retardar el avance inglés —batalla de Valour Island— el 11 octubre de 1776. Los buques de los patriotas eran hundidos o apresados por los ingleses, pero el esfuerzo naval estadounidense proseguía con todas sus dificultades, siendo fundamental para mantener viva la actividad económica angloamericana y las comunicaciones de los estados con los agentes americanos en Europa. Al mismo tiempo, la acción corsaria de los patriotas producía importantes pérdidas para la marina británica. La banca Lloyd de Londres estimaría en unos sesenta y cinco millones de dólares los daños por piratería sobre los más de dos mil barcos ingleses apresados.

En 1775 el nuevo ejército continental acometía la mayor iniciativa militar de su breve historia y seguramente la más ambiciosa de toda la guerra: la invasión de Quebec. El mando tenía la intención de hacerse con el control de la provincia británica y para ello buscó el apoyo de los franco-canadienses de la región, que tenían incluso más interés que los propios americanos en ver a los ingleses lejos de sus tierras. Se organizaron dos acciones; una tenía al mando a Benedict Arnold, que salió de Cambridge, Massachusetts, en septiembre y atravesó el territorio de Maine hacia la ciudad de Quebec. El trayecto de Arnold fue destructivo para sus hombres por la rudeza de la travesía, el desgaste de fuerzas, la ausencia de alimentos y la pérdida de equipo. La segunda acción estaba dirigida por Richard Montgomery. Esta salió de Fort Ticonderoga a finales de agosto. Tras asediarlo, Montgomery capturó Fort St. Johns —defendido por el general inglés Guy Carleton—, que era el principal fuerte defensivo al sur de Montreal. En noviembre Carleton dejaba Montreal huyendo hacia la ciudad de Quebec. Montreal quedaba ahora controlada por Montgomery que preparaba el avance hacia Quebec. Pero las tropas patriotas eran exiguas para esta empresa y los contratos con los soldados ahora alistados estaban a punto de expirar. Ambas formaciones, la de Arnold y la de Montgomery, se encontraron en diciembre para ser derrotadas en la batalla de Quebec.



En la batalla de Quebec (31 de diciembre 1775) perdería la vida el general patriota Montgomery, tal como se representa en este grabado (1808), inspirado en una pintura de John Trumbrull. Fuente: National Archives.

Los americanos habían asaltado la ciudad el 31 de diciembre sin una estrategia previa y en medio de una enorme tormenta de nieve. Arnold fue herido y Montgomery murió en la acción. Hubo muchos muertos también entre los defensores de la plaza. La decisión de Arnold de asediar la ciudad fue ineficiente y además sirvió para elevar las voces de la población contra los americanos. En mayo de 1776 llegaron a Quebec refuerzos británicos y mercenarios de Hesse, comandados por el general John Burgouyne. Ello permitió al general Carleton lanzar una contraofensiva sobre un contingente de americanos debilitados por la propia acción del asedio pero además damnificados por una epidemia de viruela. La ofensiva inglesa empujó al maltrecho ejército patriota hasta el fuerte de Ticonderoga. Durante la campaña de 1777 el general Burgoyne lograría ganar el control del valle del río Hudson.

Nueva York, legitimista

Aún en 1776 los ingleses seguían sosteniendo que la rebelión era eventual y que, reforzando sus recursos militares en la zona, podrían aplacarla. En diciembre del intenso año 1775 las autoridades británicas habían promulgado la famosa Ley de Prohibición —Prohibitory Act— por la que se decretaba el secuestro de buques y el embargo de bienes americanos, además de suprimir toda forma de actividad comercial con las Trece Colonias en un intento de ahogar su economía. La respuesta a la Ley de Prohibición por parte del Congreso fue la apertura de los puertos americanos a todos los países, exceptuando a Gran Bretaña (abril 1776). Para esa fecha se habían formado Gobiernos estatales que funcionaban como estados independientes y se buscaba la ayuda internacional para ganar la que ya se consideraba era una guerra por la independencia. Dos meses después de que se firmase la Declaración de Independencia, el 27 de agosto de 1776, se produjo el avance de los Casacas Rojas sobre Nueva York. El apoyo de la población de la colonia a la Corona era masivo, lo que sin duda suponía una enorme ventaja de partida. Al frente de un ejército de más de veinte mil soldados iba el general William Howe. Sin embargo, en Long

Island, el general Washington se aprestaba a defender la ciudad con unos dieciocho mil hombres. Las fuerzas resultaban desiguales, incluso en las excelentes condiciones defensivas. La toma de la ciudad por los británicos no anuló las fuerzas de Washington, que logró retirarse a Pensilvania y aguantar un duro invierno evitando la desaparición del ejército continental.

La importancia estratégica de Nueva York era indudable por su condición de puerto comercial y porque desde allí se tenía un magnífico acceso al interior del territorio. Antes de perder la ciudad, los rebeldes habían tenido que vérselas con la impronta británica. Durante la guerra contra los franceses Nueva York había simbolizado más que cualquier otra ciudad la lealtad de las colonias a la Corona de Su Majestad. La reacción neoyorquina contra la política inglesa de impuestos era quizá el único rasgo que vinculaba a comerciantes y ciudadanos con el resto de las colonias en rebeldía. Pero Nueva York era también una ciudad en la que los negocios vinculados al contrabando enriquecían a muchos, que preferían el sistema de gobierno que consentía sus actividades a cualquier otro que pretendiera erradicarlas. La ciudad, objeto preferente del espionaje patriota, pidió a los ingleses armas para defenderse del desorden y el caos que la revolución hacía inminente. En septiembre de 1775, Washington había ordenado a las milicias que desarmaran a la población sin demasiado éxito, pues al menos la mitad de los ciudadanos no aceptaba la autoridad de las milicias. Puesto que la ciudad estaba plagada de *tories* —forma despectiva usada por los patriotas para denominar a los legitimistas— el general Washington envió a unos diez mil milicianos con la orden de establecer la ley marcial. Se prohibió que las iglesias anglicanas hicieran servicios religiosos en los que se rogara por el rey Jorge y se devaluó el papel moneda. Se retiraron las campanas de las iglesias y se fundieron para evitar cualquier tipo de regocijo público asociado a los éxitos militares de los ingleses. Al conocerse la Declaración de Independencia, el 9 de julio los patriotas de Nueva York celebraron la libertad derribando la estatua del rey Jorge en Bowling Green, Manhattan. Con el metal se fabricarían más de cuarenta mil balas para el ejército de los patriotas. Todo un gesto del cambio histórico que se estaba dando.

En Staten Island se habían reunido cerca de veinticinco mil soldados ingleses y alemanes. Unos quince mil de estos hombres fueron embarcados en las chalupas en dirección a tierra firme, donde los patriotas se habían ocupado ya de quemar las instalaciones útiles a los ingleses en su desembarco y toma de posiciones en el Hudson. El general Washington disponía de cerca de veinte mil soldados en Brooklyn para defender la posición. Los británicos optarían por atacar de manera fragmentada y concentrar la acción de su potente artillería sobre las posiciones rebeldes más fuertes, rodeándoles y atacando desde atrás. Las pérdidas fueron desiguales. Mientras los americanos tuvieron tres mil muertos, dos mil prisioneros y dos mil quinientos heridos, los ingleses perderían tan solo trescientos cincuenta hombres, oficiales incluidos. El general Howe estaba en condiciones de seguir dañando al enemigo en el cuerpo a cuerpo con bayoneta, pero decidió parar la ofensiva y permitir a los rebeldes rendirse al día siguiente. Eso no sucedió, pues la densa niebla de la mañana permitió a los hombres de Washington escabullirse. Aunque la victoria en la batalla de Long Island era dudosa —y la decisión de Howe de no aplicar su ventaja para destruir al enemigo sería criticada entre los legitimistas—, los ingleses pensaron que Nueva York estaba ya en su poder, pues entendían que se había producido una desbandada en las filas enemigas. Sin embargo, tropas de Washington se habían refugiado en la isla de Manhattan, que a mediados de septiembre iba a convertirse en el objetivo militar de Howe. El día 15 se produjo un nuevo asalto con ayuda de la artillería. Otros trescientos rebeldes fueron hechos prisioneros. Washington reconstruyó las fuerzas que le quedaban y se retiró, primero a los altos de Harlem y luego hasta White Plains.

Los neoyorquinos estaban satisfechos: las banderas inglesas desplazaban a las patriotas y se procedía a marcar sus casas y negocios. Los simpatizantes con la causa hubieron de salir de la ciudad perdiendo su hacienda y los legitimistas, unos dos tercios de los neoyorquinos, volvieron a comerciar con los británicos. El té inglés desplazaba ahora en las casas de Nueva York a los productos alternativos consumidos durante los meses de la revolución patriota. Nueva York había sido, para la mayoría de sus habitantes, liberada, y para Washington sería un objetivo preferente a reconquistar. En el historial militar de Washington, surcado de más derrotas

que victorias, la pérdida de la ciudad de Nueva York en el verano de 1776 fue seguramente la más humillante. A lo largo de la guerra se obcecó en recuperar el terreno perdido en el río Hudson y la ciudad Nueva York. En la paciencia infinita que caracterizaba su carácter y daba luz a su estrategia, el general esperaría poder combinar las acciones de los patriotas con las de las fuerzas navales francesas para retomar la ciudad.

Entretanto, el grupo de rebeldes liderados por el general Greene no se conformaba con la cesión de la ciudad a los ingleses. La preferían destruida antes que en manos de la Corona, por lo que en la noche del 20 de septiembre provocó un pavoroso incendio en Manhattan. Los incendiarios apresados con las manos en la masa eran lanzados por los neoyorquinos al fuego que habían provocado. En situación tan dramática, no sonaban las campanas de las iglesias para avisar del fuego pues habían sido retiradas y fundidas para evitar que sirviesen de instrumento de propaganda a los legitimistas contra la municipalidad patriota. Los patriotas también habían retirado las unidades de bomberos, reconvertidas en milicias, por lo que el incendio se propagó sin remedio y acabó con medio millar de inmuebles, en su mayoría propiedad de legitimistas. Tras el incendio de Nueva York, para alojar a sus tropas y oficiales, y para refugiar del invierno a sus caballos, el general Howe requisó las casas de los patriotas y las iglesias presbiterianas.

EL EJÉRCITO CONTINENTAL SE REPLIEGA

Durante el otoño de 1776, Howe empujaría al ejército continental fuera de la isla de Manhattan hacia Nueva Jersey. Howe tenía la intención de pacificar esta área, por lo que apostó soldados en diecisiete posiciones por todo el estado. George Washington situó sus cuarteles en Summerset, cerca de Trenton, y mantuvo las tropas en New Jersey al mando de Charles Lee y de Horatio Gates. El Congreso Continental temía sobre todo la ocupación británica de Filadelfia, de manera que intentaba asegurar la ciudad de Baltimore. En esta campaña, el Congreso buscaba la adhesión de nuevas tropas y el apoyo a Washington, con su popularidad en horas bajas, porque durante la campaña estival había perdido el noventa por ciento de sus hombres, entre muertos, heridos y desertores. Además, las tropas carecían

de abastecimientos. Desde octubre, Howe perseguía al ejército continental a través de Nueva Jersey hacia Filadelfia, y Washington se abstuvo de atacar hasta que estimó que tenía superioridad numérica. Afrontaba a la tropa legitimista que estaba compuesta por las guarniciones de Hesse. El general Dickinson fue el encargado de atacar a los alemanes. Las tropas americanas cruzaron el río en MaConkey y atacaron desde el norte. Eran los días 24 y 25 de diciembre. Entretanto la milicia del general Ewing se encaminó hacia el sur de Trenton para cortar la retirada de los de Hesse. Washington atravesó el río Delaware y atacó a una brigada de las tropas también de Hesse, en la que sería conocida como batalla de Trenton, el 26 de diciembre. Por su parte, la milicia de Filadelfia, The Associators, dirigidos por el coronel Cadwalader avanzó desde Bristol en dirección a Burlington, Nueva Jersey, con el fin de detener a los de Hesse, comandados por el coronel Carl von Donop.

El día de Navidad las condiciones atmosféricas eran muy duras, el río estaba helado, nevaba, y el movimiento de tropa era muy difícil para los contingentes de Ewing y de Cadwalader. A pesar de todo ello el ejército logró su propósito, diezmando a los de Hesse y haciendo cientos de prisioneros, con los que volvería a cruzar el río de vuelta hacia Pensilvania. En el icónico cuadro de gran formato pintado por Emanuel Leutze en 1851 *Washington Crossing the Delaware River*, en el Museo de Arte Metropolitano de Nueva York, se representa la acción del 25 de diciembre de 1776, precedente de las victorias de Trenton y Princeton en Nueva Jersey. El 31 de diciembre las tropas de ambos generales se unían a Washington en Trenton para volver a atacar a los británicos, esta vez comandados por el general Cornwallis. En la segunda batalla de Trenton, el segundo día de enero, el ejército continental marchó hacia Princeton con el objetivo de atacar al contingente del general británico Leslie, pero en el camino interceptaron a las tropas del teniente coronel Mawhood, que se encaminaban a Trenton. Washington redirigió el ataque y reagrupó a sus hombres en los cuarteles de Morristown, Nueva Jersey.



Washington Crossing the Delaware River (Museo de Arte Metropolitano de Nueva York).

Howe dejaba la defensa de Nueva York a siete mil soldados comandados por el general Clinton, aunque en unas condiciones mucho peores de las que imaginaba. La ciudad estaba sobrehabitada, con deficientes alojamientos y alimentación escasa. Los afines a la causa inglesa no se sentían seguros en su ciudad, pero algunos de estos legitimistas se organizaron en milicias que actuaban por cuenta propia aunque con la aprobación de los mandos militares. Estos grupos salían en expediciones a liberar a los compatriotas que habían caído en manos de los rebeldes. Carecían, no obstante, de la pericia de las milicias de patriotas. En el puerto de la ciudad, los rebeldes apresados se hacinaban en los barcos prisión en condiciones de salubridad nula. Allí morían los hombres todos los días sin que se haya podido saber el número exacto, probablemente en torno a los diez mil.

En la periferia de Nueva York, la región de Nueva Jersey era también legitimista. Allí se sucedían las escaramuzas contra los rebeldes. El cuerpo de voluntarios legitimistas de Nueva Jersey contaba con unos dos mil hombres. William Franklin, hijo de Benjamin y gobernador de la Corona desde 1762 hasta 1776, fue responsable de la organización de las milicias legitimistas de Nueva Jersey. William, hombre educado y político de relieve, llegaría a ostentar al final de la guerra el puesto de capitán de granaderos. La efectividad de estas milicias fue irregular. Los hombres de Shrewsbury se unían a las fuerzas británicas de Howe, intentando ayudar contra los rebeldes. Pero estos voluntarios carecían de equipación y de

técnicas de guerrilla depuradas. Con todo, el voluntariado antipatriota se incrementaba al punto de pasar de unas escasas decenas de hombres al inicio de la guerra hasta más de mil, una cifra notable en las circunstancias de esta guerra. En Nueva Jersey eran frecuentes, además, las asociaciones de ciudadanos que pretendían expresar su condición de legitimistas.

Valley Forge

Hasta el año 1776, Gran Bretaña había afrontado la rebelión de los patriotas con una cierta capacidad de comprensión en no pocos sectores de su opinión pública. Muchos pensaban que, a fin de cuentas, el debate sobre el exceso de control central en las actividades de los colonos no era muy distinto al que mantenían algunos liberales ingleses con respecto a las políticas de la Corona. Si los americanos se habían sentido infrarrepresentados en los centros del poder metropolitano, algo parecido experimentaban los miembros de la contundente oposición en Gran Bretaña, pese a estar muy fragmentada. Los simpatizantes ingleses con la causa estadounidense mantenían correspondencia fluida con los patriotas, a quienes respaldaron durante los años que van de 1773 a 1776. A fin de cuentas, veían que luchaban contra el distanciamiento de la política británica de la pureza del sistema creado en 1689. Sin embargo, la percepción en Gran Bretaña cambió radicalmente a partir de 1776, una vez se había declarado la Independencia de las colonias y la guerra había puesto en jaque a las tropas insulares. La hostilidad popular inglesa hacia los patriotas se generalizó a partir de 1778, especialmente a raíz de las alianzas con Francia y España. Los americanos dejarían de ser vistos como esos buenos granjeros vinculados por herencia familiar a los británicos y, en consecuencia, portadores de sus grandes virtudes morales. Estos colonos americanos de ahora eran salvajes, gente incivilizada que ya nada tenía en común con sus ancestros. Se dio así por cerrada la disparidad de criterio reinante hasta la fecha, al punto de que irlandeses y escoceses, nada proclives a sentirse interesados por las políticas de los ingleses, acabaron por identificarse con la causa del Parlamento y la Corona.

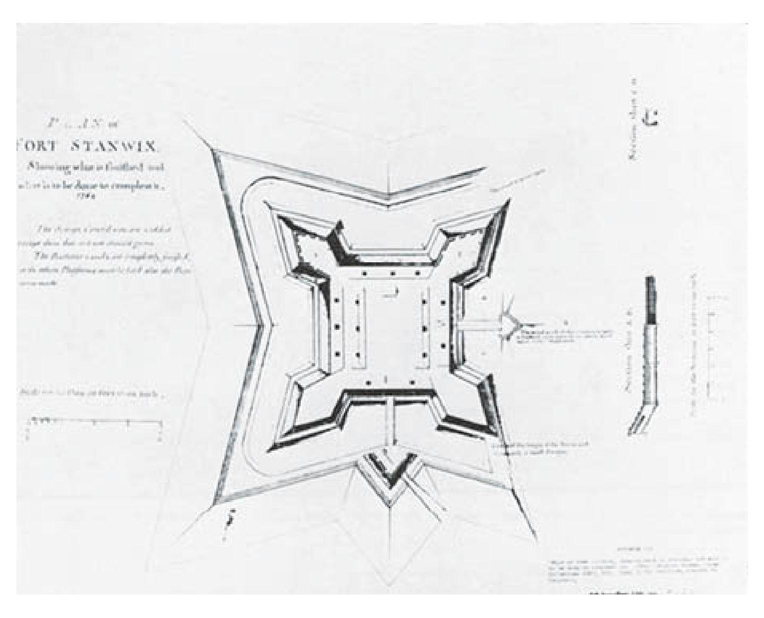
Y efectivamente, los americanos se ocupaban en evitar que la maquinaria militar inglesa acabara con sus débiles tropas. En el invierno de 1777 Washington se había replegado hacia Morristown, Nueva Jersey. A falta de una estrategia clara, la sección septentrional del ejército continental, comandada por Horatio Gates y Philip Schuyler, se mantenía expectante ante los movimientos de los ingleses, tanto allí como en la colonia canadiense. En las diferencias de opinión entre los mandos y en la indecisión a la hora de actuar, tampoco se estaban tomando medidas para reforzar los fuertes del norte, en los valles del Hudson y del Mohawk. Inactivas, el invierno en Valley Forge de las tropas de Washington fue especialmente duro y desquiciante. El Congreso no tenía fondos para proveer a los hombres, mal vestidos y en estado de desnutrición. En el imaginario popular se rememora la cena de Navidad de los soldados acampados en Valley Forge, consistente en un plato de arroz con vinagre.

En diciembre de 1776, Washington amenazaba al Congreso a través de sus declaraciones en la prensa. Si no le llegaban recursos, decía, él dejaba su puesto y se volvía a su casa en Mount Vernon. En el mes de febrero Washington continuaba quejándose, y escribía a Patrick Henry describiendo la hambruna entre las tropas. Ante la deserción de los hombres, Washington aplicaba medidas implacables que incluían el fusilamiento instantáneo, sin juicio previo. Los soldados que resistían eran alabados en cambio por el general, que describiría la marcha sobre la nieve de sus hombres descalzos, dejando tras de sí las huellas de la sangre de sus heridas. Para no pocos historiadores, Valley Forge podía haber significado el final del ejército continental y de la Revolución. Las condiciones de este retiro de las tropas —unos doce mil hombres— han pasado a la historia de esta guerra como unas de las más penosas, debido a los dos mil muertos como consecuencia de las penalidades del invierno y del asedio británico.

Sin embargo, ante la gravedad de la situación, Washington aprovechó para hacer mejoras en la organización del mando de su ejército y mantener a los soldados en activo, poniendo al frente del abastecimiento a Nathanael Greene e incorporando al general prusiano Friedrich von Steuben para el adiestramiento de la tropa. Desde el alto mando prusiano, Von Steuben había llegado a Valley Forge en febrero con una carta de presentación de Benjamin Franklin, al que se había encontrado en París. Se asegura que lo

que en ese momento era un contingente de individuos desmoralizados y sin disciplina se convirtió en una fuerza de choque cohesionada y con confianza en sí misma. El caballero de Pontgibaud, que llegó a Valley Forge en diciembre de 1777, publicó sus impresiones de la guerra en aquel difícil momento, narrando en primer lugar la nefasta visión de lo que los americanos llamaban un ejército, la pobreza de la vida de hombres, sin zapatos siquiera, alimentados apenas con té y azúcar racionada. Los oficiales de Washington no portaban distintivos, y yacían en el hospital de campaña cubiertos con viejos sobretodos de algodón.

Solo en la primavera de 1778 pudo Washington salir de Valley Forge para volver a enfrentar a los británicos. Pero incluso en la inactividad del ejército de Washington, la guerra continuaba. En la primavera de 1777 el general ordenaba que se apostaran cuatro regimientos en Peekskill, Nueva York, para dar respuesta a los movimientos de los Casacas Rojas. Se intentó también tomar el bien emplazado fuerte Stanwix, en el valle del Mohawk, en la frontera. Este fuerte había sido construido por los ingleses —por el general John Stanwix— en 1758 a partir de fortificaciones menores y reconstruido por los americanos en 1776. Ahora, bajo la amenaza de una invasión desde Canadá del ejército ingles de Barry St. Leger, el comandante del fuerte, Gansevoort, dobló los efectivos de la guarnición con hombres de la infantería de Nueva York y de Massachusetts. Gansevoort era joven pero tenía experiencia militar, pues había tomado parte en la invasión de Canadá el año anterior. El contingente de St. Leger estaba compuesto por unos mil quinientos hombres, y Gansevoort tenía que defender el fuerte con la mitad de dicha fuerza.



El fuerte Stanwix, en el Valle del Mohawk, había sido construido por el general John Stanwix en 1758 y reconstruido por los americanos en 1776.

El fuerte, asediado, rechazaba a los ingleses y no atendía a las demandas de rendición. Novecientos hombres procedentes de la milicia del condado de Tryon, que pretendían ayudar a los del fuerte, habían sido interceptados y derrotados por el avance inglés (batalla de Oriskany). El comandante del Departamento Norte del ejército continental, Philip Schuyler, ordenó entonces a Benedict Arnold que avanzara desde Saratoga con un contingente pequeño para intentar aliviar el asedio de Fort Stanwix. La mera noticia de este movimiento de tropas provocó la desbandada de los indios que ayudaban a las tropas de St. Leger. El cerco del fuerte duraría tres semanas antes de que St. Leger viera la imposibilidad de tomarlo y abandonara la acción para regresar a Canadá. Era el día 22 de agosto de 1777.

Los británicos se hacen fuertes en el Atlántico medio

Aunque la ciudad de Nueva York estaba fuera de su control, los rebeldes volvieron a ocupar la región de York a comienzos del verano de aquel año. Pero en julio de 1777 los británicos tomaban el importante fuerte Ticonderoga, en el lago Champlain, en Nueva York. El Congreso estadounidense sospechó que los generales del fuerte, Arthur St. Clair y Philip Schuyler, habían cometido traición. Ambos fueron desplazados del mando y sustituidos por Horatio Gates. El control de los valles del Mohawk y el alto Hudson era objetivo prioritario del Congreso. En estos momentos el ejército continental se movía a ciegas porque no tenía idea de las intenciones inglesas. A finales de 1776 precisamente se estaba decidiendo en Londres la campaña de 1777, y se requirió la presencia del general Burgoyne en la capital para intervenir en las conversaciones de George Germain, secretario de Estado para las colonias, con sus asesores. Los británicos mantenían la moral alta pues el año se cerraba para ellos con importantes éxitos. Habían detenido los movimientos rebeldes en Canadá y expulsado a los patriotas de Nueva York. A todos los efectos las acciones de los generales Carleton y Howe contra Arnold y Washington habían resultado victoriosas.

Con este fondo, los planes de Howe presentados al secretario de colonias eran ambiciosos. Howe pedía refuerzos —un ejército de diez mil hombres — para lanzar una ofensiva Hudson arriba y tomar primero Albany y a continuación Filadelfia, capital del autodeclarado estado independiente de Pensilvania. Sin embargo, el repliegue estadounidense en el duro invierno de 1777 le hizo reconsiderar su estrategia, centrándose en Filadelfia, un objetivo de enorme impacto en la moral del enemigo que, debido al repliegue de Washington, estaba relativamente mal protegido. Albany podía esperar. En el norte, el general Burgoyne tenía criterio propio. Veía posible hacerse con Albany. Pero su planteamiento, descrito en el documento enviado a Londres, *Ideas para dirigir la guerra desde Canadá*, era poco realista, pues requería una gran cantidad de soldados con los que llegar a fragmentar el territorio colonial y rebelde, aislando a Nueva Inglaterra del

resto de los estados. Recuérdese que la estrategia similar de Carleton en el verano de 1776 había servido a los derrotados rebeldes para huir, saliendo del radio de acción de los ingleses y perdiéndose la oportunidad de dar jaque mate al ejército continental. El invierno en el norte también había paralizado a las tropas inglesas.

El secretario para colonias aprobó el plan de Burgoyne y le dio el encargo. De momento, este organizaría un contingente de dos mil soldados que, en maniobra de distracción, bajaría por el valle del Mohawk para que otros ocho mil soldados, a lo largo del lago Champlain, pudieran avanzar hacia Albany. En el plan de Burgoyne las dos expediciones iban a coincidir en Albany, y a su vez con las tropas de Howe. Sin embargo, estas tenían complicado el ascenso hasta Albany y así se lo hizo saber Howe a sus superiores en Londres. Queda la duda de si Burgoyne sabía o no que Howe había informado de las dificultades de su ejército para sumarse al de Burgoyne. Este avanzaba, y en el fuerte Ticonderoga las tropas americanas se vieron asediadas por la artillería británica, no teniendo otra opción que retirarse del fuerte y atravesar el lago Champlain en dirección a Mount Independence. Ya en Hubbardton, sucumbieron al ataque combinado de fuerzas británicas y alemanas de Hesse. Burgoyne estaba en condiciones de llegar a Albany, pero no contaba con que no recibiría apoyo de Howe, cuya táctica ahora era atacar por su cuenta la ciudad de Filadelfia.

A principios de agosto, los británicos eran informados de la existencia de un arsenal en Bennington, Vermont, escasamente protegido. Pero esta información resultó tramposa, pues el general estadounidense John Stark y los *Green Mountain Boys* rodearon a los asaltantes, capturando a quinientos mercenarios alemanes. Burgoyne veía ahora que no iba a contar con refuerzos, en tanto que Schuyler, el oficial americano de origen prusiano, estaba quemando los avituallamientos de Burgoyne, el avance de cuyas tropas se ralentizaba, en parte por culpa del terreno, en parte a causa de la gran impedimenta que movía este ejército. Los patriotas obstaculizaban su avance derribando árboles en el camino. La estrategia de Burgoyne había fracasado, lo que le hizo retirarse hacia Saratoga, en Nueva York, para

quedar allí bloqueado por el ejército de Horatio Gates. Entretanto, Howe había movido sus tropas desde Nueva York hacia Filadelfia, capturó la ciudad y forzó al Congreso Continental a refugiarse en York, Pensilvania. En Filadelfia pasarían las tropas y mandos ingleses el invierno, esperando una mejor ocasión para retomar la expedición hacia Albany.

A mediados de septiembre Burgoyne se dirigía hacia allí cruzando el Hudson, encontrándose con el enemigo en Freeman´s Farm. El general inglés movía su ofensiva hacia la ciudad de Saratoga. La primera batalla de Saratoga tuvo lugar el 19 de septiembre, un día gris y neblinoso, según indican las crónicas, en el que cuando levantó la niebla los americanos pudieron apreciar que Burgoyne se movía en tres columnas hacia ellos. El general Fraser mandaba la columna de élite inglesa y a los soldados de Brunswick. El general Hamilton a su vez, una columna de cuatro regimientos británicos que apoyaba a Fraser pero se dirigía hacia el centro de las formaciones rebeldes. El general Riedesel, de Brunswick, mandaba una columna que avanzaba por el camino que iba en paralelo al río y tenía el objetivo de cercar el flanco derecho de Gates. Con todo, esta primera batalla en Saratoga o de Freeman´s Farm se saldaría con una victoria técnica para los ingleses aunque con más de quinientos muertos, el doble que los americanos. Dos generales lideraban a los americanos en Saratoga: Gates y Arnold. El general Gates, inglés de nacimiento, estaba considerado un hombre ambicioso que sobresalía de su modesta procedencia social en el liderazgo del ejército, pero que carecía del arrojo necesario en estos casos. Gates era cauto y poco dinámico. Por contra, el general Arnold tenía fama de valiente. Había demostrado su arrojo en Quebec y Valcour. Ahora, en Saratoga, su mirada a propósito de la batalla difería totalmente de la de Gates. Ambos habían sido colegas de armas y amigos, pero los celos a propósito de ascensos les habían conducido a una enemistad muy poco edificante. Tampoco ayudaba la buena relación de Arnold con el general Schuyler, a quien Gates detestaba por razones también de celos profesionales. Arnold procuraba molestar a Gates con su cercanía hacia los oficiales enemistados con él.

Tras conocer los movimientos de los ingleses, el 19 de septiembre Arnold pidió a Gates permiso para enviar fusileros que atacaran a los británicos en los bosques de Freeman´s Farm, confiando en la ventaja de actuar con rapidez. Pero Gates le permitió que enviase solamente una pequeña fuerza de reconocimiento. Arnold añadiría por su cuenta a tres mil soldados de tropa y milicia, sin el apoyo logístico de Gates. Gates se apoyó en la falta de buenos resultados de la acción de Arnold para tensar aún más la relación con su subalterno a quien quería relevar del mando asumiéndolo él directamente. Arnold elevaría quejas a sus superiores culpando a Gates de ineficacia en la derrota de la primera batalla en Saratoga. Ambos generales habían conseguido crear facciones y enfrentar a los oficiales en el acuartelamiento.

SARATOGA

El día 7 de octubre de 1777 el general Burgoyne lanzaba sus fuerzas, mil quinientos ingleses además de tropas alemanas y medio millar de legitimistas, indios y canadienses, contra un gran contingente rebelde en Saratoga. Arnold redirigió a los ingleses hacia los Altos de Bemis —que toman el nombre de un tabernero local apellidado Bemis—, donde Burgoyne solo pudo rendirse (17 de octubre de 1777). Los Casacas Rojas habían ganado la primera de las batallas en Saratoga, pero el general Gates aprovechó la enorme pérdida de hombres de los británicos para derrotarles en una segunda batalla con la ayuda de las fuerzas del general Benedict Arnold. El 7 de octubre pudo verse al propio Burgoyne al frente de tres columnas, apoyado por Fraser, Riedesel y Dyke. Enseguida quedaron expuestos en campo abierto, a merced de los de Gates, que volvía a negarle a Arnold el permiso a tomar parte en la acción directa: «General Arnold —le diría—, no tengo nada para ti. Aquí no tienes nada que hacer».

Con Arnold fuera de juego, el resto de los oficiales de Gates abrieron fuego contra los británicos, que preparaban una carga de bayoneta cuando fueron sorprendidos por los americanos. Oleadas de soldados británicos se dispersaban en todas direcciones al ser sorprendidos en su retaguardia por la infantería ligera. El desmoronamiento de las fuerzas de Burgoyne se

produjo en una hora. Sin aceptar que le apartaran del éxito, el general Arnold cogió su montura y cabalgó hasta el frente, perseguido esta vez por el comandante Armstrong, enviado por Gates para detenerle. Pero Arnold se había colocado al frente de los regimientos comandados por Learned, los exhortaba a que le siguiesen y dirigía cargas contra los contingentes enemigos que le iban saliendo al paso. Las bajas de soldados alemanes fueron notables. Sin embargo, fue precisamente uno de estos soldados el que le alcanzó de nuevo en la misma pierna que casi había perdido ya por una herida en la expedición de Quebec. Su caballo murió por un disparo y la pierna de Arnold quedó malherida. El general necesitaba una amputación para salvar su vida, pero no lo permitió y, tras la batalla, permanecería agonizante primero, luego recuperándose con su pierna izquierda cinco centímetros más corta que la derecha.

Con un balance desastroso, con seiscientas bajas entre muertos y heridos, y otros casi trescientos capturados, al finalizar el día Burgoyne ordenaba a las tropas retirarse del campo de batalla. Los soldados se movían Hudson arriba hostigados ahora por la milicia rebelde, por la infantería y la artillería. El día 9, el ejército británico llegaba a Saratoga rodeado por fuerzas rebeldes. Burgoyne abría negociaciones el día 14 y las cerraba tres días después. El éxito de Gates no se había debido en realidad a su arrojo, sino a su prudencia y sentido común, pero esto no era adecuado para un ejército que necesitaba éxitos brillantes como los que podía proporcionar el malherido Arnold. La gloria de Gates fue reconocida por el Congreso, que autorizó la mención de una medalla de oro en su honor. Convaleciente en un hospital de Albany, Arnold no pudo participar de la batalla de rendición en Saratoga pese a haber sido un artífice fundamental de la misma. Jamás comandaría ya tropas americanas en un campo de batalla, pues su grave herida le mantuvo inactivo hasta el verano de 1780, año en el que Arnold se pasó a las filas enemigas, convirtiéndose para la historia nacional en un traidor cuyo nombre quedó borrado incluso de sus propios éxitos militares, tal fue el caso de Saratoga. Su acción final, traicionando la causa rebelde, le costó que toda su reputación militar quedara silenciada, hasta tiempos muy recientes en los que los historiadores han comenzado a hacer visibles las contribuciones a la guerra de Independencia del general Benedict Arnold.

Los historiadores militares consideran la batalla de Saratoga como una inflexión en el decurso de la guerra, el punto en el que los americanos supieron realmente que iban a ganar la guerra contra los británicos. El general John Burgoyne —el caballero Johnny, como se le denominaba por su gusto por la elegancia en las formas y los festejos que organizaba entre batalla y batalla— perdía el grueso de las fuerzas expedicionarias que habían marchado hacia Nueva York a comienzos del verano de 1777. Mil trescientos hombres fueron muertos, heridos o capturados durante los cinco meses precedentes camino de Albany. Burgoyne se rindió al frente de más de cinco mil ochocientos soldados. El general había esperado noticias de la ayuda del general Clinton hasta el día 17 de octubre. La estrategia de Burgoyne había sido, sin duda, errada. Tras una semana de negociaciones, la capitulación de los ingleses se celebró con la primera bandera oficial estadounidense, la de las barras y estrellas, ondeando. El ejército inglés fue puesto en cautividad y los americanos se prepararon para un nuevo invierno. Canadá quedaba fuera del radio de acción de esta guerra, que ahora se iba a convertir en un conflicto internacional con la entrada de Francia en él. Una guerra internacional que duraría otros seis años antes de poderse firmar el Tratado de París de 1783 y de que los ingleses pudiesen evacuar Nueva York, en el que desde entonces recibiría el nombre de *Evacuation Day* (25 de noviembre de 1783). Tras Saratoga, la desbandada de los supervivientes ingleses era ya un síntoma del cambio que estaba acaeciendo en el curso de la guerra, y servía para ofrecer a los franceses el impulso que necesitaban para decidirse a apoyar a los americanos con sus tropas.

Siendo Saratoga una potente llamada de atención al realismo de los ingleses, el rey Jorge se resistía a detener las ofensivas para firmar algún tipo de acuerdo que pusiese fin a la guerra. En el invierno de 1777 y 1778,Washington hubo de mantener a sus ejércitos acuartelados en Forge Valley, Filadelfia, en la que sería una experiencia aún más dura que la del invierno previo. Sin ayuda del Congreso nuevamente, el general ordenó las incursiones de los generales Nathaniel Greene y Henry Lee en el territorio

de Nueva Jersey, Delaware y Maryland para obtener alimentos. Pero teniendo noticia de que Francia aportaría fuerzas a la guerra y de que se iban a recibir raciones de comida, en la primavera Washington preparó a sus hombres para hacer frente a los ingleses en las mejores condiciones posibles.

Los artículos de la Confederación

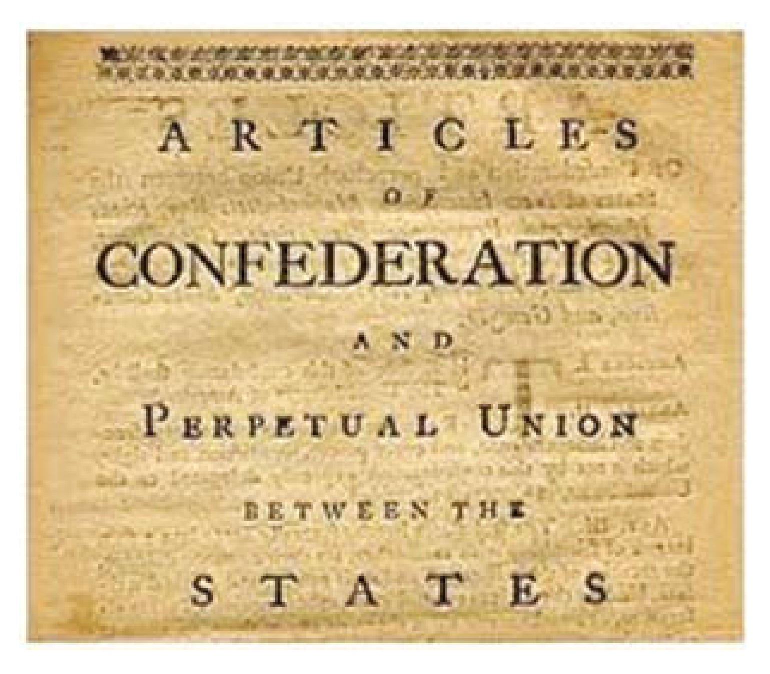
Pero la evolución del estado angloamericano seguía su curso, y de él dependía precisamente que las naciones europeas tomasen la decisión de intervenir en la guerra. Un texto escrito —*The Articles of Confederation*— establecería las funciones del Gobierno nacional de los Estados Unidos tras la independencia. De momento se diseñaba un Gobierno central con escasas competencias que, si bien tenía las fundamentales de la acción internacional, dejaba a los estados suficiente libertad de acción. El precedente de esta organización había sido el fallido plan de Albany, previo a la Declaración de Independencia, que no fue aceptado por todas las colonias, recelosas de perder espacio soberano. Pero tras la independencia, los revolucionarios vieron las enormes ventajas de un Gobierno central, especialmente para afrontar y ganar la guerra contra los ingleses. Tanto en el plan de Albany como en el proyecto del articulado de la Confederación se reconocía la autoridad de la Corona y muchos de los congresistas no veían razón para que la Unión fuera algo definitivo. No era el caso de Benjamin Franklin o Thomas Jefferson, que respaldaban el proyecto para una Unión permanente y presentaron propuestas concretas al Congreso. En julio de 1777 el Congreso comenzaría a discutir fórmulas para avanzar en un Gobierno nacional. La falta experiencia produjo enormes discusiones sobre el modo de representatividad de los estados. El Congreso se mantuvo debatiendo hasta octubre, mes en que los británicos tomaron Filadelfia.

La disputa entre estados descansaba, sobre todo, en la forma de su representación. Mientras los estados pequeños pedían que fuera igual para todos, los grandes, los que más aportaban a la caja federal por número de habitantes, preferían una representación proporcional. Este era el caso de Virginia, Pensilvania y Massachusetts. También había estados, grandes en

extensión pero poco poblados, que pedían contribuir no en función de la superficie, sino de la población. Otros —Virginia, las Carolinas y Georgia — exigían que fuese respetada la cédula colonial que les permitía expandirse hacia el oeste y sin un coste añadido, y ello porque los estados pequeños —los conocidos como «estados sin tierra», Rhode Island, New Hampshire, Pensilvania, Delaware, Maryland y Nueva Jersey— solicitaban partir de cero y que los permisos para expandirse los diera el congreso de la Confederación. En el otoño de 1777 un cierto consenso se materializó en la aceptación de las posiciones de los estados sin tierra y en el respaldo a la idea de mantener una amplia soberanía de los estados, y el proyecto de los artículos pudo ser presentado a las asambleas. En el marco de la Confederación, el poder legislativo iba a residir en una sola cámara con poderes muy restringidos. Cada estado quedaba representado en el sistema con una proporcionalidad de aportación en impuestos referida a la superficie de territorio y quedaban sin resolver las condiciones de expansión hacia el oeste. El compromiso que ligaba a los estados en la futura confederación era tibio.

En noviembre los estados fueron requeridos para ratificar el articulado remitido por el Congreso. El primero en hacerlo, en diciembre, fue Virginia y el resto de estados fue aprobando los artículos en los meses iniciales de 1778. En junio, sin embargo, había tres estados que se negaban a hacerlo. Eran Delaware, Maryland y Nueva Jersey, estados pequeños que demandaban un reconocimiento previo de su derecho a expandirse hacia el oeste. De modo que el documento quedaba varado en el Congreso, pues exigía una aprobación unánime. Paulatinamente, estos estados insatisfechos irían asumiendo las condiciones. Maryland era, no obstante, el más recalcitrante de todos, quedando en 1779 como el único no firmante. La mayoría de los estados quería dar forma al Gobierno nacional prescindiendo de Maryland, pero Carolina del Norte —en la voz del congresista Thomas Burke— consiguió mantener el criterio de unanimidad de cara a formar una Confederación fuerte y con credibilidad internacional.

La guerra seguía su curso y los británicos atacaban Maryland en la bahía de Chesapeake. En 1780 el gobernador del estado solicitaba ayuda naval a los franceses, que antes de prestársela le urgían a firmar el articulado de la Confederación. En marzo de 1781 Maryland se adhería por fin al documento. El articulado de la Confederación creaba el Gobierno nacional y limitaba la soberanía de los estados en materia internacional. A comienzos de 1781, el Congreso Continental establecía ya el departamento de Asuntos Exteriores, fundamental para la organización de la diplomacia. El secretario de Asuntos Exteriores, Robert R. Livingston, tenía además el encargo de transmitir las intenciones del Congreso a los agentes en el exterior, por lo que asistía a las reuniones del Congreso. Su implicación, más directa, en las sesiones correspondientes del Congreso Continental se iba a producir a partir de 1782. Pese a sus nuevas capacidades en materia de Gobierno exterior, parecía irrefrenable la tendencia de los estados a ir por su cuenta. El articulado no daba al Congreso suficiente autoridad como para actuar con contundencia. No lograba frenar el flujo de prisioneros británicos a las antiguas colonias ni la búsqueda de acuerdos particulares para la ampliación del territorio, como por ejemplo Georgia con respecto a la Florida española. Como documento de transición era, sin duda, adecuado, pero con él no se podía construir una nación fuerte. Los políticos sabían que era preciso dar paso a la elaboración de una Constitución que garantizara los mecanismos de acción centralizada para unas políticas nacional e internacional consistentes.



En el encabezado de los artículos de la Confederación (1776) se mencionaba la «Unión Permanente entre los estados».

A la altura de 1780 los artículos eran un marco legal escaso para trazar una política exterior sólida y una estructura legal útil para los tratados comerciales de los Estados Unidos, en un momento en que la piratería y el bloqueo entorpecían la buena marcha de la actividad económica. Visto desde la distancia de los acontecimientos, no obstante, cabe entender que los artículos fueron el paso previo a la futura Constitución, un paso prudente para evitar los recelos de los estados ante la pérdida de su independencia. También debe reconocerse que, de no haberse internacionalizado la guerra ni haberse hecho necesaria una política exterior contundente, quizá la Constitución de 1787, y con ella la Unión, no hubiera sido un objetivo tan apremiante para los estados confederados. De manera que en los años finales de la guerra la política internacional fue preparando el camino de la Constitución, pues en los artículos no había espacio apenas para el mandato diplomático.

El Gobierno confederado carecía de competencias en muchas materias. Según el octavo de los artículos, el Congreso no tenía un control pleno sobre impuestos o tasas referidas a la defensa común o sobre el estado general de bienestar, que quedaban al albur de los estados. Y aunque el Artículo IX confería al Congreso la potestad de declarar la guerra y de firmar tratados, sin embargo no hacía alusión clara a su capacidad en materia de regulación comercial o de tratados con las tribus indias. Además, en el Artículo VII se recogía el derecho estatal a organizar su defensa. En el Artículo XIII se expresa aún más la paralización del poder federal al exigirse que las enmiendas a los artículos hubieran de ser confirmadas por todas y cada una de las legislaturas de los estados. Con estos mimbres, políticos como John Jay, Alexander Hamilton y James Madison defendían una constitución nueva, expresando sus objeciones a los Artículos de la Confederación en *The Federalists Papers*. Hamilton insistiría en la limitación del éxito de la diplomacia estadounidense si no se procedía a redactar un texto más favorecedor de un Gobierno federal. Los movimientos para el fortalecimiento de las acciones diplomáticas y comerciales americanas en el marco legal confluirían en la Convención de Annapolis (1786) liderada por Hamilton.

FRANCIA, LA AMIGA DE LOS AMERICANOS

Durante los años que habían seguido a la derrota en la guerra de los Siete Años, Francia se alejó de los asuntos americanos pero no por ello perdió su interés en desbaratar el Imperio Británico. Predispuesto a dañar a los ingleses favoreciendo la independencia colonial angloamericana, Luis XVI recibía a Benjamin Franklin en 1778 y le concedía la ayuda solicitada. El apoyo a los insurgentes lo había gestionado el general La Fayette en territorio angloamericano (junio de 1777) donde logra convencer al Congreso de que envíe una legación a París para obtener los refuerzos militares necesarios. Franklin no acudiría desasistido a su encuentro con el rey en Versalles, sino acompañado de Silas Deane y de Arthur Lee. El tratado de Alianza con Francia, que se firmó el 6 de febrero de 1778, ponía a los dos imperios en disposición nuevamente de un enfrentamiento bélico. De la negociación con el ministro de Asuntos Exteriores francés, Vergennes,

Franklin obtendría seis mil soldados franceses a las órdenes de Rochambeau. Veinte años después de haber sido abatidos por Gran Bretaña, Francia está en condiciones de derrotarla a su vez —victoria de Yorktown, 1781— y de lograr una paz ventajosa (Tratado de París, 1783). Lo que Francia no predijo fue que el coste económico de la empresa iba a contribuir a la agitación social de 1789 y, con ello, a la propia caída de la monarquía.



El general francés La Fayette convenció al Congreso estadounidense (junio de 1777) para enviar una legación a París en busca de refuerzos militares.

A comienzos de 1778, lo más urgente para los patriotas quedaba resuelto en el Tratado de Alianza, por el que las fuerzas francesas se sumaban al conflicto. Por el Tratado de Amistad y Comercio, Estados Unidos se aseguraba el reconocimiento de la importante potencia que era Francia a cambio de concesiones comerciales. Ahora la independencia estadounidense era un objetivo común y Canadá el botín que Francia desea obtener de la derrota de Gran Bretaña. De la mano de Francia, como aliado suyo pero no de los Estados Unidos, la participación de España en la guerra reducía las posibilidades británicas de salir airosos de la guerra. Cuando en 1780 Gran Bretaña declara la guerra a Holanda —pues Holanda mantiene acuerdos comerciales con Francia y los Estados Unidos— puede afirmarse que la guerra de Revolución, incluso si las batallas han sido en algún caso meras escaramuzas muy lejos de los principales centros de poder de la

época, se ha mundializado. Hasta Saratoga, Francia había prohibido la participación de voluntarios en el conflicto americano, de cara quizá a aplacar las acusaciones británicas sobre su apoyo oficioso a los patriotas. Sin embargo, tras la batalla —perfectamente narrada en la *Gazette de France*— se asumiría en los medios diplomáticos el fin de la política francesa de neutralidad. De hecho, el conde de Vergennes, ministro de Asuntos Exteriores francés, se ocuparía de sufragar los gastos de la publicación periódica *Les Affaires de l´Anglaterre et de l´Amérique* durante los años de 1776 a 1779, que no solo recogía los eventos de la guerra, sino que difundía ideas, textos y documentos de la relevancia de la Declaración de Independencia.

A Francia le interesaba reforzar su actividad en el Caribe y restablecer el comercio con Norteamérica, y le atraía estrechar lazos comerciales con regiones orientales, en la India y en el norte de África. La monarquía francesa guardaba especial rencor a los británicos por la humillante derrota en la guerra de los Siete Años y sabía que solo el control de los mares podía darle ventaja sobre Gran Bretaña. El ministro de Exteriores, conde de Vergennes, manejaba los datos de una Armada británica más fuerte que la francesa, pero para compensar esta desigualdad estratégica calculaba contar con el apoyo naval de España, que también estaba interesada en rescatar territorios americanos y posiciones perdidas en el Mediterráneo —Menorca y sobre todo Gibraltar— de manos de Gran Bretaña. Los tradicionales Pactos de Familia con la Corona española eran un buen instrumento para la alianza de las monarquías borbónicas, francesa y española desde 1733. De modo que Vergennes negoció con el conde de Floridablanca, José Moñino, su renovación. El ministro español, receptivo a las argumentaciones francesas, propició el Encuentro de Aranjuez (12 de abril de 1779) para la firma, antesala de la declaración de guerra a los británicos en junio de 1779. La Corona española buscaba expulsar a los ingleses de cualquier territorio cercano a sus posesiones en el continente americano, véase en Honduras y en Campeche, en la actual costa de México. Durante los años 1776 y 1779, el trabajo llevado a cabo por el embajador Franklin desde Passy, cerca de París, tuvo el acierto de transformar lo que en principio era una mera transmisión de información en auténticas relaciones de contenido diplomático.

LA PRIMERA DIPLOMACIA ESTADOUNIDENSE

La campaña de Franklin para la obtención de apoyos en Europa incluyó, desde 1775, a figuras españolas de la época como Gabriel de Borbón. Mantenía correspondencia con innumerables políticos e intelectuales con el fin de recabar fondos y respaldo para la causa de la independencia. A finales de 1775 apareció en Filadelfia un viajero de nombre Achard de Bonvoloir que quería entrar en contacto con el Congreso Continental y comprobar por sí mismo lo que Franklin le había participado, que el proceso de la independencia era irreversible. Un personaje igualmente clave en la primera acción exterior estadounidense fue Arthur Lee, un virginiano que vivía en Londres y que mantuvo contacto con un agente secreto francés, Beaumarchais, cuyo cometido era investigar las dificultades de los británicos en las colonias. Lee informaba a Beaumarchais, quien a su vez rendía cuentas al ministro de Exteriores francés Charles Gravier, conde de Vergennes. Por esta vía la Convención obtenía barcos, pólvora y material de guerra. Pero las relaciones transatlánticas con Francia fueron difíciles por el bloqueo, hasta que Francia y los Estados Unidos no firmaron el tratado de 1778. Lee junto con Thomas Paine —secretario de la Comisión— lanzaron una campaña pública para destapar lo que entendían podía estar siendo malversación de fondos por parte de Silas Deane, agente estadounidense en Francia.

El sistema embrionario de la diplomacia estadounidense quedó fijado en esta guerra. El Congreso Continental había establecido el Comité de Correspondencia Secreta (29 de noviembre de 1775), ya mencionado antes, que servía para comunicarse con los europeos que simpatizaban con la revolución angloamericana y coordinaba las acciones diplomáticas y la información transatlántica. El Comité tuvo autoridad para llevar a cabo acuerdos y negociaciones clandestinas referidas, por ejemplo, a cargamentos de armas. Pero en la medida en que sus actuaciones derivaron abiertamente hacia la diplomacia (1777), pasó a denominarse Comité para Asuntos Exteriores. Benjamin Franklin fue la figura más activa y reconocible en esta comisión, *de facto* el primer diplomático de los Estados Unidos, considerado en Francia poco menos que el representante de la

América ilustrada y un personaje de enorme popularidad en todos los círculos sociales. Presentó sus credenciales como embajador en la Corte de Francia en 1779, puesto que ocupó hasta 1785 cuando fue sucedido por Thomas Jefferson. En Estados Unidos, el primer embajador europeo fue el francés Conrad Alexandre Gérard de Rayneval.

A la altura de 1780, la propia complejidad de la actividad política de la Convención Continental había devaluado la actividad de este Comité de Exteriores. Fue entonces cuando se materializó la propuesta de constituir un departamento de Asuntos Exteriores que, de manera más regular, tomase las riendas de la diplomacia estadounidense. En 1781 se formaba el departamento, a cuyo frente se puso a Robert Livingston en calidad de secretario de Asuntos Exteriores. Francia proporcionó a los americanos suministros, municiones, uniformes, tropas y apoyo naval. Tropas francesas apoyaron además las acciones de Washington en Virginia, y su participación en Yorktown (1781) fue decisiva para la victoria estadounidense. La mediación de Francia sirvió además para avanzar un acuerdo preliminar (1782) de paz.

En España, la aventura de John Jay, enviado por el Congreso a la Corte de Carlos III en busca de apoyo para la causa angloamericana dio lugar a un episodio diplomático digno de ser narrado. El joven neoyorkino John Jay era un prometedor político, miembro del Congreso Continental, en misión hacia España para lograr que este país se incorporase a la alianza de Francia y Angloamérica. La idea de los congresistas era trazar este vínculo en un tratado de carácter comercial y de amistad que favoreciese la consecución de préstamos a un interés no superior al 6 % y la salida de las mercancías de los colonos americanos por algún puerto del Mississippi al sur de los 31° de latitud norte. Pero incluso con su relevante capacidad intelectual, Jay carecía de los conocimientos que le habrían valido para moverse con soltura en una corte europea de la época. Y no era este un rasgo inusual, pues también le había pasado a John Adams en Francia, cuyo abigarrado clima diplomático exasperaba al jurista angloamericano.

Jay debía lograr la firma de un tratado de alianza con España y además recabar financiación para la guerra. El comisionado estadounidense desembarca en España (1779) con una propuesta sencilla que expresaba las inquietudes de los americanos con respecto al Gobierno tiránico de Londres, pero encuentra un interlocutor en absoluto receptivo a las inquietudes del republicanismo inspirador de la revolución angloamericana. Ni siquiera suavizando su discurso en la cuestión del Mississippi, Floridablanca iba a corresponder a las peticiones de Jay con ninguna oferta material concreta. Perdida la paciencia, el Congreso estadounidense estimó que la actitud de Jay en defensa de la navegabilidad del río era la adecuada, incluso si por culpa de ella se perdía el hipotético apoyo de los españoles.

A todos los efectos, la misión de John Jay en Madrid fue vista en su época como un fracaso. Con ello se da justo entendimiento a la participación real de España en el vínculo internacional de ayuda a la independencia de los Estados Unidos. En España, Jay tuvo enormes dificultades para trabar buenas relaciones diplomáticas con la Corte. Desde que desembarcó en Cádiz acompañado por el secretario Carmichael, Jay tomó nota de cuán alejada de la realidad americana en general estaba aquella España a cuyos mandatarios tenía encomendado dirigirse. En una carta fechada el 6 de marzo de 1780, Jay había escrito al secretario de indias, José de Gálvez, con quien tenía una buena relación, para que pusiese en conocimiento del monarca español su nombramiento y el objetivo de su misión. Pronto descubrirá la enorme distancia entre los tiempos americano y español. Jay necesitaba resultados rápidos, pues la guerra no podía esperar, pero en España las cosas de palacio eran irritantemente lentas e infructuosas. Los ministros españoles apenas prestaban atención a unos asuntos que, en su opinión, eran secundarios, y John Jay se mueve por Madrid entre 1780 y 1782 con la sensación de estar perdiendo el tiempo mientras las tropas del ejército continental combaten con muy pocos recursos. De hecho, la guerra finalizaría en 1783 sin que el emisario Jay hubiese resuelto el tratado de amistad y comercio que debía favorecer el comercio en el Mississippi y atraer recursos españoles para la causa angloamericana.

UNA GUERRA CONTAGIOSA

Al internacionalizarse la guerra, cada país hubo de tomar conciencia de las limitaciones a la hora de adquirir armas y recursos militares. Aquí jugaron su papel los países neutrales, tanto por el hecho de surtir de suministros a los beligerantes como por el de ser objeto sus barcos mercantes de la piratería. Para protegerse de los ataques de corsarios, Catalina la Grande de Rusia organizó la Liga Armada de los Países Neutrales (1780-1783) con Suecia, Prusia, el Imperio otomano y Dinamarca-Noruega. Esta asociación fue un instrumento defensivo muy eficiente y moderno para su época. Obedecía a la visión política de Catalina, de proteger el vulnerable comercio ruso, que dependía de los transportes de los países del norte de Europa, y de los británicos especialmente, en un sesenta por ciento. Los barcos con mercancías rusas no se regían por las mismas consideraciones sobre la propiedad de las mismas en tiempo de guerra. Así, mientras que los ingleses aplicaban la regla del Consulado del Mar, esto es: mercancías «beligerantes» en buques neutrales, en cambio los países del norte de Europa tenían la norma de que las mercancías eran tan libres como los buques que las transportaban. En esta guerra, los productos rusos en buques británicos podían ser incautados por los enemigos de Gran Bretaña, los americanos, que aplicaban precisamente la norma inglesa. Igualmente, los británicos interceptaban los barcos de cualquier nación con carga rusa supuestamente al servicio del enemigo. La Liga consideraba cualquier ataque a un barco de sus socios como una declaración de guerra, y fue reconocida y respetada por los Estados Unidos y Francia.

Aunque Gran Bretaña no hizo un reconocimiento formal de la Liga, sí que la respetó tácitamente, con la excepción de los barcos holandeses. Holanda, miembro de la liga, era aliada de Francia y proveía de material de guerra a sus socios en los puertos franceses. Por eso mismo, el 20 de diciembre de 1780 Gran Bretaña declaró la guerra a Holanda, tachando de contrabando su actividad de aprovisionamiento naval. En el otro extremo del Imperio británico, un episodio periférico pero significativo a propósito

de la capacidad de afrontar guerras paralelas tuvo lugar en el reino de Mysore, en la costa sur occidental de la India, que declaró la Guerra a Gran Bretaña en 1780. Mysore era aliado de Francia y reclamaba a Gran Bretaña el Puerto de Mabé, capturado por los ingleses. De modo que comunicó a Londres que ponía bajo su protección al ejército francés en la zona.

5

Un horizonte de paz (1778-1783)

EL FRENTE DOMÉSTICO

La vida diaria en la retaguardia era imposible sin la actividad de las mujeres. En las colonias las mujeres estaban por lo general acostumbradas a la responsabilidad en la familia y en la comunidad; aunque muchas vivían ya en entornos urbanos y bajo condiciones mucho más acomodadas que las de sus predecesoras, no por ello habían bajado la guardia, y en la guerra fueron bastantes las que asumieron papeles más visibles de lo que cabía esperar de su condición de esposas o madres. De entrada, las mujeres se hacían cargo de las granjas y de los negocios, además de atender al ejército continental en los servicios de intendencia y de trabajar como enfermeras para los soldados en el campo de batalla. Muchas mujeres no vivían a

resguardo pese a no ser soldados, y los servicios de inteligencia de los ejércitos se sirvieron de ellas poniendo en riesgo su vida. Sufrieron violaciones y fueron heridas, también muertas en el entorno de las batallas o ejecutadas por el enemigo. Pero su principal lucha era en el día a día, pues la política y la guerra no invalidaban el discurrir de lo cotidiano.

En la tradición inmediata, previa a la guerra, a finales de la década de los años sesenta las mujeres de las colonias habían organizado una forma de protesta conocida con el nombre de *Homespun Movement*, algo así como «Movimiento hecho en casa» o «Movimiento Casero», en referencia a la sencillez del ajuar doméstico, que pretendía llamar la atención y protestar por el lujo que rodeaba la vida de los británicos en las colonias. Estas patriotas defendían los ajuares sencillos que ellas mismas confeccionaban para sus casas, boicoteando la compra de productos manufacturados en Inglaterra, que eran gravados con impuestos. En la guerra, el *Homespun Movement* remedó los efectos del bloqueo sobre el comercio británico fabricando ellas las mantas para el ejército continental. Su actitud y trabajo contribuían a difundir la idea de que confeccionar o comprar productos locales era un gesto patriótico, como también lo era contribuir con sus propias rentas a alimentar a los soldados, o como lo había sido durante los primeros años de la revuelta colonial la negativa de las mujeres a consumir el famoso té de los ingleses.

Durante la contienda proliferaron las organizaciones de mujeres patrióticas. Muy famosa fue, por ejemplo, la Asociación de Señoras de Filadelfia, dedicada a la colecta de fondos para la guerra. Una de sus líderes era Martha Washington, y otra fue Sarah Franklin Bache, hija de Benjamin Franklin, o Esther de Berdt Reed. A la altura de 1780 estas organizaciones de mujeres habían logrado recaudar más de trescientos mil dólares para el ejército patriota. En su activismo, estas mujeres mostraban ya planteamientos ideológicos a propósito de cómo esperaban contribuir a la Patria. Las Señoras de Filadelfia apuntaron en el documento titulado *Sentiments of an American Woman* que pretendían contribuir tanto como pudieran a liberar a su país. El modelo de esta organización de Filadelfia se extendió por otras colonias. En la prensa, los dibujantes retrataban por ejemplo al grupo conocido como *Edenton Ladies Tea Party*, que se resistía a las medidas inglesas. Este grupo influiría en la política de la época, lo cual

resulta relevante si tenemos en cuenta que las mujeres no hacían ningún tipo de actividad pública de naturaleza política. La primera organización nacional de mujeres tuvo su origen precisamente al hilo de la guerra. Fue *The Ladies Association*, creada en Filadelfia por Esther de Berdt Reed para recaudar fondos para el ejército de Washington. A estas señoras se las conocería como el *Washington´s Sewing Circle*, el círculo de costura de Washington.



En la guerra hubo mujeres revolucionarias y protectoras de los intereses británicos, defensoras ambas de sus hogares e intereses económicos.

De entre tantos ejemplos de americanas patrióticas podemos mencionar el de Lucy Knox, mujer de origen aristocrático y muy bien educada que se había casado a la edad de diecisiete años con un hombre de rango inferior, Henry Knox, y que se convirtió en una ferviente patriota. Puesto que era una mujer instruida, participaba directamente de los asuntos de estado que discutía con su esposo, jefe de artillería del ejército continental. En ausencia de Henry, Lucy mantuvo con él una intensa correspondencia en la que puede leerse sobre su punto de vista a propósito de la revolución. Pero igualmente escribe informando del aumento del precio de las mercancías y de los alimentos, y de las dificultades que tiene para proveer al hogar de lo necesario. Había sufrido trece partos, de los cuales solo tres niños habían sobrevivido, y le habla a su esposo de su preocupación por la salud de los hijos además de por el futuro de la república por la que él lucha en el campo de batalla.

Desde luego que entre el grupo de mujeres leales a la Corona hubo algunas que actuaron recabando información para los británicos o escondiendo a los legitimistas en sus casas. Si huían ante la llegada de los patriotas, la incautación de sus bienes dejaba a estas familias sin la propiedad pues, al reclamarla, sus miembros eran arrestados y juzgados por alta traición. A las viudas y a los huérfanos de los oficiales legitimistas les correspondía un año de paga, pero a los deudos de los soldados de tropa no les quedaba nada para sobrevivir, ni siquiera raciones de comida. Por ello, era habitual la salida de estas mujeres y de sus hijos hacia Canadá, Jamaica, Bermudas o Inglaterra. Por otra parte la guerra rompía las familias por las desavenencias políticas, enemistaba a los hermanos, a los padres con los hijos… Hubo divorcios a propósito de las disputas entre esposos por el apoyo a ingleses o patriotas. Había mujeres e hijos que engañaban, políticamente hablando, a sus maridos o padres, e hijas que se deslizaban hacia comportamientos inaceptables en tiempos de paz con tal de sacar alguna ventaja material del enemigo.

Mención especial merecen en esta guerra las actividades de las mujeres que se ocuparon de espiar en uno y otro bando. Lydia Darragh, por ejemplo, era una ciudadana de Filadelfia de origen irlandés y emigrada a América, donde contrajo matrimonio con su tutor, mister. Darragh. Esta joven desarrollaba su vida profesional atendiendo a enfermos y recién nacidos, y preparando los cadáveres para ser enterrados; lo más parecido a lo que hoy entenderíamos por una enfermera. Cuando Filadelfia fue tomada por las tropas del general Howe, su casa fue ocupada por los británicos para la celebración de reuniones. La vida de Lydia dio un enorme vuelco. Resguardada la familia en sus habitaciones mientras se celebraban los encuentros entre oficiales, Lydia espiaba a los intrusos. Gracias al espionaje de misses. Darragh, Washington pudo prepararse para el ataque de los británicos, que a su vez esperaban pillar a los americanos desprevenidos. En el bando británico, Elizabeth Thomson era una inglesa que vivía con su marido en Charleston, Carolina del Sur, trabajando en la elaboración y venta de telas. El esposo de Elizabeth, que no aguantaba la situación bélica, regresó a Inglaterra dejando a su mujer al frente del negocio y en una situación personal muy vulnerable. Los patriotas la amedrentaban y acabaron quitándole los esclavos. Puesto que los americanos controlaban

Charleston, en 1776 la ciudad estaba llena de prisioneros —soldados— británicos. Elizabeth Thompson proporcionó alojamiento en su casa a los oficiales británicos capturados. Al terminar la guerra, Elizabeth regresó a Gran Bretaña con su esposo y, como tantas otras personas, reclamó al Gobierno una reparación económica o pensión.

MUJERES EN EL CAMPO DE BATALLA

En la guerra, muchas mujeres seguían a la tropa y actuaban como simpatizantes, eran las *camp followers*. Se ocupaban de cocinar y limpiar, de remendar la ropa… A falta de una organización médica moderna, estas mujeres, que seguían a los soldados hasta los campamentos, eran empleadas para atender a los heridos: una por cada diez, al principio con una paga de dos dólares mensuales y una ración de comida al día, y a partir de 1777 con una paga de ocho dólares y la consabida ración alimenticia. Algunas eran patriotas entregadas, pero también había otras que necesitaban esos ingresos para sobrevivir una vez habían quedado solas o con niños a su cargo. Tampoco era raro ver a las mujeres de los oficiales de visita en los campamentos. Se conocen bien los movimientos de Martha Washington en Valley Forge, donde se ocupaba de atender a George y de paso a los heridos.

El papel de Martha Washington en la guerra no deja de ser revelador a propósito de la implicación de muchas mujeres de las colonias en los más variados aspectos de la vida pública. Acompañándolo a localidades como Cambridge y Morristown para cuidar de la salud siempre precaria de Washington, Martha aconsejaba, además, a su esposo sobre las tácticas militares que iba poniendo en práctica. En Valley Forge, en 1778, afrontaría el duro invierno junto a la tropa y aprovechó la inactividad en la guerra para ir elaborando la que sería la primera campaña presidencial de Washington. De regreso a Mount Vernon (Virginia) se ocupó de atender a los soldados heridos. Aunque era una mujer de notable riqueza, dedicó enormes recursos personales al avituallamiento de los soldados. Era especialmente feliz aprovisionándoles de comida, lo que la hizo popular entre la tropa, al punto

de considerarla una heroína nacional. Arreglaba su ropa o cosía prendas nuevas y curaba las cruentas heridas de los hombres. Buena parte de su empuje personal quedó más tarde arruinado por su papel de esposa del presidente, papel que ella detestaba porque la alejaba de la vida de sus conciudadanos.



Pamela Patrick White, como tantas otras mujeres, sirvió como enfermera en el ejército continental.

El primer hospital angloamericano se había abierto en 1751 en Filadelfia y era toda una rareza en aquellos días. El sistema de enfermería para los heridos en las batallas fue establecido por Washington desde 1775. La militarización de estas enfermeras improvisadas era un hecho excepcional, y en la guerra de 1812 a 1815 hubo que volver a militarizarlas tomando la guerra de Revolución como referencia. En esta nueva contienda trabajaron ya incluso en los navíos de guerra. De momento, en 1775 el mero concepto de atender a los extraños era inadecuado a la forma de entender la asistencia sanitaria en la cultura de aquellos días. Los enfermos, con excepción de las situaciones de plaga o epidemia urbana, se curaban (o no) en el seno de sus hogares y bajo la atención de mujeres afines a ellos, nunca en manos de extrañas. Pero desde 1775, las mujeres que seguían a las tropas acabaron siendo sus enfermeras. El Congreso se ocupó de que estas mujeres se convirtieran en las personas que atendían a la tropa herida. Había que

sistematizar su trabajo, para lo que se estableció una enfermera por cada diez pacientes y una matrona (que a su vez se ocupaba de las propias enfermeras) por cada cien soldados enfermos. Estas recibían una paga de cuatro dólares mensuales y aquellas de dos dólares. Se organizó también la formación de las enfermeras en hospitales.

La voluntad de todas estas mujeres tenía un límite. Se les pagaba poco para tan dura tarea y muchos de los materiales requeridos para la atención de los heridos sobre el terreno los aportaban ellas mismas. Las enfermeras se contagiaban de dolencias tan graves como la viruela. Ante la escasez de voluntarias, el Congreso fue incrementando su paga hasta los ocho dólares en 1777. Compárese con el sueldo de los cirujanos y los boticarios, a los que se les pagaban cuarenta dólares mensuales. Razón de más para que estas profesionales escasearan, y se hiciesen públicas y repetidas llamadas al servicio de voluntarias. Tras la batalla de Ticonderoga se ordenó la compañía de una enfermera hasta el hospital de Fort George, y en 1778 Washington conminó a sus comandantes a emplear tantas enfermeras como pudieran para ayudar a los cirujanos.

La presencia de las mujeres en las zonas de batalla, fuera importante o no su función, era toda una declaración de que ellas estaban tan involucradas en la lucha como los hombres. Hubo mujeres que se integraron directamente en los regimientos por desamparo. Se trataba de chicas completamente abandonadas a su suerte. Sin exámenes médicos, se las alistaba mirando a otro lado si mostraban apariencia masculina, lo que desde luego no era un problema para muchas mujeres del campo, acostumbradas al trabajo rudo y al aire libre. Sus buenas cualidades como tiradoras favorecían que los oficiales de recluta hicieran la vista gorda. Margaret Corbin, por ejemplo, sirvió junto a su marido como artillera. Ambos fueron heridos, y ella perdió una parte de su brazo y un pecho en la batalla de Fort Washington. Mary Ludwig Hays, conocida como Molly Pitcher, llevaba agua a los soldados americanos durante la batalla de Monmouth (1778), pero tuvo que ocuparse del cañón que operaba su marido cuando este cayó. Betty Zane ayudó a repeler el asedio de los indios a un fuerte acarreando pólvora para rellenar los depósitos de las fuerzas coloniales. Rebecca Barret, esposa de un coronel de la milicia de Concord, Massachusetts, escondió en su granja equipamiento militar. Alimentó a

soldados británicos, pero se negó a recibir dinero a cambio alegando abiertamente que alimentaba al enemigo obligada. También en Massachusetts, en Pepperell, se formó una compañía militar de mujeres vestidas de hombres que tomaron las armas y patrullaron Concord. Prudence Cummings capturó a un oficial *tory* a golpe de fusil… etcétera.

¿Qué papel tenía la república asignado para todas estas mujeres valerosas? Su acceso directo a la arena pública era irrelevante. Mujeres muy conocidas como Abigail Adams o Mercy Otis Warren tuvieron alguna voz en la escena política, si bien la mayoría de ellas no pasaba de expresar sus sentimientos políticos en su correspondencia o diarios. Hubo también mujeres americanas que apoyaron la causa de los británicos. Formaban parte de familias legitimistas y, al igual que las patrióticas, asumían el trabajo en las granjas y en los negocios cuando sus maridos, hijos o hermanos dejaban sus casas para luchar o eran capturados por los rebeldes. Estas mujeres eran activas políticamente hablando porque mantenían los contactos con las autoridades y la posición pública de sus maridos. Cuando los legitimistas eran capturados o se exiliaban, las mujeres podían seguirles hasta las inmediaciones de las prisiones o bien abandonar con ellos el país. Sin embargo, las que decidían quedarse para asumir el control de una hacienda o un comercio no se echaban atrás. Las autoridades americanas les permitieron quedarse con la propiedad y el control de un tercio de la granja perteneciente al marido legitimista. De este modo garantizaban su subsistencia y la de sus hijos, evitando que se convirtiesen en una carga para la comunidad. Las que tenían bienes propios podían mantenerlos, porque las autoridades solo iban a confiscar los de los esposos.

DINERO CONTINENTAL

En la Angloamérica patriótica, para dar curso a la organización de la economía doméstica en tiempo de guerra se puso en marcha el así llamado «dinero continental». Las primeras medidas partieron del Congreso Continental en 1775, sabedor de que la guerra iba a ser de duración indefinida y costosa. Proveer de dinero a la nueva estructura nacional era una prioridad, y dada la escasez de monedas, se resolvió fabricar papel

moneda. Se encargaron las placas de impresión a la compañía Smithers, inglesa pero instalada ahora en Filadelfia, que era una empresa especializada en grabados para armas, por lo que carecía de experiencia en la impresión de papel moneda. Las dificultades eran enormes, había que prevenir las falsificaciones y por ello mismo se aplicaron rasgos identificativos en el envés de los billetes, en un principio impresos sobre cartulinas tan gruesas como las de los naipes. Las marcas en la parte posterior del billete eran motivos locales, como una ramita con hojas, acompañadas por los nombres del impresor y el año de impresión.



El Congreso autorizó la fabricación de dinero continental a partir de junio de 1775.

Para una sociedad carente de práctica en el uso del papel moneda era imprescindible crear mecanismos de confianza para evitar la falta de uso y la depreciación. En una decisión aprobada en junio de 1775, se acordó que el Congreso proveería la suma íntegra de la operación y cada colonia aportaría lo que le correspondía. Finalmente las colonias unidas se obligaban a pagar la parte que las colonias no pudieran afrontar. Era el momento en que se ponía a Washington al frente del ejército continental recién creado y se producía la batalla de Bunker´s Hill. El Congreso se veía obligado a emitir moneda a crédito por una suma de dos millones de dólares —equivalentes al valor de las monedas conocidas como Spanish Milled Dollars o reales de a ocho fabricadas en plata— y se instaba a las colonias a

cubrir su parte de la deuda en cuatro anualidades, entre 1779 y 1782. Se imprimieron billetes de uno a ocho dólares y también de veinte, en 403.800 unidades en total que componían los dos millones. Un comité formado por John Adams, John Rutledge, James Duane, Benjamin Franklin y James Wilson se encargaba de velar porque hubiera papel, así como de proveer las imprentas para la impresión y de asegurar la calidad de las placas grabadas. El Congreso autorizó a veintiocho ciudadanos de Filadelfia para que firmasen los billetes con los nombres de dos de ellos. Cada uno de estos firmantes recibía poco más de un dólar por cada mil dólares firmados y numerados.

El billete de un dólar llevaba dibujada una planta de acanto rodeando un cesto cerrado con un peso, en alusión al origen del diseño corintio de los capiteles. Se buscaba con ello trasmitir la idea de que, incluso en situaciones opresivas, las sociedades aplicadas florecen. La belleza y la fortaleza del estilo corintio pretendían ser expresión del lema *depressa resurgit*. El resto de los billetes tenían lemas latinos y dibujos también significativos en alusión a las virtudes, a las habilidades que hacen posible el enriquecimiento y el progreso de las sociedades. En el de seis dólares, la palabra *perseverando* acompañaba a la figura de un castor que socava la base de un gran árbol, Gran Bretaña. La confianza en el futuro, que se expresa en el moto *serenabit*, se incluía en el billete de siete dólares, para trasmitir la idea de que tras la tormenta llega la calma. El billete de veinte dólares, el de más valor, representaba con tosquedad una tempestad en el océano. Las olas tempestuosas son el pueblo bajo el lema *VI Concitae* que se deja llevar por la rebelión, por causas externas (el Parlamento británico) ajenas a él mismo. El oleaje, en la misma dirección, es contundente y unánime en su actuación, en alusión a la sociedad estadounidense. En estos primeros diseños de los billetes americanos se daba una lección de moral comunitaria y de patriotismo.

Dos tesoreros residentes en Filadelfia y pagados por el Tesoro Público fueron designados para hacerse cargo del papel moneda, con un salario de quinientos dólares. Para hacer frente al coste de la operación se procedió a llevar a cabo un censo de habitantes de cada colonia, incluyendo a la población negra y mulata, el primer censo estadounidense propiamente dicho. Virginia, a la cabeza en el cómputo de habitantes, estaba obligada a

sufragar cerca de medio millón de dólares, en tanto que las Carolinas, Nueva York y Connecticut debían cubrir justamente la mitad. La expedición organizada para invadir Canadá en el verano de 1775 llevó al Congreso a ordenar una nueva emisión de papel moneda, esta vez por una cantidad inicial de tres millones, que llegaría a seis en los meses siguientes. Pero este dinero continental no se hacía efectivo en el ejército, por lo que el Tesoro tuvo que ceder oro y plata para los pagos a los ejércitos en el norte. A partir de 1775 comenzarían a emitirse billetes de mayor valor: de 30, 35, 40, 45, 50, 60, 65, 70 y 80 dólares, además de fracciones de dolar: un sexto, un tercio, medio dólar y dos tercios, que se imprimían en billetes más pequeños. La idea de voluntad de perpetuidad de la República de los Estados Unidos quedaba referida en el lema del billete de 80 dólares de 1779: *et in secula seculorum florescebit*.

Hacia 1779, la duración de la guerra y el encarecimiento de las campañas, además de la escasa generosidad de los socios en Europa, forzaron a imprimir más papel moneda. Se había impreso cerca de un cuarto de millón de dólares, la mayoría paralizado en manos de la población. La depreciación fue enorme: 742 dólares continentales en papel tenían apenas un valor de 100 dólares reales. En 1776 la ciudadanía rechazaba los billetes por lo que el Congreso confirió poderes especiales a Washington para arrestar a quienes se negasen a recibir pagos en moneda continental. En el final de aquel año el Congreso había emitido más de veinticinco millones en papel. La lotería fue otro de los recursos concebidos por el Congreso para obtener fondos (1776). Se emitieron cien mil boletos organizados en cuatro tipos, de diez, veinte, treinta y cincuenta dólares. Los premiados recibían un documento por el que el Tesoro se comprometía al pago en cinco años con un interés anual de un cuatro por cien. La gente no apoyó la iniciativa. La venta del papel fue un negocio fallido para muchas personas. Además, la falsificación de moneda continental estaba a la orden del día. Entre 1777 y 1779 el Comandante británico Henry Clinton organizó en Nueva York una banda de falsificadores con el respaldo de legitimistas de diversos estados. Le ayudaba la empresa Smithers, la misma que había asumido la fabricación de placas para las primeras emisiones de billetes

continentales. Esta maniobra contribuyó a aumentar el descrédito del dinero angloamericano, cuyas finanzas estaban quebradas. En 1780 fue necesario reorganizar todo el sistema de moneda del Congreso Continental, con nuevas emisiones: *New Emission*, frente a los billetes continentales, ahora denominados *Old Emission*.

EL OCASO DE FILADELFIA

Las colonias centralizaron en Filadelfia la actividad política durante la guerra. La ciudad no era aún una capital al uso, pero acogía los congresos continentales y en ella se firmó la Declaración de Independencia. En consecuencia, Filadelfia era una pieza muy apreciada en el escenario de la guerra. La Campana de la Libertad, junto con el resto de las campanas de las iglesias, se trasladaron a Allentown para evitar que los ingleses las dañasen en su avance sobre Filadelfia (1777). Tras una breve ocupación británica, la ciudad retornó a los americanos en 1778. Filadelfia acogió también el Congreso Constitucional y fue capital oficial de los Estados Unidos durante diez años, desde el 10 de diciembre de 1790. En ese tiempo el presidente Washington preparaba la construcción de una capital nueva, junto al río Potomac, la futura Washington D. C. Pero antes de la guerra, Filadelfia ya era una capital británica a la altura de otras ciudades del Imperio, como por ejemplo Bristol. Ciertamente, Filadelfia no tenía los más de setecientos mil habitantes de Londres, pero contaba con un emplazamiento costero que la hacía francamente útil para los intereses mercantiles ingleses. Además, las tierras interiores eran ricas y productivas.

Desde Filadelfia se exportaban materias primas: cereales, hierro, pieles, madera… y se importaban costosas manufacturas británicas y de otros lugares de Europa. La defensa militar de Filadelfia, innecesaria hasta ese momento, se hizo solo tras la Declaración de Independencia. Se encargó a la Carpenters' Company que preparara los cargamentos de armas y se procedió a reforzar las defensas en Fort Mifflin. El arquitecto de la empresa Carpenters aportó el diseño de los *chevaux-de-frise* a la defensa de la ciudad, montados en los sesenta puestos del río Delaware. Inicialmente pensados para impedir las cargas de caballería, la adaptación

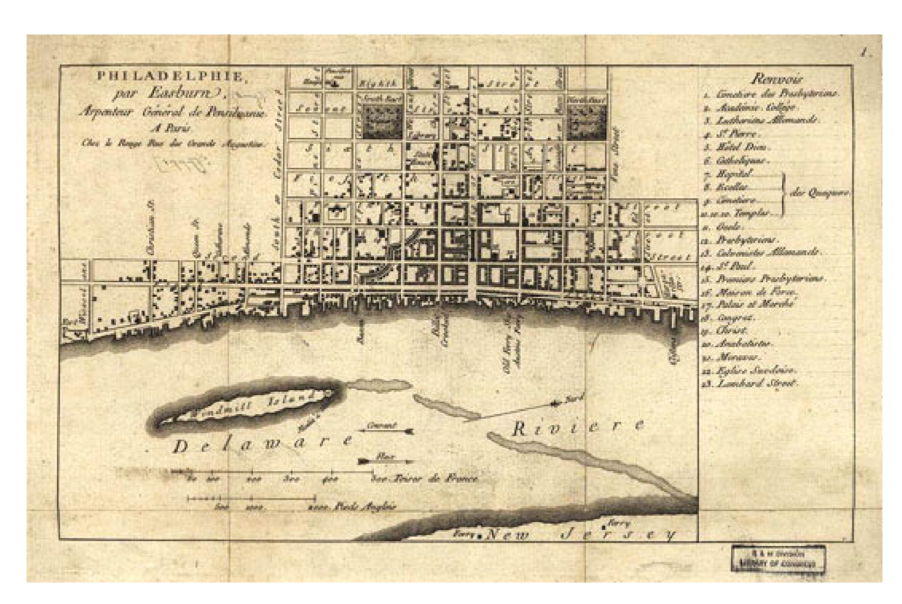
estadounidense trataba de hundir los barcos enemigos que se aproximaban a Filadelfia. Estos artilugios de madera, que se ubicaban en la corriente, eran rematados con púas de hierro. Mediante una compleja operación se los colocaba de tal modo que formasen una barrera infranqueable para las naves inglesas que intentaban fondear en Filadelfia. La ciudad se había convertido además en un arsenal de suministros y armas, en cuya elaboración tuvo parte crucial el llamado *Committee for American Manufactory of Linen & Woolens*, para el que trabajaron cientos de mujeres.

El momento más difícil de su existencia durante la guerra fue sin duda cuando, tras la derrota de Washington en Brandywine, los regimientos ingleses marcharon sobre Filadelfia. En diciembre de 1776, los ingleses se aproximaban a Filadelfia atravesando Nueva Jersey al mando del general Howe, que tenía grandes expectativas de hacerse con las armas y municiones de los patriotas. Pero los patriotas movieron sus arsenales a un lugar ubicado a poco menos de cien kilómetros al noroeste, y Washington obtenía importantes victorias en Trenton y Princeton. En esos días, las familias de los patriotas huían hasta el campo para refugiarse de las acciones de los *tories*. Arramblaban, según testimonios de la época, con todo lo que podían llevarse de sus ajuares domésticos. La salida de la población la noche del 25 de septiembre de 1777 fue literalmente una estampida en la que no faltaron las masas de gente corriendo ni los gritos de los niños asustados. En pocas horas, a la mañana siguiente, las tropas del general William Howe se hacían con la ciudad. Miles de oficiales y soldados ingleses levantaron sus campamentos. Les acompañaban dos mil civiles entre esposas y simpatizantes. Los barracones militares no eran suficientes para instalarse y no tardaron en ocuparse las viviendas abandonadas por los ciudadanos que habían huido: un diez por ciento de las viviendas y cerca de trescientos almacenes vacíos. Los oficiales se alojaban en las casas de los cuáqueros, unos cuatro mil quinientos censados en ese momento. Unos veinte mil ciudadanos de Filadelfia se quedaron en la ciudad, eran en su mayoría niños y mujeres. Pero incluso si habían sido muchas las personas que la abandonaron, la ciudad tenía ahora más del doble de la población original. Filadelfia se vio enseguida rehén de la falta de comida, pues desde las fortificaciones americanas en el Delaware se procuraba bloquear los transportes con mercancías.

Con la ocupación británica, la prisión de la Calle Walnut alojaba a unos quinientos prisioneros Patriotas. Había sido construida cuatro años antes y se convirtió en un lugar de muerte para los detenidos patriotas que, en no pocos casos, para sobrevivir aceptaban alistarse en las filas británicas. Washington enviaba a los reclusos mantas desde Valley Forge. Y es que las condiciones climatológicas y de habitabilidad tampoco eran buenas para los Casacas Rojas. Con todo, el general Howe hizo lo posible por mantener a su tropa en condiciones aceptables, enviaba a los residentes fuera de sus casas, a dormir al raso y sin comida en condiciones invernales. Las dependencias municipales acogían a la gente sin techo. Puesto que algunos barcos ingleses lograron atravesar las barreras de los caballos de Frisia, pudieron entrar en la ciudad algunos hombres de negocios y especuladores que pusieron en marcha las tiendas abandonadas. En unas semanas, la actividad en los muelles dotó a la ciudad de la vivacidad perdida.

La entrada de Francia en la guerra desestabilizó la posición de los ingleses en Filadelfia. El general Clinton debía mantener alejada a la flota francesa y para ello usaba al contingente mixto compuesto por soldados ingleses y de Hesse, en el área de Nueva York. En la primavera de 1778, Jorge III dio orden de que las tropas inglesas abandonasen la ciudad antes del 18 de junio. La situación interna cambió de la noche al día, los legitimistas vieron peligrar sus vidas y negocios si se quedaban en la ciudad. Tres mil de ellos se embarcaron en naves inglesas para salir de Filadelfia, acomodándose como podían entre el material de guerra que portaban los barcos. Antes de partir, los británicos hacían hogueras con puertas, cercas y cualquier objeto a su alcance. Los soldados, antes de abandonarlas, se tomaban la molestia de agujerear el suelo de las casas que habían ocupado para convertirlas en letrinas. Las infecciones arraigaban allí donde la destrucción iba acompañada de basura. Los ingleses destrozarían unas seiscientas casas. Tras nueve meses de ocupación, el general Henry Clinton evacuaba a quince mil soldados. Benedict Arnold y sus tropas entraron en Filadelfia sin verter sangre. El general fue nombrado gobernador militar y, el 24 de junio, el Congreso Continental podía regresar tras haberse ausentado de la capital y refugiado en York, Pensilvania. Ahora los legitimistas de Filadelfia eran considerados enemigos de Angloamérica

por los que regresaban. Los tribunales se ocupaban de juzgar a los traidores y de confiscarles sus bienes. De los cerca de cincuenta casos principales, solo dos recibieron la pena de horca que se ejecutó en noviembre. Ambos acusados eran cuáqueros. A finales de 1778 Filadelfia veía alejarse la guerra, hacia el sur y hasta Yorktown.



La entrada de Francia en la guerra desestabilizó la posición Legitimista en Filadelfia. Plano de la ciudad, 1776, Biblioteca del Congreso.

Hasta 1783 Filadelfia fue centro de la actividad política de los estados, la ciudad en la que se tomaron las decisiones fundamentales para el país, fácilmente accesible desde el norte y el sur. En junio de 1783 la celebración del Congreso Continental en Filadelfia atrajo igualmente a los soldados del Ejército Continental. Las tropas, sin cobrar su sueldo, marcharon sobre la ciudad para reunirse con los soldados allí apostados. Unos cuatrocientos soldados se dirigieron hacia el Congreso para exigir su paga, cerrando las puertas y controlando los almacenes de armas. Se encargó a Alexander Hamilton negociar con los soldados insurrectos y convencerles de que lo más sensato era liberar el Congreso y dejar que los políticos arreglasen el asunto del pago de las soldadas. Hamilton, antiguo soldado, era joven y locuaz. A la vez, solicitaba al gobernador de Pensilvania que la milicia del estado protegiera a los congresistas. La respuesta fue negativa y el Congreso salió definitivamente de Filadelfia, primero hacia Princeton en Nueva Jersey, reuniéndose en sucesivas ocasiones durante los años

siguientes en Trenton (Nueva Jersey), Annapolis (Maryland) o la ciudad de Nueva York. Los delegados regresarían a Filadelfia en 1787 para redactar la Constitución, pero el Congreso seguía el proceso desde Nueva York. Para la reunión del Congreso en 1789 se propondrían dos emplazamientos, Lancaster y Germantown, ambos a las afueras de Filadelfia.

La suerte de Filadelfia decayó definitivamente a comienzos de los años noventa, por la decisión del nuevo emplazamiento de la capital y por otros avatares entre los que cabe destacar el flujo de refugiados a la ciudad huidos de las islas del Caribe hacia 1793. El verano, seco y muy caluroso aquel año, ayudó a propagar las plagas de mosquitos en la zona del puerto, donde miles de personas desembarcaban de los cargueros. La población de la ciudad, en torno a los cincuenta mil habitantes, era de por sí elevada para sus infraestructuras. Eran las condiciones idóneas para que se desencadenara la tragedia sanitaria. Los refugiados trajeron consigo la fiebre amarilla y los mosquitos la extendieron por la ciudad. Aún se desconocía la vinculación entre la fiebre y su transmisor, pero un médico local, Benjamin Rush, se puso al frente de la emergencia sanitaria, que se estaba cobrando ya muchas vidas, y trabajó de manera incansable. Rush, que era político —uno de los firmantes de la Declaración de Independencia— aconsejó a los ciudadanos que salieran de Filadelfia. El Congreso y el presidente Washington con su gabinete siguieron las instrucciones de Rush y abandonaron la ciudad. Pero la enfermedad, que solo remitió al llegar el invierno, se cobró unas cuatro mil víctimas. Un efecto de la epidemia fue la disolución, por el fallecimiento de sus miembros, de muchas familias, también la imagen en las calles de la locura, que afectaba a los más pobres en una fase avanzada de la enfermedad. Las autoridades comprobaron que Filadelfia no estaba preparada para una contingencia de esta naturaleza: carecía de protocolos sanitarios y de hospitales, de modo que solo cabía esperar la muerte de los enfermos y proceder a enterrarlos.

LAS BATALLAS VIAJAN AL SUR

Pero la guerra se iba a extender desde finales de 1778 hacia los parajes meridionales de las antiguas colonias en los que, a juicio de los ingleses, la población leal a la Corona se rebelaría contra los Patriotas al ver aparecer a los Casacas Rojas. El cálculo era errado de partida, pues la población del sur reaccionó precisamente contra los soldados y oficiales ingleses, a los que veían ahora como unos ocupantes incómodos. Parte de la hostilidad local contra los ingleses tenía que ver con la promesa de libertad a los esclavos que se adhiriesen a sus ejércitos. Aunque no existían células de patriotas tan nutridas como en el norte y el centro, en el sur la causa de la independencia no estaba dormida y los hechos de la guerra agudizaron la animadversión local hacia el ocupante, al quedar muchas plantaciones arrasadas por el paso de los Casacas Rojas.

En mayo de 1779 los británicos pusieron a la mar una flota dirigida por el Almirante Collier con un destacamento de ejército a las órdenes del general Matthew con el objetivo de hacer una razia de castigo al sur de Chesapeake y destruir las plantaciones de tabaco en Portsmouth y Suffolk. Portsmouth quedó destruido y los ingleses provocaron la desbandada de los civiles, apresando a centenares de personas que huían: hombres, mujeres y niños, haciéndose además con bienes y pertenencias. Muchos de los cautivos eran personas sin capacidad militar: ancianos, críos pequeños y mujeres, lo que envilecía aún más la acción de los ingleses. Algo parecido, aunque con menor número de civiles, sucedió en Norfolk.

Pero la guerra se recrudecía en escenarios alejados de las costas americanas. En 1777 John Paul Jones atacaba los puertos británicos y a los barcos ingleses en aguas europeas. En 1779 tomó el mando de un barco mercante, regalo de los franceses y reconvertido en barco de guerra, con cuarenta y dos cañones: el *Bonhomme Richard*. Jones iba al frente de un escuadrón —*Venseance, Pallas y Alliance*— que atacó las costas de Irlanda y salió luego rumbo al norte de Inglaterra. Los buques de bandera estadounidense llevaban marinería internacional que apenas se entendía entre sí, lo que les situaba de partida en inferioridad de condiciones. El 23 de septiembre de 1779 se toparon con un convoy británico de la flota del

Báltico, compuesto de un mercante, el *Serapis*, y dos buques, superiores a los americanos en cualidades técnicas y tropa. Con todo, la pericia de John Paul Jones —contarían los testigos— acabó con el *Serapis*, considerándose esta una de las batallas más gloriosas de la guerra de Revolución, y encumbrando aún más la figura de marino de Jones.

GÁLVEZ EN PENSACOLA

En junio de 1779 los españoles habían dado autorización a sus tropas coloniales para hacer uso de la fuerza contra los británicos. En julio, declarada ya la guerra, las autoridades esperaban un ataque inglés sobre La Habana por lo que se alertó a Bernardo de Gálvez, gobernador en Nueva Orleans, que se apresuró a hacer preparativos militares en defensa de Luisiana. Su objetivo era tomar las fortificaciones de Mobile y Pensacola, al este de Nueva Orleans. Además, dos batallones de mulatos y negros voluntarios se aprestaban a defender Cuba de los británicos. El vínculo de Gálvez con los rebeldes americanos se había gestado gracias a la actividad de un agente secreto, Oliver Pollock, en la ciudad de Nueva Orleans. Gálvez mantenía también espías en las zonas controladas por los ingleses desde 1777. En los últimos días de agosto de 1779 Gálvez capturaba la fortaleza británica en Mauchak, Luisiana, y enseguida otra posición en Baton Rouge. Gálvez llevaba más de medio millar de hombres —por tierra firme y por mar— procedentes de lugares diversos, fundamentalmente las islas Canarias, Puerto Rico o Cuba. También le acompañaba el agente angloamericano Pollock. A estas fuerzas se unirían por el camino otro medio millar largo de hombres, principalmente mercenarios e indios. Gálvez tomaría los puertos de Tompson y Smith y el fuerte Panmure de Natchez, defendido por un contingente de granaderos ingleses. Sin más bajas que un muerto y dos heridos —rezan las crónicas—, en el comienzo del otoño se habían apresado unos mil soldados entre británicos y alemanes, y también al buque británico HMS West Florida (batalla de Lake Pontchartrain) que había tenido el control de Mississippi durante años.

Gálvez era ascendido a general de brigada. Ahora estas ricas tierras a lo largo del Mississippi quedaban bajo control de la Corona española. Entre 1778 y 1783 se asentó en Luisiana población española procedente de las islas Canarias, conocidos desde entonces como los isleños de Luisiana, cuya herencia cultural arraigó en la región.



Bernardo de Gálvez, retratado presumiblemente por Mariano Salvador Maella (1784) dirigió la defensa de la Luisiana.

En el mes de marzo de 1781 los españoles habían sitiado la península de Pensacola, protegida por los británicos pero fundamentalmente habitada por nativos indios. Entre los meses de marzo y de mayo, la presión de los barcos españoles y franceses sobre la boca del canal de la bahía provocó la retirada de dos bergantines ingleses, el *Mentor* y el *Port Royal* cargados con tropas legitimistas. Desde las inmediaciones de la Isla Santa Rosa los barcos de guerra protegían a los barcos de transporte y a las tropas españolas que en el inicio de abril fueron desembarcando sin contratiempo en el continente. Los indios huirían hacia el Fuerte George. Los españoles intentaban capturar los buques ingleses que sus dueños no conseguían quemar. La fortaleza caería en abril gracias a los refuerzos procedentes de

La Habana, unos mil seiscientos hombres que se suman a las fuerzas de Gálvez. Esta operación tuvo una dimensión enorme: unos diez mil marineros en decenas de buques de guerra de diverso tamaño bloqueando la entrada de la bahía para cortar la vía de escape que los británicos y la entrada de suministros. Las tropas francesas del almirante Monteil, unos setecientos soldados y ocho naves, se añadieron al esfuerzo de hostigamiento a la fortaleza y la toma de Pensacola. Entre finales de abril y comienzos de mayo la artillería de los españoles se acercó al núcleo de la fortaleza británica avanzando trincheras y túneles. El 1 de mayo la artillería española se vería comprometida por la carga de mortero de los británicos.

Cada vez más cerca los dos enemigos, los daños mutuos fueron considerables. El día 8 la metralla de los morteros españoles hacía estallar el polvorín británico, matando a ochenta hombres. Un asalto masivo rindió la fortaleza el día 10 de mayo. El almirante Chester, capitán general y gobernador de Florida Occidental, junto con el comandante John Cambel se entregarían al frente de unos mil cien soldados. También se rendirían los legitimistas que habitaban el fuerte. A todos ellos se les dio la libertad bajo la promesa de no volver a unirse al ejército inglés. Los prisioneros británicos fueron enviados a La Habana para desde allí partir más tarde hacia Nueva York, donde serían puestos bajo la custodia de los americanos y los franceses que ya habían recuperado la ciudad. Los barcos franceses, sin embargo, se apresuraron a unirse al bloqueo en Yorktown, donde los españoles reforzaban la acción de los buques franceses. Thomas Jefferson envió a Gálvez un escrito de agradecimiento por su magnífica actuación en Pensacola y Carlos III reconoció la labor del marino nombrándole gobernador de Florida y de Luisiana Occidental (1782). Como mariscal de campo, Gálvez adquiría la responsabilidad sobre todas las operaciones que España llevara a cabo en el norte de América.

CHARLESTON ASEDIADA

La peor de las derrotas americanas hasta la fecha estaba por llegar. Se dio en Charleston. El primer asedio inglés a la ciudad fue el ataque a Fort Sullivan en junio de 1776. Entonces, la rebelión de las colonias del sur había sido parcialmente aplacada por las acciones de los Casacas Rojas comandados por Henry Clinton y Peter Parker. La milicia colonial, que estaba comandada por William Moutrie, logró frenar a los británicos. Fort Sullivan fue renombrada como Fort Moutrie en su honor. Los ingleses dirigieron entonces su ataque hacia el puerto de Nueva York volviendo a intentar la toma de Charleston, ahora sí con éxito, en 1780.

En enero de 1779 una flota inglesa con nueve mil hombres a bordo partía de Nueva York. Todo hacía sugerir que su objetivo era Charleston, si bien los americanos no tenían la absoluta certeza. Se dieron cuenta tarde. El general Lincoln, que estaba al mando del ejército rebelde en el sur, solicitó entonces refuerzos sin éxito. Pese a la difícil travesía, en febrero la flota inglesa estaba ya a unos treinta kilómetros de Charleston. Las condiciones del mar no eran buenas y la ciudad estaba muy bien fortificada, por lo que Clinton planeó una maniobra envolvente. Ante la desigualdad del choque previsto, lo lógico hubiera sido que Lincoln hubiese evacuado a sus tropas de la ciudad, pero las autoridades locales le pedían que no dejara caer Charleston en manos inglesas. Así, Clinton pudo rodearla y someterla a un cerco. En marzo los ingleses lograron traspasar las defensas del puerto y penetrar en las líneas americanas. Charleston fue bombardeada con el resultado de centenares de soldados muertos y heridos. En abril Lincoln presentaba a Clinton sus condiciones para la rendición, que no eran otras que la retirada de sus soldados. Pero la respuesta inglesa fue intensificar los bombardeos sobre la ciudad. Durante la primera parte del mes de mayo no cesaron de caer las bombas sobre Charleston.



En enero de 1779, una flota inglesa partía de Nueva York con el objetivo de tomar Charleston. Mapa inglés en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

El padecimiento de la población de Charleston ante el asedio y el bombardeo era extremo cuando los británicos amenazaban con intensificar el ataque si no se producía una rendición incondicional. Habían hecho cautivos a cerca de siete mil hombres entre soldados y marineros americanos, la mitad de los cuales se presumía iba a morir irremediablemente en su cautiverio. Charleston cayó el 12 de mayo de 1780 sin que Horatio Gates hubiera conseguido llegar a tiempo al rescate, siendo el avance de sus tropas cortado por las del general Cornwallis en un ataque sorpresa a Camden, Carolina del Sur. Gates se vio forzado a retirar a sus hombres a Hillsborough, en Carolina del Norte. El general Clinton asignó a Cornwallis la tarea de acabar con los reductos de las milicias en Carolina del Norte. Al mando a su vez de Cornwallis, el coronel Tarlenton comandaba la caballería inglesa, que topó con el ejército continental de Virginia en su retirada hacia Carolina del Norte. Un choque nuevamente desequilibrado se saldó con la destrucción del contingente estadounidense. Los oficiales, a cuyo mando estaba Cornwallis, no se ganaron precisamente

el aprecio local cuando procedieron a ejecutar en la horca a todos los enemigos apresados. Este tipo de acciones dieron como resultado una reacción de los locales de Carolina del Sur, que lograron abatir a los ingleses en la batalla de King´s Mountain, el 7 de octubre de 1780. Por si lo cruento del asedio no hubiera sido suficientemente trágico para Charleston, solo tres días después del acto de rendición la explosión accidental de un almacén de pólvora próximo a varias viviendas costaba la vida a doscientas personas.

El largo asedio y los hechos más cruentos acaecidos en Charleston pueden leerse con sumo detalle en los diarios y memorias de algunos militares destacados, por ejemplo el propio Henry Clinton, o William Moultrie y Banastre Tarleton. La pérdida de Charleston fue un golpe muy duro para las fuerzas y la moral de los americanos. La ciudad quedaría ocupada por las tropas inglesas hasta 1782. En ella las nuevas autoridades crearon una junta policial para administrar la ciudad. Cada aspecto de la vida era sometido al control de la junta y de los diversos comisarios a quienes se encomendaban las gestiones de vigilancia. Evidentemente, la nueva situación era del agrado de los legitimistas, que recuperaban su actividad económica. Pero los ciudadanos favorables a la independencia vivieron aquellos años bajo una enorme presión y miedo, esperando el día en que los ingleses abandonaran las calles de la ciudad. Lejos de constituir un ejemplo a propósito de cómo recuperar el control de las ciudades en las antiguas colonias, los británicos estaban alentando las razones que llevaban a la población a resistirse al dominio y desear el fin de la represión y la ley marcial.

HUYENDO DE LAS FIEBRES

La importante victoria que supuso para los ingleses la toma de Charleston no fue gratuita. Las tropas británicas sufrieron especialmente durante la campaña de 1780 a causa de las epidemias y fiebres que se extendieron por las regiones meridionales entre el verano y el otoño de aquel año y que provocaron un número inesperado de bajas.Desde la primavera de 1781, lord Cornwallis intentaría evitar que sus hombres cayeran víctima de otra

epidemia, moviendo las tropas hacia el norte, Virginia. Pero siempre que se daba la necesidad de huir de zonas con epidemia el deambular de los soldados era penoso, por la escasez de medios para atender a tantos enfermos y por las malas condiciones del terreno, pantanoso unas veces y otras, simplemente, embarrado por la lluvia. En octubre de 1781 las tropas inglesas tomaban el camino de Yorktown.

Aunque este factor deba relativizarse en la compleja estrategia militar, la cuestión de las epidemias —fiebres tifoideas, viruela, malaria— en las áreas meridionales del sur fue determinante a la hora de plantear los comandantes británicos sus decisiones. La malaria sobre todo minaba a los oficiales y a los soldados, poniendo al ejército en cuarentena en momentos en los que se le necesitaba activo. Para los ingleses, el sur profundo y sus enfermedades tropicales eran una trampa mortal, algo que sin duda supieron aprovechar a su favor los patriotas de aquella región, procurando que los choques tuvieran lugar precisamente en los meses más calurosos. En el caso de Charleston, las propias condiciones del asedio habían favorecido la difusión de las epidemias por toda la región. Los habitantes de la zona estaban ya muy diezmados por la carestía propia de la guerra, de modo que las condiciones en que se encontraron los ingleses al tomar la ciudad y su ribera no auguraban nada bueno para la salud de las tropas de ocupación, que empeoró durante el otoño cuando los ingleses hacían razias en la periferia de la ciudad para someter a los rebeldes. Pese a la violencia con que dominaban la situación, los ocupantes tuvieron limitada su capacidad real por el propio estado de debilidad de la tropa.

Los relatos de los médicos del ejército británico quejándose de la falta de recursos para aliviar la enfermedad entre los soldados son exhaustivos. A finales de año hubo de repatriarse a Londres al comandante del equipo médico que operaba en el teatro de operaciones del sur por estar gravemente enfermo. En núcleos de población como Savannah se vivían situaciones de enfermedad semejantes. La desesperación de los mandos ingleses se refleja nuevamente en la correspondencia. Hubo órdenes militares entre mandos que jamás llegaron a su destino porque el emisario caía arrasado por la fiebre. Todos los oficiales de la caballería de Tarleton, incluido el propio Tarleton, fundamental para el control del territorio en la estrategia de Cornwallis, cayeron enfermos, probablemente de fiebre

amarilla. Esta circunstancia ayudó, el 7 de octubre, a los Over Mountain Men —patriotas al oeste de los Apalaches— a ganar la batalla de Kings Mountain, el día 9 contra las tropas de Ferguson, que no pudo contar con el refuerzo de un Tarleton demasiado débil como para poder montar siquiera. El propio general Cornwallis quedó paralizado por la enfermedad durante casi un mes tras estas derrotas.



El asedio de Yorktown (1781) fue uno de los más cruentos de esta guerra. Grabado. Fuente: National Archives.

En enero de 1781 Cornwallis avanzaba hacia Carolina del Norte. Durante la travesía derrotó al ejército patriota de Nathanael Greene en Guilford Court House, a pesar de lo cual, Greene conseguiría rehacer su contingente. Los efectivos de Cornwallis iban mermando también por los heridos y la falta de suministros, que desmotivaba a los soldados. Muchos desertaban. El general inglés decidía moverse hacia Wilmington, en la costa, a donde llega en abril, para obtener refuerzos y provisiones. Pero Greene con los patriotas le iba a la zaga, atacando a la fuerza inglesa de Rawdon, en Camden, Carolina del Sur. Cornwallis decidió no acudir en ayuda de los de Camden entendiendo que no iba a ser efectivo en tiempo. Preferiría llevar a sus hombres hasta Virginia para ayudar a la resistencia bajo bandera inglesa de las Carolinas. En abril Cornwallis comunicaba su plan a Clinton. Insistía, además, en que debía sacar a sus hombres del peligro de contraer fiebres como el año anterior. Los historiadores han visto

en la actitud de Cornwallis el efecto de la experiencia de la enfermedad en propia carne. El miedo a las fiebres le habría hecho abandonar los escenarios más propensos a las epidemias. Pero aunque Cornwallis huía hacia el norte, la lucha para los británicos se mantuvo en el sur durante dos estaciones más. En el relato inglés de todos estos hechos se insistiría en que no fueron los rebeldes los causantes de su derrota, sino las condiciones ambientales que propiciaban la enfermedad que diezmaba a la tropa.

EL MUNDO SE HA VUELTO DEL REVÉS

En 1782, en el Mediterráneo, una fuerza combinada de franceses y españoles (6 de febrero de 1782) reconquistaba la isla de Menorca, británica desde 1713, cuyo puerto de Mahón tenía una importante función estratégica como base naval y comercial. Francia recuperaba el control del lucrativo comercio del azúcar en el Caribe al capturar algunas islas antillanas y poner en peligro a Jamaica. Los franceses habían tomado Dominica (1778), Granada (1779) y Tobago (1781), St. Kitts, Montserrat y Nevis (1781-1782). Como perder el Caribe era para los británicos un hecho inadmisible, los políticos se planteaban abandonar Norteamérica para centrarse en proteger esta región, que era una fuente de riqueza y aprovisionamiento vital para su industria y comercio. La opinión pública en Gran Bretaña estaba consternada, y pedía a los políticos y a la Corona que pusiese fin a la guerra en América renunciando a la soberanía sobre las colonias. La oposición en el Parlamento introdujo una moción para acabar con la guerra. El primer ministro, lord North, perdía la mayoría parlamentaria y renunciaba al cargo el 20 de mayo de 1782.

En el invierno se admitía que la situación de Gran Bretaña en América era delicada; sin embargo, el balance favorable de las batallas fuera de América relativizaba en la opinión de los políticos el peso de derrotas tan significativas como la de Yorktown. Por otra parte, en 1781-1782 los ingleses seguían controlando los grandes puertos de Nueva York, Savannah y Charleston y la situación en el Caribe dejó de ser tan desfavorable a Inglaterra como en los meses previos. La alianza hispanofrancesa estaba planeando la invasión de Jamaica: ciento cincuenta buques y quince mil

hombres para un asalto a gran escala. En abril, la flota británica comandada por George Rodney cortaba el paso a la francoespañola en las aguas entre Dominica y Guadalupe. En la sangrienta batalla de los Santos (12 de abril de 1882), que duró cuatro días, ambas fuerzas quedaron muy tocadas. Con todo, la balanza se inclinaba hacia los ingleses, que lograron salvar Jamaica y mejorar la situación de Gran Bretaña en el Caribe.

Nuevamente en el Mediterráneo, Gibraltar era objeto de un asedio de las tropas hispano francesas. El fuerte, sostenido por menos de ocho mil soldados británicos, fue asediado por treinta y cinco mil hombres. Pero tomar Gibraltar por tierra era prácticamente imposible debido a las defensas naturales del peñón. La falta de coordinación de las flotas atacantes y la inadecuada preparación de los marinos se uniría a las difíciles condiciones del mar, ayudando a que los ingleses acabasen con las baterías flotantes de los asaltantes, que hubieron de retirarse. La derrota de la alianza antibritánica culminó en la batalla de cabo Espartel (11 de octubre de 1782) frente a las costas de Marruecos. Y aunque los holandeses no suponían una gran amenaza militar, la armada inglesa había logrado bloquear a la holandesa en su base de la isla Texcel, previniendo con ello operaciones desestabilizadoras. Holanda deseaba firmar la paz pero se debía a su alianza con Francia, que también estaba perdiendo en los choques contra Gran Bretaña en la India, en cuyo territorio suroccidental intentaba infructuosamente ganar terreno a los ingleses por medio de alianzas con los pueblos locales. De manera que, en términos globales, puede decirse que en el otoño de 1782 Gran Bretaña seguía liderando el mar, controlando las principales rutas comerciales y había salido airosa de los ataques de sus dos oponentes europeos, Francia y España.

Pero incluso si Gran Bretaña mantenía la hegemonía, América era una causa perdida para el imperio. Los rebeldes dominaban los estados centrales, recuperando la ciudad de Nueva York, objetivo primordial del general Washington. El plan en 1779 para reconquistar la ciudad preveía que una flota comandada por el almirante D’Estaing venciera a la británica asegurándose el puerto de Nueva York y el río Hudson. A continuación, soldados franceses y americanos tomarían los fuertes que defendían la ciudad en Long Island y Rhode Island. Bajo esta condición de asedio por tierra y por mar, los ingleses habrían de rendirse. Sin embargo, la previsión

del general estadounidense carecía de realismo, ya que los británicos no tenían intención de someter a su flota a batalla alguna en Nueva York. La Armada prefería llevar la batalla hacia el sur, a Georgia, o a Chesapeake. Además, D'Estaing había sido abatido en Savannah en octubre de 1779, y era sustituido por Rochambeau, recién llegado de Francia en 1780, cuya visión de la estrategia a seguir consistía en hacer frente a los ingleses en Virginia y no en Nueva York.

YORKTOWN, OBJETIVO PATRIOTA

En septiembre de 1781 Washington se adaptaba a los planes franceses, haciendo de Yorktown su objetivo. De este modo, entre el 28 de septiembre y el 19 de octubre de 1781 tuvo lugar la última batalla decisiva de la guerra de Revolución. Buques con bandera francesa mandados por el almirante De Grasse salían de Chesapeake y daban caza a la armada británica de Cornwallis en Virginia. En Yorktown, Virginia, las fuerzas de los franceses rodearon a las tropas británicas comandadas por George Cornwallis, que solo pudo rendirse. Las cifras referidas a esta batalla hablan de su singular magnitud para aquel tiempo. Los ingleses habían hecho frente a los diecisiete mil soldados americanos y franceses con cerca de diez mil hombres. La flota británica era de diecinueve barcos y la francesa de veinticuatro. Murieron unos setenta soldados americanos y franceses y cerca de doscientos fueron heridos. Los británicos sufrieron unas seiscientas bajas entre muertos y heridos. El ejército angloamericano hizo prisioneros a más de siete mil soldados británicos. Esta debacle en el antiguo territorio colonial tuvo además el efecto de acelerar, como vimos, la caída del primer ministro lord North. El objetivo de su sucesor, lord Rockingham, sería concluir la guerra y buscar una paz satisfactoria para Gran Bretaña.

La de Yorktown fue la batalla clave de la guerra y el episodio central de la carrera militar de George Washington, que lideró la marcha hacia la posición elegida, en la península de Yorktown, Virginia, donde se habían retirado las fuerzas de Cornwallis. En esta acción iba acompañado por Rochambeau. El movimiento de tropas comenzó en la segunda quincena de agosto de 1781. Un total de unos siete mil hombres entre americanos y

franceses salió de Newport en Rhode Island, procurando sus comandantes que el desplazamiento se hiciera en secreto. Se trataba de que los ingleses pensasen que el ataque iba a producirse en Nueva York, sometida aún al dominio británico bajo el mando del general Clinton y de diez mil soldados. Tampoco los soldados tenían la menor idea de cuánta fe estaba depositada en aquel movimiento de tropas, de modo que rompieron la disciplina negándose a avanzar si no recibían su paga. Afortunadamente, el Congreso liberó los fondos necesarios para acallar a la tropa y facilitar el plan militar.

En septiembre, americanos y franceses alcanzaban Williamsburg, Virginia, junto con los suministros artilleros y el apoyo de soldados franceses. En Virginia, el contingente militar aliado superaba los quince mil soldados, más que suficientes para rodear Yorktown, comandados por una importante batería de oficiales europeos: Lafayette, Montmorency, Von SteuBen, Viomenil, Saint Simon, Lameth, De Lauzan… El ejército rebelde se apostó a unos dos kilómetros de Yorktown el 28 de septiembre. Puesto que pensaba que iba a recibir una flota de refuerzo, Cornwallis organizó la defensa de Yorktown desde el interior. De este modo, las posiciones exteriores británicas carecían de defensas, y americanos y franceses pudieron situar su artillería para dar comienzo al sitio de la ciudad. Se envió además a la caballería para que bloqueara los caminos de salida del cerco y se procedió al bombardeo durante los primeros días de octubre. Yorktown fue sometida a un bloqueo por mar para impedir que Cornwallis recibiera cualquier tipo de refuerzo, y sufrió un asedio por tierra desde fines de septiembre hasta mediados de octubre. El 17 de octubre Cornwallis se daba por vencido. No había podido romper el cerco. Una bandera y un tambor señalaban a los aliados que los británicos pedían la tregua. En Yorktown, el general Cornwallis se rendía el 19 de octubre.

La Armada británica acababa de ser abatida por la aliada en la batalla de los Cabos o batalla de Chesapeake, el 5 de septiembre de 1781, teniendo que retirarse los barcos hacia Nueva York, no sin antes dejar a buena parte de los hombres en tierra. Los españoles —Francisco de Saavedra— dieron a la flota francesa del Almirante Grasse los apoyos necesarios para moverse

desde el Caribe hasta las costas americanas donde vencieron a los ingleses. En el asedio habían muerto quinientos británicos y cerca de trescientos hombres entre americanos y franceses. Se hicieron más de siete mil prisioneros de guerra.

A pesar de que los grabados de la época retratan a Cornwallis en el acto de rendición, lo cierto es que las crónicas insisten en que el general inglés no asistió a la ceremonia alegando encontrarse indispuesto. En su lugar, el general O´Hara trató de rendirse al conde de Rochambeau que, negándose a ser el destinatario de la rendición, le dirigió a Washington, quien a su vez se hizo sustituir por el general Lincoln, su subordinado. En la ceremonia, una banda militar británica tocaba la muy apropiada tonada *The World Turned Upside Down* ('El mundo se ha vuelto del revés'). El relato del doctor James Thacher del ejército continental refleja el momento con eficacia narrativa. Al mediodía, aparecía George Washington a caballo y escoltado por el conde Rochambeau y su séquito; las tropas francesas completamente uniformadas y en orden marcial; la banda, cuya ejecución musical causaba, diría Thacher, «un efecto encantador». Junto a la pompa de los franceses, los americanos, no tan bien uniformados como sus socios ni tan limpios, lucían sin embargo bien tiesos y con marcialidad adecuada, alegres y satisfechos. El numeroso público congregado se mantenía en silencio, consciente de la magnitud del evento. Hacia las dos de la tarde hizo su aparición el grueso del ejército capturado, avanzando en línea. Todos, amigos y enemigos, estaban expectantes ante la entrada en escena de lord Cornwallis, pero el general les decepcionó, escudándose —dice el doctor Thacher— en una indisposición. En su lugar, el general O´Hara, a caballo y elegantemente uniformado, se descubría y excusaba a su superior. La tropa inglesa tenía una apariencia digna, limpia, bien armada. El comandante británico había abierto los almacenes para equiparles convenientemente con el fin de hacer más dulce el momento de la rendición y la entrega de armas. Sin embargo, muchos soldados ingleses enturbiaron el acto al arrojarlas con disgusto manifiesto y violencia. Luego serían conducidos hasta Yorktown a la espera de órdenes para la devolución a sus puestos militares de origen.

6

Un país roto y sin recursos (1783-1790)

Negociaciones para el fin de la guerra

El proceso que habría de conducir a la firma de la paz ha sido extensamente documentado con testimonios, memorias, y autobiografías de quienes fueron los protagonistas. La versión más difundida de la paz de Versalles de 1783 se había construido a partir del exceso de protagonismo que los políticos se adjudicaban a sí mismos en sus memorias. En estas historias se enfatizaba la presión de los americanos por alcanzar la paz y se minimizaba el deseo del ministro francés, Vergennes. Lecturas menos patrióticas sacaron a la luz la fragilidad de la diplomacia angloamericana en sus inicios, o las acciones descoordinadas de los Padres Fundadores ante el objetivo común de lograr un acuerdo ventajoso.

El movimiento formal angloamericano hacia la paz data de septiembre de 1779, cuando el Congreso de los Estados Unidos designaba a John Adams para negociar la paz y un tratado comercial con Inglaterra. También se nombraría a otro congresista, John Jay, para llevar a cabo un tratado con España, que como vimos no pudo sustanciarse en ninguna firma. En febrero de 1780, un comité del Congreso elaboraba un borrador que incluía algunas demandas mínimas como base para las futuras negociaciones de paz con Gran Bretaña. En dicho borrador se plasmaba la exigencia del reconocimiento inglés de la independencia de las colonias, se dibujaban las fronteras de la nación, se fijaba la expulsión de las fuerzas de Su Majestad y la demanda de libre navegación por el río Mississippi, lo que abriría un contencioso con España. Además se incluían condiciones precisas: el mantenimiento de los derechos de pesca sobre la costa de Terranova, hasta el momento en manos de los británicos, y que también eran objetivo colonial de Francia. Para tratar con Holanda, el Congreso nombraba embajador a Henry Laurens, que en el otoño de 1780 fue capturado en el mar por los británicos y encarcelado en Londres. Desde ese momento, Adams se convirtió en la voz de los insurgentes americanos en Europa y viajaba desde París a Holanda en busca de ayuda financiera para sostener la guerra en curso.

Adams tuvo que documentar y argumentar los vínculos entre holandeses y angloamericanos para solicitar el apoyo de banqueros y comerciantes, y al hacerlo concitó la animadversión de la diplomacia francesa, temerosa seguramente de que Holanda, con su ayuda económica, le estuviera tomando la delantera y, con ello, adquiriendo ciertas ventajas territoriales en el continente americano. Las difíciles relaciones de Adams con la diplomacia en Francia movieron finalmente al Congreso de los Estados Unidos a rehacer la comisión encargada de lograr el fin de las hostilidades. El Congreso revocó el mandato de Adams en junio de 1781 y nombró en su lugar a John Jay, que estaba en Madrid por entonces, retirando además la responsabilidad en esta gestión al resto de los componentes de la comisión: a Benjamin Franklin (en París), a Thomas Jefferson (en Virginia) y a

Laurens (preso en Londres). En una decisión muy controvertida, el Congreso, influido por Luzerne —el embajador francés en Filadelfia—, que tenía enorme influencia entre los representantes, estipuló que los comisionados estadounidenses solo actuarían con el conocimiento y opinión del ministro francés.

En Ámsterdam, Adams tuvo noticia de los hechos de Yorktown a finales de noviembre de 1781. Con esta información redobló esfuerzos sobre los Países Bajos para lograr el reconocimiento de Estados Unidos como país, lo que finalmente sucedió en marzo de 1782 con Adams ya como embajador, al ir las diversas provincias de los Países Bajos incorporándose al mencionado reconocimiento. La banca holandesa proporcionaba a los americanos un préstamo de unos dos millones de dólares en junio de 1782 y Adams conseguía además un tratado de amistad y comercio que le dejaba por fin libre para abandonar los Países Bajos e incorporarse a las negociaciones para la paz en París. En estas circunstancias, las dudosas expectativas de victoria inglesa forzaron al Parlamento británico a votar el final de la ofensiva militar contra los rebeldes.

Para los americanos era conveniente aprovechar sus victorias militares para dejar a Gran Bretaña aislada. El primer ministro británico lord North, recibía presiones de sus oponentes ante la evidencia de que la administración colonial en Angloamérica había tocado a su fin: «¡Se acabó!», exclamaría el político. En marzo de 1782 el Parlamento aconsejaba a Jorge III firmar la paz, y el día 20, Lord North renunciaba a su puesto. Ahora solo restaba poner en orden la situación para que la firma de la paz fuese lo más ventajosa posible para los británicos. lord Rockingham, el nuevo primer ministro, activó los vínculos con los comisionados americanos para la paz, especialmente con Franklin, y puso en el cargo de secretario para Asuntos Coloniales a un conocido del político angloamericano, William Shelburne, que enseguida buscó el modo de comenzar las negociaciones de paz en París, donde residía Franklin. Tampoco dejó al margen las conversaciones con Adams en Ámsterdam, usando el contacto de Henry Laurens, fuera ya de prisión desde finales del año anterior. En la primavera de 1782, Richard Oswald, que era un mercader escocés de la confianza de Shelburne y muy bien relacionado con los americanos, recibió el encargo de negociar de parte de Inglaterra. Sin

embargo, se produjo un conflicto de interés entre el responsable de Asuntos Coloniales, Shelburne, y el de Asuntos Exteriores, James Fox. Ambos pretendían liderar las conversaciones para la paz. La cuestión central era que, puesto que Inglaterra no reconocía la independencia de los americanos, el asunto quedaba técnicamente en manos de Asuntos Coloniales.

LA PAZ SE FIRMA EN VERSALLES

Con todo, en abril se abrieron las conversaciones con Franklin, cuya posición negociadora era delicada, pues carecía aún del reconocimiento de Gran Bretaña como representante de una nación independiente. Franklin se enfrentaba solo al proceso, habida cuenta de que el resto de comisionados se hallaban en Holanda y España. La guerra seguía activa y el 12 de abril de 1782, mientras en Europa la diplomacia movía ficha para alcanzar la paz, Gran Bretaña obtenía una sonada victoria naval en la batalla de los Santos, de cuyo conocimiento tuvo información Europa casi un mes más tarde y en la que el buque francés *Ville de Paris* y su capitán, el conde de Grasse, fueron apresados. En Inglaterra los políticos más pragmáticos vieron, más que una victoria, un hecho aislado que no cambiaba la realidad de que Francia iba a seguir dando batalla a Gran Bretaña en las aguas de las Indias Occidentales, de manera que se trató con honores y se liberó de inmediato a De Grasse. En Londres, la muerte repentina del ministro Rockingham en julio, convertía a Shelburne, el encargado de Asuntos Coloniales, en primer ministro. El secretario de Exteriores, Fox, dimitió y Shelburne se hizo con el control de las negociaciones. Del lado estadounidense, la enfermedad de Franklin llevó a Jay a dirigir el proceso de paz. Finalmente, el 19 de septiembre de 1782, el primer ministro británico hacía un reconocimiento tácito de los trece Estados Unidos y manifestaba estar dispuesto a reconocer la independencia en el primer artículo de un tratado provisional. Ahora sí podían comenzar las negociaciones para la paz.



La firma del conjunto de los tratados que ponían fin a casi diez años de guerra recibió el nombre de Tatado de Paz de París de 1783. La obra inconclusa *The Peace Treaties Signed at Paris and Versailles on 3 September 1783* se encuentra en el Winterthur Museum, Wilmington, Delaware.

En octubre, Jay, Franklin y Adams aunaban fuerzas en París tras concluir que Francia ya no era un aliado plenamente fiable, pues descubrirían que sus políticos hacían aproximaciones unilaterales a Londres. El propio primer ministro Shelburne azuzaba a sus rivales entre sí provocando la desconfianza entre ellos. Las negociaciones avanzaban, no obstante, y a comienzos de noviembre había ya un borrador de tratado. Los llamados artículos preliminares de paz fueron firmados por americanos e ingleses el 30 de noviembre, sin las consultas pertinentes a Versalles. En dichos artículos se establecía explícitamente lo bilateral de la paz entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. Una cláusula separada y secreta, que las autoridades americanas no iban a aceptar, estipulaba que Gran Bretaña volviese a reclamar la Florida occidental antes de firmar el tratado definitivo. En diciembre, un mensaje del rey Jorge III al Parlamento indicaba que las Trece Colonias eran estados independientes, adelantándose al reconocimiento que debía incluirse en el tratado de paz. Gran Bretaña,

con Francia y España, firmó los artículos preliminares a dicho tratado el 20 de enero de 1783. Aunque las hostilidades habían cesado, hasta el 4 de febrero no se proclamó oficialmente su cese. Shelburne había logrado conducir hasta este punto a Gran Bretaña con dignidad, pero el sentimiento de derrota en el país era enorme y la política interna se volvía ahora en contra del primer ministro. El éxito de la alianza entre lord North y James Fox logró apartar a Shelburne del ministerio.

En los Estados Unidos, el Congreso recibió el texto del tratado provisional en marzo y proclamó el final de las hostilidades el 11 de abril. Un cese de guerra que ratificó el Congreso el 15 de abril de 1783. Faltaba dar vía libre a la firma de los tratados que ponían fin a casi diez años de guerra, lo que se hizo simultáneamente en varios lugares, tomando el conjunto de actos el nombre simplificado de «Tratado de Paz de París de 1783». El 3 de septiembre se llevaron a cabo dos ceremonias. Una de ellas tuvo lugar por la mañana en la residencia del embajador de Gran Bretaña, el hotel de York en París. En esta ceremonia se firmaba el reconocimiento de la independencia estadounidense, condición necesaria para llegar al acuerdo de paz. A este documento se le denominó Tratado de París de 1783. La segunda ceremonia se produjo por la tarde en Versalles. El ministro de Asuntos Exteriores francés, conde de Vergennes, recibía la confirmación de que se había producido el reconocimiento formal de la independencia de las colonias antes de procederse a la firma de la paz entre Francia, España y la Corona británica. El documento sería denominado como Tratado de Versalles de 1783. Los Países Bajos no se sumaron a ninguno de estos documentos hasta meses más tarde, pues no veían en ellos nada relevante a su favor. Finalmente, el Tratado de Paz de París de 1783 fue ratificado por el Congreso de los Estados Unidos en enero de 1784. Las ratificaciones se prolongaron en el tiempo, a medida que se iban completando las negociaciones en las semanas siguientes: la firma del rey Jorge III el 9 de abril de ese año, o las copias del Tratado de París, en mayo. El proceso técnico de la paz parecía no tener fin.

Los europeos y el botín

El estado de incredulidad británico ante el éxito de la Revolución estadounidense fue memorable. Gran Bretaña se instalaba en la confusión a propósito de las consecuencias que este cambio podía traer al liderazgo británico. La opinión pública interpretó la derrota en Saratoga no como una pérdida muy lejos del corazón del Imperio, sino como un suceso acaecido en el propio Londres. Algunos políticos manifestaban no desconfiar de la alta virtud de las tropas inglesas, en su hacer inquebrantable, si bien comprendían debía asumirse que la conquista de la América inglesa era ya imposible, por mucho esfuerzo que se empeñase en la tarea. Los ingleses debían entender que, de haber sido ellos los americanos, jamás habrían bajado las armas ante las tropas de ocupación. Pero tras Saratoga la guerra continuaba, y Jorge III se resistiría a asumir la humillación de la derrota incluso cuando, en 1783, el Imperio hacía agua por otro de sus flancos, en la *East India Bill crisis*.

En aquellos días la expansión británica en la India estaba liderada por la Compañía de las Indias Orientales, con gobernadores responsables ante el Parlamento que veían con reticencia el patronazgo real. En el campo contrario, tras Versalles la República de los Estados Unidos se enfrentaban al su deficiente imagen en Europa. Los artículos de prensa europea aseguraban que América era un escenario de anarquía y levantamientos, que el Congreso angloamericano era débil y que los estados estaban sumidos en constantes turbulencias sociales. Desde Europa, Thomas Jefferson intentaba contrarrestar la propaganda negativa asegurando su falsedad y que los impresores europeos tomaban sus informaciones de fuentes inglesas, que no eran imparciales. El influjo de los periódicos y de los pasquines impresos en la opinión pública era grande, y no existían medios para contrastar las informaciones de fuentes británicas, cuya opinión bastante uniforme. Sin embargo, en los márgenes del núcleo de la actividad política e informativa sí había muchas personas cuya valoración de lo acontecido en América era libre y hasta simple. Para los artesanos de las manufacturas, hombres y mujeres con escasos recursos, lo que sucedía en América era poco menos

que un milagro, la rebelión contra el sistema. Algunos periódicos —como el *Westminster Chronicle* o el *Scots Magazine*, de Edimburgo— manifestaban admiración hacia los ciudadanos americanos y en especial hacia George Washington, el militar y el político, ejemplo de las virtudes que debían adornar a un líder.



Desde Europa, Thomas Jefferson intentaba contrarrestar la propaganda negativa sobre los Estados Unidos vertida por Gran Bretaña. Un retrato en miniatura de Jefferson fue realizado por Trumbull. Puede contemplarse en la residencia de Jefferson, en Monticello, Virginia.

Una vez pasado el trauma de perder las colonias, los británicos miraban con escepticismo el papel de los Estados Unidos en relación a los intereses de Gran Bretaña. ¿Qué tipo de amistad mantendrían con Inglaterra? El historiador Edward Gibbon escribió en 1780 que Estados Unidos era una nación fundada a partir de una empresa criminal, la de la rebelión, lo que descartaba una asociación beneficiosa con Gran Bretaña. Y todo ello incluso si en la Declaración de Independencia los Padres Fundadores habían anticipado que la nación estadounidense tendría una posición internacional bienintencionada. Los periódicos ingleses interpretaban que los americanos habían hecho uso del dinero atesorado por los comerciantes ingleses antes de la revolución. La prensa inglesa refería los padecimientos de los leales a Jorge III en el exilio y el desacuerdo de los americanos con sus Gobiernos

locales. Magnificaba el «desgobierno» de la nación, el movimiento armado independentista de Vermont contra las autoridades de los estados de New Hampshire, Massachusetts y Nueva York, los más antiguos y que, a juicio de la prensa inglesa (1781) intentaban dirigir todo el país como si fuera suyo.

Incluso con el tratado en la mano, para los británicos irse de América era un asunto complejo. Había que tener en cuenta aspectos prácticos, como el fortalecimiento de la frontera con Canadá o el avance de los americanos hacia el Mississippi para ampliar el territorio independiente con la fundación de nuevos estados. Tampoco parecía sencillo hacer caso omiso a los intereses de los ciudadanos legitimistas y sobre todo de los comerciantes locales. España podría aceptar intercambiar Menorca por Gibraltar o volver a ocupar Florida, dejando Jamaica a los británicos, y los franceses solicitaban mantener sus posiciones en el continente para la colonización de nuevas tierras hacia el oeste. De manera que el horizonte más ventajoso para los ingleses era que su fracaso se amortiguara ante la difícil conciliación de los intereses territoriales entre los americanos, los españoles y los franceses. La prensa inglesa, haciendo de la necesaria virtud, alababa las ventajas de los tratados para Gran Bretaña, entendiendo la pérdida de las trece colonias como algo menor dentro del conjunto del enfrentamiento global con las otras potencias europeas. Era cuestión de relativizar las desgracias. Se enfatizaba que Gran Bretaña conservaba el control del comercio marítimo y las mejores colonias, habiendo incluso recuperado de los franceses las islas de St. Kitts, Nevis, Montserrat, Dominica, St. Vincent y Granada. España devolvía Bahamas a los ingleses, que a su vez cedían Tobago a Francia.

Ágiles para ver el perfil práctico de los cambios, los británicos asumieron la importancia que para su economía tenía mantener el comercio con las antiguas colonias, de manera que, durante los diez años que siguieron al final de la guerra, Gran Bretaña vendería a los Estados Unidos unos veinticinco millones de libras en mercancías e importaría unos ocho millones en comida y materias primas. Francia, en cambio, que había hecho una inversión enorme en esta guerra, obtuvo beneficios exiguos y cayó en la bancarrota. La Corona francesa, por su parte, había gastado una cantidad que oscilaba entre los setecientos y los mil doscientos millones de libras. La

nueva bancarrota debilitaba a la monarquía, cuya deuda se encadenaba a la de la guerra de los Siete Años. Bajo estas condiciones de quiebra, Francia no podía tomar la delantera a su competidor colonial, aunque no se daba por vencida incluso cuando el rey Jorge insistía —para molestar al rey francés— en autoproclamarse rey de Francia, aplicando la tradición que databa del medievo y a la que Gran Bretaña no renunció formalmente hasta 1800.

El reparto del botín territorial tampoco había dejado a Francia en condiciones de exhibir su hegemonía. Con el Tratado de París no obtenía territorios relevantes, recuperaba tan solo Santa Lucía y Tobago. Ciertamente sí reafirmaba los acuerdos de Utrech relativos a la pesca en el norte de África, y su derecho a volver a fortificar el puerto de Dunquerque perdido en la guerra anterior. Holanda, que no había arriesgado tanto como los franceses, perdía menos que ellos, aunque tampoco ganaba mucho. Los daños materiales ocasionados por las dificultades del comercio y la captura de algunos de sus buques actuaban en detrimento de su economía. Holanda recuperaba sus posesiones en Asia y en el Caribe a cambio de permitir que Gran Bretaña se quedara con parte del comercio holandés en las Indias Orientales. Y España, como Francia, cayó en quiebra, incluso si su participación en la guerra había sido moderada en volumen y coste. España seguía atenta a no perder pie en el territorio angloamericano y le interesaba mantenerse en la Florida. El Puerto de Nueva Orleans le permitía controlar el comercio por el Mississippi. Aunque la Corona española recuperaba Menorca para su imperio, Carlos III y sus ministros se manifestaron contrariados cuando no lograron recuperar el control de Gibraltar.

EL EXILIO DE LOS LEGITIMISTAS

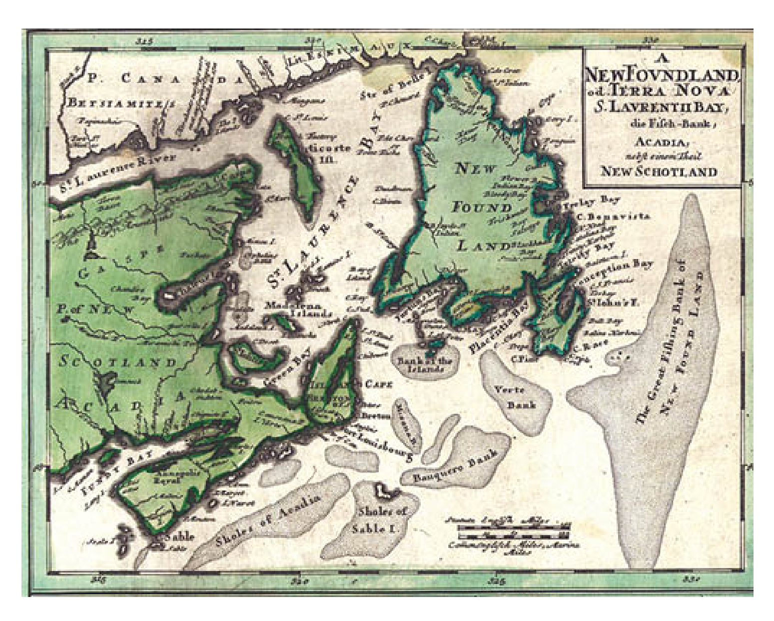
La guerra revolucionaria afectó intensamente a la sociedad estadounidense. Dividió a los colonos en facciones y creó un importante grupo de refugiados que perdieron sus propiedades y actividades. Un cálculo conservador sugiere que en las colonias inglesas revolucionarias hubo una pérdida de cerca de veinticinco habitantes por cada mil. Si tenemos en cuenta que no resulta fácil saber con exactitud qué significaba ser leal a la Corona en la etapa revolucionaria, es sensato deducir que tampoco puede

conocerse con precisión qué número de colonos se mantuvo al margen de la revolución o al menos no tuvo una actividad clara en ella. Se considera que uno de cada cinco americanos seguía del lado británico al terminar la guerra, lo que ya nos pone en la pista de cuántos hubieron de abandonar la nueva república en 1783. Para cuando se dio a conocer la paz en los periódicos, aún permanecían en el antiguo territorio colonial entre cuarenta y cincuenta mil legitimistas. Es conocido el comentario —veraz o no— del general Washington a propósito de todos estos leales a la Corona: «Lo mejor que pueden hacer los legitimistas es suicidarse». Obviamente, los colonos legitimistas no iban a seguir este consejo, sino que optaron por abandonar tierras, parientes y amigos. Se embarcaban hacia destinos desconocidos sin saber qué les iba a deparar la suerte. Exigirían ser compensados en sus pérdidas por la Corona a la que habían servido, un tema central en los debates del Parlamento británico. Los que habían empuñado las armas fueron recompensados, en cambio quienes habían mostrado una actitud más tibia en la defensa del rey tenían difíciles argumentos para recibir algo de la Corona.

En Nueva York se había organizado la salida *Evacuation Day*. El líder de uno de los grupos, sir Guy Carleton, preparó la retirada hacia Nueva Escocia y las autoridades británicas pusieron a Carleton al cargo de los grupos de legitimistas que debían dirigirse hacia Port Roseway, río San Juan y las playas de la bahía de Passamaquoddy. Pero Nueva Escocia, colonia regida por la Corona, había evolucionado desde los años sesenta hacia un asentamiento de propietarios que, en 1783, carecía de tierras reales para repartir entre los nuevos habitantes. La Corona volvió a hacerse con la propiedad de las tierras y las entregó en lotes a los exiliados, permitiendo además que los oficiales huidos tomaran parte en los procesos especulativos relacionados con el reparto de las tierras. Las tensiones derivadas de este ajuste explican la creación de un nueva provincia, New Brunswick, en 1784, desgajada de Nueva Escocia, con la ya mencionada San Juan como ciudad principal.

Al perder las colonias, Gran Bretaña había dejado atrás unos dos millones y medio de súbditos de los que unos cien mil se declararon leales a la Corona. De ellos, unos ocho mil viajaron a la provincia de Quebec, y unos treinta y cinco mil a Nueva Escocia, incrementando enormemente la población en estas provincias y extendiendo el uso del inglés en áreas como Quebec, donde el francés era la lengua habitual. Pero este fenómeno migratorio no fue puntual sino progresivo a lo largo de los años que duró la guerra. Unos ochenta mil americanos habían dejado atrás los Estados Unidos entre 1774 y 1783, para convertirse en refugiados dentro del Imperio británico o para crear prósperos asentamientos en el actual Canadá. La diáspora de los legitimistas les llevó hasta Jamaica, Sierra Leona, y desde luego a Gran Bretaña. Tenían en común el hecho de que lo habían perdido todo por defender un Gobierno que sin embargo no les reconocía como ciudadanos de primera. El grupo de los llamados «lealistas negros» se componía de unos tres mil quinientos negros libres o liberados que se asentaron en Nueva Escocia, concretamente en Annapolis Royal y en áreas cercanas, además de en New Brunswick, y a lo largo del río San Juan. Esta población también huía hacia Bélgica y Alemania. En 1792, mil trescientos legalistas negros salieron desde Halifax hacia Sierra Leona. Algo parecido sucedió con los indios legitimistas —los Mohawks— que, para refugiarse, buscaron regiones del Caribe y de la Florida Oriental.

San Juan se convertiría en un lugar de asilo pujante. Habitado por unas quinientas familias antes del exilio americano, desde 1784 vio doblada su población. A San Juan llegaban exiliados notables y con fortuna que enseguida se impusieron a los locales, provocando en ellos el consiguiente malestar. Estos se sentían menospreciados en el trato de la Corona, que procuró que los exiliados tuvieran cubiertas sus necesidades, proporcionándoles miles de acres de tierra, financiación y recursos de primera necesidad. Se les animaba a levantar sus viviendas y a lanzarse enseguida a los negocios, en el más estricto modelo de Gobierno colonial. El espíritu de 1783, como se denominaba al exilio de los legitimistas, respetaba la jerarquía del poder preestablecido y la centralización metropolitana para el Gobierno local.



El mapa de Nueva Escocia, *Dominia Anglorun in America Septentrionali* fue compuesto en 1759 (Map Division, Library of Congress).

John Graves Simcoe, el primer teniente gobernador del Alto Canadá, cuya fidelidad a la Corona y al sistema británico fue quizá la más ardiente de la que la historia de aquellos eventos pueda recordar. En 1778, Simcoe, de veintiséis años, era teniente coronel y ostentaba la comandancia de los *rangers* de la reina, el cuerpo que había sido creado en la guerra de los Siete Años en honor a la reina Charlotte, la esposa de Jorge III. Simcoe había formado una compañía de húsares, cuerpo de élite a caballo, y era un soldado poco convencional, pues tenía un carácter intuitivo y persistente. Siendo todavía algo anómalo en la instrucción militar de la época, Simcoe valoraba la formación física de los soldados. Había sido herido en varias campañas pero se le conocía por esforzarse en acelerar su recuperación física. Este halo de fortaleza hacía que su figura fuera temida por los rebeldes. En los relatos más populares americanos, incluso para el cine o la televisión, se le otorga un carácter frío y sanguinario, quizá para justificar el temor que provocaba y que, sin embargo, choca con la descripción que de él hicieron los biógrafos.

Los *rangers* de la reina habían abandonado Nueva York en 1783 en dirección a Nueva Escocia, donde se disolvieron. La mayoría de aquellos hombres se asentó en New Brunswick, y fue Simcoe quien les atrajo hacia el Alto Canadá, territorio del que había sido nombrado gobernador. Simcoe no había digerido la derrota de Yorktown, por lo que se esforzó en reproducir la sociedad de clases británica en el Alto Canadá, erradicando cualquier atisbo de igualitarismo y haciendo pública su hostilidad hacia la democracia y el republicanismo. Era el vivo ejemplo de lo que predicaba: había participado en muchos de los eventos militares de la guerra recién concluida y ascendido siempre a base de tesón y de mérito.

La deuda nacional

No existen datos precisos sobre el número de muertos en esta guerra de Revolución estadounidense, pues aún no se censaba a los soldados con precisión. Los historiadores americanos han ido variando los datos relativos a las muertes en combate entre los siete y los nueve mil. Con todo, sí es acertado pensar que, más allá de los decesos por culpa de los choques armados, muchos fallecieron tras sufrir heridas o incluso por enfermedades. Parece razonable el dato de cerca de veinte mil soldados americanos fallecidos por enfermedades y no por causas directamente relacionadas con el combate. La viruela, por ejemplo, se cobró muchas vidas en los brotes epidémicos coincidentes con la guerra, quizá en torno a las ciento treinta mil personas. Otros datos aportados aseguran que más de mil soldados alemanes murieron en combate y cerca de seis mil quinientos por enfermedades y accidentes. Unos dieciséis mil pudieron regresar a casa y algo más de cinco mil prefirieron quedarse en los Estados Unidos para convertirse tras la guerra en ciudadanos americanos. La destrucción de ciudades y paisajes fue, como en todas las guerras, un lastre una vez terminada la contienda.

La quema de ciudades estuvo a la orden del día. Por ejemplo, el devastador incendio de Nueva York (noche del 21 al 22 de septiembre de 1776) en la isla de Manhattan, desde el lado oeste hacia el sur, durante la ocupación inglesa. Un tercio de la ciudad quedó arrasada y el resto muy dañado. Para entender este tipo de catástrofes conviene recordar que se había utilizado a los servicios de bomberos fuera de la ciudad para reforzar la débil armada de Washington. Siendo un misterio la autoría de este incendio, las autoridades británicas culparon a los patriotas infiltrados de intentar con él desestabilizar el control inglés de la ciudad. El fuego fue una táctica de guerra, especialmente por parte de las tropas inglesas, para distraer al enemigo. Charlestown, cercana a Boston, fue incendiada antes de la batalla de Bunker Hill (1775). Cuatrocientos edificios fueron destruidos ante la mirada de los bomberos, que no podían actuar porque las bombas de agua habían sido saboteadas.

Pero el problema de fondo fue, sin duda, el encogimiento de la economía de los jóvenes estados.. En los últimos años de la guerra, el bloqueo inglés provocó una contracción de un treinta por ciento en la economía estadounidense. Tras la guerra, hubo un par de años de reactivación de la economía de la mano de la progresiva reapertura de los puertos al comercio y la actividad de los comerciantes. Pero la esperanza duró poco, pues enseguida llegó la depresión. La situación era crítica. Incluso habiendo ganado la guerra, el repunte comercial se hacía imposible con la mayor parte de la flota estadounidense destruida. Muchas granjas habían desaparecido y la comida escaseaba en todos los estados. Sin nada que exportar, mantener la sociedad comercial con Gran Bretaña o su Imperio, era una cuestión irrelevante *de facto*.

La deuda extranjera lastraba además cualquier forma de recuperación. Hasta comienzos de 1782, los principales empréstitos habían sido franceses (más de cinco millones de dólares); luego se incorporó Holanda a los prestamistas con dos millones, pero al quedar disuelto el ejército se desató una crisis financiera. En 1784 el estado, que no podía afrontar la paga atrasada de los soldados, tuvo que recurrir a un nuevo empréstito de la banca holandesa. Durante los ocho años anteriores, los americanos habían recibido cerca de once millones de dólares de la banca internacional, siendo Francia el país que había aportado las dos terceras partes de esta suma.

Había que añadir las sumas provenientes de los acreedores privados. Así que hacia 1784 la banca internacional se resistía a seguir prestando a los Estados Unidos, cuyo Congreso era incapaz de recabar dinero de los estados americanos para devolver los empréstitos. Los Gobiernos extranjeros veían ahora su error, pues su ayuda a los americanos contagiaba el hecho revolucionario a sus propios Imperios coloniales.

La responsabilidad sobre la parte central de estos empréstitos —bonos de guerra de la Revolución y reclamaciones del ejército— fue asumida por el Congreso estadounidense. En febrero de 1782 promulgaba una ley para inspeccionar las reclamaciones realizadas por los civiles que habían proporcionado suministros a los ejércitos. Durante los siguientes diez años se irían saldando estas cuentas, pero al hacerlo creció la deuda interna en un monto cercano a los treinta millones de dólares. Esta nueva deuda fue refrendada por títulos a particulares. Crecían los intereses pagaderos a los dueños de la deuda, tenedores de bonos de guerra por lo general, sin que el Congreso tuviese, según lo estipulado en los artículos de la Confederación, capacidad legal para recaudar ingresos por la vía de los impuestos. En los años posteriores a la guerra las aportaciones de los estados disminuirían una cuarta parte. Así, hacia 1786, la administración ingresaba la tercera parte de lo que debía pagar en concepto de deuda pública.

El desequilibrio en la balanza de pagos era otro gran problema. Tras la guerra, las importaciones desde Gran Bretaña suponían un monto de más de tres millones y medio de libras esterlinas, frente al poco más de medio millón del valor de las exportaciones americanas a Gran Bretaña. Los productos británicos importados —peores y más baratos que sus equivalentes americanos— hundían la ya de por si deprimida economía estadounidense. Si durante la guerra los precios subían constantemente por la escasez de los bienes en el mercado, al concluir la misma en 1783 el mercado interno quedó inundado de objetos ingleses que los americanos no podían pagar. Deflación y caída de precios acompañaron al significativo desequilibrio en la balanza de pagos. Y aunque la situación fue mejorando, todavía a finales de la década de los años ochenta, los americanos

importaban de Inglaterra el doble, en valor, de lo que exportaban. Estados Unidos iba incrementando la producción de materias estratégicas como el hierro o el acero, el algodón o el papel, la pólvora y las armas, pero a un ritmo insuficiente para revertir la situación. La crisis económica, la primera del sistema estadounidense, se prolongó hasta 1788.

Ante la deuda contraída por los estados para sufragar la guerra, los ciudadanos veían comprometido el futuro del nuevo país y el suyo propio. Con desigual capacidad de reacción, las legislaturas de algunos estados hubieron de poner en marcha planes de ayuda a los granjeros arruinados, financiando de nuevo sus deudas y evitando llevar a la cárcel a quienes no estaban al día en el pago. Pero sobre todo, se hizo imprescindible repensar la política económica de los estados. La situación de los granjeros era especialmente penosa: acuciados durante la guerra por los ejércitos para producir más, se habían visto forzados a hacer inversiones en sus propiedades, solicitando préstamos privados (es decir, no a la banca, que en esta época no existía como tal). A corto plazo no había problema, ya que los granjeros producían lo que los soldados necesitaban para seguir en la brecha. Estaban alimentando a la armada americana, a la británica y hasta a la francesa, pero al deshacerse la estructura militar, al regresar los navíos a sus puertos y aún dándose la paradoja de la falta de alimento en muchas zonas, la comida se acumulaba en las granjas, sin salida a los mercados. Los productores se veían atrapados en un círculo imposible. Ni vendían sus productos, ni tenían modo de atender a las deudas contraídas. De este modo, se vendían las tierras para pagar los viejos préstamos y los nuevos impuestos demandados por los estados y por el Gobierno federal.



Las tasas sobre el *whisky* provocaron revueltas populares que acabaron originando la dimisión de Hamilton.

En julio de 1782, el secretario de la Tesorería (1789-1795), Robert Morris, presentaba al Congreso un informe sobre cómo organizar una recaudación centralizada y estable para abordar la deuda y hacer frente a los gastos corrientes. Se trataba de un programa financiero orientado al desarrollo de la nación. Un decenio más tarde el plan de Hamilton haría historia, pero de momento Morris creaba un sólido marco de partida. En este documento se hablaba de impuestos sobre la tierra, derechos arancelarios y aguardientes. La idea de Morris era muy simple: al instar a los ciudadanos a cubrir una serie de obligaciones impositivas se alentaba su actividad económica, incluso si para ello necesitaban pedir préstamos, pues toda sociedad requiere de fondos para mantener su Gobierno y su defensa, y para crear infraestructuras. Morris incluía el impuesto de capitación, que ascendía a un dólar por cada hombre libre y por cada esclavo varón de entre dieciséis y sesenta años. Un elemento principal del futuro programa fiscal de Hamilton sería el impuesto sobre el whisky, cuya producción había aumentado enormemente en los años noventa. Pero fue una medida muy impopular y en 1794 estallaron algaradas contra los recaudadores de la tasa en Pensilvania occidental, que derivaron en movimientos de resistencia armada: la Rebelión del Whisky, muy preocupante para las autoridades

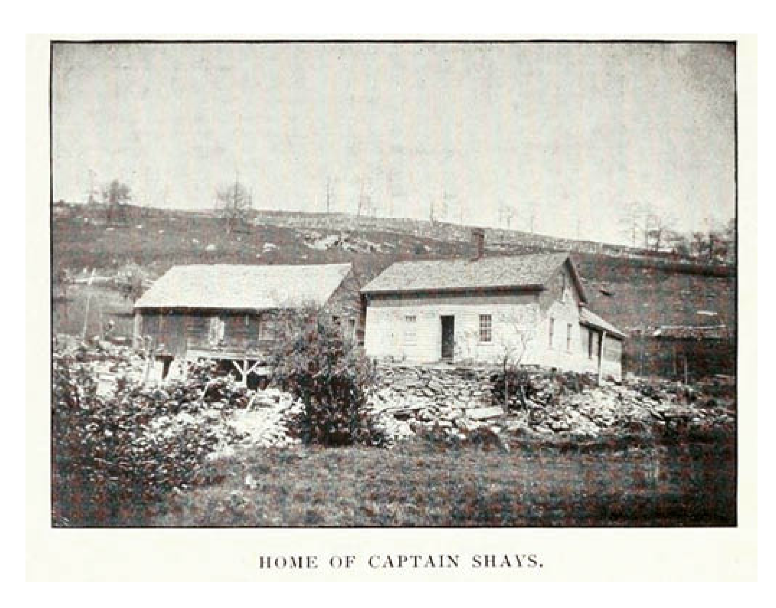
federales, que mandaron milicias de otros estados para poner orden en Pensilvania. El presidente Washington fue benévolo con los levantamientos, evitando que los apresados fueran acusados y juzgados por traición. La crisis gubernamental produjo la dimisión del propio Hamilton y del secretario de guerra, Henry Knox.

DESESPERACIÓN Y VIOLENCIA

A finales de los ochenta la desesperación todavía cundía en algunas regiones, en las que incluso se vivieron episodios de violencia. En Exeter, New Hampshire, (1786) los granjeros rodearon la asamblea legislativa exigiendo que se les condonasen las deudas. Sucesos parecidos ocurrían en Rutland y Windsor, Vermont, en Charles Country, Maryland, en Camden, South Carolina. En Virginia se quemaron varios tribunales de justicia con el fin de destruir los archivos en los que figuraban las deudas impositivas. Muchos de los presos de aquellos años lo eran por deudas, granjeros en la fachada de cuyas casas lucía un estandarte rojo que era la señal pública de que se subastaba la propiedad. Solo la emisión de papel moneda —sin respaldo— lograba aplacar en alguna medida las enormes dificultades de los granjeros. Los pequeños propietarios se enfrentaban a un sinfín de obstáculos en el día a día: los acreedores, la falta de dinero en circulación, o los nuevos impuestos personales. Mediante el *poll tax* se recaudaba el cuarenta por ciento del total de los ingresos, aplicado a los varones mayores de dieciséis años, con independencia de si tenían o no bienes. Esta gente, que había hecho la guerra para conseguir mejoras, sentía ahora animadversión hacia los políticos locales, los profesionales que medraban socialmente por el auge de las demandas y litigios, o los administradores judiciales en los procesos de subasta. En definitiva, por todos a los que beneficiaba una precariedad e incertidumbre que les perjudicaba a ellos.

La situación se hizo extrema hacia 1786, al punto de que medio millar de agricultores procedentes del centro y el oeste de Massachusetts, liderados por un antiguo oficial del Ejército continental, Daniel Shays, ahora propietario y político local, tomó las armas para detener los procesamientos judiciales que les llevaban a perder sus granjas. La memoria de la guerra

estaba aún viva y los granjeros pensaron que podían repetir los argumentos y los métodos contra el tirano. El gobernador Bowdoin envió contingentes de tropa para detener la rebelión y el principal choque armado de los propietarios contra el ejército tuvo lugar en febrero de 1787. Al frente de las tropas enviadas por Bowdoin para combatir contra los hombres de Shays estaba el antiguo general Benjamin Lincoln, que esperaba el ataque de los regulares de Shays al arsenal federal en Springfield. Cuatro insurgentes murieron, otros veinte resultaron heridos y muchos de los asaltantes apresados. El líder, Shays, fue encarcelado, aunque más tarde se benefició del indulto.


HOME OF CAPTAIN SHAYS.

La rebelión de Shays fue un aviso de los granjeros en peligro de embargo a las autoridades. La granja de Daniel Shays se encontraba en Pelham, Massachusetts. Fotografía de Amherst, MA: Press of Campenter & Morehouse, 1898

En otros estados, la rebelión de Shays había sido un aviso para que las autoridades tomaran nota de lo que podía pasar si seguían embargando a los granjeros, de manera que comenzó a legislarse en favor de los propietarios para evitar las revueltas. La insurrección, menos trágica en sus consecuencias de lo esperado, mandaba un mensaje político a George Washington y a la convención, a propósito de la difícil viabilidad de la

nación si se mantenía inalterado el Articulado de la Confederación. La rebelión aceleró la reforma constitucional en la Convención de Filadelfia de 1787, fortaleciendo además al Gobierno federal. Los historiadores americanos han recalcado el efecto directo de la rebelión de Shays sobre la publicación de la Constitución en 1787.

UNA REPÚBLICA, UNA CONSTITUCIÓN

La ardua tarea de definición legal y administrativa del nuevo país apenas había sido esbozada durante los años del conflicto. Faltaba organizar el sistema de instituciones públicas y diseñar la financiación que garantizase la sostenibilidad de la república. Con los Artículos de la Confederación ya no se podía gobernar el país, pues carecían de instrumentos para diseñar la rama ejecutiva del poder o un sistema de justicia para una nación en paz. Sin embargo, la inestabilidad postbélica amenazaba con anular los pocos logros políticos existentes, ya que los estados tendían a funcionar como países independientes, al albur de sus propios intereses. Cada estado tenía varias monedas de pago, impuestos diversos y gravámenes para las mercancías procedentes de los estados vecinos. Además, se negaban a sufragar las deudas contraídas durante la guerra, llegando incluso a permitirse por ley en algunos estados eludir el pago de las deudas a los acreedores. La población, desorientada, culpaba a los Gobiernos estatales del caos imperante. Tras la rebelión de Daniel Shays, y a fin de evitar otro conflicto armado, George Washington y quienes defendían un Gobierno federal con más competencias entendieron que era momento de actuar.

En 1786, cinco estados mandaron representantes a Annapolis, Maryland, para formar una comisión que estudiase la posible reforma de los Artículos de la Confederación. Nacía así la Convención Constitucional, cuya apertura se previó para el 14 de mayo de 1787 en el Independence Hall de Filadelfia. Un retraso de cincuenta y cinco delegados de los doce estados que acudieron aplazó la reunión hasta el 25 de mayo. Solo Rhode Island se negó a participar, contraria a una mayor injerencia del Gobierno nacional en el estado. La Convención fue presidida por George Washington, y en representación de Pensilvania acudió Benjamin Franklin, que contaba ya

con 81 años. James Madison lo hizo por Virginia y Alexander Hamilton por Nueva York. Madison llevó el registro de los debates y de las decisiones de los delegados. El gobernador Morris se ocupó de redactar el texto definitivo con las resoluciones. Ni Thomas Jefferson ni John Adams tomaron parte en esta convención porque se encontraban fuera del país. Otros miembros destacados durante los años de la guerra se negaron a participar en el proceso al entender que una constitución mermaba los intereses de los estados. Fue el caso notable de Patrick Henry. A otros, como a John Jay, no se les invitó. Como fuere, los participantes aportaban ideas y experiencia en el desempeño de tareas gubernamentales, militares o diplomáticas. Cada quien había llevado a cabo acciones destinadas a ordenar el gobierno de las colonias bajo el dominio británico y más tarde formado parte de los Gobiernos de los estados en guerra. Benjamin Franklin, por ejemplo, había concebido un plan centralizador pionero para las colonias en el Congreso de Albany, convocado por la Cámara de Comercio británica en 1754 para trazar una alianza defensiva contra Francia.

La Constitución estadounidense expresaba el tránsito desde la Confederación a la Unión. Pretendía dotar de un marco eficiente a la nación sobre un gran escollo, el de la polémica sobre si ante cada tema a debatir se iba a seguir funcionando a partir de las decisiones de los estados, o bien se construía un marco sólido de competencias del Gobierno central que minimizase la capacidad de decisión de los estados. Esta opción de anteponer la posición federal a la local fue conocida como la vía hamiltoniana, al ser defendida por Alexander Hamilton y por el propio Washington antes que él. En principio, el trabajo de la Convención Constituyente se iba a plantear a partir de la revisión de los Artículos de la Confederación, pero algunos delegados preferían elaborar un texto nuevo, sin cortapisas, que definiera las facultades soberanas de los ciudadanos delegadas en el gobierno de la nación y aquellas que mantenían a resguardo las capacidades de los estados y los individuos.

En esencia, el proceso de elaboración constitucional resultaría más arduo de lo que con frecuencia daba a entender el éxito final de la Convención. Los delegados de los estados discrepaban en el número de representantes de cada uno en la cámara legislativa. Los pequeños, con menos población, apoyaban el plan de Nueva Jersey, que defendía que todos los estados

tuvieran el mismo número de representantes. Los grandes seguían el Plan de Virginia, que decía que el número de representantes de cada estado debía depender de su población. El compromiso llegó de mano del estado de Connecticut —Gran Compromiso o Compromiso de Connecticut—, según el cual la representación sería igualitaria en el Senado pero proporcional y de acuerdo al número de habitantes en el Congreso. Para incorporar a los esclavos, puesto que no eran ciudadanos y no podían ser censados como población, se decidió tomar en consideración solo a las tres cuartas partes del total de ellos en cada estado. Otro escollo fue el planteado por los estados septentrionales, que querían dotar al Congreso de la capacidad para prohibir el comercio exterior de esclavos, el primer paso de hecho hacia la abolición de la esclavitud. Pero los estados del sur desestimaron esta propuesta, que finalmente no se incorporó a la Constitución. Solo en 1808 le fue otorgada al Congreso la autoridad para regular el comercio esclavista.

Un aspecto de la elaboración de la constitución muy poco relatado es el clima de secretismo que acompañó las sesiones de la Convención Constituyente. Las sesiones se llevaban a cabo a puerta cerrada y bajo la presidencia de George Washington. En estas condiciones el debate era relajado y en el máximo de libertad para alcanzar consensos. A juicio de Washington, las condiciones de disensión interna y de inestabilidad internacional obligaban al uso de este tipo de mecanismo con el fin de garantizar la seguridad del proceso. Sin embargo, algunos líderes se quejaban de este mecanismo de trabajo. Desde París, Jefferson declaraba que sentía enormemente que las deliberaciones se hicieran en secreto, pues, a su juicio, ello sentaba un precedente «abominable», equiparable —decía — al intento de cortarles la lengua a los miembros de la Convención. Y ciertamente, el proceso estuvo rodeado de rumores públicos y de filtraciones a la prensa. Las actas de las sesiones solo se hicieron públicas cincuenta años más tarde. Washington, a quien se ha considerado quizá el presidente con más transparencia (el Congreso y la gente tenían derecho a ser informados por el ejecutivo y sobre todo a investigar sus acciones) en su administración, era sin embargo reacio a la candidez política. Defendía el

uso de la información restringida —un privilegio presidencial— si así lo requerían las negociaciones diplomáticas o la protección de los agentes secretos de la nación. Por esta razón, sus detractores consideraban que tenía formas de monarca o que era un «político miserable», término utilizado por el periódico *Aurora*, de Filadelfia.

Con un preámbulo, siete artículos y treinta enmiendas en la actualidad, la Constitución establece la división clásica de los poderes: ejecutivo, legislativo y judicial, y un sistema federal que distribuye el poder entre los Gobiernos de los estados y el Gobierno nacional. El poder legislativo, que elabora las leyes nacionales, recae en el Congreso. El poder judicial está repartido entre los tribunales federales y la Corte Suprema, que resuelve cuando hay disputas legales e interpreta la Constitución pudiendo anular leyes locales, estatales o federales si los jueces entienden que entran en conflicto con la Constitución. El Gobierno federal tiene poderes delegados o expresos que se nombran en la Constitución: la facultad de recaudar impuestos, regular las actividades económicas entre los estados y con el exterior, y por supuesto la declaración de guerra. También tiene poderes implícitos, para dar respuesta a las cuestiones imprevistas o sobrevenidas: acuñar moneda o acceder a créditos para cubrir necesidades puntuales. Resulta interesante comprobar que, además, los Gobiernos estatales y el federal concurren en el mismo tipo de poderes y que ambos pueden ejercerlos, aunque la primacía recae en el Gobierno nacional. Un último tipo de poder es aquel que forma parte directamente de los estados, y hace referencia a los poderes reservados, por ejemplo la creación de escuelas o la legislación matrimonial; también a los del pueblo: el derecho a ser juzgado por un jurado o a tener propiedades.

La Convención Constitucional decidió que la Constitución entraría en vigor en el momento en que fuera ratificada por nueve estados. Solo entonces se organizaría el primer Gobierno de la era constitucional. Así pues, en 1788 los estados hubieron de comenzar a poner en marcha campañas para dar a conocer el nuevo texto legal, que debía ser ratificado. Cada estado tomó este compromiso de una manera más o menos intensa en lo que a la propaganda se refiere. Numerosos ensayos de teoría constitucional fueron publicados en *The Federalist* en el año 1788, y la prensa auspició la publicidad de las opiniones contrapuestas durante los

meses de los debates de ratificación. Los ciudadanos favorables a la Constitución serían conocidos como los federalistas. Por el contrario, aquellos que se negaban a su ratificación fueron denominados antifederalistas. Las objeciones más destacables al texto eran que no incluía una carta de derechos, la excesiva independencia del presidente, la gran fuerza del Congreso o el elitismo del Senado. Carolina del Norte y Rhode Island se oponían a la aprobación de la Constitución sin la mencionada carta de derechos. El primer estado en ratificarla fue Delaware y el noveno New Hampshire. De modo que la Constitución pudo entrar en vigor el 21 de junio de 1788. Virginia y Nueva York se resistieron a aceptarla hasta el 25 de junio y el 26 de julio de 1788 respectivamente. Aún era preciso difundir el texto y hacerlo aceptable para los ciudadanos de todos los estados, tan diversos entre sí. Ya a comienzos de 1789 los estados que habían ratificado la Constitución —faltaba aún Nueva York— seleccionaron a sus electores presidenciales. El proceso se verificó por una doble vía: el voto directo de la población y las asambleas legislativas. Estos electores nombraron primer presidente de los Estados Unidos a George Washington, que tomó posesión del cargo el 30 de abril tras haberse reunido un mes antes el primer Congreso de la nación de la nueva era constitucional.

Para muchos estadounidenses, el asunto legal más urgente era la elaboración de una carta de derechos del hombre. De manera que se encargó a George Mason, autor de la Declaración de Derechos de Virginia (1776), ponerse manos a la obra. Junto con Patrick Henry, Mason había defendido la presencia de los derechos del hombre en el texto constitucional, y se negó a ratificar el texto precisamente para incluirlos. Nuevamente James Madison abanderó la organización de las enmiendas en el Congreso. La Declaración de Derechos ya había sido aprobada por la Convención de Virginia el 12 de junio de 1776, y su contenido reflejaba fielmente los principios de la Declaración de Independencia. Garantizaba la libertad de prensa y de culto, la separación de poderes, la elección y movilidad de los representantes en las instituciones o la prohibición de que los cargos públicos se heredasen. Durante la década transcurrida entre la Declaración de Independencia, la de Derechos y la Constitución, fueron muchas las protestas de ciudadanos molestos por la violación de los principios expuestos en las declaraciones, en especial los que se referían a

la raza y el credo, pero también los que afectaban a la participación en el sistema político, restringido en la práctica por los legisladores a los varones blancos con propiedades. Para redactar la Constitución se había trabajado con doce enmiendas aprobadas por las asambleas legislativas de los estados. Las diez existentes en 1791 corresponden al articulado de la Carta de Derechos, que hizo culminar el trabajo constitucional de 1787. Con la aprobación de la Carta de Derechos la Constitución obtuvo el respaldo incluso de quienes se habían opuesto a ella con más ahínco, los antifederalistas. Mediante el sistema de las enmiendas se hacía posible actualizar la Constitución dándole además carácter de durabilidad.

LA OCASIÓN PERDIDA DEL ABOLICIONISMO

La importación y comercio de esclavos había alcanzado su máxima cota en las colonias entre 1763 y 1773. De manera que, al comenzar la revolución, la esclavitud no era un tema menor sino central en algunos sectores de la economía colonial. Los excelentes beneficios del arroz y el índigo alentaban la trata. Solo en el puerto de Charleston fueron desembarcados, entre el otoño de 1772 y el de 1773, más de ocho mil esclavos africanos. Pero la demanda de esclavos se producía especialmente en el centro y el sur, y se iba reduciendo al norte del Potomac. Así que, durante la guerra, al distorsionarse el mercado de cultivos tales como el tabaco de Virginia, la abundancia de esclavos comenzaba a ser un problema en algunas zonas para los comerciantes y plantadores.



Los esclavos marchaban formando cuerdas por el territorio angloamericano. Abby Aldrich Rockefeller Folk Art Museum, Colonial Williamsburg Foundation, Williamsburg, Virginia.

La conveniencia o no de la esclavitud en la República de los Estados Unidos se enjuiciaba con argumentos económicos y humanitarios. Excepto en las áreas donde la producción de arroz era esencial, ya en los años sesenta se defendía la idea de detener la llegada de nuevos esclavos. Incluso al margen de las leyes de la Corona británica imperantes en la época, en 1769 la Casa de los Burgueses de Virginia adoptaba un acuerdo que prohibía la importación. Prueba de cuán abundantes eran las iniciativas legislativas para frenar la trata era que en 1770 el rey Jorge III alertó a los colonos de que aprobar leyes que obstruyesen la importación de esclavos atentaba contra los intereses de la Corona. Pero el Primer Congreso Continental hacía oídos sordos a estas llamadas de atención, y al prohibir la importación de productos del Imperio Británico en 1774 incluyó la mano de obra esclava. Este acuerdo sería conocido como la Asociación de Supresión del Tráfico y fue aprobado en todas las colonias, pese a las reticencias iniciales de Georgia.

En América, como en Europa, la etapa final del siglo XVIII vio el desarrollo del movimiento abolicionista, con una clara influencia, entre otras, de los filósofos franceses Montesquieu y Rousseau. En la obra de ambos autores se expresaba una fuerte condena al sistema esclavista atlántico del que se beneficiaban los imperios marítimos. La trata de seres humanos focalizaba la crítica de los antiesclavistas por todo lo que tenía de ejercicio cruel e inmoral. Pero la esclavitud, ligada al desarrollo de las economías coloniales, formaba parte de la economía política de la época, incluso si los economistas demostraban su ineficiencia. El escocés Adam Smith opinaría que el trabajo de los esclavos era a la vez costoso y poco eficaz. En el colmo de la crítica, hubo voces que condenaban la esclavitud en el campo porque dañaba la industriosidad y la economía de las familias que no podían permitirse tener esclavos. A finales del siglo XVIII, los mismos británicos que llevaban esclavos a América consideraron urgente la corrección del sistema esclavista. Las sociedades de cuáqueros fueron la base de un tipo de activismo antiesclavista cuya justificación era religiosa. Siendo la esclavitud una ofensa a Dios, los cuáqueros la excluían de cualquier tipo de actividad económica. La corriente impulsada por estos grupos tenía miembros tanto en Inglaterra como en Angloamérica, de tal modo que en los años sesenta del siglo XVIII una red internacional de cuáqueros antiesclavistas se ocupaba de boicotear los negocios que implicaban trata. Los argumentos cristianos contra la esclavitud se expresaban en los textos y sermones de los pastores, ministros o reverendos desde casi comienzos del siglo XVIII. De entre los argumentos más representativos en el pensamiento de los líderes religiosos antiesclavistas quizá sobresale el sentido común del que reza: «No hacer al prójimo aquello que uno no quiere que le hagan a él».

La Revolución y la guerra elevaron la intensidad del debate social y lo llevaron hasta la política. El argumento de muchos revolucionarios guardaba una lógica aplastante: ¿con qué derecho se exigía al Parlamento británico la libertad de la servidumbre a la que se sometía a los colonos si ellos mismos mantenían esclavizados a hombres y mujeres solo porque su color de piel era negro? Ya en 1773 el movimiento antiesclavista de Rhode Island se hizo visible gracias a la figura del reverendo Samuel Hopkins, de la primera iglesia congregacionista de Newport. El trabajo de este ministro,

puerta a puerta durante la guerra, caló en la mentalidad de la población. En 1774 el reverendo Hopkins logró el objetivo de abolir la esclavitud en Rhode Island. En Filadelfia, destacó el trabajo del impresor Anthony Benezet, un cuáquero de origen francés exiliado a Inglaterra y luego a Pensilvania, que seguía al doctor Benjamin Rush, a su vez cirujano del ejército continental y cofundador de la sociedad *Society for the Relief of Free Negroes Unlawfully Held in Bondage*. Benezet tenía amistad con Benjamin Franklin y mantuvo constante comunicación con los abolicionistas de Gran Bretaña. Sus libros sobre África —*Some Historical Accounts of Guinea,* o *Short Account of That Part of Africa Inhabited by Negroes*— inspiraban a los abolicionistas ingleses, convirtiéndose la obra de Benezet en un vínculo para el abolicionismo atlántico.

Estos y tantos otros abolicionistas fueron esenciales para que en 1774 los delegados del primer Congreso Continental solicitasen poner freno a la importación de esclavos a América. Pero aunque algunos líderes de la nación como el propio John Adams se habían negado siempre a tener esclavos, a la firma de la Declaración de Independencia las trece colonias mantenían viva la trata de esclavos. El asociacionismo fue un reto para los americanos. En 1775 se organizaba la Sociedad Abolicionista de Pensilvania y en 1784 la Sociedad de Manumisión de Nueva York. Otros grupos semejantes aparecerían en todos los nuevos estados, si bien, incluso cuando se reunió la Convención Americana de Sociedades Abolicionistas en 1794, el movimiento carecía de una proyección nacional. En 1777 Pensilvania aprobaba la primera de las leyes que procuraban una emancipación gradual, prevista para 1780. En 1783, con el final de la guerra, se reanudó el tráfico y fue a partir de entonces cuando se organizaron las campañas abolicionistas. En el plano legal a finales de los ochenta la sensibilidad imperante estaba permitiendo que los estados surgidos de la guerra legislaran en pro de la abolición, o al menos en favor de frenar la trata. En el centro y el norte los estados iban ilegalizando la esclavitud. Nueva York se resistió hasta 1799 y Nueva Jersey hasta 1804. Al sur, en Virginia, Thomas Jefferson propuso la abolición en sucesivas ocasiones, en 1778 y en 1796. En Delaware y Maryland las propuestas se hicieron en 1785 y 1786. Habiendo tenido ocasión de hacerlo, la Constitución de 1787 no abolía la esclavitud. El replanteamiento de la

abolición hubo de esperar hasta 1808. La vara de medir constitucional era ambigua o, si se prefiere, hipócrita, considerando la esclavitud inadecuada para los estados del norte y del centro, que tenían menos esclavos, pero evitando abolirla en los estados con mayor mano de obra esclava (Virginia, Maryland, Georgia y las Carolinas). Por otra parte, la condición de poseedores de esclavos de los principales Padres Fundadores, Washington o Jefferson, no les ayudaba a esforzarse en ilegalizar una institución de la que ellos mismos obtenían beneficios económicos.

Sin embargo, el activismo abolicionista seguía en marcha. En 1790, dos delegaciones de cuáqueros (de Filadelfia y Nueva York) hicieron uso del derecho de petición ante la Cámara de Representantes y solicitaron el fin del tráfico de esclavos. Esta petición fue seguida por la de la Sociedad Abolicionista de Pensilvania y avalada por Benjamin Franklin. Pero la cámara rechazó la demanda, aduciendo que no podía abolir el tráfico ni tratar el asunto hasta la consabida fecha de 1808. Se expresaba así el miedo de los legisladores a que al escuchar estas peticiones se estuviese dinamitando la unidad del país. Los estados con una economía ligada a la esclavitud exigían la protección del tráfico de negros. El temor a que las leyes abolicionistas triunfasen ya había hecho su aparición al redactarse la Declaración de Independencia, cuando Georgia y Carolina del Sur rehusaron votar la independencia si el documento hacía hincapié en la denuncia de la esclavitud. La sombra de la secesión estuvo presente, pues, en la propia Revolución estadounidense. Sí que se produjo, no obstante, una aprobación progresiva de algunas medidas que limitaban la actividad de los traficantes. Por ejemplo, en 1794 el Congreso prohibía a los ciudadanos americanos vender esclavos a los extranjeros, o se instaba a los traficantes a tomar medidas para salvaguardar el trato humano dado a los africanos en la travesía del Atlántico.

Los propios esclavos actuaban en busca de su libertad, huyendo y creando comunidades en áreas inaccesibles para sus antiguos dueños. Estos fugitivos eran conocidos como los *Maroons*, casi todos ellos varones y organizados en bandas. Estos fugitivos podían huir hacia la Florida española, hacia México o hacia los estados americanos libres de esclavitud. No obstante, con la Ley de Fugas de 1793, los esclavos huidos que habitasen en estados libres de esclavitud debían ser reintegrados a sus

dueños. La guerra de Revolución favoreció también la liberación de esclavos cuando tomaban las armas junto con los patriotas o los británicos. Tras la revolución no pocos dueños de esclavos les daban la libertad, movidos quizá por el ánimo general de haberse convertido en una nación libre, o tal vez al renovar sus antiguos negocios y actividades comerciales, respaldados ahora por las leyes particulares de los estados. En la práctica, tras la guerra la esclavitud quedó prohibida en la zona noroccidental del país, y los estados del norte se fueron sumando a esta práctica.

MEDIDAS HAMILTONIANAS CONTRA LA DEPRESIÓN

Al margen del esplendor con que se iba adornando a la nueva administración federal, en el día a día de la república mandaba la depresión de la economía. Y fue precisamente en esta caída de la actividad en los negocios cuando se activó el trabajo de las manufacturas. Al poco de terminar la guerra se apreciaba en las principales ciudades de la costa un afán de los artesanos e industriales por fundar sociedades para mejorar rendimiento y beneficios. La Asociación de Comerciantes y Fabricantes de Boston hacía hincapié en las ventajas del asociacionismo. El propio Washington escribiría a Jefferson en 1789 a propósito de la preocupación nacional por el desarrollo de las manufacturas y la navegación interior. En 1776 el Congreso había aprobado una iniciativa para estimular la producción manufacturera en los estados. La idea de unas manufacturas americanas de calidad y competitivas en el mercado está presente ya en estos días, por ejemplo en compañías como la United Company (Filadelfia), que además de próspera fue también visionaria con respecto al peso que debía tener la manufactura en el diseño de la nación. En 1780, la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias (Boston) señalaba que entre sus objetivos estaba el apoyo a la agricultura, el comercio, las artes, y las manufacturas de los productos naturales del país. El pragmatismo y el conocimiento útil ligado a la producción ocuparon durante la guerra y tras su final un lugar preferente en los planes nacionales. Atendiendo a las inquietudes de la población y del Gobierno, el plan de mejora nacional llevó la impronta de Alexander Hamilton, en los bien conocidos informes y correspondencia de este político durante los primeros años noventa.

Hamilton desgranaba las necesidades económicas del país en tres grandes espacios: el crédito público (enero de 1790 y enero de 1795), la creación de un banco nacional (diciembre de 1790), y las manufacturas (diciembre de 1791). Su idea motriz era la alianza entre Gobierno y dinero, entre políticos y financieros, con la finalidad de consolidar la unión y tener más fondos disponibles para el desarrollo. Estos fondos podrían llegar de créditos internacionales si se reforzaba la imagen de los Estados Unidos como un país solvente. Para Hamilton, el Estado debía además ser el instigador del desarrollo, capaz a su vez de estimular y equilibrar la economía sobre el territorio. Hamilton defendía el objetivo de autosuficiencia del país y en él justificaba la tributación. Tremendamente dirigista en sus planteamientos socio económicos, despreciaba la relajación de los hábitos laborales y del así llamado «capital muerto», que no estaba activo ni contribuía a la mejora general.

En 1789 el Congreso había dado vía libre a la recaudación por gravámenes a las importaciones. Pero esta vía era insuficiente. En agosto de 1790, el Congreso puso en marcha las llamadas medidas hamiltonianas para consolidar las deudas del Gobierno federal y de los estados contraídas a causa de la guerra. Como efecto de dichas medidas, en 1791 se ponía en vigor un impuesto sobre el consumo ya aprobado en los años previos. Estados Unidos compraba además títulos de su propia deuda en el mercado, lo que hizo aumentar el crédito. Ahora las obligaciones depreciadas y las impagadas recuperaban su valor. Además, el capital foráneo llamaba a las puertas del país buscando invertir en los fondos del Gobierno. Se duplicó enseguida el volumen de títulos en manos de inversores extranjeros, alcanzando una cantidad de cerca de seis millones de dólares. En definitiva, las políticas de Hamilton restauraron el sistema de confianza en las posibilidades del país para crecer, lo que se concretó en poblaciones más grandes y activas, en una agricultura sostenible y un comercio eficiente. El Gobierno detraía impuestos de aquellos que importaban artículos no esenciales —véase el *whisky*— para beneficiar a quienes se hacían con bonos del estado. Forzaba además a ahorrar para cubrir la demanda de impuestos y a mejorar los sistemas de producción para hacerla más rentable de cara a su pago.

El país se las apañó para dejar atrás el subdesarrollo en términos económicos durante la década siguiente a 1790 gracias a las legislaciones de inspiración hamiltoniana y en el marco de las políticas de los federalistas. La empresa privada manufacturera fue incentivada con suaves políticas arancelarias y proteccionistas, recibiendo subsidios del Gobierno. Se fabricaban barcos, naves que debían servir a la creación de una marina mercante y solo se permitía el acceso a las pesquerías americanas a los barcos construidos en los Estados Unidos y que fueran propiedad de ciudadanos americanos. La Marina Mercante surgía de la nada. En 1791 se fundó el Banco de los Estados Unidos para aportar crédito nacional, con préstamos a corto plazo a particulares y al Gobierno. Había más moneda en circulación.

Pero la relación de todas estas medidas con los deseos de los nuevos ciudadanos americanos era incierta, pues de entrada no todos los líderes de la nación veían con agrado el giro de la acción política hacia un terreno, el de la economía, que se regulaba por la propia actividad. La vía hamiltoniana tenía el respaldo de industriales y financieros, pero el país, cada vez más grande, seguía siendo agrícola. Jefferson, por ejemplo, opinaba que debía ejercerse una acción más intensa en el desarrollo de las regiones agrícolas y en el terreno de la educación, o de lo que en la época se entendía como instrucción pública. Jefferson, el defensor de la Angloamérica rural y republicana, deseaba seguramente frenar el decurso de esta nueva América que confiaba al capital las bases de su desarrollo. Los buenos conocedores del pensamiento de Jefferson sostienen que sus posiciones eran poco pragmáticas y más bien sentimentales, útiles si acaso cuando no se gobierna. De manera que, cuando Jefferson llegó a la presidencia no tuvo otro remedio que ceñirse a los planteamientos de Hamilton, dado que uno no podía —según reconocería el propio Jefferson — moldear el país «con sus propias preferencias».

7

La fundación de la política estadounidense

El nacimiento del sistema

Los Padres Fundadores no quisieron de ningún modo retractarse de los aspectos fundamentales del republicanismo, lo que les forzaba a eludir los prejuicios que sobre el pueblo se manifestaban en algunos sectores. Se trataba de hallar un punto medio que contentase a todos. James Madison, el así llamado filósofo de la Constitución, indicaría a los delegados que era indispensable que la masa de ciudadanos no se quedase sin voz a la hora de elaborar las leyes que tendrían que obedecer y de elegir a los magistrados que deberían administrarlas. La Convención manifestaba la brecha entre democracia y republicanismo, pues los delegados más tenaces en la defensa del republicanismo eran precisamente quienes denunciaban los vicios de la democracia. Así las cosas, obviamente había que aceptar la naturaleza turbulenta de las masas con una Constitución que tenía como fundamento el

sufragio. Tampoco se proponían los Padres acometer una regeneración del pueblo, al estilo de los reformadores ilustrados europeos, pues no creían que existiera un sistema moral ideal y buscaban conformar el «hombre universal». Para los fundadores, siguiendo la filosofía de David Hume, la naturaleza humana se mantenía inquebrantable en cualquier país o época y los acontecimientos estaban producidos por idénticos motivos y causas.

De este modo, los fundadores se aplicaron a desarrollar las herramientas legales que permitieran el control entre las clases, las facciones políticas, los intereses económicos y las diversas ramas del Gobierno. La creencia popular asume que libertad y democracia están identificadas entre sí, pero los Padres Fundadores estimaban que la libertad estaba amenazada precisamente por la democracia, pues para ellos la libertad se vinculaba a la propiedad y no a la democracia, y todas las clases, incluidos los sirvientes y los negros, no tenían por qué disfrutar de la propiedad. De hecho, la esclavitud estuvo concebida como una parte estructural de la Constitución. Se defendían la libertad de opinión y la de prensa, la libertad de culto o las garantías judiciales, todas ellas incluidas en las primeras diez enmiendas pero no en la Constitución. La magnitud de la propiedad era reflejo —para la Convención— de la valía de su dueño, y por tanto garantía del derecho a la libertad. De modo que proteger la propiedad significaba proteger a los hombres en el ejercicio de sus facultades naturales. Las costumbres políticas de la época evolucionaron muy rápidamente. El influjo de los oradores de los primeros días de la Convención quedó anulado por el peso de la palabra escrita e impresa. No obstante, la oratoria seguiría siendo un valor muy cotizado en el perfil de los políticos estadounidenses durante todo el siglo XIX.

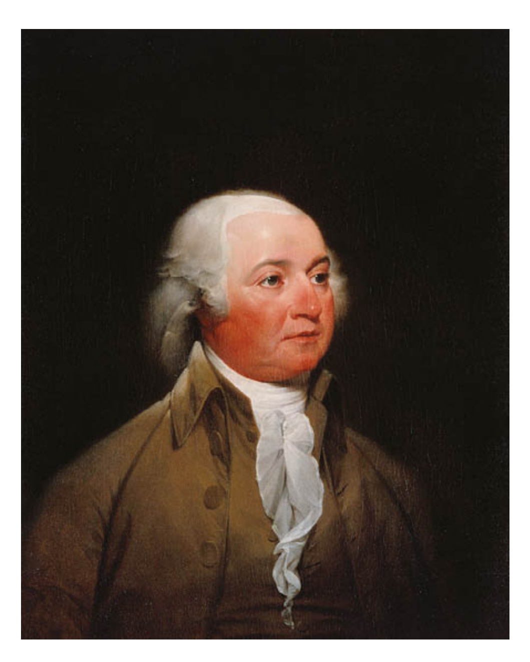
En conjunto, y pese a su participación en el frente doméstico y en los frentes durante la guerra, al instaurarse la república las mujeres no salieron bien paradas en lo que se refiere a la participación en el sistema político. Cada estado tenía sus propias normas, derivadas de las constituciones de cada uno de ellos, de manera que, al igual que los hombres, las mujeres americanas adquirieron estatus diversos en función de dónde vivían. En todos los casos, sin embargo, habían perdido el derecho a votar en las asambleas locales, que sí habían tenido en algunos casos a mediados de siglo, por ejemplo en Massachusetts. Allí la viuda Lydia Chapin Taft pudo

acudir a una votación local en sustitución de su marido. Este derecho les sería vetado a las mujeres en Massachusetts a partir de 1780, de 1777 en Nueva York y desde 1784 en New Hampshire. La Constitución de Nueva Jersey (1776) sin embargo no especificaba el sexo del votante, aunque establecía una cuantía económica de renta de cincuenta libras. Bajo estas condiciones, las mujeres de este estado, siempre que fueran solteras, sí podían votar. A las casadas, en cambio, no se les reconocía posesión alguna, lo que las eliminaba del acceso al voto. La ley en Nueva Jersey se revisó en 1790 para incluir a las mujeres, y nuevamente en 1807, esta vez para volver a eliminarlas.

Tras la aprobación de la Primera Enmienda a la Constitución, en 1789, referida a los derechos y libertades individuales, nadie pensó siquiera que pudiese referirse a las mujeres, a pesar de lo cual cada estado hizo una libre interpretación del término *person* —sujetos con capacidad de actuación en la esfera pública— recogido en la Constitución, dándole mayor o menor amplitud en función de la renta, si bien siempre de hombres blancos. En casi todos los estados se permitió que las mujeres solteras, viudas y divorciadas tuvieran propiedades a su nombre, pero no se les daba la consideración de *person* sino de «mujer sola». Finalmente, aunque la Revolución supuso algunos retrocesos legales para las mujeres, sin embargo muchas leyes estatales abolieron el derecho de primogenitura en la herencia, que favorecía al hijo varón de más edad, haciendo posible la herencia de las niñas.

A partir de la publicación de la Constitución, en 1787, y la primera década del nuevo siglo la tensión política se centró en las disputas entre federalistas y republicanos. El Partido Federalista había nacido durante la ratificación de la Constitución, apoyando el fortalecimiento de la unidad. Fue el único partido que concurrió a las dos primeras elecciones, las del mandato de George Washington (1789-1797) y, a continuación, el de John Adams (1797-1801). Estos primeros federalistas, muy al hilo de las ideas ilustradas de su época, creían en que el Gobierno de la nación debía estar en manos de personas educadas y lo suficientemente ricas como para poder ocuparse de la política. A diferencia de la élite, la gente común no era apta para gobernar porque era pobre, ignorante y desinteresada en las cosas del Gobierno. El primer secretario del Tesoro, Alexander Hamilton,

fundamentaba el Gobierno nacional en el desarrollo de la economía del país, algo muy avanzado en su época. Defendía la inyección de recursos a los negocios que surgían y creaban empleo y riqueza. También la deuda nacional, la expansión del comercio y la educación pública. Los antifederalistas o demócratas republicanos, en cambio, se habían opuesto a ratificar la Constitución porque aniquilaba, decían, los resortes del control estatal sobre los propios asuntos del estado, incrementaba el poder de los bancos y de los hombres de negocios, y atentaba contra la libertad individual de las personas.



John Adams fue el segundo presidente de los EE. UU. (1797-1801) y retratado, como otras figuras relevantes de su época, por John Trumbull, en 1793. National Portrait Gallery (Smithsonian Institution).

En 1791, la proclamación de la Carta de Derechos solventaba en cierto modo las reticencias de los antifederalistas frente a los federalistas al reforzar los derechos del individuo frente a los del poder central o nacional. Desde 1795 este grupo político, reorganizado por Thomas Jefferson, sería conocido con el nombre de partido Demócrata-Republicano o «jeffersoniano». Jefferson no había formado parte del grupo que había redactado la Declaración de Independencia porque en esos días ocupaba el puesto de embajador en Francia, pero en 1789 había sido nombrado el primer secretario de Estado del país por Washington. Jefferson tenía

posiciones contrarias a las de Hamilton y le apartó momentáneamente de la primera fila de la política. El programa económico de Hamilton, que a juicio de Jefferson defendía los intereses de los más ricos frente a los de los pequeños granjeros, reforzaba el poder central. En la mentalidad de Jefferson, el hombre común, ese al que los federalistas como Hamilton consideraban inadecuado para gobernar, debía ser educado con el fin de saber cómo llegar a gobernarse a sí mismo, incluso si delegaba en sus representantes.

El primer episodio netamente político de los EE. UU. fue la ratificación de la Constitución, aprobada en la Convención Constitucional de 1787. Los antifederalistas (el gobernador de Nueva York George Clinton, Patrick Henry y James Monroe) se oponían a los federalistas (Alexander Hamilton, James Madison y John Jay), y aunque el proceso fue lento, la victoria de estos últimos permitió sacar adelante el documento en once estados (requiriéndose la aprobación de tres cuartas partes de los estados para convertirse en ley). En la primera elección presidencial, en 1796, Washington manifestaba desconfiar en el sistema de partidos, pues temía sus efectos disgregadores. En cambio, John Adams lo defendía. Los votantes apoyaban ahora a un partido y a su candidato para representar sus intereses, quedando el partido perdedor en la oposición. Así, John Adams (Demócrata-Republicano) se convirtió en el candidato de los federalistas y en el primer presidente (el segundo de la nación) propiamente surgido de una formación política. El margen de la victoria fue muy estrecho. Jefferson, al frente de la oposición, sucedió a Adams en el cargo.

La presidencia

Hasta 1787 las monedas que circulaban en el norte de América carecían de valor reconocido internacionalmente. En 1787, Estados Unidos acuñaba y emitía moneda nacional, con el diseño de trece círculos entrelazados y el lema *We are one* en el centro. El reverso de la moneda incorporaba la efigie solar y la palabra latina *fugio* (‘volar’). En abril de 1789 George Washington tomaba posesión del cargo de primer presidente de los Estados Unidos, y lo hacía desde el balcón principal del Federal Hall de Nueva

York, que era el lugar donde operaba el Congreso antes de trasladarse a Filadelfia, primero, y a continuación, en 1800, a Washington D. C., la nueva capital de la República. La toma de posesión del primer presidente de los Estados Unidos ha sido narrada con suma precisión, hasta constituir todo un mito de la historia nacional. Tras la ratificación de la Constitución (junio de 1788), el colegio electoral de la nación designó a George Washington como su mejor opción para ser el primer presidente del país. El 16 de abril de 1789, Washington comenzaba su viaje hacia la investidura desde su casa, en Mount Vernon, hasta la capital, que en ese momento era Nueva York. En su diario anotaría que dejaba la intimidad del hogar, la felicidad doméstica, para embarcarse en un futuro incierto con un sentimiento de ansiedad, sin que ello fuera óbice para el enorme sentido de responsabilidad que le embargaba.

El periplo de siete días hasta la capital fue un paseo triunfal por las calles de las poblaciones que iba atravesando: Alexandria, Baltimore, Wilmintong, Filadelfia, Trenton. Washington recaló en Elizabeth Town, Nueva Jersey, el 23 de abril, para cruzar el río hasta Manhattan. El embajador holandés en Nueva York describiría pormenorizadamente la entrada de Washington en la ciudad:

> Los ciudadanos habían construido una gran barcaza para la ocasión, gobernada por una tripulación vestida de blanco. Para dar la bienvenida al presidente se había formado un comité de tres senadores y cinco representantes del Congreso que se adelantaron hasta Elizabeth Town a recibirle y acompañarle en su entrada a la ciudad. Pequeñas fragatas y balandras ocupadas por multitud de ciudadanos formaban una comitiva espontánea. A la entrada del puerto, un paquebote español se encargó de la salva tras la cual desplegaron banderas de todas las naciones. El carguero de España rindió saludo a su excelencia, el presidente Washington, con trece salvas, repetidas desde tierra. El gobernador George Clinton, el alcalde y otros oficiales recibieron a Washington con las compañías de ciudadanos uniformados, de comerciantes y demás gentes de la ciudad. Escoltado por el gobernador, el presidente caminó hasta la residencia que el Congreso le había preparado.

Pero en un país que estaba inventándose por completo, quedaba por organizar el protocolo de la toma de posesión del presidente. Durante toda una semana George Washington permaneció en su nuevo hogar, mientras el Senado y la llamada *The House*, la futura Casa Blanca, hacían los preparativos. El 30 de abril Washington se dirigió al Federal Hall, sito en Wall Street, y a la cámara del Senado. Allí, él mismo y su vicepresidente, John Adams, los senadores y los congresistas salieron a saludar a la

ciudadanía congregada. A falta aún de una Corte Suprema de Justicia, se encargó de tomar juramento al presidente a Robert R. Livingstone, el juez con mayor rango de Nueva York. En su camino hacia la tribuna, Washington hacía reverencias a los asistentes. Las crónicas destacan ciertos silencios del nuevo presidente, tiempos muertos durante el juramento seguido en la calle por una masa de ciudadanos expectantes. La gente lanzaba hurras. De regreso a la cámara del Senado, cada uno volvió a ocupar su lugar para escuchar el breve discurso de George Washington. El presidente, vestido de marrón oscuro y con botones de metal con águilas, medias blancas y espada, lucía nervioso —dicen las crónicas—, temblaba y titubeaba al leer, cambiaba el papel de una mano a otra… Todo ello produjo en los asistentes a la ceremonia más exigentes una auténtica decepción, expresada en juicios como el de que Washington no causaba el efecto de liderazgo previsto en él.



El acto de inauguración de la presidencia de George Washington se celebró en el Federal Hall de Nueva York, sede también de la asamblea del primer Congreso de los EE. UU. National Archives.

LA PRIMERA CAMPAÑA ELECTORAL

En 1796 tuvo lugar el primer proceso electoral al que concurrían dos fuerzas políticas, federalistas y demócrata-republicanos, en un proceso tranquilo. Jefferson perdió frente al federalista John Adams, pero a partir 1800, tras la derrota de Adams, el Partido Demócrata-Republicano tuvo el poder durante veinte años con tres presidentes: Thomas Jefferson (1801-1809), James Madison (1809-1817), y James Monroe (1817-1825). Aunque no desaparecieron, los federalistas no volverían a ganar las elecciones. Su oposición a una nueva guerra contra Gran Bretaña en 1812, que sus miembros consideraban innecesaria, injusta y por tanto equivocada, les costó las sucesivas derrotas electorales. Los federalistas pensaban que una guerra exterior podía suponer la secesión de los estados y la ruptura del país.

¿Cómo se desarrollaron las primeras campañas electorales? Los años clave para que se fraguara el sistema electoral corresponden a las campañas de 1788, 1792 y 1796. En una nación de nuevo cuño, estos diez años escasos iban a marcar las directrices de la vida electoral de los Estados Unidos. En 1788 George Washington estimaba que había llegado el momento de dar paso a otro presidente. Estaba agotado. Sin embargo, los ciudadanos en su conjunto le pedían un esfuerzo más al frente del Gobierno. Su carisma era de tal nivel que no se veía a nadie capacitado para ocupar su lugar. La ciudadanía escribía peticiones a Washington para que se presentara. Antiguos camaradas y amigos no encontraban razonable que quisiera retirarse a descansar cuando quedaba aún tanto por hacer tras la Revolución. La Constitución establecía el mecanismo para el relevo. El presidente era elegido por un colegio electoral formado por electores que, a su vez, eran escogidos por las legislaturas de los estados, en unos casos por un proceso electoral dentro del legislativo estatal, en otros mediante voto público directo. Washington fue respaldado por los electores de los diez estados que habían ratificado la Constitución (faltaban aún por hacerlo Rhode Island y North Carolina). En 1792, al final de este mandato de Washington, el presidente había cumplido sesenta años, tenía problemas de visión y de oído, y deseaba ardientemente retirarse a Mount Vernon. Sin

nadie que tuviera una popularidad similar ni capacidad de mediar en las diferencias entre los políticos el propio Washington se daba perfecta cuenta de que retirarse era hacerle un flaco servicio al país. De manera que revalidó la presidencia de forma solvente y mantuvo a Adams en la vicepresidencia.

Puesto que Washington apoyaba ciegamente las políticas de Hamilton, secretario del Tesoro, Jefferson renunció a continuar como secretario de Estado (1793). Con esta renuncia se preparaba para el relevo. Un recambio que no obstante no le favoreció, pues en 1796 Washington depositó su confianza en John Adams, vicepresidente durante ocho años. El caucus de los federalistas apostó por Adams, instigado quizá por el discurso de despedida de Washington, pronunciado en septiembre de 1796. Los demócrata-republicanos exhibieron al candidato alternativo, Thomas Jefferson, cuya larga carrera al frente de los diversos episodios de la Revolución era, como en el caso de Adams, una más que notable carta de presentación ante los electores.

Otros partidos menores competían también para la presidencia. El proceso era reñido por primera vez, con campañas de prensa difamando al contrario. Los federalistas recalcaban la francofilia de Thomas Jefferson y sembraban dudas sobre su coraje en la guerra. A Adams le cayó encima la fama de monárquico y anglófilo, propalada por los demócrata-republicanos. Se escribía que Adams estaba intentando crear una dinastía familiar que le sucediese en la presidencia. Y aunque no pueda afirmarse que tal cosa fuese cierta, no perdamos de vista que su hijo John Quincy Adams sería presidente. En sus propias filas, los partidarios de Alexander Hamilton hacían sombra a Adams alabando las cualidades políticas de este federalista. Pero finalmente Adams obtuvo la victoria, y no solo con los votos de los estados del norte sino también con algunos del sur, donde había electores que deseaban poner fin al poder de los plantadores que representaba Jefferson y en valor los intereses de los hombres de negocios, arrinconados en la política en estas regiones. Con John Adams se acababa además la tradición de la presidencia virginiana.

PLANIFICANDO WASHINGTON D. C.

Aunque el presidente Washington se estableció en Nueva York en 1789, con su reelección en 1792 Filadelfia se convertiría en la capital del país, hasta que en noviembre de 1800 el presidente Adams el presidente Jefferson estableciese formalmente Washington D. C como la nueva capital. ¿Por qué esta ubicación para la capital de la República? Durante los años previos se habían producido enormes tensiones políticas con respecto al modelo de país. Los inversores y comerciantes, incluso los nuevos industriales, se consolidaban en el área noreste gracias a las políticas financieras de Hamilton. Los políticos pensaron compensar el gran poder financiero del área restándole el político, y construir una capital en una zona más al sur y agrícola. La elección del emplazamiento se hizo en 1790. Parece verosímil que la decisión la tomaran James Madison y Thomas Jefferson, virginianos ambos y, por ello mismo, partidarios de meridionalizar la capital, además del propio Hamilton, a quien le parecía conveniente este emplazamiento. Con la capital en el sur, los estados meridionales iban a implicarse directamente en la recapitalización del país tras una guerra que se había librado principalmente en los estados del norte y de cuyos costes no querían hacerse cargo.

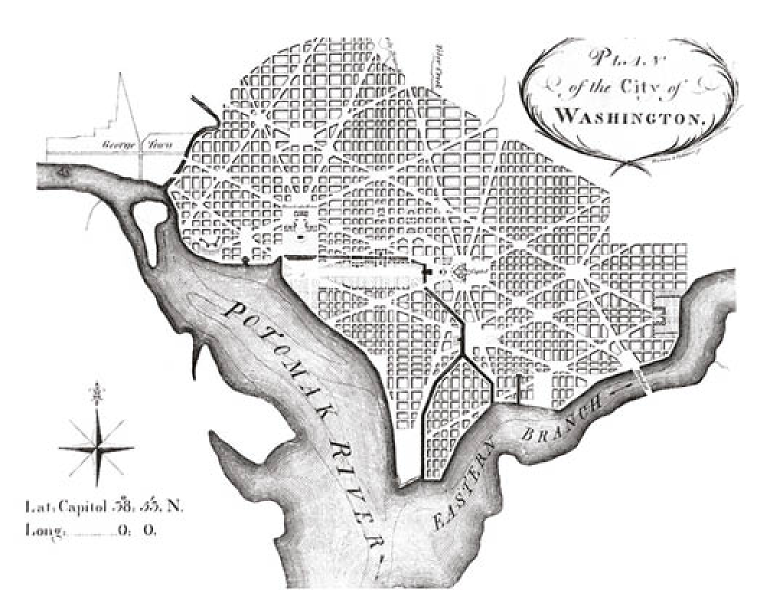
Durante los diez años que Filadelfia fue capital, la ciudad trató de evitar el traslado de la capitalidad. Pero ni el presidente Washington ni su sucesor John Adams aceptaron de Filadelfia más que modestos alojamientos cercanos a la sede del Congreso. La fiebre amarilla de 1793 terminó de dar la razón a quienes defendían el traslado de la capital, y ahora tenían argumentos añadidos sobre la salubridad de la zona. El Congreso abandonó Filadelfia el 15 de mayo de 1800 en dirección a la naciente Washington. El presidente John Adams se trasladaba a una Casa Blanca en obras en el mes de noviembre. Filadelfia dejaba de ser capital de la nación formalmente el 11 de junio de 1800. La planificación de Washington D. C. se encargó a Pierre Charles L´Enfant, un ingeniero francés que había servido en el ejército continental. La mirada del francés buscaba escenificar la grandiosidad del proyecto republicano. Su plan fue abordado parcialmente

en sus inicios y retomado hacia 1901. Desde el Capitolio, sobre una colina, se divisan las tierras llanas en torno al Potomac. Un amplio y largo paseo conecta los centros de poder entre sí bordeado por los edificios administrativos correspondientes. Finalmente, se irían construyendo amplias avenidas desde la casa presidencial.

Abigail Adams fue la primera mujer de un presidente estadounidense que habitó la Casa Blanca. Su testimonio, recogido en la extensa correspondencia de Abigail a propósito de la residencia y de la ciudad, resulta revelador. Había hecho el viaje desde Filadelfia hasta Washington D. C. acompañada de varios sirvientes. Se le había aconsejado que hiciera parada hasta el día siguiente en casa del comandante Thomas Snowden, a medio camino entre Baltimore y Washington, pero ella se negaba, aduciendo que eran muchos y no debía molestar al comandante. Finalmente terminó por aceptar agradecida por la hospitalidad. Al dejar Baltimore, el carruaje en el que viajaba tomó una ruta equivocada que la introdujo en una zona boscosa. Al cabo de unas horas, y tras hallar nuevamente la ruta adecuada, la señora Adams y sus acompañantes pararon a reponer fuerzas y fueron encontrados por un emisario enviado desde Washington para acompañarles. Solo les separaban de Washington unos treinta kilómetros. Abigail narró estos comienzos azarosos de su aproximación a la Casa Blanca en una carta a su hermana fechada en 21 de noviembre de 1800. Llegó —seguía describiendo en su correspondencia— a la una en punto «a este lugar conocido por el nombre de ciudad, y nombre es todo lo que uno puede darle —decía con ironía ante el panorama desolador de aquellas extensiones todavía carentes de estructura urbana: casas desparramadas por una superficie de diez millas—. Y en medio de todo aquello —continúa—, el Castillo», en referencia a la Casa Blanca. La casa del presidente estaba emplazada en un sitio hermoso en frente del río Potomac con vistas a Alexandria.

El entorno campestre tenía un aspecto romántico, aunque de momento asilvestrado y hasta casi salvaje. Primero se llegó hasta Georgetown (tal como se escribe en esa época la pedanía cercana a Washington D. C.), a dos millas de la capital, y que es, dice Abigail, el lugar más sucio que ha visto en cualquiera de sus viajes y al que están obligados a acudir para hacer el mercado diario. Pero aunque no creía haber habitado nunca en un lugar peor

que este de Georgetown, está determinada a no manifestar inconveniente alguno, a mostrarse satisfecha y contenta. Abigail habitó en este pueblo durante tres meses antes de trasladarse a la Casa Blanca. Ya en la residencia oficial, todavía en obras, comunicó en su correspondencia el frío que hacía dentro de una casa que se le hace enorme, en la que solo el vestíbulo era tan grande, al menos, como su casa familiar. En la casa presidencial todavía no había ninguna habitación terminada completamente y debían mantenerse las chimeneas de todos los cuartos y dormitorios, que eran al menos trece, ardiendo todo el día para amortiguar la persistente humedad.



La planificación de Washington D. C. se encargó a Pierre Charles L´Enfant, un ingeniero francés que había servido en el ejército continental.

Pronto, sin embargo, la Casa Blanca iba a convertirse en una residencia, si no acogedora, sí al menos centro de una actividad social notable. En las dos presidencias de Thomas Jefferson (1801-1809) se realizaron frecuentes cenas con invitados, los cuales, según las crónicas, excedían la quincena casi siempre. En el comienzo del nuevo siglo, los Estados Unidos habían adquirido ya visibilidad pública, y los viajeros notables recalaban en Washington D. C. para conocer las peculiaridades del nuevo estado. A la

mesa del presidente Jefferson se debatía en grupo sobre cualquier tipo de asunto que estuviera a la orden del día, encuentros más o menos informales en un clima de confianza que los huéspedes en la Casa Blanca agradecían. El estilo capitalino de Filadelfia era ya solo un recuerdo asociado al mito originario del hecho nacional.

GEORGE WASHINGTON, EL MITO

La relevancia de George Washington en el nacimiento de la República va más allá del mito que le acompaña e, incluso si se pone bajo sospecha el matiz hagiográfico de sus biografías, conviene no perder de vista la singularidad de este personaje y cómo engarza en una época en la que pocos habrían sabido sacar partido de sus propias debilidades y carencias a la hora de afrontar los numerosos contratiempos del avatar revolucionario. Washington había nacido en Virginia en 1732, en el seno de la clase dirigente pero no en los escalones más elevados. Su familia había llegado a las colonias a mediados del siglo XVII asentándose en la colonia de la que ya nunca iba a moverse. La moderada riqueza de sus parientes provenía de la tierra, de la agricultura y de la especulación. Pero cuando Washington era aún niño su padre enfermó y murió, lo que eliminó de un plumazo el plan familiar de enviar a George a estudiar a Inglaterra. Su formación hubo de ajustarse a la escuela elemental en Virginia, si bien su hermano Lawrence actuó como mentor de George procurándole contactos valiosos entre los terratenientes locales. George poseía un carácter calificado por sus biógrafos de encantador y, lo más importante, estaba dotado para las matemáticas.

Con estas dos cualidades consiguió ganarse el apoyo del importante lord Fairfax del valle del Shenandoah, donde Washington trabajaría —siendo aún adolescente— topografiando el terreno. El joven, que comenzaba a viajar y a formarse a base de experiencia, abrió su propio negocio de topografía con tan solo diecisiete años. La muerte prematura de Lawrence, que había formado una milicia local en Virginia, dejó a George consternado pero también le dio la posibilidad de seguir la actividad de su hermano mayor. Aunque Washington carecía de preparación militar para salir airoso

de este empeño, a mediados de los años cincuenta las guerras contra los indios y los franceses le dieron ocasión de aprender. Washington, un gran desconocido en la vida pública durante el inicio de esta guerra franco-india, acabaría convertido en un héroe colonial, tan apreciado por los colonos como despreciado por los ingleses.

Tras su victoria en Fort Duquesne, George abandonó la vida militar pensando quizá no volver a tomar las armas. Se concentró en actividades de la vida civil e intentó sacar adelante la granja de su hermano fallecido en Mount Vernon. Años más tarde se casaría con la que fue la primera esposa de un presidente de los Estados Unidos, Martha Custis, Washington por matrimonio, una viuda joven y rica. Martha no tuvo hijos con George Washington, pero aportó dos de su primer matrimonio, Martha y John, a los que Washington crió como propios, con una enorme generosidad, si atendemos a sus biógrafos. La hija falleció pronto, probablemente por una epilepsia. Con George ausente, en la guerra revolucionaria, la felicidad de Martha se resintió. El hijo, John, no era un joven modélico y de todas las locuras que hizo, la peor para sus padres fue ir al campo en el que tendría lugar la batalla de Yorktown, donde enfermó gravemente y murió. Los restos de ambos hijastros reposan hoy en Mount Vernon.



Martha Dandrige Custis Washington fue la primera esposa de un presidente de los Estados Unidos. Fuente: National First Ladies´Library.

En la época de su matrimonio Washington era aún joven y como virginiano típico quería sobre todo «establecerse», hacer carrera en la legislatura de la colonia y sacar el máximo provecho a su tierra. Pero el contacto con la actividad agraria le hizo ver la enorme desventaja que los colonos tenían con respecto a los comerciantes ingleses. Lo que para estos eran beneficios netos, para los plantadores de tabaco (como él mismo) desembocaba, en cambio, en estrecheces y deudas. Washington tomaba además conciencia de los problemas morales y económicos que entrañaba la esclavitud. A mediados de los años sesenta abandonó la agricultura extensiva del tabaco y se centró en producir diversos tipos de cosechas para venderlas en los mercados locales, con la vista puesta en una economía de autosuficiencia que evitase la dependencia del sistema comercial inglés. Con este cambio su granja ya no necesitaba tantos esclavos. Ahora sus pérdidas en Mount Vernon eran causadas por el hecho de que Washington no quería vender o traspasar a los esclavos que no necesitaba, a menos que ellos se lo solicitasen.

En la intimidad, las reticencias de Washington ante el reto eran más que justificadas, pues ni de sus recursos ni de su experiencia podía esperarse ningún tipo de éxito frente al ejército británico, el más completo y mejor armado del mundo occidental en aquella época. Más que un ejército profesional, los soldados de Washington parecían formar una banda de voluntariosos aficionados, que ni siquiera contaban con un pleno apoyo local, pues la gente, unos patriotas y otros legitimistas, estaba combatiendo en los intersticios cotidianos de la sociedad. Con la guerra en curso, Washington tuvo que organizar —disciplinar e instruir— a los reclutas sin experiencia y hacer frente al hecho de que, cuando se acababan los contratos de alistamiento, los soldados volvían a casa. Igualmente, tuvo que poner en marcha los sistemas de transporte masivo de tropas y provisiones, o la reparación y construcción de fuertes en el interior, y de fortificaciones en torno a ciudades clave como Boston.

Los numerosos retratos de Washington dicen mucho sobre su persona. Quizá el rasgo más llamativo de su fisonomía —véase el bien conocido retrato de Gilbert Stuart de 1776— era que los pintores rellenaban sus carrillos con piezas de algodón para corregir los huecos visibles en el rostro por culpa de la falta de dentadura. El presidente poseía dos artilugios a modo de dentaduras postizas de marfil, elaborado uno de ellos por el mismísimo Paul Revere, una auténtica modernidad para una época en la que los dentistas se limitaban a sacar las piezas de la boca con tenazas. Desde la juventud, a Washington le habían ido sacando los dientes y muelas cada vez que le dolían, de modo que hacia los cincuenta años carecía casi de dientes propios y llevaba dentadura postiza. Su famosa peluca blanca cubría la ausencia de cabello —rojizo en su juventud— del presidente, y en los retratos se le adjudicaba un color de tez saludable que encubría su verdadero tono cetrino. Tampoco apreciamos en los óleos las picaduras de viruela que adquirió en Barbados cuando acompañó a su hermano Lawrence para intentar, infructuosamente, que se recuperase de la tuberculosis que acabaría con su vida. Ni es tampoco real la apostura con la

que luce en los retratos, porque de niño Washington había sufrido raquitismo y al ir creciendo mostraba el pecho hundido y los hombros caídos. La hechura de sus casacas procuraba disimular estos defectos físicos. A su favor, el hecho de que era más alto que la media, superando el metro ochenta y que, aunque enfermiza, tenía una naturaleza resistente.

Con el tercer mandato en perspectiva Washington deseaba retirarse de la vida pública. Estaba agotado, física y psicológicamente, y quería ver prosperar su propia hacienda. Buscaba una transición tranquila en el ejecutivo, así que escribió su discurso de despedida ayudándose de Hamilton y de Madison, señalando a los estadounidenses que se mantuvieran vigilantes pero que se comportaran con rectitud y unidos ante el futuro de cambios que vislumbraba. Como reconocimiento al servicio que prestó al país, cada año este discurso es leído en alto en el Senado estadounidense. Para la historia más crítica con la figura de Washington, y aunque se admite que no estuvo en su intención fomentar el partidismo y las facciones, su inclinación hacia las visiones políticas de Hamilton favoreció el clima de enrarecimiento en la alta política. Tampoco ha pasado desapercibida para sus críticos su vinculación personal con el esclavismo, el hecho de que, pese a haber manifestado tener un plan para abolirlo, nunca lo puso en marcha ni tampoco liberó a sus esclavos, aunque podía haberlo hecho.

Como fuere, la tradición presidencial estadounidense tiene su origen en la práctica diaria del Washington presidente: desde los modos de entender el poder federal hasta la práctica administrativa del ejecutivo. En la mansión presidencial de Filadelfia, ya en los años noventa, Washington organizó el sistema de visitas y atención a los ciudadanos, en principio muy caótico. Para lograr trabajar, estableció un horario para recibir y una sesión semanal de puertas abiertas para recepciones públicas y acontecimientos. Su esposa, Martha, hacía de anfitriona con las mujeres. Pero lo más destacable es que de la etapa revolucionaria derivó la organización del gabinete presidencial, inspirado en el consejo asesor, elegido directamente por el presidente. Ninguna norma recortaba el mandato a dos legislaturas, pero Washington estableció que así fuera. Igualmente, utilizó el criterio del mérito y capacidad frente al de la veteranía para reponer la Corte Suprema.

También inventó Washington la invocación del privilegio del poder ejecutivo al usarlo en situaciones excepcionales como la Rebelión del whisky, lanzando el mensaje de que la ley federal estaba por encima de cualquier otra. En su afán por mantener separados los tres poderes, procuró no cometer ningún tipo de injerencia desde el ejecutivo en el legislativo y el judicial. Respaldó propuestas en el legislativo, pero evitó vetar leyes que le desagradaban, a no ser que tuvieran relación con asuntos constitucionales. Decidió excluir al vicepresidente de las sesiones de su gabinete, algo que se mantendría desde entonces y con lo que se daba a entender que el vicepresidente —Adams en aquel momento— tenía un papel institucional secundario. Sus biógrafos han insistido siempre en su personalidad, nada ambiciosa ni partidista, y en la distancia que ponía entre el poder y los intereses de sus amigos personales, para otorgar con ello a la presidencia una imagen de dignidad y honorabilidad.

A lo largo de su vida Washington había padecido enfermedades graves. La historia de todos estos percances se puede seguir puntualmente en sus diarios. El hecho de sufrir numerosos contratiempos de salud enseñó a Washington el arte de la paciencia, también la irracionalidad del miedo en el campo de batalla, donde —nuevamente puede leerse en sus diarios— se pasaba el tiempo enfermo pero en su puesto, quizá por efecto de la adrenalina. A la mortífera gripe que se extendió por el área de Boston en 1789 se le dio el nombre de *The Washington Influenza*, y su sordera tenía que ver con los repetidos resfriados, gripes y neumonías que lo aquejaban. Como no oía bien, no se fiaba de lo que le decían, y mostraba su carácter reservado en sociedad. Tampoco veía bien de cerca, pero no se le pasaba por la cabeza usar algún tipo de lente en público para no minar la confianza en su figura pública. La presidencia añadiría a su colección de males la tensión nerviosa, fruto de un agotamiento que le mostraba que era hora de retirarse a Mount Vernon. George Washington murió el 14 de diciembre de 1799 como resultado de un enfriamiento tras un paseo a caballo. Los historiadores aún no se ponen de acuerdo sobre las causas reales de la muerte: difteria o malaria, un proceso inflamatorio de origen bacteriológico tal vez. Pero como como parte del mito nacional, incluso la muerte de George Washington adquiere la forma de controversia en el relato de su detallada vida.

El siempre admirado Thomas Jefferson

Si Washington fue el fundador polifacético, Jefferson, Franklin, Adams y Madison han sido seguramente los nombres centrales del Gran Despertar o Ilustración Americana. Thomas Jefferson (1743, Shadwell, Virginia-1826, Monticello, Virginia), el tercer presidente de los Estados Unidos de América por el partido Demócrata-Republicano (1801-1809), era un prohombre de Virginia, que combinaba, como otros de sus contemporáneos, el mundo de las letras, el de la ciencia, el de la escritura y el político. Su familia era, antes de su nacimiento, propietaria de plantaciones en Virginia. Como heredero de una importante fortuna, construyó allí su residencia, Monticello, hoy un lugar de referencia obligada para los admiradores del legado de Thomas Jefferson. Se casó poco después con Martha Wayles Skelton, con quien tuvo hijos (solo dos sobrevivieron) y de quien enviudó. Parte de su fortuna personal la constituían varios cientos de esclavos, muchos de ellos menores de quince años, dedicados al servicio en Monticello y al trabajo en las plantaciones del cercano condado de Albemarle. A lo largo de su vida solo liberó a dos esclavos. Desde muy joven ocupó cargos en el Gobierno local y fue miembro de la Casa de los Burgueses. Pese a su actividad en los asuntos nacionales durante la guerra, nunca abandonó la política de su estado, Virginia, del que fue gobernador entre los años 1779 y 1781.

Se ocupó de la diplomacia estadounidense en Francia al terminar la guerra, sucediendo en sus funciones a Benjamin Franklin. En esta época, Jefferson decidió «estudiar» Europa: su cultura, la naturaleza de sus campos, la ciencia y la técnica, los periódicos… Resultado de todo ello fue el legado material enviado a Monticello y que hoy está custodiado por una fundación. En 1790, de regreso a la política nacional, ocupa el puesto de secretario de Estado en el Gobierno de Washington, significándose contra las políticas económicas de Hamilton, proclives —decía Jefferson— a favorecer los intereses británicos en América. En 1796 fue vicepresidente con John Adams, a solo tres votos de la presidencia. La salida de Adams de la Casa Blanca le otorgó el puesto en un cambio pacífico de poder entre fuerzas políticas contrarias. Jefferson pudo, en su primer mandato, incorporar Luisiana (1803) a la Unión. Pero su segunda etapa en la Casa

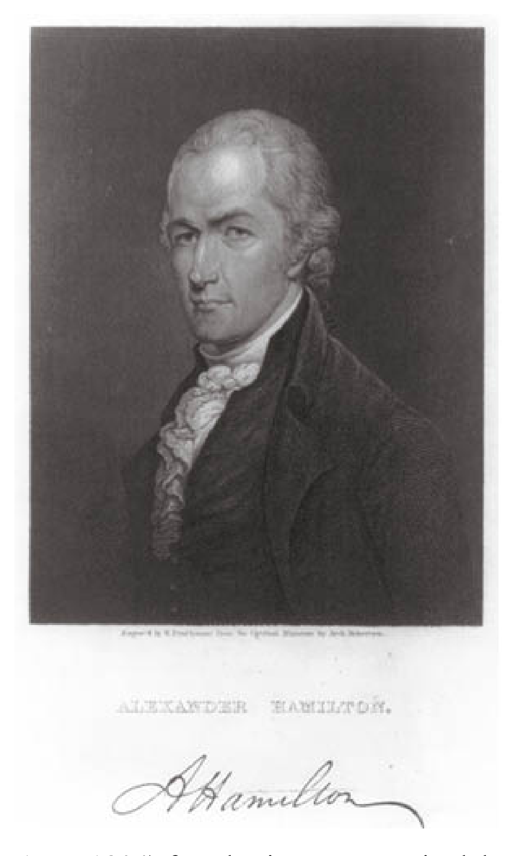
Blanca fue más compleja, pues no pudo evitar el enrarecimiento de las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, que abocarían al país a una nueva guerra en 1812, ya con James Madison en la presidencia. En su vejez, retirado a Monticello, Jefferson se propuso la construcción de la Universidad de Virginia, de la que sería, antes de morir, el primer rector. También vendió al Gobierno su magnífica colección de libros para que fuera depositada en la biblioteca del Congreso. Se da la circunstancia de que murió casi a la vez que John Adams, que fue su gran amigo pese a no compartir algunos puntos de vista políticos.

Jefferson había escrito libros significativos, entre ellos: *A Summary View of the Right of British América* (1774), y las *Notes on the State of Virginia* (1785). Su papel en la redacción de la Declaración de Independencia (1776) fue, desde luego, central. Inspirado, como se ha visto, en Locke, actualizó la noción de derechos naturales del filósofo inglés sustituyendo —muy al gusto de su época— la noción de búsqueda de la felicidad por la de protección de la propiedad. Y es que Jefferson era un hombre con recursos para quien la libertad con respecto al sistema colonial británico significaba poder desempeñarse en la vida sin la presión del Gobierno y de los impuestos de la metrópoli. La Constitución de 1787 recogió su visión conservadora del orden legal, su intención de crear una norma perdurable sin perjuicio de que debiese adaptarse a los cambios de las sociedades en curso.

HAMILTON, EL FUNDADOR ANÓMALO

Alexander Hamilton (1755 o 1757-1804) fue el primer secretario del Tesoro de los Estados Unidos en una de las etapas más complejas del nacimiento de la nación (1789-1794). Un moderno visionario para unos, y para otros un político con escasos escrúpulos, carece en todo caso del aura de Washington o de Jefferson, pero nadie ha sido nunca capaz de privar a su semblanza biográfica de un conjunto de peculiaridades que le convierten en un político sumamente interesante cuyas aportaciones a la fundación de la Unión son, además, innegables. Hamilton, cuya fecha de nacimiento no está clara, había hecho su aparición en la vida pública en el puesto de asistente de

George Washington durante la guerra en 1777, convirtiéndose pronto en una figura relevante y hasta imprescindible en la última fase de la contienda. Hamilton había nacido en la isla de Nevis, Indias británicas occidentales, en una familia inestable. Su madre, una adolescente de ascendencia hugonote, había sido obligada a contraer matrimonio con un violento comerciante escocés que la maltrató, le arrebató su herencia y acabó siendo apresado por adulterio. La experiencia personal de Alexander Hamilton no era ni mucho menos equiparable a las de Jefferson y Adams. Su vida había emergido en un contexto desapacible y violento y, en una sociedad poco sensible a las desgracias humanas, se le adjudicó siempre una dañina imagen de hijo ilegítimo. Pero quizá por todas las dificultades de su infancia y primera juventud Hamilton fue ese tipo de figura histórica que se propone salir del agujero para «ser alguien en la vida». Niño aún, comenzó a trabajar con once años para independizarse, ocupando puestos diversos: dependiente, contable…



Alexander Hamilton (1755 o 1757-1804) fue el primer secretario del Tesoro de los Estados Unidos en una de las etapas más complejas del nacimiento de la nación. Retrato realizado hacia 1835. Biblioteca del Congreso.

Quienes le conocían y le habían empleado se fijaron en su enorme ambición y brillantez, especialmente para los temas relacionados con el dinero. Asimiló los rudimentos de la economía directamente del negocio del comercio negrero. Era precoz, y desde luego era el prototipo de hombre hecho a sí mismo. Aprendía de la experiencia y no dejaba pasar una oportunidad. Llegó con dieciséis años, en 1773, a la ciudad de Nueva York, inscribiéndose en la futura Universidad de Columbia, por entonces llamada King´s College. Pero ya en aquellos años le interesaba más la política que la academia. En 1774 comenzó a escribir artículos de prensa en los que se situaba a favor de la causa de los patriotas. Abandonó King´s College sin graduarse y se unió a los grupos que demandaban la retirada de las tasas impuestas por los británicos. Entró a formar parte de la Compañía de Artilleros de la provincia de Nueva York y participó en batallas significativas como las de Long Island, White Plains y Trenton, Brandywine

Creek, Germantown y Princeton. En 1777 ya era coronel del ejército continental, y fue entonces cuando Washington se fijó en él, convirtiéndole en su hombre de confianza. Su capacidad para la escritura había crecido al mismo ritmo que sus cualidades militares, razón por la que se ocupaba de redactar la correspondencia más delicada de Washington, haciendo informes sobre la manera de mejorar el ejército continental. Comprendió que, si quería estar en el centro del poder, debía estudiar leyes, de modo que tras el aprendizaje mínimo se estableció en la ciudad de Nueva York, hasta el momento en que fue tomada por los ingleses (1776), defendiendo los casos de los legitimistas, de estos mismos a los que volvería a defender como abogado cuando la guerra terminó y regresaron a sus hogares ahora ocupados por los vencedores reclamando sus posesiones. Al empeñarse en defender a los legitimistas estaba ayudando a establecer nuevos principios y vías procesales en el sistema judicial de los Estados Unidos. Una ley de 1783 —*Trespass Act*— permitía a los rebeldes hacerse con las casas y negocios de los legitimistas en concepto de indemnización. Los casos defendidos por Alexander Hamilton buscaban revertir esta norma. Al final de su vida había regresado al ejercicio de la abogacía —era un abogado muy prestigioso—, la cual lo había conducido hasta la práctica de la política del país, especialmente en el puesto de secretario del Tesoro.

Para cuando se hubo ganado su posición a base de tesón, selló su ascenso social contrayendo matrimonio en 1780 con Elizabeth Schuyler, hija del general Philip Schuyler, miembro de una influyente familia neoyorquina. En su matrimonio, Hamilton tuvo ocho hijos y también un escándalo extramatrimonial, considerado el primero de los asuntos de infidelidad en la historia pública del país. A pesar de todo, Elizabeth le sobrevivió cincuenta años y dedicó su vida a preservar el legado de Alexander Hamilton. En la última etapa de la guerra revolucionaria, Hamilton volvería a tomar las armas, participando muy activamente en la derrota de Cornwallis en Yorktown. Tampoco fue menor su papel en los tratados de Versalles y de París que ponían fin a la guerra y establecían las condiciones de la paz. Volvió a implicarse en la vida militar en 1798, al ser nombrado inspector general y segundo al mando ante un previsible conflicto con Francia que finalmente no tuvo lugar. Para entonces ya expresaba sus ideas a propósito

del Gobierno federal. Hamilton veía que la debilidad del proyecto nacional radicaba en los egoísmos estatales, e interpretaba que el articulado de la Confederación era un instrumento de desunión. Se propuso pues trabajar por una Constitución que reforzara las capacidades del poder ejecutivo central.

Hamilton se implicó en la actividad política de Nueva York en calidad de delegado de su estado para el proceso constitucional de 1787. Se propuso la ratificación del documento (Convención de Poughkeepsie, Nueva York, 1788) junto con John Jay y James Madison. Los tres publicaron ochenta y cinco ensayos, dando lugar a la obra *The Federalist* o *The Federalist Papers*, todo un alegato contra el antifederalismo. Tal era su convicción centralista que no respaldó los intereses de su propio estado, Nueva York, para acoger la capitalidad de la nación. Con esta postura se garantizaba apoyo federal a su programa económico para la Unión. La nueva Constitución daba a quien ocupara la Secretaría del Tesoro autoridad para fortalecer, con las políticas económicas, el Gobierno central. A Hamilton se debió en gran medida la localización de la nueva capital junto al Potomac. La suerte de Alexander Hamilton se acabó el 11 de julio de 1804 en Weehawkeen, Nueva Jersey, al ser herido de muerte en un duelo con Aaron Burr, congresista que, siendo cercano a Jefferson, estaba destinado a ser vicepresidente. Burr se ocupaba de las cuestiones del partido Demócrata-Republicano que Jefferson, ajeno a las nuevas inquietudes de la vida de partido, prefería no atender. Sin embargo, en la reelección de 1804 Jefferson retiró a Burr de la candidatura a la presidencia, lo que frustró al político, que decidió desquitarse optando al puesto de gobernador de Nueva York. Hamilton consideraba a Burr poco menos que un indeseable y publicó su opinión en la prensa. Burr pensaba que Hamilton quería arruinar su futuro político y acabó retando a Alexander a un duelo. Del resultado ya se ha hablado: Hamilton falleció de una herida, mortal de necesidad, un día más tarde, el 12 de julio.

Los «otros» Padres Fundadores

Menos conocido quizá fuera de la cultura anglosajona contemporánea, el presidente John Adams (1735-1826) fue uno de los fundadores cuyo trabajo intelectual más influyó durante la Revolución estadounidense. Adams pertenecía a una familia acomodada, aunque no rica, de Massachusetts cuyo modelo era característico de las familias clásicas de Nueva Inglaterra. Su padre era un hombre de fe, diácono de la Iglesia congregacional a la vez que zapatero, y la familia poseía una granja que les daba para comer. Adams amaba el campo, su granja, trabajar al aire libre… Pero su padre quiso formarlo para el sacerdocio. Como era costumbre en estos casos, el niño fue educado primero en una *dame school*, bajo la supervisión de una maestra de primeras letras, y luego en una *latin school*. A los quince años ya era alumno de Harvard College, donde se graduó, teniendo claro que carecía de vocación religiosa y que prefería ser profesor y estudiar derecho para convertirse en el reputado abogado que llegaría a ser a partir de la finalización de su formación en Worcester (1758). Su vida como litigante en Boston sería intensa. Desde 1764 le acompañaría su inseparable Abigail, la mujer con quien se casaría y que ocupó el puesto de cabeza de familia durante las largas temporadas en que Adams hubo de estar fuera del hogar atendiendo los asuntos de la guerra y del estado. De sus cinco hijos sobrevivieron cuatro.

En 1765, en la crisis del Stamp Act, Adams se manifestó contrario a la acción popular. Era un hombre de orden y muy familiar que practicaba el derecho y detestaba la violencia. Sospechaba que había un movimiento radical soterrado que buscaba en realidad la independencia de la colonia, y se dedicó a escribir en prensa ensayos anónimos para desacreditar la propaganda del movimiento popular. Con todo, fue persuadido para interesarse directamente por lo que estaba sucediendo en la oposición hacia el Gobierno británico y poco a poco Adams comprendió las razones de fondo que asistían a los colonos rebeldes, convirtiéndose él mismo en un vehemente enemigo de las decisiones que se tomaban en el Parlamento de Londres con respecto a las colonias. La vida de Adams adquiere intensidad pública a partir de 1770 al ser elegido para una defensa hartamente complicada, la de los soldados ingleses que habían disparado contra la masa en la Masacre de Boston. Las autoridades tuvieron especial interés en que

aquella causa se juzgase rectamente y designaron defensor a John Adams, cuya reputación era intachable. Ninguno de los soldados sería encarcelado. Su victoria en este juicio fue el origen de su éxito futuro. Comenzó a escribir y a publicar en la prensa de Boston sobre asuntos públicos y sociales, también sobre cuestiones legales y políticas.

En 1774 Adams asiste en Filadelfia al primer Congreso continental como uno de los cuatro delegados de Massachusetts. Sería reelegido en mayo de 1775 para el segundo Congreso, justo en los días que siguieron a los primeros choques de la guerra. Este hombre de letras fue designado por George Washington comandante del ejército continental. En 1775, Adams presionaba a los líderes de las colonias para declarar la independencia, por lo que fue uno de los encargados de preparar el documento en junio de 1776. Su vida como congresista resultó agotadora, siendo miembro de más comisiones que cualquier otro político de aquellos años y poniéndose al frente de las iniciativas que debían atraer a las potencias extranjeras al apoyo de la república naciente. Entre 1778 y 1780, Adams trabajó incansablemente en Europa para trazar alianzas y obtener recursos para la guerra, al mismo tiempo que trabajaba en la preparación de los documentos esenciales de la nación: el articulado de la Confederación y la futura Constitución. Tras la guerra mantuvo misiones diplomáticas en el exterior, siendo embajador en Inglaterra a partir de 1785. Por fin pudo reunirse con Abigail, a quien no había visto en cuatro años y cuya correspondencia con John consta de más de dos mil cartas. Ningún otro político tenía, al final de la guerra, una mejor reputación que John Adams, de quien sus coetáneos destacaban la capacidad discursiva y la independencia de criterio.

John Adams fue un escritor prolífico, que abordó sobre todo los aspectos legales de la revolución. Escribió *Dissertation on the Canon and Feudal Law* (1776), texto en el que acusa a Gran Bretaña de introducir en América los elementos de Gobierno que llevan a la tiranía. En *A Defense of the Constitutions of Government of the United States of America, Against the Attack of M. Turgot* (1787-1788), se procede a justificar y defender el orden republicano adoptado por los Estados Unidos. Adams abogó por un poder ejecutivo sólido para proteger a los más débiles de la sociedad frente a las veleidades de quienes buscaban constituirse en nueva aristocracia. En *Defense, Discourses on Davila* (1791) se muestra contrario a la democracia

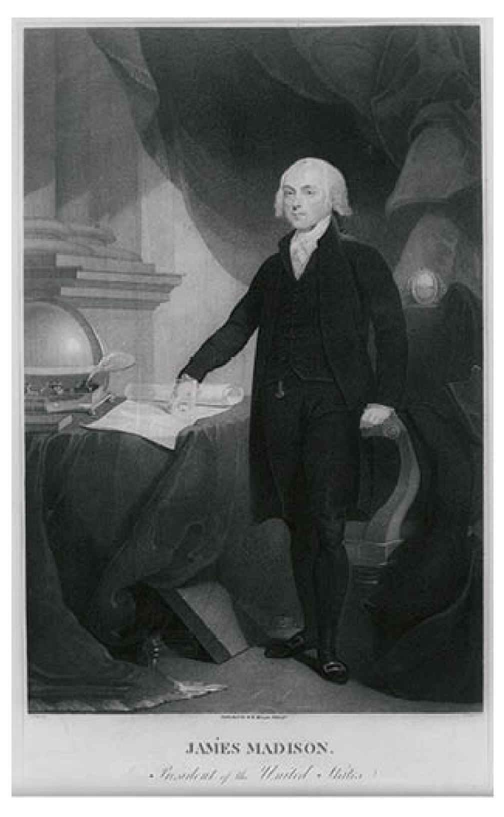
en tanto se entienda por esta el poder omnímodo de la gente en sus pulsiones colectivas incontrolables. Adams se hacía ya eco de los acontecimientos en Francia. En 1788, John Adams regresó a Estados Unidos tras diez años. Fue el primer vicepresidente de la Unión, cargo que ejerció durante dos mandatos, en 1789 y 1792. A partir de esos años tiene que lidiar con la política bajo las nuevas circunstancias del bipartidismo. Su postura, defensora de un ejecutivo fuerte, le alejó de su amigo Thomas Jefferson. Adams adoptó entonces el ideario de Alexander Hamilton y los federalistas, que le hará ganar la Casa Blanca.

La figura de James Madison poco tenía que ver con la de Hamilton, a pesar de lo cual ambos padres fundadores estuvieron muy próximos en sus planteamientos políticos sobre la nación. Al igual que le sucedió al presidente John Adams, James Madison (1751-1836) tampoco gozaba al otro lado del Atlántico de la popularidad de Thomas Jefferson, Benjamin Franklin o el propio George Washington. Sin embargo, Madison fue el ratificador de la obra constitucional y el responsable de buena parte de la estructura del nuevo estado. Era, como el resto de los ilustrados, un hombre que tocaba prácticamente todos los campos del conocimiento de su época. Su obra de pensamiento más concluyente, realizada junto a John Jay y Alexander Hamilton, fue *The Federalist Papers*, que contenía dos ideas centrales: la república y la separación y equilibrio de los poderes. Madison abordaría la cuestión de las facciones políticas opinando que, siendo peligrosas, no se podían eliminar sin atentar contra el derecho a agruparse en la vida pública. A Madison se le debe el borrador de la Constitución y el apoyo incondicional a la Carta de Derechos, además de su contribución en *The Federalist Papers*. Comenzó su presidencia en 1808, por lo que tuvo que hacer frente a la guerra de 1812, que él mismo inició. Había sido secretario de Estado con Jefferson, y al igual que este y Washington, estuvo dos mandatos en la Casa Blanca. Madison era originario del Condado de Orange en Virginia, de donde salió para estudiar durante la primera adolescencia. Como su salud era precaria, regresó al hogar para seguir formándose con tutores personales. Finalmente, iría a la Universidad en Nueva Jersey, la misma que acabaría convirtiéndose en la Universidad de Princeton. Allí recibió enseñanzas muy variadas: lenguas clásicas, ciencias, filosofía, etc., y tras graduarse estudió con prestigiosos tutores.

El primer vínculo de Madison con la vida pública tuvo que ver con su participación en el Comité de Seguridad del Condado de Orange en 1774. Tomó parte de la milicia de Virginia en calidad de coronel. Pero Madison no tenía maneras de guerrero, era un hombre de letras cuyo talento se expresaba en las reuniones de la Convención, en la que representó a su condado. Enseguida congenió con Jefferson y recibió el encargo de escribir la constitución de Virginia, para la que trabajó en compañía de George Mason. Madison fue un aliado eficaz para conseguir el apoyo de Francia, y en 1780 representó a Virginia en el Congreso Continental. De vuelta a la legislatura de su estado, en 1783, centró su actividad pública en conseguir la separación de la iglesia y el estado, elaborando el Estatuto de Libertad Religiosa de Virginia (1786), versión revisada del documento de Jefferson de 1777. Seguiría representando a Virginia en los trabajos constitucionales, convencido además de que el futuro del país estaba en el federalismo.

En sus escritos de finales de los años ochenta, Madison reflexionaba sobre los instrumentos para controlar el poder y evitar los abusos. Para la ratificación de la Constitución, hizo fuerza en los periódicos con el ya mencionado Alexander Hamilton y con John Jay, venciendo la oposición de políticos preeminentes en la época como Patrick Henry. En 1789 Madison se convertía en congresista. En la Cámara de Representantes se centró sobre todo en la Carta de Derechos. Quería blindar la libertad de expresión en el ordenamiento jurídico del país. A medida que la política se hacía rutinaria, Madison comenzó a recelar de las posiciones económicas de Hamilton asumidas por el presidente Washington. Veía un país en el que el ejecutivo federal estaba favoreciendo solo a los más afortunados, de modo que unió fuerzas con Jefferson para oponerse, sin éxito, a la creación de un banco central federal, argumentando su inconstitucionalidad. La vía del partido Demócrata estaba ya en marcha y Madison acabaría convirtiéndose en el secretario de Estado del primer mandato de su amigo Jefferson, apoyándole en el proyecto de exploración y expansión del país hacia el oeste, en Luisiana. Madison usaría la diplomacia para mediar en la tensión entre

Francia y Gran Bretaña en aguas internacionales. Los buques estadounidenses caían en medio de las refriegas navales europeas, pues Inglaterra y Francia acusaban a los norteamericanos de comerciar con el enemigo, apresaban los barcos e incautaban la mercancía, obligando además a los marineros a servir bajo bandera extranjera.



James Madison, cuarto presidente de los EE. UU. (1808-1817), no tenía maneras de guerrero. Era un hombre de letras cuyo talento se expresó ya en las reuniones de la Convención.

Madison pensaba quizá regresar a la vida de su estado y sacar adelante su hacienda, Montpellier, heredada en 1801, a los pocos años de casarse (1784) con Dolley Payne, madre ya de un hijo de su anterior matrimonio. Sin embargo, las circunstancias no le permitieron centrarse ni en la familia ni en la política local. En 1808 Madison ganó las elecciones presidenciales por el partido Demócrata-Republicano por un amplio margen. Había sorteado la impopularidad de la ley de embargo de 1807, cuya intención era mostrar a británicos y franceses la neutralidad estadounidense. Esta ley de embargo limitaba la actividad de los buques comerciales americanos. Pero Madison, incluso arropado por una clara victoria en las urnas, comenzaba la

presidencia bajo la presión del efecto de las guerras napoleónicas. La paciencia del Congreso se había roto y Estados Unidos declaró la guerra a Inglaterra en 1812 con la oposición de los federalistas, que no dudaron en dar al conflicto armado el nombre de «guerra del señor Madison». Los halcones, políticos de Kentucky y Carolina del Sur como Henry Clay y John Calhoun, incitaron al Congreso a no tolerar más las acciones de los ingleses contra los barcos americanos. Pese a haber iniciado una guerra, Madison revalidó su mandato en 1812, una eventualidad desgraciada para el Gobierno de Washington: la capital arrasada y quemada por las fuerzas británicas de invasión en 1814. Madison se retiró con su esposa Dolley a Montpellier en 1817, para dedicarse a su plantación y ayudar a Jefferson en la creación de la Universidad de Virginia.

8

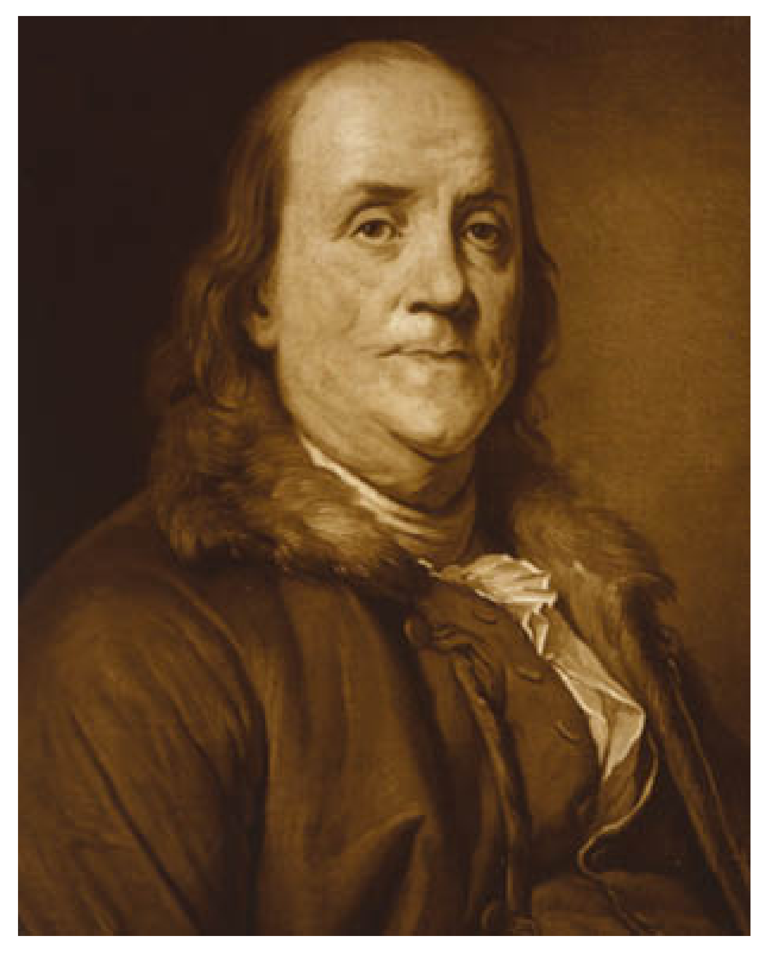
La primera guerra nacional. 1812

TERRITORIOS EN DISPUTA Y TRATADOS COMERCIALES

En el Tratado de París no se recogía la rendición de los fuertes con tropas inglesas en la región de los Grandes Lagos: Oswego, Niagara, Detroit y Michilimackinac, unos retenes de no mas de cuatro mil hombres en total.Era sabido que las poblaciones indias menospreciaban a los americanos por el hecho de no haber sido capaces de acabar con los fuertes, y los ingleses se negaban a evacuarlos, argumentando que así los territorios canadienses quedaban protegidos de las guerras potenciales contra los indios. Inglaterra —seguía el argumento— no quería que los americanos rompieran el Tratado de París aliándose en su contra con las tribus locales, si bien confiaba en poder evacuar los fuertes. Además, los comerciantes de pieles querían que se mantuviesen los fuertes hasta poder vender sus mercancías. Pero si los ingleses eran remisos a marcharse definitivamente,

tampoco los americanos cumplían a rajatabla sus compromisos del tratado de paz. No devolvieron por ejemplo a los ciudadanos legitimistas las tierras y propiedades confiscadas, lo que significaba violar el artículo cinco del tratado. Se daban argumentos a los ingleses para mantener los fuertes en la región de los Grandes Lagos. Aún bajo la ley de los artículos de la Confederación, en 1783 el Gobierno federal carecía de recursos coercitivos para obligar a los estados a cumplir el tratado y devolver a los legitimistas sus bienes. Hasta 1794, mediante un tratado preparado por el secretario de Asuntos Exteriores, John Jay, Gran Bretaña y los Estados Unidos no solventaron el escollo de los fuertes.

Benjamin Franklin sí logró que se firmara un tratado comercial de neutralidad con Suecia (1783), el primero de los países con los que Estados Unidos comenzó a tener relaciones comerciales tras la guerra. Este éxito limaba en parte la aspereza de las difíciles relaciones comerciales con Gran Bretaña. Las actas o leyes de navegación inglesas en 1783 establecían que el comercio entre los dos países debía realizarse en barcos de construcción inglesa, lo que entorpecía el proceso de creación de una flota comercial estadounidense. El encargado de negociar el tratado comercial fue John Adams, que nuevamente topaba con los artículos de la Confederación y la obligación de que todos los estados aprobasen un posible tratado. Los estados, además, comenzaban a ejercer acciones proteccionistas levantando aranceles a las mercancías inglesas. El de Nueva York estableció un arancel a las mercancías proveniente de Gran Bretaña en 1785, y poco a poco las legislaturas de Pensilvania y Massachusetts se encaminaron hacia exigencias similares. Este último estado y el de New Hampshire prohibieron el acceso a sus puertos de barcos ingleses cargados con mercancías. Los puertos se iban cerrando en casi todos los estados. El de Connecticut vio una gran oportunidad en abrir los suyos a los buques ingleses, pero al hacerlo ahogó el comercio con Nueva York. Se ponía de manifiesto que los estados estaban en guerra comercial entre sí, aplicando cada uno sus propias políticas internacionales para beneficio particular. Desde el exterior, en 1785, la Unión mostraba ser un fracaso.



Benjamin Franklin logró que se firmara un tratado comercial de neutralidad con Suecia (1783), el primero de los países con los que Estados Unidos comenzó a tener relaciones comerciales tras la guerra.

El Congreso estadounidense quería legislar actas de navegación comunes, prohibiendo la importación y exportación de mercancías en barcos provenientes de países que no tuvieran tratados con los Estados Unidos. Pero ni siquiera en el Congreso era unánime la posición de los políticos. Mientras Carolina del Sur prefería ceder al Congreso la potestad de decidir en estos asuntos, Virginia quería controlar directamente su comercio exterior. Se hicieron sucesivas propuestas de enmienda a los

artículos que no llegaron a pasar por los legislativos estatales. Unos proyectos desterraban a los anteriores y así sucesivamente hasta que se firmó la Constitución en 1787 y, en 1796, se firmó el acuerdo de comercio con Gran Bretaña. De momento, los ingleses habían logrado mantener sus reglas durante la década de los ochenta y parte de la siguiente.

En el caso francés, no se produjeron las dificultades de la acción comercial con Gran Bretaña, pues siguió vigente el acuerdo de alianza firmado por Estados Unidos y Francia en 1778. De modo que en 1783 los dos países se apoyaban mutuamente en el comercio internacional. Francia abría sus puertos a los buques americanos en las Indias Occidentales. Las dificultades entre ambos estados surgían en cambio de algunos contenciosos puntuales, concernientes a asuntos de soberanía. El más renombrado fue el caso Longchamps, en 1784. Julian de Longchamps, antiguo soldado francés, exigió al embajador y al cónsul general de Francia en Filadelfia el pago de las comisiones debidas por su aportación al ejército francés. Como ninguno atendió a sus demandas, provocó una riña con el cónsul que acabó en pelea. Los franceses solicitaron al Congreso la extradición de Longchamps a Francia para llevarle a juicio por la agresión a una autoridad, pero lo que no imaginaba el embajador, Chevalier de la Luzerne, era que estaba topando con un problema de soberanía, pues en el Artículo II de la Confederación se recogía que cada estado —en este caso el de Pensilvania — era soberano, por lo que el Congreso no tenía competencias. El embajador de Holanda se alió con la tesis francesa, amenazando con dejar su puesto si Francia no obtenía la extradición de Longchamps. Finalmente, un juzgado de Pensilvania sentenció a Longchamps a dos años de prisión y una multa de doscientos dólares.

Navegar por el Mississippi

Capítulo especial merecen las relaciones entre los Estados Unidos y España a partir del final de la guerra. Con el tratado de paz que habían firmado Gran Bretaña y Estados Unidos se abrió la cuestión del derecho a navegar por el río Mississippi. Según los acuerdos de la Paz de París entre Gran Bretaña y EE. UU. se daba entero acceso a este país a la cuenca del

Mississippi. Sin embargo, la paz no tenía en consideración que, durante la guerra, España había obtenido los territorios de Florida. Los españoles rechazaron el tránsito de los americanos por el río hasta 1795, año de la firma del Tratado de Pinckney con los Estados Unidos. Así, desde el final de la guerra con los ingleses y hasta esta fecha, el Mississippi constituyó un obstáculo fundamental en la política bilateral hispano-estadounidense, sobre todo porque la nueva república se sentía hostigada en sus fronteras por un imperio, incluso si, como era el caso, la situación en la América española mostraba la debilidad de la Corona con respecto al control colonial. En el origen de la disputa, España tenía el control de la ribera occidental del Mississippi (1763) y demandaba la Florida occidental, lo que en realidad le otorgaba las dos riberas del río y el control de la navegación. Pero la realidad era que, por mucho que quisieran, los miles de hombres desplegados sobre un territorio tan amplio no tenían capacidad para contener a los colonos y ejercer el derecho de conquista.



En la última década del siglo XVIII España tenía el control de la ribera occidental del Mississippi (1763) y demandaba la Florida occidental.

Desde la perspectiva angloamericana, los derechos de conquista de los españoles sobre el Mississippi eran muy débiles, pues sus posesiones —se opinaba— eran escasas y localizadas. Por otra parte, el derecho de conquista comprendía solo el objeto conquistado, no podía extenderse al territorio adyacente, y de no ser así, los estadounidenses tenían, como herederos de la conquista británica y por sus acciones militares y de organización administrativa sobre el territorio, más posiciones que los españoles. Los hechos se habían concentrado en cuatro batallas entre España e Inglaterra, ninguna de ellas muy sangrienta. La primera en Baton Rouge (21 de septiembre de 1779), en un choque de ochocientos soldados españoles frente a cuatrocientos británicos, con un total de cinco bajas en total, cuatro de ellas de soldados ingleses. La segunda en Fort Charlotte (marzo 1780) con trescientos ingleses enfrentados a mil trescientos españoles y nuevamente con bajas mínimas. En mayo de 1781, la batalla de

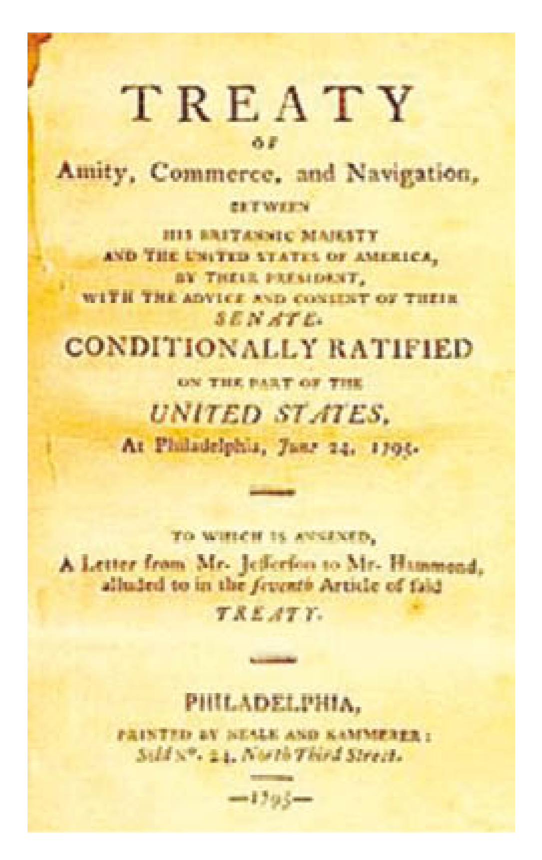
Pensacola se llevó por delante a cerca de doscientos hombres de un contingente de siete mil soldados españoles (con ayuda de franceses y nativos) y tres mil quinientos británicos. Finalmente, la batalla de Mobile, plaza conquistada por los españoles que los británicos no pudieron recuperar, en la que murieron treinta y cuatro hombres.

La posición sobre el Mississippi puso en evidencia que la política estadounidense estaba polarizada. En 1785, el secretario de Estado John Jay defendería los intereses comerciales de los estados del Norte en lugar de la libre navegación por el río, tal como le demandaba el Congreso estadounidense que hiciera en la negociación del tratado con España. Ya se mostraban evidentes los intereses regionales del norte, el sur y de las tierras del oeste, con sus fronteras poco claras. La cuestión del Mississippi sacaba a relucir los distintos puntos de vista y la irritación de los colonos a propósito de si el Gobierno velaba o no por sus intereses. A comienzos de los ochenta el cierre del Mississippi estaba deteniendo el comercio y el desarrollo del país. En la Convención Constituyente de 1787 se debatiría si el objetivo de la república era la conquista sobre otros territorios, escuchándose a Charles Pinckney señalar que el Gobierno no debía tener como objetivo hacerse respetable o mostrar superioridad ante otras potencias. En la Convención de Virginia para la ratificación de la Constitución (1788) no pasó inadvertida la debilidad del poder en la Corona española, pero se instaba a mantener un tono amistoso en las relaciones bilaterales.

Los colonos del Mississippi se sentían desatendidos por la nueva república. En Kentucky, los pioneros trataban de armonizar sus intereses con los de los colonos españoles, sin llegar a entender por qué razón los estadounidenses admitían el cierre del Mississippi a la navegación. Estados Unidos se aferraba al derecho de la república a lograr su consolidación y con ello a no ceder a los intereses extranjeros. En 1790, Jefferson defendía que la navegación por el Mississippi era un derecho inalienable del país, apelando no solo al tratado, sino también y sobre todo a la Naturaleza. Diego de Gardoqui, ministro español en Nueva York, se hizo eco en 1788

de este punto de vista de los americanos, que entendían su derecho a la expansión a partir de la creencia en la voluntad de Dios y de la ley natural. Pero en absoluto esta posición era una llamada a abrir un conflicto. La posibilidad de una guerra parecía inaceptable, pero también lo era no tener modo de exportar mercancías locales a otros países.

El artículo VIII del Tratado de París hacía pública expresión de que la navegación del Mississippi, desde su nacimiento hasta el océano quedaría para siempre abierta a los ciudadanos de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Este era un acuerdo angloamericano, qué duda cabe, en el que se añadía que el límite septentrional quedaba indicado por el paralelo 31. Durante los años que siguieron, las conversaciones de Gardoqui con el ministro en Madrid John Jay, expresaban la tensión diplomática entre los países afectados. España accedía a firmar un tratado comercial con los Estados Unidos solo si este país renunciaba a sus reclamaciones sobre el Mississippi, y para convencer a la República alegaba que España era un buen comprador (piénsese en sus colonias) y pagador —en metálico— de los productos americanos por lo que interesaba a los Estados Unidos ceder en su reclamación.



TREATY
OF
Amity, Commerce, and Navigation,
BETWEEN
HIS BRITANNIC MAJESTY
AND THE UNITED STATES OF AMERICA,
BY THEIR PRESIDENT,
WITH THE ADVICE AND CONSENT OF THEIR
SENATE.
CONDITIONALLY RATIFIED
ON THE PART OF THE
UNITED STATES,
At Philadelphia, *June* 24, 1795.

TO WHICH IS ANNEXED,
A Letter from Mr. Jefferson to Mr. Hammond,
alluded to in the *seventh* Article of said
TREATY.

PHILADELPHIA,
PRINTED BY NEALE AND KAMMERER:
Sold No. 24, North Third Street.
—1795—

Estados Unidos y la Corona de España firmaron el Tratado Pinckney (1795), por el que se abría la navegación del Mississippi.

En 1786, tras años de conversaciones fallidas, Jay expresaba con claridad al Congreso que la apertura del Mississippi al libre comercio seguía siendo un tema prioritario para la nación. La propuesta de John Jay era dejar que España controlase el Mississippi durante veinticinco o treinta años a cambio de obtener un tratado de comercio. La aprobación del Congreso en este punto contaba con que el crecimiento de las poblaciones al oeste sirviera en sí mismo para desbordar la frontera. Pero este tratado no fue nunca ofrecido a España porque dos tercios de los estados americanos se negaron a ratificarlo, ateniéndose a lo que estipulaba el artículo IX de los Artículos de la Confederación. España cedió a finales de 1788, por medio de un real decreto que abría el río Mississippi a la navegabilidad, permitiendo el paso de barcos americanos a cambio de un arancel de importación del quince por ciento y otro de exportación del seis por ciento. Pero el acuerdo volvió a suspenderse hasta la formación del Gobierno estadounidense bajo la nueva Constitución.

En definitiva, solo en octubre de 1795 se pudo firmar el Tratado Pinckney por el que se abría la navegación del Mississippi y se establecía Nueva Orleans como un puerto de libre acceso para los americanos. El tratado fijaba además la frontera sur del país. Estados Unidos entendía que bajo la Constitución recién elaborada sí estaba en condiciones de lograr su derecho a poder navegar por el Mississippi. Y ciertamente, sin la Constitución no hubiera podido ratificarse el Tratado Pinckney.

DE NUEVO LOS INGLESES

Algunos historiadores británicos y americanos han afirmado que el ejército inglés cometió errores que le costaron perder la guerra, esto es: que la guerra podía haberse ganado de haberse enfocado la estrategia militar de otro modo. Tiene más visos de credibilidad la teoría de que la guerra estaba perdida para Gran Bretaña desde sus inicios y de que la derrota tuvo que ver en realidad con la propia naturaleza del conflicto. Antes de la crisis de los impuestos que motiva el choque armado los británicos mantenían su autoridad en Angloamérica mediante vínculos comerciales y de tradición, sin tener que usar para ello la fuerza. Esta comenzó a ser un recurso cuando el Parlamento británico dejó de tener autoridad para imponer sus decisiones y la resistencia angloamericana fue tomando forma. Pero como vimos, el restablecimiento de la autoridad por la vía de la fuerza era una tarea perdida de antemano que iba haciendo crecer el número de rebeldes a la Corona. Este fue el punto en el que Inglaterra pierde la guerra. La década que transcurrió entre 1765 y 1775 fue pues esencial para intentar reparar el daño que había sufrido la credibilidad política de las instituciones británicas. Pero esa década fue ganada por las formas del poder alternativo a la Corona, por la adecuación de la economía local dependiente a la autosuficiencia y por la transformación de líderes locales en líderes nacionales y figuras de reconocimiento internacional. Ante el resurgimiento del choque armado en 1812, cabe preguntarse si Gran Bretaña no había hecho un balance adecuado de los acontecimientos que le habían puesto en disposición de perder las colonias, pues afrontó la guerra contra los Estados Unidos como si no hubiese sufrido una derrota y aspirando —en una visión irreal de los asuntos en curso- a reafirmarse en el continente.

La guerra de 1812 es, a efectos de lo que Estados Unidos conoce de su propia historia, un conflicto bastante secundario que aparece referido en la narración popular angloamericana como la segunda guerra por la independencia, expresando así que la independencia en 1783 fue inconclusa, o bien que los hechos de 1812 fueron necesarios para mostrar la realidad a los británicos. En la narrativa angloamericana, las batallas de 1812 a 1815 aparecen como un remate glorioso de la derrota inglesa de 1783. Tras ella, la guerra de 1812 se fue incorporando al legado histórico de la así llamada «América Libre» como un acto fundacional más de la Unión. Solo a finales del siglo XIX los historiadores comenzaron a desvincular las dos Guerras, y a ver la de 1812 como un enfrentamiento superfluo de crueldad inútil. A pesar de lo cual, los momentos de enaltecimiento del hecho nacional durante el siglo XX rescatarían los hechos de 1812 para forjar las bases de la doctrina del destino manifiesto, en los términos de la defensa, de la consolidación de la frontera, y del sistema industrial y capitalista estadounidenses.



En la narrativa angloamericana la guerra contra Gran Bretaña entre 1812 a 1814 aparece como la culminación de la derrota inglesa de 1783. Fuente: www.gov.loc

En Gran Bretaña, la narrativa popular ve en 1812 una fecha ajena a su propia historia, una fecha que remite a la entrada de Napoleón en Moscú. Puesto que Napoleón terminaría siendo vencido por la coalición de países de Europa con Gran Bretaña a la cabeza, en el imaginario colectivo inglés 1812 adquiere un lugar de gran dignidad y relevancia. Al no vincular 1812-1815 con otra derrota del imperio colonial, se anula la memoria de la doble humillación. Entre 1812 y 1815, Gran Bretaña estuvo demasiado ocupada

poniendo fin a las ínfulas de un emperador francés para prestar atención a las escaramuzas fronterizas de sus tropas contra una nación principiante como era la de los Estados Unidos. Al ser preguntados los soldados ingleses que volvían a Gran Bretaña por la causa de su derrota, podían seguramente decir sin equivocarse que otra vez habían luchado en el bando equivocado.

Ambas guerras, la europea y la americana, estaban relacionadas. En el trasfondo de los conflictos, se aprecian las tensiones comerciales con Inglaterra, cuyos barcos llevaban a cabo una navegación muy agresiva en el contexto de su enfrentamiento contra la Francia napoleónica. Tampoco puede descartarse que el Gobierno estadounidense quisiese mostrar ya sus veleidades expansionistas en territorio de Canadá, como sugerían los británicos, aunque la guerra puso de relieve que el ejército angloamericano no tenía fuerzas ni recursos para conquistar el vasto territorio canadiense. El bloqueo marítimo al que Gran Bretaña sometía a Francia afectaba a los buques americanos pese a su estatus neutral, porque comerciaban con los franceses. Por otra parte, al toparse con buques americanos, los ingleses descubrían entre su tripulación a marineros de la Marina Real que habían desertado y cuyo castigo era morir en la horca. Así que aplicar las reglas de la neutralidad era verdaderamente complicado. No se ponía en duda que los desertores hubieran de ser apresados, y se culpaba a los Estados Unidos por enrolar a marineros necesarios para la Marina inglesa, en actitud antibritánica o profrancesa.

El apresamiento de barcos fue el detonante de la declaración de guerra de los Estados Unidos a Gran Bretaña. Inglaterra no pensaba ni mucho menos recuperar las viejas colonias, pero quería evitar que los Estados Unidos ascendieran hasta Canadá, ganando allí territorio para la Unión. Para ello contaba con tropas regulares, la milicia canadiense y los indios nativos americanos. Gran Bretaña no fue, desde luego, muy innovadora en este frente bélico, pues ante todo volvió a aplicar la receta del bloqueo económico, empleándose a fondo con aquellos estados más belicosos. Fue el caso de Virginia, cuya economía quedó colapsada en otoño de 1814. La bahía de Chesapeake fue objeto de razias británicas contra la acción comercial, ayudandose los ingleses con la acción de los regimientos formados por antiguos esclavos. Esta estrategia culminó con la captura y quema de Washington D. C. en agosto de 1814 y el asedio de Baltimore.

En 1813, la armada americana estaba castigando a la flota inglesa en sus costas. Para los ingleses seguía teniendo máximo relieve lo que sucedía en el océano, por lo que desde 1812 se dedicaron a capturar fragatas y mercantes americanos sin amilanarles. En la campaña de aquel año y del siguiente, los ingleses acusaron las pérdidas de mercantes y tuvieron que reforzar sus activos en las costas americanas. Sin embargo, si de algo no pudieron privarse los ingleses fue de su superioridad marítima, y por ello se empeñaron en salir airosos de las batallas marítimas. En 1813, el HMS *Shannon* capturó el USS *Chesapeake* de Boston en tan solo once minutos —se dice que es quizá la más brillante de las acciones de este tipo nunca llevada a cabo— convirtiendo al capitán Philip Broke en un héroe de guerra. Algo similar sucedió con la captura del USS *Essex*, en Valparaiso, Chile, por el HMS *Phoebe* en 1814. Incluso si finalmente los británicos abandonaron América, la derrota de la Armada estadounidense fue demoledora.

TECUMSEH Y LA CONFEDERACIÓN INDIA

Durante la campaña iniciada en 1812, el ejército de los Estados Unidos tuvo serias dificultades para controlar el frente canadiense. La población de los estados fronterizos entraba en pánico ante la previsión de que el ejército británico penetrase en el territorio estadounidense. Pero si para alguien tuvo relevancia este coletazo final del choque entre ingleses y americanos, fue para las poblaciones nativas del entorno de los Grandes Lagos: Shawnee, Potawatomi, Ojibwa, entre otras, y Muscogee Creek, Seminole, Choctaw, Cherokee y Chickasaw, al sur, cuyas tierras quedaron en el punto de mira de ambos contendientes. Durante estos años surgieron líderes tribales por la propiedad de las tierras en litigio. La adhesión de las tribus a los ejércitos de estadounidenses o de británicos fue efímera y dependiente de las promesas hechas a propósito del dominio de la tierra. En general, las tribus sí veían —y por ello actuaban en consecuencia- que la derrota inglesa significaba la expansión territorial de los estados americanos. Doce tribus participaron en la guerra. Los Mohawks lucharon por mantener sus tierras al sur de Quebec bajo el mando del jefe Hohn Norton.

Pero fue el liderazgo de Tecumseh el más llamativo, al frente de la Confederación india, formada por las naciones de la zona meridional de los Grandes Lagos. Tecumseh había nacido en la región del río Ohio. Guerrero desde los quince años, era fiero pero además tenía capacidad de oratoria. A comienzos de siglo, al frente de la ya mencionada federación de comunidades indias, había recorrido el territorio desde Canadá hasta el golfo de México buscando la asociación de pueblos. Solo con ver la proporción de población indígena, unas cien mil personas, frente a la de americanos blancos, en torno a los siete millones, puede entenderse lo quimérico de su empresa. La Confederación ya estaba formada, en 1811, por unas doce naciones que habían asistido a la expulsión de los indios en la zona norte y la costa este de los Grandes Lagos, decenas de pueblos indios evacuados o desaparecidos desde mediados del siglo anterior. La protección del territorio era, para las comunidades indias, la preservación de la flora y la fauna que las actividades de los colonos de la frontera arrasaban con sus cultivos y ganado, con la explotación de los bosques y de los ríos. La de Tecumseh fue una estrategia moderna que calibraba el peligro real de la desaparición del medio en el que se desenvolvían las tribus restantes. Buscaba crear un sistema de alianzas entre naciones, a su vez compuestas por diversas comunidades. El reto era enorme, pues, para empezar, las comunidades tenían lenguas distintas. Los jefes se comunicaban entre sí por medio de intérpretes. Pero sobre todo, Tecumseh necesitaba un ejército formado por guerreros de todos los pueblos y el consenso de las naciones en el proceso de toma de decisiones. Tecumseh fue consciente de que solo una alianza con los ingleses podía debilitar la expansión americana.

Esta estrategia quedó aún más clara cuando Tecumseh, desde sus cuarteles generales de Indiana tuvo noticia de la derrota de las tribus lideradas por Tenskwatawa en la batalla de Tippecanoe (1811) a manos de las tropas del general William Henry Harrison, que saquearon y quemaron Prophetstown. Durante esta guerra, las naciones indias se enfrentaron a los americanos en más de cuarenta batallas y escaramuzas, si bien hubo grupos de indios que lucharon entre sí al apoyar unos a los americanos y otros a los ingleses. Este fue el caso de los indios Iroqueses en el sur de Canadá. Sin embargo, fue el apoyo de los indios el que dió a los ingleses la victoria en Detroit y Queenston. En la Batalla de Beaver los indios vencieron a los

americanos sin apoyo británico, haciendo además centenares de prisioneros. Entre 1813 y 1814 la guerra angloamericana tuvo, además, el trasfondo de la resistencia más enconada de los indios, explicitada en la guerra de los Creek contra el ejército de los Estados Unidos. El liderazgo de Tecumseh tuvo su momento culminante y también su final más trágico en la batalla del Thames, en Canadá. Los guerreros indios habían sido abandonados a su suerte por las tropas inglesas y se enfrentaban al ejército profesional de Harrison, el gobernador del Territorio de Indiana, en un choque en el que los indios no contemplaban la retirada.

En el otoño de 1813 Harrison invadió Ontario, produciéndose la retirada del general inglés Henry Procter. Aunque los seiscientos guerreros de Tecumseh mantuvieron el tipo ante los americanos, estos finalmente capturaron a los hombres de Procter en el río Thames, cerca de Moraviantown. Harrison envió a los dragones y la infantería contra los indios. La muerte de Tecumseh y sus circunstancias adquirieron una enorme dimensión publicitaria y la leyenda creció. Se contaba que los guerreros supervivientes habían enterrado su cuerpo en un lugar secreto para que el hombre blanco no pudiese encontrarlo nunca. Se oían historias a propósito de que no había muerto, o de que se había encontrado su cuerpo desfigurado, y no fueron pocos los que se atribuyeron el mérito de haber abatido a Tecumseh. El haber sido el causante principal de la caída de Tecumseh ayudó al propio William Henry Harrison a lograr la presidencia (1840). La muerte de Tecumseh supuso el principio del fin de la resistencia india. A partir de entonces se abrió un proceso marcado por las negociaciones —unos doscientos tratados— entre tribus y autoridades americanas, pero sobre todo comenzaba el desplazamiento sistemático de las naciones nativas hacia el oeste. Allí, más allá del río Mississippi, fueron creadas cerca de cien reservas indias y comenzó una nueva era de resistencia, ya en los años treinta —guerra de los Black Hawk y segunda guerra de los Seminola— de resultado aciago para los indios.



Se oían historias a propósito de que Tecumseh no había muerto, y no fueron pocos los que se arrogaron el mérito de haberle abatido. *Tecumseh muere* es obra de Frederick Pettrich (1837-1856), Smithsonian's National Museum of American Art.

El jefe Tecumseh de la nación Shawnee también permanece en la memoria de Canadá como un héroe de la resistencia contra la expansión americana. A la altura de otro mítico personaje, Laura Secord, cuya peripecia en la guerra de 1812 forma parte de la historia constituyente de Canadá como país y refleja además la sintonía en aquel momento entre los habitantes no nativos y los nativos. En 1812, el marido de Laura, James, era sargento de la milicia. Laura le siguió en la batalla y le llevó a casa para cuidarle de sus heridas de guerra. En 1813, la región de Queenston —la península de Niágara— fue capturada por el enemigo, aunque el dominio de la zona no era claro. En junio de 1813 oficiales americanos se presentaron en casa de James y Laura pidiendo cenar. Mientras Laura les atendía, escuchaba sus planes bélicos, consistentes en lanzar un ataque sorpresa sobre el puesto británico de DeCew House, defendido por el teniente James Fitzgibbon. La posición del teniente era fundamental para mantener el control de la península, de manera que se jugaba mucho en el ataque. Laura tomó entonces la decisión de advertir a Fitzgibbon, e hizo un camino de

dieciocho horas entre las patrullas americanas, asistida en algunos momentos por las tribus indias. Logró su propósito, y dos días después, un 24 de junio de 1813, los americanos fueron interceptados y derrotados por las tropas de ingleses e indios (batalla de Beaver Dams). En 1860, Laura fue recompensada por el príncipe de Gales con la suma de cien libras.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LOS EJÉRCITOS AMERICANOS

Ni los ciudadanos ni la mayoría de las autoridades en los Estados Unidos habían querido esta guerra. El clero de algunos estados proponía disolver la Unión si con ello se evitaba el choque militar con los ingleses. Esta guerra fue una prueba de resistencia para el tejido institucional y cívico de la joven república. En su precariedad militar y financiera, algunos estados —Massachusetts, Connecticut o Rhode Island, además de Nueva Inglaterra— se negaron a ceder sus milicias al ejército federal para la defensa de puertos y fortificaciones. Y aunque el presidente podía hacer uso de ellas en situación de riesgo, sin embargo no se atrevía a ejercer esta prerrogativa sin el consentimiento del gobernador. Ante la negativa del gobernador de Massachusetts, por ejemplo, el tema se llevó al Tribunal Supremo, que interpretó en favor del estado en perjuicio de la autoridad del presidente del país. Las cosas no se veían de igual manera en todos los estados, y en su desesperación por abordar la situación militar, el secretario de Estado, James Monroe, exigía que los estados reconociesen el pleno poder del Gobierno nacional para hacer uso de los instrumentos que le permitieran defender al país.

La guerra de 1812 dio a la nación las principales figuras militares que llevaron a cabo la expansión territorial ganándole la partida a las tribus nativas locales. Para empezar, Andrew Jackson, comandante en jefe de la milicia de Tennessee y futuro presidente de los Estados Unidos. Pero sobre todo, la guerra hizo evidente la dualidad de posiciones en los estados del norte y del sur. Nueva Inglaterra era, frente a Virginia —con gran poder sobre el sistema federal en ese momento—, contraria a esta guerra. En Nueva York y Nueva Inglaterra hubo incluso defensores de una secesión, creando una Confederación norteña por la vía de la convocatoria de una

Convención —Convención de Hartford de 1814— para llevar a cabo una reforma de la Constitución, si el país volvía a enzarzarse en una guerra contra Gran Bretaña. El trasfondo nacional expresaba ya las tensiones políticas referidas a la formación de un ejército estable, demandada por los federalistas pero rechazada por los antifederalistas. El Congreso había obtenido de modo consensuado dichos poderes para la recluta solo hasta 1787, pues los antifederalistas estimaban que las libertades de los estadounidenses se ponían en peligro si se otorgaba al Congreso la capacidad para organizar un ejército estable. Los estados recelaban de los mecanismos encaminados a desarmar las milicias locales y a organizar acuartelamientos en tiempos de paz. En 1790 George Washington proponía la reforma de las milicias de los estados, a partir de un proyecto de 1786 de Henry Knox, ministro de la guerra. En dicho plan se proponía que las fuerzas estatales quedasen bajo control federal, convirtiéndolas *de facto* en un ejército. Se crearían tres grupos de varones de entre 18 y 60 años de edad, los más jóvenes en la vanguardia, los de edad madura como fuerza principal y los comandantes en la retaguardia. En Nueva Inglaterra no gustaba la recluta de los más jóvenes porque les apartaba durante largos periodos de tiempo de las actividades económicas en las que eran los que más rendían. Este estado propuso que los varones de entre 18 y 45 años, siempre según las condiciones establecidas por cada uno, recibieran entrenamiento miliciano regular.

Este fue el origen de la Ley de Milicia de 1792, que aunó la voluntad tanto de federalistas como de republicanos —que se oponían firmemente al ejército permanente—, en una solución tibia pero de compromiso. Las principales diferencias en este punto quedaban matizadas en la distribución de los estados. Los delegados de Nueva Inglaterra en la Cámara de Representantes no querían continuar la guerra contra los indios, por lo que tampoco veían aceptable la medida. Al contrario, los estados del sur y del centro votaban a favor de ella, independientemente de ser miembros, los delegados, por el partido Republicano o federalista. Aunque no se hizo demasiado caso al borrador de Knox, las derrotas contra los indios dejaban desasistida la frontera del noroeste y urgieron a sacar del cajón la propuesta. Ahora, se iban a aprobar dos leyes. La primera, para establecer en qué condiciones un presidente podía asumir el mando de la milicia. La segunda,

para organizarlas. Las ideas del borrador de Knox apenas tuvieron eco en ambas leyes pues seguía dejándose en manos de los estados la regulación de estas milicias eventuales. Quedaba así preservada la preponderancia de la soberanía de los estados, que nombraban también a los inspectores militares que se ocuparían de verificar su buen funcionamiento. Cada destacamento de milicias recibió en cada estado la denominación de División y los distintivos que le identificaban. También se avanzaba en la uniformización de la disciplina y la tipología del armamento en todos los estados.

En definitiva, quedaba fijado un criterio de reducción del compromiso federal sobre estos ejércitos, algo que se convirtió en un tema delicado durante buena parte del siglo XIX. Tal como pudo verse en el inicio de la guerra civil en 1861, la falta de articulación de un ejército federal, que dificultaba el servicio de los soldados fuera de sus estados y el movimiento de tropas desde las milicias estatales a los ejércitos regulares, obstaculizó sobre todo en el ejército rebelde la disponibilidad de tropas donde y cuando se las necesitaba. Ahora, a finales del siglo XVIII, tampoco se comprometió el Congreso en esta legislación temprana a cubrir los costes de vestimenta y armamento de la tropa —de los que debían proveerse los propios soldados— con fondos del Gobierno federal o de los estados. Por otra parte, los regimientos que hubiesen de ser reclutados no tenían carácter permanente, su actuación no superaría los tres años y en tiempo de paz eran desmovilizados.



En 1792 se dicta la Ley de Milicia, solución de compromiso para quienes no deseaban costear un ejército estable. El carácter disoluto que se atribuye a los milicianos aparece reflejado en la obra *Termination of a Militia Sham-Fight*, D. J. Johnston, 1833. Fuente: The David Claypoole Johnston Family. *Illustrated Box List*. American Antiquarian Society.

En 1796 sin embargo, sí se dibujaba ya la estructura de un ejército permanente, si bien el número de sus miembros fue siempre mínimo y para cubrir labores de seguridad en las fronteras. En principio con tres mil unidades, de los cuatro regimientos de 1796 se pasó a doce en 1798, aunque luego se desmovilizaron. En los años siguientes se aprobó la norma de que el presidente pudiera constituir regimientos de rango provisional. También la creación de un cuerpo de voluntarios que podían incorporarse al ejército federal de manera provisional. Con los años se fue ampliando el número de efectivos de los regimientos y entre 1808 y la guerra de 1812 (presidente Madison) se hizo necesario ampliar la recluta. Con todo, el contingente de regulares era escaso aún acompañado de la milicia. Corregir esta situación de cara al choque con los británicos era complicado, porque dependía de los estados —según la ley de 1792— aprobar la colaboración con la autoridad federal al mando de los distritos militares.

Washington D. C. en llamas

En 1814 los británicos —en abril de 1814 la abdicación de Napoleón dio un giro a la guerra entre los ingleses en los Estados Unidos— hicieron uso de una fuerza extra para incrementar su presión, y la administración federal presionó a los estados para reforzar ejército y milicia. Con todo, las diversas facciones internas saldaban cuentas a propósito de esta guerra, y se vivieron episodios como el del secretario Monroe negando el apoyo de tropas para su defensa a una Nueva Inglaterra casi siempre reacia a contribuir al fortalecimiento del ejército federal. El duque de Wellington, desde Europa, enviaba regimientos para capturar Washington D. C. La captura y quema de la capital fue un golpe de efecto incalculable para los estadounidenses. El 24 de agosto de 1814 cuatro mil quinientos Casacas Rojas tomaban la orilla este del río Anacostia. Eran tropas ya curtidas en las luchas napoleónicas, mandadas por el general Robert Ross y el Almirante George Cockburn. El objetivo era la nueva capital, en revancha por el saqueo de York (Toronto), incendiada por los americanos en 1813. La milicia estadounidense no estaba a la altura de este choque militar, y aunque las fuerzas navales de Joshua Barney defendieron el acceso a Washington, en la segunda mitad del día los ingleses tenían el camino despejado.



La captura y quema de Washington D. C., 14 de octubre de 1814, fue un golpe de efecto incalculable para los estadounidenses. Grabado, Biblioteca del Congreso.

El ejército inglés entró en la ciudad —abandonada por los ciudadanos y el ejército de Madison— durante la noche. El presidente había escapado cruzando el Potomac en dirección a Virginia, si bien su mujer, Dolley Madison, se negaba a dejar la Casa Blanca sin poner a salvo el retrato de George Washington que colgaba de la pared del salón de cenar. También lograría rescatar, con ayuda del servicio, la mesa de cena presidencial. Los mandos ingleses, Ross y Cockburn, ordenaron quemar los edificios institucionales: el Capitolio, las Cámaras, la Casa Blanca, etc., estructuras que habían sido decoradas al más puro estilo del clasicismo imperante en la época. Henry Latrobe había diseñado el Capitolio. La biblioteca del Congreso, con sus miles de originales, fue arrasada por las llamas. También los departamentos de Estado y de la Guerra, y el Tesoro. En la Casa Blanca, las tropas inglesas cenaban y bebían los vinos del presidente. Tras la cena, los generales dieron orden de prender fuego al lugar. Se percibía la barbarie del invasor pero también la falta de entereza de Madison, que había huido dejando la ciudad al albur de las acciones bárbaras de los ingleses, cuyas acciones los americanos compararon con las de «los turcos». Tras una noche de intensa quema, el día 25 Ross retiraba a sus hombres. No quedaba nada valioso que destruir. La recuperación de Washington sería lenta y costosa: se haría sustituyendo la piedra de algunas zonas por madera, lo que obligaría a reparar constantemente las estructuras. También mostró que su ubicación había sido poco inteligente, pues la ciudad estaba muy abierta a cualquier tipo de acción agresiva.

Mientras Washington D. C. era invadida, fragatas británicas subían por el Potomac en una maniobra de distracción que mantuviese a los americanos alejados de Washington D. C., amenazando a la ciudad de Alexandria, en Virginia. Todos los cargamentos de algodón, harina y tabaco de la ciudad se cargarían en más de veinte navíos americanos para ser entregados a la flota inglesa en Chesapeake y cargados en buques británicos. La rendición se estaba haciendo en los términos que deseaban los ingleses. Con estos éxitos en la manga, durante los primeros días de septiembre el mando británico se propuso tomar Baltimore, a dos días de marcha al noreste desde Alexandria. Baltimore ya estaba en alerta y tuvo tiempo de organizar su defensa. La población cavó trincheras y se preparó para repeler el ataque. Entretanto, al norte, en la ciudad de Plattsburg, Nueva York, los ingleses sufrieron una

derrota que levantó la moral de las tropas de resistencia. A punto de lanzar el ataque sobre Baltimore, el general inglés Ross es herido de muerte y relevado por el coronel Arthur Brooke, que dirigió el ataque sobre Baltimore. Durante los días 13 y 14 se bombardeó el puerto de Baltimore desde el mar para facilitar la toma de la ciudad, abandonada por muchos ciudadanos en la creencia de que iba a caer. Sin embargo, no se produjeron muchas bajas ni daños. El día 14, los británicos dejaron de asediar Baltimore y el ejército se retiró a sus barcos. La enseña cosida por las mujeres, una gran bandera conocida como la *Pickersgill´s Flag*, sigue ondeando en la actualidad. Los barcos ingleses se retiraban por fin de Baltimore.

Las negociaciones entre Gran Bretaña y los Estados Unidos estuvieron, en 1815, ligadas a los acuerdos diplomáticos de Viena. Se celebraron en la ciudad de Gante. Los ingleses ofrecerían una situación de *statu quo ante bellum* o el restablecimiento de las fronteras al estado anterior a la guerra, y el de las relaciones entre los dos países. Para Estados Unidos, ello suponía el reconocimiento formal de su independencia por parte de los británicos. Pero debido a la imposibilidad de comunicar en América en tiempo real la noticia —producida en Bélgica— se dio una nueva batalla, esta vez en Nueva Orleans. El día 23 de diciembre la flota británica había cerrado la desembocadura del Mississippi y había comenzado a bombardear la ciudad y su puerto. Aunque Nueva Orleans no fue tomada por los ingleses, el asedio y las bombas siguieron hasta el día 8 de enero, cuando llegó la notificación de cese de hostilidades.

Una vez se hubo firmado este tratado, en el día de Navidad de 1814, Gran Bretaña se centró en los asuntos europeos, requerida su presencia en la reordenación del Viejo Continente tras el regreso de Napoleón en 1815. Gran Bretaña necesitaba todas sus fuerzas para derrotar a Francia. Tras la renovada guerra americana, las relaciones con los Estados Unidos fueron muy sensibles por no decir complejas. Los escollos estaban puestos nuevamente en los derechos marítimos y de navegación. Gran Bretaña se presentaba a los americanos como vencedora de la guerra de 1812, lo que, fuera cierto o no, provocó en los Estados Unidos la organización de un sistema de defensa de sus costas pretendidamente infalible, mediante fortificaciones.

9

La guerra de Independencia estadounidense de ayer a hoy

¿Quiénes son esos americanos?

En el momento en que la joven república estadounidense se debatía entre los modelos del federalismo y el republicanismo democrático, estaba aconteciendo la Revolución francesa (1789). Los partidos políticos de los Estados Unidos reaccionaron a ella de forma diversa pero en bloque, los profranceses de un lado y los proingleses de otro. En las cámaras y asambleas públicas se perdía el hábito del voto particular propio de la época colonial, cedido el derecho al seno del partido político con sus representantes. En esta evolución, como resguardo ante los radicalismos de la Revolución francesa, se veía ya el origen del bipartidismo del sistema estadounidense, y también la eliminación de la idea de responsabilidad individual de los representantes en las votaciones y procesos decisorios. En

los años noventa se estaba perdiendo también la práctica de los debates públicos. Para qué debatir en abierto si el alineamiento de fuerzas políticas llegaba cocinado a las cámaras. Este sistema era, desde luego, eficaz, más operativo, pero tenía el inconveniente de diluir la esencia de la democracia en el aparato político.

Cuando los europeos reclamaban aquello de «un hombre un voto», ¿qué podían considerar revelador en la Revolución estadounidense? ¿Merecía la pena estudiar para copiar lo que habían hecho pocos años atrás? La respuesta no era unánime. Las ciudades portuarias europeas, por ejemplo, interpretaron la revolución estadounidense como un aliciente para su propia prosperidad. En la ciudad libre de Hamburgo se enfatizaba el mero hecho del intercambio cultural y de ideas y cuando se publicó la Declaración de Independencia los ciudadanos de Hamburgo simpatizaron con ella. Hamburgo era un punto de origen relevante hacia América. A esta ciudad llegaban emigrantes desde el este para luego embarcar. Así que los americanos, con su independencia, multiplicaban la prosperidad de la ciudad.

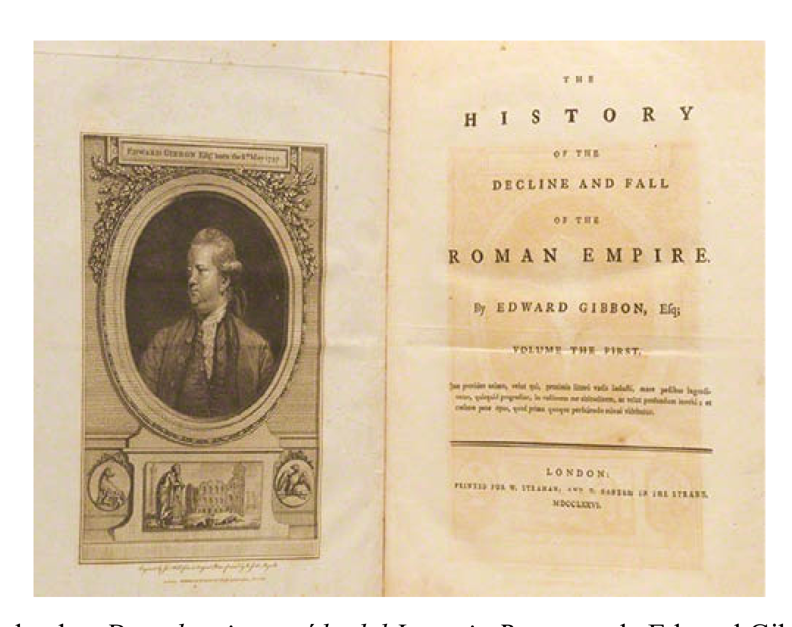
Pero conviene recordar también que las aguas del Atlántico no solo eran una vía de comunicación. También actuaban de barrera temporal, pues un periplo por el océano en aquel tiempo podía llevar varias semanas de navegación si las condiciones atmosféricas no acompañaban. La primera línea regular de pasajeros entre las colonias e Inglaterra se había establecido en 1755, así que las noticias sobre las batallas del 19 de abril de 1775, Lexington y Concord, solo llegaron a Inglaterra a finales de mayo, publicándose en la prensa londinense el día 29. La información tampoco se expandía inmediatamente al llegar al continente europeo. En San Petersburgo se publicaron los hechos mencionados en la tercera semana de junio, en Suecia el 3 de agosto y en Dinamarca el 2 de septiembre. Para colmo, los europeos desconocían la existencia de aquellas pequeñas localidades americanas que eran mencionadas por las batallas que acogían. De manera que el impacto de una información tan relevante en América era mínimo en Europa. Téngase en cuenta, además, que las batallas en sí no pasaban de meras escaramuzas si se las comparaba con las de las guerras locales. Lo que sucedía en América se miraba en Europa con diversas varas

de medir. Podía interpretarse como unas revueltas populares contra el absolutismo monárquico, en la Francia de Luis XVI, en la Rusia de Catalina la Grande, o en la Austria de José II. Y aunque el despotismo ilustrado se interpretaba por igual en todas partes, los europeos carecían de nociones claras acerca de ideas como autogobierno o derechos de las personas.

En Inglaterra, se veía a los americanos como esos ingleses que habían traicionado a la Corona y al Imperio. Allí el impacto de la Declaración de Independencia no tuvo el efecto renovador que podía haberse esperado. Puesto que los británicos creían que buena parte de las demandas de libertad y autogobierno de los americanos formaban ya parte de la vida pública en Gran Bretaña, la gente interpretó la Declaración como un acontecimiento irrelevante, de carácter local. Pero el ensayista, historiador y parlamentario Edward Gibbon tuvo ocasión de identificar la historia presente del imperio con la caída del Imperio Romano en *The Decline and Fall of the Roman Empire* (1776).

En casi todos los lugares de Europa la Revolución estadounidense se asociaba a las diversas cuestiones locales. La propia difusión de las noticias buscaba nexos con las preocupaciones particulares en cada país. En Holanda, por ejemplo, el enfrentamiento americano encontraba referentes —a juicio de la opinión pública— en la lucha entre orangistas y patriotas, estos últimos instigadores de un movimiento contra la dinastía Orange con vínculos familiares con los ingleses. Así, al referir los hechos americanos, algunos medios escritos lanzaban dardos contra su propio Gobierno, en La Haya. Los patriotas holandeses tradujeron del inglés e hicieron propio el texto de Richard Price, *Observations on the Nature of Civil Liberty, the Principles of Government, and the Justice and Policy of the War with America* (1776), y John Adams supo ver, precisamente, el potencial de la situación holandesa para atraerse su apoyo a la causa estadounidense. Observaría que la propia experiencia llevaba fácilmente al proamericanismo de los súbditos de Guillermo V. *La Gaceta de Leiden* fue activa en la difusión de los hechos americanos en Holanda y el resto de Europa, pues se distribuía en muchos países. En la gaceta se recogían muchos artículos de temática americana, escritos para ella o comprados a otros medios por los editores. En Suecia, la oposición usó la Revolución estadounidense para plantar cara el régimen de Gustavo III, y no fueron pocos los suecos que a

comienzos del siglo XIX se plantearon emigrar a los Estados Unidos precisamente durante el proceso revolucionario. Los artículos de Franklin (*Poor Richard*) fueron muy populares en Suecia. Con una vida pública muy agitada, Polonia también tenía partidarios prorrevolucionarios, y probritánicos. La *Gazeta Warszawska* dio a conocer la revolución en muchos rincones del país, incluso cuando los reformadores polacos de la época recelaban del sistema estadounidense, que sí encontraba, en cambio, seguidores entre grupos reaccionarios, contrarios estos al autoritarismo y el centralismo vigentes.


THE
HISTORY
OF THE
DECLINE AND FALL
OF THE
ROMAN EMPIRE.
By EDWARD GIBBON, Esq;
VOLUME THE FIRST.
LONDON:
PRINTED FOR W. STRAHAN; AND T. CADELL, IN THE STRAND.
MDCCLXXVI.

Edición de la obra *Decadencia y caída del Imperio Romano*, de Edward Gibbon, 1776.

Alemania era por entonces un conjunto de estados, algunos de los cuales estaban directamente concernidos por la guerra de Revolución. Recuérdese que los soldados de Hesse eran mercenarios para el ejército británico. El uso de mercenarios era totalmente habitual durante el siglo XVIII y no suponía una posición política de los Gobiernos. De modo que, en los estados alemanes, no era nítida la distribución del apoyo de los Gobiernos y de la opinión pública hacia patriotas americanos y Corona británica. Resulta peculiar comprobar que la independencia de las colonias se convirtió en una materia de debate fundamentalmente teórico; académico, incluso. No había, a diferencia del caso holandés, corrientes políticas capaces de empatizar con el patriotismo estadounidense porque no existían demandas sociales

similares. Al igual que en otras zonas de Europa, en las ciudades alemanas se leían los escritos relativos a la América irredenta y se hacían análisis sistemáticos y exhaustivos de la situación. En el terreno oficial, la vinculación de los Hanóver con la dinastía británica favorecía los argumentos que rechazaban la independencia de los Estados Unidos, pero las cabezas con más visibilidad, Prusia y Austria, que carecían de territorios o intereses coloniales, miraban este asunto desde la distancia. Por su parte, Suiza —país muy anglófilo— no se caracterizó precisamente por albergar simpatía hacia los colonos americanos que buscaban su independencia.

España era voz y parte del conflicto americano y, por ello mismo, la opinión pública se decantaba a favor de los americanos. La cuestión esencial aquí era el privilegio de la hegemonía, y España detestaba profundamente la competencia de los ingleses. Cualquier evento que pudiese causarles daño imperial era visto con muy buenos ojos, incluso si —como era el caso— se trataba de hechos revolucionarios que podían contagiarse a las colonias de la América española. Y en Portugal, aliado británico, se demandaba a las autoridades británicas mayor pragmatismo: que asumieran definitivamente la independencia estadounidense. Las posiciones en los estados italianos estaban divididas, tal como podía comprobarse en los periódicos allí editados. A Rusia, las noticias americanas llegaban con unos dos meses de retraso, pero desde 1775 los medios publicaban todos los sucesos relativos a la guerra, además de los textos de los autores americanos de referencia. La posición política de la zarina, Catalina II, era de rechazo frontal a la potencia imperial británica, lo que le había llevado a fundar la Liga de la Neutralidad Armada, con el fin de proteger su comercio de los buques ingleses.

Las autoridades monárquicas en Europa tomaron buena nota del peligro de la difusión de las noticias americanas para sus reinos y actuaron decretando censura de prensa, por ejemplo en Austria, cuando se tuvo noticia de la Declaración de Independencia. La reina María Teresa consideraba inadmisible que en la prensa se hablara de un choque de soberanías, la monárquica y la popular, pues lo que tenía lugar en la América inglesa era, sin más, una impertinencia. Los belgas, bajo la autoridad de Austria, seguían interesados en los asuntos coloniales y las reacciones de las asambleas locales a finales de los años sesenta. La prensa

belga publicó las constituciones de los trece estados en 1783, también el Código Civil y Penal de Virginia (1786) y la Constitución estadounidense (1787). Los grupos urbanos de la población belga se sintieron alentados por el modelo americano. América era el mejor ejemplo de cómo la gente se constituía en voz y parte de la construcción de su presente y su futuro. Puede entenderse así el potente movimiento de rebeldía de las clases medias en Bélgica a partir de 1787.

Pese a la distancia, e incluso si juzgaban inadmisible la revolución, los monarcas en Europa podían empatizar con la causa de los americanos contra el Imperio británico. Los debates quedaron —bajo las cláusulas de la censura— recogidos en la prensa, en los ensayos y en las memorias de los autores en Austria, en Polonia y en los Países Bajos, además de en Inglaterra. A finales de 1789 Bélgica se autoproclamaba los Estados Unidos de Bélgica, deponía a José II y emitía una Declaración de Independencia, calcada de la estadounidense. En 1790 se emitía el Manifiesto de la Provincia de Flandes, igualmente copia del texto estadounidense. El dato de la fecha no es baladí, pues Bélgica no se estaba inspirando en la Revolución francesa (1789) para declararse independiente sino en la estadounidense. Los belgas, como otros pueblos de Europa, comenzaban a ver posible emigrar a América, un destino mucho más cercano en proyección de futuro que el Imperio austriaco, cuya capital, Viena, regía sus destinos sin saber gran cosa de los belgas.

No muy lejos, Dinamarca —que en 1775 incluía Noruega y Groenlandia, Schleswig Holstein, Islandia y posesiones en las Indias Occidentales (St. Croix, St. Thomas, and St. John, que sería vendida a los Estados Unidos)— estaba gobernada formalmente por Cristian VII. El monarca carecía de autoridad real debido a una enfermedad y el poder recaía en una facción cortesana. La difusión de la Declaración de Independencia estadounidense en la prensa durante el verano de 1776 se hizo en alemán y danés, en el Altonaischer Mercurius de Altona (Holstein) y el Kiobenhavske Tidender, de Copenhague. En los medios se mencionaba la tiranía de Jorge III, que era el aliado más cercano de Cristian II. Se hablaba de las quejas de los colonos contra el rey, que no eran otras que las de los daneses contra el suyo, tan loco al menos —pensaba la gente— como el rey Jorge III. En las colonias danesas la postura de la prensa —Royal Danish American Gazette

— era claramente proamericana. El ministro de Asuntos Exteriores danés opinaba en 1776 que la fiebre de la independencia había llegado a Dinamarca, cuyos filósofos y maestros la referían en escritos y enseñanzas. El tema de la independencia estadounidense tendría eco informativo bien entrado el siglo XIX, considerándose la Declaración de Independencia fundamental para la primera Constitución democrática en Dinamarca (1849).

En América las independencias de los territorios hispanoamericanos tuvieron una clara influencia de la Revolución estadounidense, mucho mayor sin duda que de la francesa. Desde luego, las condiciones de partida tenían paralelismos en lo que se refiere a las relaciones entre colonos y metrópolis, pues en ambos imperios se daba la queja de la presión fiscal y de la débil autonomía de los territorios de ultramar. El influjo angloamericano fue clave en insurrecciones hispanoamericanas, por ejemplo la de Perú (1780). Sin embargo, las protestas de los habitantes de los territorios españoles de ultramar no fraguaron aún en movimientos de declaración de independencia o en la articulación de proyectos políticos eficientes. Las colonias españolas hubieron de verse en el abandono de la acción metropolitana, durante la crisis del reinado de Fernando VII, para organizar las acciones políticas contundentes en pro de su independencia. Las ideas americanas más influyentes en las independencias hispanoamericanas derivaban de la etapa federalista. El pensamiento político de Washington y de Adams inspira la mayoría de las constituciones de las repúblicas americanas, por la defensa de un poder ejecutivo sólido para evitar el peligro de la desintegración territorial. Enseguida surtiría efecto el intercambio de ideas entre los políticos de las jóvenes repúblicas americanas, siendo indudablemente Estados Unidos una referencia inspiradora para los padres de las nuevas repúblicas.

UNA HISTORIA PARA SER CONTADA

Que la independencia de las Trece Colonias es una historia digna de relato es una obviedad. La enormidad de la historia escrita a propósito de la guerra revolucionaria incluye no solo trabajos de tipo académico, libros y artículos, sino también la publicación de obras divulgativas con mayor o menor grado de precisión, la publicación de documentación de la época —textos, en principio, disponibles tan solo en los archivos y que hoy están a disposición del público en general gracias a la digitalización—, correspondencia o prensa. También se editan continuamente biografías y guías para el estudio del tema, incluso sobre el terreno. Y por supuesto, son centenares ya los *films*, documentales o de ficción, relacionados con la guerra y su contexto, además de las riquísimas *websites*. A falta de fotografías aún, las colecciones de grabados o reproducciones de obra artística que ilustraban los hechos forman hoy un potente legado cultural que se estudia e interpreta. Resulta, pues, evidente que toda esta producción forma parte ya del acervo cultural de los Estados Unidos y que a cada generación le ha cabido reinterpretar la revolución al hilo de sus propias inquietudes. Algunos temas se mantienen actuales y pasando como tal a las siguientes generaciones. De entre ellos, puede que el más crucial sea la excepcionalidad o no del hecho revolucionario en sí. Quede, pues, reconocida la abrumadora tarea de los historiadores especializados en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos.

En los inicios de los Estados Unidos triunfaban ya todos los géneros de la narrativa: la historia, por supuesto, el discurso, como se ha visto, el ensayo político… Pero, sin duda alguna, el género que daba voz a los ciudadanos, reflejando su día a día y sus inquietudes, era la novela: ficción inspirada en la experiencia de la población. Las principales consumidoras de novelas en aquellos días eran, como en casi todo el mundo occidental, las mujeres, lectoras que habían sido alfabetizadas en la etapa colonial. La ficción angloamericana del tránsito entre los siglos XVIII y XIX fue clave para la elaboración popular del autorrelato histórico. En medio de la vorágine bélica y política, en medio de la incertidumbre, las ficciones sobre

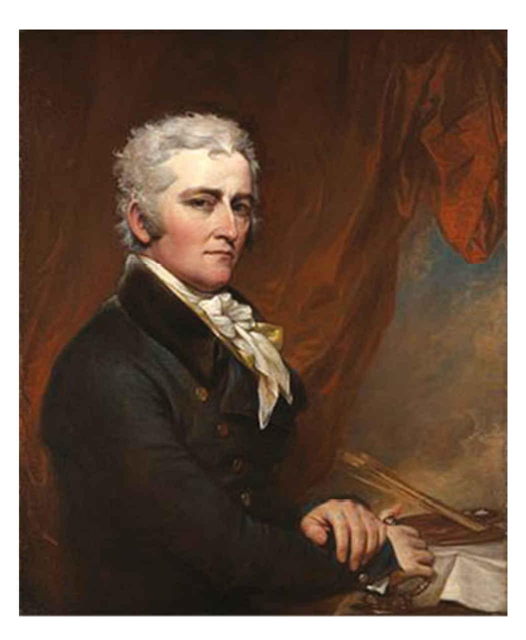
hechos históricos fueron vehículos de evasión, que con posterioridad se convertirían en fuente para reconstruir la historia sentimental y la percepción del proceso revolucionario. Entre los años de 1776 y 1800, se han contabilizado setenta y cinco novelas publicadas en Inglaterra que recogían de una u otra forma los hechos revolucionarios en las colonias.

Para el caso estadounidense, los expertos en el tema se han fijado en que la relación galante y la seducción son los paradigmas de la novela revolucionaria angloamericana. En estas historias se desvanecían las referencias espaciotemporales y quedaba apenas en relieve y para ser contemplada la universalidad de las cuestiones humanas —el relato de lo privado— del amor, los intereses, las jerarquías sociales y la estructura familia, la moral femenina… Pero eran precisamente los detalles nimios de la vida de los personajes los que elevaban los símbolos a la categoría de mitos. En las novelas, los historiadores encontraban no la historia sino la naturaleza de la inclinación anímica de los personajes. La novela más leída durante muchas décadas fue el libro de Susanna Rowson titulado *Charlotte Temple* (1791), auténtico superventas sobre las relaciones de género, que habla además de la difícil inserción de los personajes en el nuevo mundo americano, en el que la propiedad intangible fagocita a la tierra, la forma de propiedad por excelencia.

Pero la ficción, en este capítulo de la historia, se ha comportado también como una fuente principal de graves errores. Pese a la enorme difusión del relato de la guerra de revolución, los ciudadanos estadounidenses no han atendido, por ejemplo, a los términos en los que se puso fin a la Guerra. Al desconocer los tratados en detalle han tendido a ver la conclusión del conflicto armado a partir de las narraciones de ficción y cinematográficas. Por ejemplo, el falso y muy extendido mito de que Yorktown es la batalla en la que se da fin a la Guerra cuando, en realidad, tras Yorktown las condiciones de la victoria estadounidense eran aún precarias. En series televisivas tan bien producidas como John Adams (2008), por ejemplo, puede verse a la esposa de Adams, que ha tenido noticia de la rendición inglesa en Yorktown (octubre de 1781), manifestar llena de júbilo a su

familia que la Guerra ha terminado, cuando en realidad Adams está en los Países Bajos (1780-1782) buscando fondos para procurar un giro exitoso a la guerra. En otra secuencia de esta miniserie aparece la señora Adams en París junto a Thomas Jefferson. Es el año de 1784 y en el guion de la serie se hace una referencia a que el Tratado de Paz se está negociando.

La producción de mapas, de grabados sobre metal o madera, de cerámica para uso cotidiano y de ropa femenina de inspiración militar tampoco fue inmune a la temática de la Guerra, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. Pintores como John Singleton Copley (1737-1815) o Thomas Whitcombe (1760-1824) recogerían los hechos bélicos en sus obras, dignificando siempre —al gusto de la época— la escena narrada. Pero si a alguien le debe la Revolución estadounidense su imagen dentro y fuera de los Estados Unidos es, desde luego, al pintor, arquitecto y diplomático Jonathan Trumbull (1756-1843), autor de la colección de pinturas que se exhibe en la famosa Rotonda del Capitolio, realizadas a partir de 1817. Las cuatro obras de la Rotonda se instalaron en 1826 y llevan por título *Declaration of Independence*, *Surrender of General Burgoyne*, *Surrender of Lord Cornwallis*, y *General George Washington Resigning His Commission to Congress*. John Trumbull trabajó incansablemente en ellas durante y después de la Guerra. Era originario del estado de Connecticut y ocupó puestos notables. Fue militar y un gran observador que captaba el momento revolucionario en sus apuntes y lienzos. Se formó durante toda su vida y viajó a las capitales de Europa para cumplimentar luego sus estudios en Harvard o Nueva York. A falta de la aún no inventada fotografía, a Trumbull le debemos numerosos retratos de los protagonistas y de las escenas de la revolución. Pero la nación no supo premiar su aportación al legado estadounidense. Pese a haberlo sido todo, la historia de Trumbull en sus últimos años fue la de un hombre olvidado. Cedió su obra a la Galería de Arte de Yale, la institución que le ayudó materialmente en sus años finales.



Autorretrato de John Trumbull, 1802. En Yale University Art Gallery. La Revolución estadounidense debe su imagen al pintor, arquitecto y diplomático Jonathan Trumbull (1756-1843), autor de la colección de pinturas que se exhibe en la famosa Rotonda del Capitolio, realizadas a partir de 1817, y que se instalaron en 1826.

El relato propiamente histórico de la guerra se inició muy prontamente. En 1788, el antiguo oficial británico William Gordon publicaba *The History of the Rise, Progress, and Establishment of the Independence of the United States of America*, en cuatro volúmenes, sobre los hechos revolucionarios en sus diversas fases, diciendo en la introducción que la obra daba «luz a la verdad». Pensando que en los Estados Unidos el libro no iba a levantar pasiones, el autor decidió publicarlo en Londres. Pero el propio George Washington admiró el trabajo y animó a Gordon a publicarlo en Nueva York. El trabajo de Gordon llegó a tener tres ediciones y fue reimpreso en 1969. El libro de David Ramsay, *History of the American Revolution* (1789), explicaba que las colonias habían protagonizado el desarrollo de su libertad y autogobierno en una experiencia histórica sin precedentes, apuntando ya a la idea de excepcionalidad y a la mitologización del origen nacional. Historiadores de nuestra época han visto en este relato el comienzo de la «americanización» de la historia de Angloamérica, al ser ejemplo temprano del relato romántico propio del siglo XIX. Es interesante la obra también desde el punto de vista del método, pues Ramsay utilizaba ya fuentes documentales de muy diversas tipologías: políticas, económicas,

documentos presidenciales y testimonios orales. El propio Washington, aún activo en política, fue consultado para usar su correspondencia en la elaboración del libro. En esa época se hacía también énfasis en el estudio de las figuras individuales de la revolución y en la custodia de sus documentos personales. Son bien conocidas las biografías realizadas por Jared Sparks sobre los Padres Fundadores: *The Diplomatic Correspondence of the American Revolution. Being the letters of Benjamin Franklin, Silas Deane, John Adams… and others*, 12 vols (1829, 30).

Ya desde inicios del siglo XIX el relato de la revolución se inscribiría en el patriotismo a la moda, bajo un tinte épico que baña el objetivo histórico de los sentimientos de libertad y derecho al autogobierno. Los principios de la acción al servicio de la búsqueda de la libertad inspiraron la obra de Mercy Otis Warren *History of the Rise, Progress, and Termination of the American Revolution: interspersed with biographical, political, and moral observations* (1805) o la densísima de George Bancroft *History of the United States*, en 10 volúmenes, (1834-1874) cuyo tono, siempre evocador, bebía de la literatura de Walter Scott. Bancroft introduce la idea de que Estados Unidos se creó por la acción de una influencia misteriosa que está encadenada a su destino: la Divina Providencia. Así, en el texto de Bancroft, un patriota muy liberal, se articula una guía moral y espiritual del relato nacional. Como secretario del presidente James K. Polk (el undécimo), Bancroft había tomado parte en las decisiones que abrieron la guerra contra México y en la elaboración del famoso Destino Manifiesto. Era un antiesclavista, pues entendía que la esclavitud era un sistema injusto que hacía infelices a las personas y era, además, ineficiente. La obra de Bancroft fue referida por los autores no americanos, especialmente aquellos a quienes Herbert Butterfield señaló en 1931 como los que habían hecho «una interpretación *Whig* de la historia». Con los años, la mirada de Bancroft sobre la revolución fue evaluada con dureza por los nuevos historiadores, que proponían menos enfoque interpretativo y más científico —verificación de hechos y afirmaciones— y la atención a los cambios estructurales de la nación. Surgió entonces otro historiador, de nombre Henry Adams, autor de los 9 volúmenes de *The History of the United States of America (1801-1817)*, también conocida como *The History of the United States during the Administrations of Thomas Jefferson and James Madison*

(1889-1891), un texto mucho menos providencialista y autocomplaciente que el de Bancroft. Los revolucionarios —diría— habían tenido hermosos ideales, pero la realidad de la naturaleza humana se había impuesto traicionándolos. Adams exponía pesimismo y desconfianza en el éxito del proyecto latente en la sociedad estadounidense de la época.

A finales del siglo XIX los ingleses iban a desarrollar un relato sobre la pérdida colonial consecuente con sus propias justificaciones imperiales. Aparecieron varias obras en Londres y Nueva York simultáneamente, por ejemplo las de Lecky: *A History of England in the Eighteenth Century*, 8 volúmenes (1878-1890) y George Otto Trevelyan, *The American Revolution*, 4 volúmenes (1899-1913) que vertían datos técnicos y comerciales a la historia de las relaciones entre las colonias y la metrópoli. En la década de los años veinte, varios autores ingleses —Herbert Levi Osgood, George Louis Beer o Charles McLean Andrews— se afanaban en mostrar que Gran Bretaña había respondido a las provocaciones coloniales y al miedo de que aumentase la influencia francesa en la zona. En absoluto, dirían, hubo una intención tiránica por parte de la Corona inglesa. Pero dado que el afán de libertad era una reivindicación incuestionable, los historiadores abundaron en las divergencias existentes entre colonos e ingleses fruto del ansia de novedad económica, social y política de aquellos. De modo que comprender Angloamérica en su revolución equivalía a tener que comprender a Gran Bretaña en su formación como Imperio, una tarea a la que el historiador Lawrence Henry Gipson dedicó los nada menos que quince volúmenes de su obra *The British Empire before the American Revolution*, publicados entre 1936 y 1970. Para todos, ingleses y americanos, era evidente que Gran Bretaña estaba interesada en narrar a su modo aquella historia del siglo XVIII, tan famosa como mal conocida.

Y ciertamente, hasta la aparición del libro de Charles McLean Andrews, *The colonial background of the American Revolution* (1924) la historia colonial inglesa se conocía deficientemente. Para comprender la Revolución estadounidense —decían los ingleses— era preciso entender la profunda transformación de Gran Bretaña durante aquel siglo, tanto en la metrópoli como en las colonias. Había que reconocer la aparición en Gran Bretaña de una nación en cambio que podía entender y hasta empatizar con el hecho revolucionario. La singularidad de la figura de Jorge III también se puso

sobre la mesa de debate, con estudios innovadores como los de Lewis Namier, *The Structure of Politics at the Accession of George III*, (1929), y *England in the Age of the American Revolution* (1930), llegando a la conclusión de que más que tiranía, lo que dio entidad a aquel reinado fue, sin duda, una conjunción de enredos políticos nacionales que estorbaron al sentido común y las decisiones adecuadas. Los ingleses intentaron demostrar que las facciones en la política inglesa a propósito de la revolución no existieron antes de 1775. Tal fue el objeto del trabajo de los autores Christie, Wilkes, Wyvill, *Reform: the Parliamentary Reform Movement in British Politics, 1760-1785* (1962).

Los americanos también se hicieron eco de estas sutilezas interpretativas. Comenzaron a ver el fraccionamiento de la sociedad colonial y las desigualdades, rompiendo la visión de una nación unida por la base para afrontar un mismo propósito liberador. Se quebró el consenso según el cual la revolución había sido un enfrentamiento entre la aristocracia inglesa y la democracia del pueblo angloamericano, y se trajo a debate la idea del conflicto constitucional y de la interpretación socioeconómica. En la América colonial inglesa había propietarios ricos y población artesana y campesina pobre, con visiones del conflicto en curso bien distintas. Para los historiadores progresistas en las décadas centrales del siglo XX, el motor del cambio había sido el conflicto de intereses económicos y, en menor medida, las ideologías (libertad o republicanismo), meros adornos a lo verdaderamente sustancial. Al estudiar las sociedades coloniales en la era revolucionaria descubrían las condiciones de la sociedad precolonial, por ejemplo, que los más pobres eran azuzados en Nueva York contra los propietarios de negocios y la élite. Esta visión economicista había aparecido ya en una obra del famoso historiador estadounidense Arthur Meier Schlesinger, *The Colonial Merchants and the American Revolution* (1918), que explicaba que los comerciantes habían tomado partido de manera voluble y atendiendo a sus necesidades de cada momento. Así, aunque en un principio se opusieron a las restrictivas leyes británicas, la radicalización de la rebelión y las demandas de los grupos populares les hicieron cambiar enseguida de bando. Algo parecido queda explicado en el libro de J. Franklin Jameson, *The American Revolution Considered as a Social Movement* (1926). Esta es la tesis de la guerra de Independencia como

revolución social y transformadora. Tampoco hay que perder de vista el contexto histórico en el que se escribían estos libros. Estaban en curso la Revolución rusa y el auge de los movimientos sociales en el periodo de entreguerras. Más adelante, en las décadas de los años cuarenta y cincuenta, los historiadores abundarían en la idea de que el Periodo Confederado fue una etapa en la que chocaron frontalmente la democracia y el elitismo social de la aristocracia. En sus libros *The Articles of Confederations* (1940) y *The New Nation* (1950), Merril Jensen explicaba que el famoso choque entre antifederalistas y federalistas fue en realidad el de un movimiento conservador y contrarrevolucionario contra la soberanía popular.

En el tiempo de la Guerra Fría toda una generación de historiadores progresistas, que entroncaba con aquella de inicios del siglo XX, dio un enfoque de la guerra de Independencia estadounidense que soslayaba los agentes humanos y las ideas, privilegiando en cambio el estudio de la etapa colonial para explicar las razones del cambio turbulento. El afán de libertad y de adquirir derechos constitucionales se veía ahora como la causa profunda de la guerra. Esta tesis regía en los libros de Edmund S. Morgan y Helen M. Morgan, *The Stamp Act Crisis*: *prologue to revolution* (1953), el de Daniel J. Boorstin, *The Genius of American Politics* (1953), y el de Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution* (1967). Estos autores investigaron las colonias para intentar demostrar la coherencia entre la acción de los colonos y los ideales constitucionales. Aquí se minimizaba la importancia del choque de clases que se había sugerido previamente en favor de la revolución por principios políticos. Para Gordon S. Wood en *The Creation of the American Republic, 1776-1787* (1969) los Estados Unidos de América surgirían de un enfrentamiento entre civismo virtuoso y corrupción instituida por los Gobiernos que operaban en las colonias. Este enfoque reflejaba el pesimismo y la creencia, a las puertas de los años setenta del siglo XX, de que la referida pureza del sistema estadounidense se había desvirtuado. La revolución social y cultural en los Estados Unidos estaba incorporando a la historia nuevas preguntas y sujetos y abría cuestiones muy poco tratadas hasta la época: raza, mujeres, comunidades nativas… Pero además, se desarrollaba una mirada más empática con respecto a los legitimistas y su destino tras la Guerra,

exponiéndose el drama del desarraigo forzoso. Destacaron en este tema los libros de Wallace Brown, *The Good Americans* (1969), Robert M. Calhoon, *The Loyalists in Revolutionary America* (1973), William H. Nelson, *The American Tory* (1961), William A. Benton, *Whig-Loyalism* (1969) y Esmond Wright (ed.), *A Tug of Loyalties* (1975).

Desde los años ochenta en adelante, como en tantos otros temas, la historia se especializó también en la guerra de Independencia ahondando en multitud de cuestiones y formas narrativas. Los historiadores alimentarán el interés de los lectores por la historia comparada, con títulos como el de Nicholas P. Canny y A. R. Pagden, *Colonial Identity in the Atlantic World*. 1500-1800 (1987). Se escribiría sobre la vida en la guerra, sobre la personalidad de los Padres Fundadores, la experiencia de la esclavitud, la acción de los pastores de las iglesias o las tribus nativas. La producción de historia sobre la guerra de Revolución estadounidense se hacía colosal, dando las últimas décadas obras tan singulares como las de Eliga H. Gould, *The Persistence of Empire: British political culture in the age of the American Revolution* (2000); John Huxtable Elliott, *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America*, 1492-1830 (2006); David G. McCullough, *John Adams* (2001) y *1776* (2005); Joseph J. Ellis, *His Excellency: George Washington* (2004); y Simon Schama, *Rough Crossings: Britain, the Slaves and the American Revolution* (2005).

Si las novelas fueron las primeras obras narrativas de la guerra de Independencia, estas han seguido siendo, en la evolución de los estilos y de las temáticas y en consonancia con los intereses culturales de los lectores de cada época, las principales fuentes para su conocimiento entre el gran público. Muchos de estos libros incluyen la representación de escenarios como sujeto principal de la trama, la transformación de la gente corriente en héroes o la exaltación de las emociones. El Romanticismo ha seguido tiñendo muchos de estos relatos sobre la guerra revolucionaria de los Estados Unidos. Dos obras ya lejanas en su edición son *Arundel* (1929), y *Rabble in Arms* (1933), ambas de Kenneth Roberts, que narran algunos de los primeros episodios de la guerra, concretamente el ataque a Quebec y las batallas en Nueva York y los Lagos Champlain y George, centrándose en la figura de Benedict Arnold, todavía heroica en aquel tiempo. Considerada una de las novelas históricas de mejor calidad, *Oliver Wiswell* (1940),

escrita también por Kenneth Roberts, pone a los lectores en la tesitura de no tener que identificarse forzosamente con los revolucionarios, humanizando a los *Tories*. La figura de Oliver Wiswell, legitimista, hace de guía para llevar al lector hacia el lado gris de la historia. Wiswell es un personaje amable, con el que no cuesta simpatizar, ese tipo de hombre en el que lo de menos es a qué bando pertenece. En 1936 se publicaba *Drums Along the Mohawk* de Walter D. Edmonds, una historia ubicada en el Valle Mohawk, Nueva York, donde los colonos —hombres, mujeres y niños— luchan, sin ayuda del Ejército Continental, contra los legitimistas y los indios (Oriskany, Ft. Stanwix, Cherry Valley). John Ford dirigió más tarde un *film* basado en esta novela. Muy popular también es el libro *Johnny Tremain* (1945) de Esther Forbes, el desarrollo de cuya historia transcurre en Boston al inicio de la revolución. El libro *April Morning* (1961), de Howard Fast, centraba la acción en las batallas de Lexington y Concord, vistas con los ojos de un adolescente y en un tono muy realista. Otros textos recomendables, de Howard Fast, son *Conceived in Liberty* (1939), *Citizen Tom Paine* (1943), *The Crossing* (1971) y *The Hessian* (1972), algunos de los cuales inspiraron *films* de mejor o peor realización y fidelidad al espíritu de la obra literaria.

El cine estadounidense, por su parte, ha representado desde sus inicios la historia revolucionaria. En la época del cine mundo, Francis Ford dirige el corto *The Deserter* (1912). El *film América* (1924) de D. W. Griffith es la primera película rodada sobre el tema, una coda para otras narraciones previas a propósito de los comienzos de la historia americana: *The Massacre —La matanza* (1912)— y *The Birth of a Nation —El nacimiento de una nación* (1915)—. *América* es una historia sentimental que transcurre en los cruciales años de 1775 a 1789, la etapa fundacional de la nación. Son protagonistas de la acción histórica los *minutemen*, aquellas tropas de acción rápida creadas por las autoridades rebeldes para hacer eficiente el levantamiento contra los británicos, y la batalla de Fort Sacrifice. Es probable que la idea de rodar este *film* fuera propuesta por la activa asociación de las Hijas de la Revolución Americana.



El comandante Jonathan M. Wainright, el coronel J. Hamilton Hawkins, y D. W. Griffith plantean la escena de la carga de la caballería antes de rodarla para el *film América*. Fuente: William K. Everson Archive, Nueva York.

La alianza de los británicos con los indios Mohawks permite al director del *film* mostrarlos como las figuras de la Angloamérica degenerada y salvaje que es derrotada en favor de una población civilizada y moderna. En 1939 se estrena *Drums Along the Mohawk*, (*Corazones indomables*), dirigida por John Ford, sobre la novela de W. Edmons. Nuevamente, una historia sentimental lleva a sus personajes en 1776 al escenario de la historia: los espacios de confrontación entre pioneros e indios en el valle Mohawk. Sobre el indio Mohawk se proyectan dos tipos de miradas: la del salvaje —los indios que son traidores a la causa rebelde de la libertad y colaboran con la Corona— y la del indio cristianizado colaborador con los colonos. La entrada en escena del Ejército Continental se salda con la derrota de los británicos y sus aliados indios. En el *film* de Ford se maneja el lenguaje del *western* clásico, el tono heroico y glorioso de la expansión de mediados del siglo XIX por las tierras del Medio Oeste, e incluso la figura de las mujeres como adalides de la fortaleza de emigrantes y conquistadores de este enorme territorio ignoto y salvaje.

La transición de las sociedades coloniales (británica sobre todo) a la contemporaneidad se veía en cintas clásicas como: *Northerst Passage*, (*Paso al Noroeste*) estrenada en 1940, de King Vidor, sobre el tema de las guerras entre Gran Bretaña y Francia y la adquisición de la experiencia bélica que servirá a la formación del Ejército Continental. En 1940 se estrena *The Howards of Virginia*, (*Pasión de Libertad*), dirigida por Frank Lloyd, sobre la fragmentación de las familias a la hora de tomar sus miembros la decisión de apoyar o no la causa de los rebeldes contra las políticas británicas. La narración transcurre en un rango histórico inusualmente largo, entre 1750 y 1781. Las polémicas sociales y políticas que plantea el *film*, encarnadas en el punto de vista diverso y en ocasiones contrapuesto de los protagonistas, concluyen en una encendida defensa de la democracia frente a la imposición y la tiranía de la unidad de acción frente a las dificultades y las adversidades (recuérdese el contexto de recuperación de la Depresión de los años treinta y la preparación del país para una nueva guerra mundial) cuya lectura, en el año 1940, no pasa inadvertida a los espectadores de la película. Por otra parte, la evolución de los acontecimientos durante las tres décadas permite que el espectador asista a debates sobre cuestiones públicas diversas. Incluso introduce a uno de los Padres Fundadores, Thomas Jefferson, en su condición de topógrafo en Virginia Occidental. El *film Unconquered* (*Los inconquistables*) en 1947, de Cecil B. de Mille, a partir de la novela de Neil H. Swanson *The Judas Tree* en 1933, recrea las condiciones históricas de la época (la acción transcurre en 1763). Esta magnífica película contó con unos cuatro mil extras entre los que había cientos de indios pertenecientes a decenas de tribus, y con el trabajo del indio Iron Eyes Cody en la supervisión de las lenguas indias. Con estrellas de la época como Gary Cooper, Boris Karloff (en el papel de Guyasuta, jefe de los indios senecas) y Paulette Goddard, la narración sitúa a los colonos en la condición de víctimas de los indios y eleva el tono épico de la conquista del territorio inexplorado. En *The Scarlet Coat* (*Duelo de espías*) en 1955, se muestra el tema del honor, la traición y el espionaje en la guerra, remitiendo al caso del general estadounidense Benedict Arnold y del británico John André.

Los más jóvenes tuvieron a su disposición una producción pensada para ellos, la versión cinematográfica (1957), bajo el mismo título de la novelita de Esther Forbes, *Johnny Tremain* (1944) dirigida por Robert Stevenson, que mostraba el estado de cosas en Boston mientras los Hijos de la Libertad preparan la revolución. El *film* se convirtió en una serie televisiva en 1958. Guy Hamilton dirige en 1959 la película inspirada en el texto de Bernard Shaw, *The Devil´s Discipline*, (*El discípulo del diablo*), que tiene a un colono rebelde —encarnado por Kirk Douglas— y a un pastor protestante —Laurence Olivier— como protagonistas. Ya en el tránsito hacia el último tercio del siglo XX hay una preocupación narrativa generalizada por rescatar la voz de los más desfavorecidos en la conquista y colonización de América, los indios. El avance legislativo de los Derechos Civiles en la década de los años sesenta se proyectaría en discursos inmediatos que rescatan la injusticia que comete el hombre blanco con las tribus indias, antes y durante la Guerra contra los ingleses y los indios que colaboran con ellos.

La Declaración de Independencia, en los debates relativos a la esclavitud previos a su redacción, fue el tema de la comedia musical estrenada en 1972 con el título *1776* y bajo la dirección de Peter Hunt. En esta mirada al pasado nacional había una lectura crítica a propósito de las posiciones de los conservadores (por el partido Republicano) a comienzos de la década sobre los asuntos de la sociedad estadounidense. Por su parte, la conmemoración del bicentenario —en 1975-1976— de la Independencia coincidió con la demanda social de interpretaciones que tuviesen en consideración el punto de vista de los grupos sociales y de los sujetos históricos poco referidos en los relatos nacionales que se habían elaborado hasta entonces. La celebración marcaba el inicio de una etapa en la que las representaciones culturales de la Independencia se diversifican. En los relatos que se filman a partir de ese momento se disuelve la gran sima moral que hasta la fecha había distanciado a colonos e ingleses, a hombres blancos e indios. Comenzamos a ver personajes a caballo entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal, personajes con actitudes morales ambiguas que se entienden muy bien en la sociedad angloamericana que pretende abandonar la radicalidad de un sistema ideológico de opuestos

característico de los tiempos más duros de la Guerra Fría. De alguna manera, los relatos quieren expresar la confusión en los tiempos de guerra —el protagonismo de sujetos anónimos que no tienen grandes aspiraciones en la vida pública— y el hecho de que los acontecimientos bélicos mutan el alma humana y alteran las normas que rigen a los grupos sociales.

Así, la película *Revolution* (1985), dirigida por Hugh Hudson y considerada un fracaso comercial y artístico a todos los efectos, tiene quizá la virtud de mostrar una sociedad colonial muy poco idílica. El protagonista de este relato —Al Pacino en la figura del trampero Tom Dobb—, que transcurre entre 1776 y 1781, no es un héroe al uso sino un hombre corriente que sufre avatares vitales muy extremos fruto de una guerra que, en un principio, le es indiferente. Pero el enfoque general de la narración no evita los tópicos interpretativos habituales, y no privará, por ejemplo, a los británicos de la pátina de maldad consustancial propia de la historiografía más antigua. La novela de Howard Fast, *April Morning*, dio pie a un excelente *film* que lleva por nombre *April Morning* (*Tierra de héroes*), (1988), cuyo tema es la toma de partido, y el conflicto moral que ello le supone al protagonista, en la batalla de Lexington (18-19 de abril de 1775).

No obstante, el prolífico género de gestas cuyo trasfondo es la conformación de los Estados Unidos, la historia de la guerra revolucionaria ha visto en décadas más recientes algunos ejemplos cinematográficamente relevantes. Para la televisión, se estrenaba en el año 2000, *The Crossing, George Washington: La leyenda*, de Robert Harmon, serie sobre la figura de George Washington. En 2003 se pasaba el *telefilm Benedict Arnold: a question of honor*, en el que se cuenta cómo este general cambia de bando. También para la televisión se han filmado docudramas diversos, por ejemplo en 2009 *The Battle of Bunker Hill* (previamente, con el mismo título Oscar Apfel realizó en 1911 un largometraje). Quizá uno de los *films* más populares sobre la guerra de la Independencia de los Estados Unidos haya sido y siga siendo *The Patriot* (*El patriota*), 2000, de Roland Emmerich, protagonizada por Mel Gibson en la figura de un padre viudo de Carolina del Sur que, pese a ser un veterano de guerra (en la guerra de los Siete Años), termina por involucrarse en la guerra en curso. El título de la película es el primer guiño al mensaje que ofrece: el de la defensa a ultranza de lo más íntimo y sagrado de los estadounidenses, la familia y la patria.

Los mensajes patrióticos que trasmite este *film* quedan matizados por las actitudes de reprobación al hecho bélico en sí. Sin embargo, no hay enfoques de matiz a la hora de tratar a los británicos o a los colonos que los apoyan, reprobables en todas sus acciones e incluso en el carácter de los personajes que los representan. Anótese que durante el proceso de elaboración del *film* se discutió si, fiel a la historia, el protagonista debía aparecer en la película como propietario de esclavos. La decisión de omitir este detalle en el relato fue duramente criticada por el director afroamericano Spike Lee. La película, diría la crítica, había blanqueado la historia.

En el año 2008 se estrena un *film* televisivo de siete episodios y de muy alta calidad y éxito: *John Adams*, con Paul Giamatti como protagonista y basada en la biografía del segundo presidente de la nación escrita por David McCullough. La espléndida ambientación y la precisión de la narración permiten al espectador ver la realidad angloamericana de la época como un momento confuso, lleno de dificultades, de disenso y de violencia. Brilla en este *film* la recreación de las escenas del Congreso, y el dibujo de Adams como un trabajador infatigable y entregado a la ley y la justicia aunque no siempre acertado a la hora de comprender qué está sucediendo realmente en la vida pública del país. En *All For Liberty* (2009), de Chris Weatherdead, se aborda la naturaleza de la guerra en los territorios del sur, a partir de la posición ante el conflicto de dos vecinos con ideas opuestas. Las escenas de acción son muy realistas, aunque evitan sublimar la violencia. Y el relato de la producción fílmica a propósito de la guerra de Independencia podría seguir.

ITINERARIOS DE LA MEMORIA FUNDACIONAL

Entrado el siglo XXI se abrió un movimiento que reivindicaba la guerra de Independencia desde la perspectiva británica. Se digitalizaron algunos archivos relevantes y se planteó el reenunciado de las cuestiones históricas clásicas. Los ingleses relativizaban, por ejemplo, el hecho fundacional de la República de los Estados Unidos al insertarlo en un trazado más global del relato y, sobre todo, magnificando el qué y el porqué de la Inglaterra

georgiana. Para los historiadores resultó todo un acontecimiento el acceso a los materiales relacionados con esta cuestión en los Archivos Reales del Castillo de Windsor. De manera que en abril de 2015 dicha institución inauguraba el Proyecto de los Documentos Georgianos, participado con el King´s College de Londres, el Royal Collection Trust y algunas organizaciones americanas como Omohundro Institute of Early American History and Culture and The Sons of the American Revolution o Mount Vernon Ladies Association, que aportaron los fondos para las investigaciones. El material de trabajo está compuesto por unas trescientas cincuenta páginas documentales, de las cuales solo se había publicado hasta la fecha un quince por ciento y que corresponden a la historia de Gran Bretaña entre los años 1714 y 1837. Toda esta documentación había estado almacenada, literalmente, desde 1912 en la Torre Circular del Castillo de Windsor, donde ya hay ahora un lugar específico destinado a los investigadores. Este es solo un ejemplo sobre la vigencia de estos antiguos asuntos históricos en las sociedades actuales.

Pero incluso si Reino Unido logra —como parece seguir pretendiendo— actualizar el relato de la guerra de Revolución estadounidense, ningún giro de timón de la historiografía en este campo puede empequeñecer la enorme estructura que constituyen hoy en los Estados Unidos de América los sitios de la memoria vinculados a la guerra de Revolución. Un paseo por las colonias revolucionarias puede hacerse hoy de manera física o virtual. Allí los lugares emblemáticos en los trece estados protagonistas se protegen y se exhiben con celo y rigor, tanto con fondos locales como federales. Y las páginas *online* dedicadas al tema ayudan al curioso a ponerse en situación, incluso si la visita a tal o cual escenario de batalla resulta imposible.

¿Qué instituciones u organismos se ocupan de vigilar y proteger la memoria fundacional de los Estados Unidos? Para empezar, el tema en sí es siempre materia de debate e informes en el Congreso de los Estados Unidos, lo que revela, desde luego, la importancia que tiene en las sociedades del presente. En septiembre de 2007, por ejemplo, se hacía público un documento de ciento cuarenta y cuatro páginas titulado *Report to Congress on the Historic Preservation of Revolutionary War and War of 1812 Sites in the United States National Park Service U.S. Department of the Interior*, con autoría conjunta de varias instituciones: The Committee on

Energy and Natural Resources United States Senate, The Committee on Resources United States House of Representatives, American Battlefield Protection Program National Park Service U. S., y el Department of the Interior Washington D. C., esto es, diversos comités dedicados a la naturaleza y el medio ambiente, el Departamento de Interior del Gobierno federal y el programa del Servicio de Parques Nacionales que se ocupa de la protección de los campos de batalla en los Estados Unidos. El trabajo que pone de relieve este documento se fundamenta en el ya escrito en la etapa del presidente Clinton: *The Revolutionary War and War of 1812 Historic Preservation Study*, ley del 12 de noviembre de 1996 para la protección de los lugares de la guerra revolucionaria en riesgo.

Consideradas las más antiguas de las guerra americanas, la de 1775 y la de 1812, el Congreso argumentaba no estar dispuesto a permitir que se echasen a perder los vestigios de ninguna de ellas, para lo cual surte los fondos que deben servir al estudio e identificación de los lugares de memoria, ya incluidos en la red de Parques Nacionales. La ley de 1996 establecía mecanismos para coordinar la acción de las administraciones locales, estatales y federales, apoyando también a las instancias de carácter privado que quisiesen colaborar, o lo vinieran ya haciendo, en el proyecto. Resultaba además interesante el esfuerzo legislativo por definir en sí mismo un lugar de memoria: un lugar o una estructura ubicada dentro de los Estados Unidos y vinculada temáticamente con sucesos nacionales relevantes ocurridos durante las dos guerras mencionadas. El nombre de esta obra legislativa con el rango de Enmienda a la Constitución fue *The American Battlefield Protection Act of 1996*. En ella, y pensando en la herencia cultural para las generaciones del futuro, el Congreso autorizaba al programa conocido como The American Battlefield Protection Program of the National Park Service a dar atención a instituciones públicas y privadas, a los ciudadanos, a los Gobiernos en todos sus niveles interesados en proteger, planificar o interpretar —función educativa y cultural— los sitios de la guerra de Revolución.

Una vez realizada la evaluación, el informe de 2007 aportó datos muy valiosos. Para empezar, el estado de precaria conservación de muchos campos de batalla relevantes. De los seiscientos setenta y siete lugares analizados, la mitad de ellos estaban destruidos total o parcialmente. Los trescientos treinta y tres lugares que han permanecido en buen estado o intactos estarían en peligro de degradarse o desaparecer en la segunda década del nuevo siglo. Los casi setecientos sitios han sido clasificados en campos de batalla (165), propiedades vinculadas a la guerra (258), campos de batalla de la guerra de 1812 (78), propiedades vinculadas a la guerra de 1812 (136) y, finalmente, propiedades vinculadas con ambas guerras (40). Un problema complementario, añadían los comisionados para el estudio, era el de los lugares de memoria que no están dentro de las fronteras estadounidenses. Estos (57) afectan sobre todo a la guerra de 1812 y se ubican en Canadá. También se destacaba el estado de precariedad en que se encontraban los viejos navíos de guerra propiedad de la Marina de los EE. UU., directamente abandonados a su suerte. Por ejemplo, el *USS Bonhomme Richard*, muy valioso a la memoria nacional, pero hundido y perdido en aguas internacionales.

A los estadounidenses les sigue gustando disfrutar de la visita a los parques nacionales relacionados con la guerra de Independencia y los hechos fundacionales. Esta potente tradición nacional ocupa tiempo familiar de ocio. De entre los lugares de memoria más visitados, en mejores condiciones y más interesantes a juicio de los expertos, destacan el Minute Man National Historical Park, Concord, Lincoln, Lexington, Massachusetts; Boston National Historical Park; Dorchester Heights en South Boston, Massachusetts; Independence National Historical Park, Philadelphia, Pennsylvania; Washington Crossing Historic Park, Washington Crossing, Pennsylvania; Valley Forge National Historical Park, King of Prussia, Pennsylvania; Kings Mountain National Military Park, Blacksburg, South Carolina; Cowpens National Battlefield, Gaffney, South Carolina; Guilford Courthouse National Military Park, Greensboro, North Carolina o, finalmente, el Colonial National Historical Park, Yorktown y Virginia, un extensísimo recorrido por los emplazamientos de la historia fundacional.

Bibliografía

ALDEN, John. A History of The American Revolution. Nueva York: Knopf, 1989.

BILLIAS, George (ed.). *George Washington's Generals and Opponents*. Da Capo Press, 1980.

BOBRICK, Benson. Angel in the Whirlwind: The Triumph of the American Revolution. Nueva York: Penguin Books, 2011.

BOSH, Aurora. Historia de los Estados Unidos. 1776-1945. Barcelona: Crítica, 2010.

BOYLE, Joseph Lee. Writings from the Valley Forge Encampment of the Continental Army. Heritage Books, 2000-2012.

BRUCE, R.B. *et al. Técnicas bélicas de la época colonial (1776-1914)*. Madrid: Libsa, 2012

CALLOWAY, Colin G. The Scratch of a Pen: 1763 and the Transformation of North America. New York: Oxford University Press, 2006.

CARRINGTON, Henry B. Battles of the American Revolution 1775-1781. New York: Promontory Press, 1974.

CHERNOV, Ron. Washington: A Life. Nueva York: Penguin, 2010.

ELLIS, Joseph. Founding Brothers. Vintage Books, 2002.

—. American Sphinx. Nueva York: Alfred A. Knoff, 1996.

FISHER, Hacket. Paul´s Revere Ride. Oxford: Oxford University Press, 1994.

GRAHAM, Mary. Presidents'Secrets. Yale: Yale University Press, 2017.

GILBERT, Alan. Black Patriots and Loyalists: Fighting for Emancipation in the War for Independence. Chicago: University of Chicago Press, 2012.

KERBER, Linda. Women of the Republic: Intellect and Ideology in Revolutionary America. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990.

HIGGINBOTHAN, Don. The War of American Independence: Military Attitudes, Policies, and Practice, 1763-1789. Michigan: University of Michigan Library, 1983.

JASANOFF, Maya. Liberty's Exiles: American Loyalists in the Revolutionary World. New York: Alfred A. Knopf, 2011.

JEFFERSON, Thomas y Hardt, Michael. La declaración de Independencia. Madrid, Akal, 2009.

LENGEL, Edward G. General George Washington: A Military Life. New York: Random House, 2005.

MCBURNEY, Christian. Spies in Revolutionary Rhode Island. History Press, 2014.

MISENCIK, Paul. The Original American Spies: Seven Covert Agents of the Revolutionary War. Jefferson, NC: McFarland, 2014.

McCullogh, D.G. *1776.* Barcelona: Belacqua, 2006.

Philbrick, N. Bunker Hill: A City, a Siege, A Revolution. Nueva York: Penguin Books, 2014.

Richter, Daniel. Facing East from Indian Country: A Native History of Early America. Cambridge: Harvard University Press, 2001.

Rubio Pobes, C. (ed.) *La Historia a través del cine*. Estados Unidos: una mirada a su imaginario colectivo, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2010.

Shaara, Jeff. Rise to Rebellion, Nueva York: Ballantine Books, 2001.

Silver, Peter. Our Savage Neighbors: How Indian War Transformed Early America. New York: W. W. Norton, 2007.

Tawil, Ezra. The Making of Racial Sentiment: Slavery and the Birth of the Frontier Romance. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Wood, Gordon, S. The Radicalism of the American Revolution, Nueva York, A. Knopf, 1992.

York, Neil Longley. Mechanical Metamorphosis: Technological Change in Revolutionary America. Westport: Greenwood Press, 1985.



Montserrat Huguet

Descubra la guerra de la Independencia de los Estados Unidos de América, hecho fundacional de un país y ejemplo para tantos otros. Acérquese a una mirada multifocal a un conflicto económico, político, social, ideológico —pero ante todo bélico— de gran impacto en su época y que fue prolegómeno y referente para las grandes revoluciones del siglo XIX y XX.

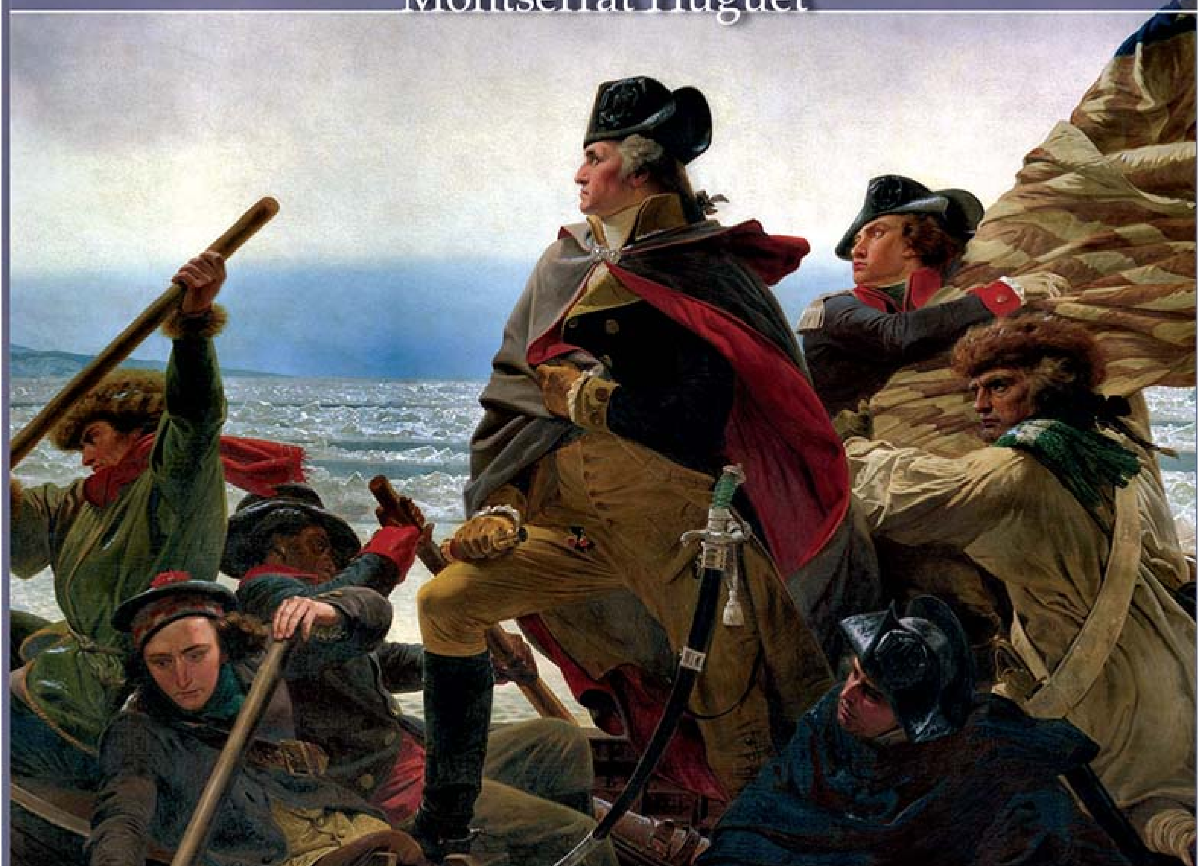
Breve historia de la guerra de la Independencia de los Estados Unidos le ayudará a conocer a personajes tan emblemáticos como George Washington, Benjamin Franklin o Thomas Jefferson, los llamados Padres Fundadores de los Estados Unidos y promulgadores de la Declaración de Independencia de 1776, uno de los textos más trascendentales e innovadores de la historia contemporánea, que contenía dos principios básicos que más adelante incluirían otros textos sobre los derechos fundamentales: libertad e igualdad.

Su autora, Montserrat Huguet, en un texto riguroso y ameno, le mostrará todos los pormenores de la primera gran guerra revolucionaria de la historia occidental así como la historia del nacimiento de la nación más potente, hegemónicamente hablando, del siglo XX.

BREVE HISTORIA de la...

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Montserrat Huguet



1760-1783: Las 13 colonias británicas en Norteamérica se rebelan contra el Imperio. La primera gran guerra revolucionaria de la historia occidental. Conozca la fascinante historia de la fundación de los EE.UU.: la batalla de Yorktown, la paz de Versalles y figuras como Washington, Franklin o Jefferson, los Padres de la nación



nowtilus
saber